

WALTER ASTORI

# ASESINATO EN ROMA

EL PRIMER CASO DEL CUESTOR FLAVIO CALLIDO



# Asesinato en Roma

El primer caso del cuestor Flavio Callido

Walter Astori

Traducción de Itziar Hernández Rodilla



**Rocaeditorial**

# ASESINATO EN ROMA

Walter Astori

Primavera del año 61 a. de C., durante el consulado de Pisón y Corvino. Una serie de crímenes perturba la vida diaria de Roma, una ciudad de por sí caótica y llena de conflictos políticos.

El senador Cayo Rabirio y el liberto Crisógono son hallados muertos. Ambos fueron mutilados y después ejecutados mediante una violenta puñalada en el corazón, un modus operandi que recuerda a los sacrificios humanos que realizaban los sacerdotes de la diosa Ma. El cuestor Flavio Callido deberá resolver un caso que podría dejar a la ciudad de Roma hundida del todo.

Gladiadores, senadores, meretrices y sacerdotes serán amigos y enemigos de Flavio Callido, quien pronto descubrirá que los asesinatos, en los que hasta el famoso Cicerón está implicado, guardan relación con el lado más oscuro del corazón de la ciudad.

## ACERCA DEL AUTOR

**Walter Astori** es un abogado con una fuerte pasión por la historia de la Antigüedad. Actualmente está escribiendo más novelas protagonizadas por Flavio Callido. Trabaja como periodista deportivo para Sportube y Supercar Channel. Esta es su primera novela.

## ACERCA DE LA OBRA

«Romano nacido en 1980, Walter Astori debuta en la narrativa con una novela histórica (la primera de una serie que continuará con Asesinato en la domus) de estructura bien conjuntada y que se disfruta por el ritmo sostenido y la sobriedad de su prosa.»

L'UNIONE SARDA

«Una novela apasionante que se presta fácilmente a la lectura. La he terminado en dos días, soy un apasionado de la historia de Roma, con un final inimaginable. Grande el autor, al no dar nada por descontado, y todavía más por empatizar con el lector, explicando la Roma republicana con muchísimos detalles, justo tras la Guerra Civil.»

PASQUALE

En cariñosa memoria de la abuela Fortunata

## PRÓLOGO

No era coincidencia. Aquel hombre la estaba siguiendo. Al principio había supuesto que simplemente recorrían el mismo camino, pero al cabo de un rato su comportamiento se había vuelto sospechoso. Se había girado ya tres veces para comprobarlo y él siempre estaba allí, a su espalda. La primera vez había fingido hablar con un mendigo, la segunda estar orando junto a un sacellum, recinto sagrado, la tercera no se había preocupado siquiera de disimular sus verdaderas intenciones y caminaba rápido en su dirección. Ni lo bastante cerca como para que pudiese alcanzarla de un salto ni lo bastante lejos como para poder despistarla.

En el sentido contrario avanzaba un tratante de ovejas que volvía del mercado de reses, el Foro Boario. Ella aceleró el paso para acercarse a él, esperando que el hombre que la seguía aflojase la persecución en presencia de otros. Acarició a una de las ovejas y aprovechó la ocasión para preguntar el precio de la lana. Procurando que no se le notase, inclinó la cabeza sobre el hombro derecho y miró de refilón hacia atrás.

El hombre había frenado, pero, por muy despacio que se moviese, pronto la adelantaría. Solo tenía que entretenerse aún un poco con el mercader. Hizo otras dos preguntas y esperó paciente a que el desconocido la rebasase. Cuando los separaban unos cuantos pasos, sus miradas se cruzaron y pudo observarlo de cerca.

Vestía una túnica remendada que apenas lo cubría. Los hombros anchos, los músculos de los brazos y la daga atada a la cintura permitían distinguirlo como soldado o gladiador.

No lo había visto nunca antes, estaba segura. Recordaría una cara como aquella. Alargada, en forma de oliva, con una gran cicatriz que comenzaba en la frente y cortaba la nariz para terminar cerca de la oreja izquierda. Aunque lo que la hizo estremecer fue la expresión con que la escudriñaba: con la cabeza alta y una sonrisa torcida, de superioridad. No le preocupaba ya esconder sus intenciones. Aquella mirada contenía un mensaje preciso. Un mensaje nefasto para ella.

A pesar de la prudencia, habían descubierto sus encuentros secretos. Hacía veinte años, en un arranque de magnanimidad, un centurión la había perdonado. Era complicado esperar un destino igualmente benévolo también esta vez.

Cuando el mercader reanudó su camino hacia el campo, el hombre no estaba a más de un centenar de pasos. No había vuelto a Roma después de tanto tiempo para dejar que la matasen. Tenía que darse prisa, aprovechar aquella pequeña ventaja que había acumulado.

Una vez atravesado el puente Emilio, en poco tiempo llegaría al circo Máximo, donde confundirse entre la gente que se dirigía a las termas no sería difícil. El problema era llegar al puente.

Aquel camino de cabras desolado no ofrecía refugio ni protección. Estaba expuesta a la vista de su perseguidor. El hombre se había vuelto y avanzaba a grandes zancadas hacia ella.

Parada en medio de la calle, buscaba una vía de fuga que no existía. A su alrededor, solo árboles y campos cultivados. Por un momento se sintió agotada, las piernas le temblaban y una sensación de opresión le crecía en el pecho. Pensó en su hija. Le pareció casi oír el eco de aquel «madre», pronunciado al principio con duda, luego cada vez más convencido. Volverla a encontrar después de tanto tiempo había sido la alegría más grande de su vida. Un sentimiento que nunca habría creído tan fuerte e intenso. Cuando la había abrazado, se había sentido renacer. Nueva savia vital había atravesado sus miembros, que ya no eran jóvenes.

No podía morir, tenía que volver a ver a su hija. Se lo había prometido a ella y a sí misma.

Se dejó de titubeos, saltó al campo de su derecha y echó a correr con todas sus fuerzas. Los pies hendían la tierra veloces y seguros, la mente estaba ya en busca de soluciones. No era tan distinto de cuando era niña. Los únicos momentos de libertad los había vivido corriendo por el campo antes de volver a casa después del trabajo.

La respiración que marcaba el ritmo se iba haciendo, sin embargo, más ardua. En breve, tuvo claro que no podría mantener aquella velocidad. Su cuerpo, debilitado por años y años de esclavitud, no la seguiría durante mucho tiempo. La abandonaba la energía, el paso era menos acompasado y sentía una opresión a la altura del estómago.

No necesitaba volverse, sabía que el hombre se cernía sobre ella. Cuanto más tiempo pasaba, más terreno le ganaba. Advertía nítidamente el ruido de los pasos a su espalda. Era un combate desigual que concluiría pronto.

Se le hundió un pie en la tierra. Perdió el equilibrio y cayó hacia delante. Se golpeó la barbilla contra una raíz, el olor seco del trigo le inundó el olfato. La sombra que se recortó sobre ella la dejó sin esperanza. El hombre se tiró encima de ella blandiendo la daga. Fue cuestión de un momento, reaccionó sin pensar. Logró esquivarlo rodando a un lado. Por instinto alargó el brazo y lo golpeó en el rostro. Oír su imprecación le

transmitió una fuerza que no creía poseer. Se levantó de nuevo y volvió a correr desesperada.

Ante sus ojos se materializó un cobertizo redondo, con paredes de troncos y techado de paja. Un murete flanqueaba la puerta, cerrada con una cortina. De dentro procedía un balar incesante.

En su mente rezó para encontrar al pastor y entró. La suya, más que una esperanza, era una ilusión... y resultó vana. El espacio era angosto. Varias ovejas se le acercaron mientras otras dormían tumbadas a un lado. Comprendió enseguida que se había metido en una trampa. No tenía vía de huida y, en un abrir y cerrar de ojos, el hombre que la seguía la habría alcanzado.

—Es inútil que te escondas —dijo una voz desde fuera—. ¡Estás en una ratonera!

Se llevó la mano a la boca, casi como si quisiera contener la respiración cada vez más pesada, el corazón que latía como loco. Miró a su alrededor desorientada. Ni armas ni asideros. Se agachó acercándose lo más posible a la pared. Quizá las ovejas la ocultaran, quizás el hombre, al no verla enseguida, seguiría su búsqueda por los alrededores.

Vio como se abría la cortina y al instante, a contraluz, apareció la figura de su verdugo, que avanzó unos pasos y la distinguió de inmediato.

Cerró los ojos y apretó los puños, ya resignada a la suerte que le esperaba. Sintió que la agarraban de una muñeca y la arrastraban al centro de la choza. La realidad se estaba ensañando con ella: apresada en un redil, el mismo fin del único hombre al que había amado.

—¿Por qué me quieres matar? —preguntó en un arrebato—. ¡Puedo pagarte!

Como respuesta solo recibió una carcajada grosera. Probó a soltarse, pero una patada en el pecho le cortó la respiración. La mano del hombre la agarró de la cabeza y se la sujetó. El verdugo sacó la daga, echó el brazo hacia atrás. Ella apenas tuvo tiempo de lanzar una última mirada al anillo que llevaba en la mano izquierda. Era un regalo de su hija, el símbolo de su vínculo.

Su hija. Nunca volvería a verla.

El cuchillo cayó sobre ella. La hoja le atravesó el cuello. El dolor fue lancinante, pero duró un parpadeo. Luego, la envolvió la oscuridad.



## I

*M*i secretario Tarquinio tuvo que repetir dos veces el nombre de la visita que deseaba verme. En realidad, había entendido enseguida de quién se trataba, pero el personaje era tan imponente que me impulsaba a dudar que estuviese allí por mí.

Quinto Lutacio Cátulo estaba en el atrio de mi domus y esperaba que lo recibiese. El princeps senatus se había desplazado a primera hora de la mañana para visitar a un simple cuestor. Algo no cuadraba o algo grande estaba a punto de suceder.

La última vez que me había dirigido la palabra yo era solo un niño: recuerdo que estábamos en un ágape organizado por el dictador Sila y que yo jugaba con su hija Lutacia. Hacía poco nos habíamos cruzado en el foro, pero sin ir más allá de un simple gesto de saludo. Nunca me había demostrado ni amistad ni benevolencia, ni tampoco me había felicitado por mi elección como cuestor. Y ahora, de improviso, estaba en mi casa. Habría debido de sentirme honrado, pero una visita de este tipo me daba, en realidad, miedo. Presuponía una ocasión. Una ocasión que podía transformarse en gloria o en problemas.

Por mucho que la derrota contra César en la carrera hacia el cargo de pontífice máximo hubiese minado su prestigio, Cátulo conservaba aún gran autoridad en el Senado. Una palabra suya podía desestabilizar una carrera, acelerándola o truncándola.

Supuse que, tras aquella visita inesperada, estaba Espurio, mi padre, y por tanto no me sorprendió verlo sentado en el triclinio junto a mi huésped. Seguro que había sido él quien había pedido a Tarquinio que no lo anunciase. Quería estudiar mi reacción: sabía que no toleraba sus interferencias en mi carrera pública.

Espurio, al igual que Cátulo, había estado entre los senadores más cercanos a Sila y ahora sacaba partido de sus amistades para agilizar mi ascenso, pero me ofrecía un tipo de apoyo que yo no necesitaba. No tras años de guerra en las huestes de Pompeyo, haciéndome un nombre y creándome una reputación. Ser nuevamente reconocido como el hijo de Espurio y no por los méritos conseguidos en el campo de batalla representaba un paso atrás, no una promoción.

—Salve, Flavio Callido. Veo con placer que la vida te sonríe —comenzó Cátulo señalando la domus—. Una hermosa casa, una carrera política en ascenso, la amistad de Pompeyo. Tienes todo lo que puede desear un romano.

—Gracias, Lutacio —respondí en tono neutro.

Si tenía intención de jugar conmigo, le correspondía el primer movimiento.

Cátulo alzó la copa e invit  a un esclavo a servirle más vino falerno, la mejor producción de las viñas de mi padre.

—Sila predijo para ti un gran futuro. Yo estaba aquel día y recuerdo bien sus palabras: «Querido muchacho, has resuelto el misterio de las rosas. Eres inteligente y sagaz, llevarás muy arriba el nombre de Roma» —dijo imitando la voz nasal y grave del dictador—.  C mo olvidar aquel momento?

Era un episodio que había permanecido indeleble en mi memoria. Apenas tenía nueve años. Sila me había tomado en brazos, me había revuelto el pelo y había pronunciado aquella frase con la misma solemnidad que usaba para hablar en el Senado. En aquella época pasaba gran parte de mis tardes en los horti de Sila, jugando con los hijos de muchos senadores. Cecilia Metela Dalm tica, la esposa del dictador, se vanagloriaba ante las demás matronas de poseer los jardines más exuberantes de toda Roma. Desde hacía una semana, sin embargo, cada día desaparecía una rosa. La más linda y fresca de toda la rosalada. Un esclavo nos había acusado a los niños y, para demostrar nuestra inocencia, invent  una estratagema que me entregaría al verdadero culpable. Utilicé una trampa para cazar ratones y pill  in fraganti a un joven admirador de Fausta Cornelia, hija de Sila, a la sazón poco más que adolescente.

—Sila fue siempre muy generoso con nuestra familia —interrumpió Espurio.

—Ya, qu n sabe cómo reaccionaría si supiese que tu hijo sirve con tanta devoción al hombre que aspira a ocupar su puesto.

—Mi hijo sirve con tanta devoción a Roma,  no a Pompeyo!

Cátulo era aún el caudillo de los optimates, el partido conservador. En el curso de su larga carrera, había sido censor, pretor, cónsul y, por fin, princeps senatus. Sus títulos, sin embargo, palidec an frente a los éxitos militares de Pompeyo. No era casualidad que este supusiese su punto vulnerable. Ya en el pasado, Cátulo había intentado obstaculizar el avance del general preferido del pueblo: se había opuesto con todas sus fuerzas a la lex Gabinia y a la lex Manilia, pero su influencia no había conseguido impedir la concesion de los imperia extra ordinem a Pompeyo. Aunque muchos sostenían que la fallida elección a pontífice máximo representaba la piedra sepulcral de su poder político, Cátulo, entrado ya en la setentena, no parecía tener intención de renunciar.

El cabello blanco le escaseaba cada vez más, las arrugas del rostro eran más pronunciadas, pero la voz conservaba la firmeza y la autoridad de antaño.

Se levantó del triclinio y se colocó la toga. Movimientos casi demasiado lentos incluso para un anciano aristócrata. Había llegado el momento de explicar el motivo de su visita y estaba ganando tiempo, como si estuviese a punto de arrepentirse. O quizá quería simplemente escoger bien las palabras.

—¿Has sabido lo de Cayo Rabirio? —preguntó volviéndose hacia mí.

Asentí. Hacía una semana que no se hablaba de otra cosa en Roma. Habían encontrado al senador Rabirio en puerta Colina, apuñalado en el corazón y con la nariz cortada.

—He oído decir que han detenido al dueño de una taberna lusoria —añadí.

—Ese hombre es inocente. —Hizo una pausa y apartó la mirada—. Ha habido otro crimen. Brutal como el de Rabirio.

—Marco Cornelio Crisógono —dijo Espurio.

—Crisógono, ¿el hijo del liberto de Sila? —pregunté.

—Exacto —precisó Cátulo—. Esta mañana alguien ha tenido la brillante idea de dejar su cuerpo ante la puerta de mi domus. Sin orejas.

—¿Sin orejas?

—Sí, cortadas. ¿Oyes bien o tendré que repetirlo todo dos veces? —explotó Cátulo irritado, subiendo el tono hasta gritar.

Miró al techo, apretó los puños y golpeó la mesita que había frente a su triclinio.

—¿Tienes idea de por qué delante de tu domus? —pregunté ignorando su pronto.

—No.

—Pero crees que las dos muertes están relacionadas...

—Temo que sí y estoy aquí precisamente para que puedas confirmarlo —dijo—. Tu padre me ha convencido de que eres la persona adecuada para arrojar luz sobre este misterio.

Cátulo inspiró sonoramente por la nariz. Sacudió la cabeza como si quisiera expulsar un pensamiento, luego clavó sus ojos en los míos.

—Soy escéptico, pero quiero creer que Sila tenía razón cuando predijo para ti un gran futuro. Resuelve este caso y tendrás los honores que mereces. Decepcióname y juro que te haré abandonar para siempre cualquier veleidad política.

Me quedé sin palabras. Su oferta, por amenazadora que fuese, era oro puro. Muchos hombres de mi edad ansiaban una ocasión como aquella. Rabirio y Crisógono eran personas muy conocidas, con capital y amistades importantes. Su muerte cruenta

alimentaría, sin duda, los rumores y el interés de la ciudad. Y yo acabaría por estar en el centro de atención; en poco tiempo, toda Roma conocería el nombre de Flavio Callido.

Tenía en las manos mi destino, debía señalar al culpable, siempre y cuando hubiese solo uno, como tantos años antes había descubierto al ladrón de las rosas. Una solución positiva y no tardaría en pasar de cuestor a pretor. Una solución negativa y... mejor no pensar en ello.

—Hay que actuar deprisa —siguió Cátulo—. Roma está en peligro. Tuve buenas relaciones tanto con Rabirio como con Crisógono. El pueblo pensará que estoy involucrado de alguna forma, que haber encontrado un cadáver ante mi domus implica quién sabe qué mensaje para mí. Quizás una respuesta a mi línea política. Creará desconfianza respecto de mi persona, y no puedo permitirlo justo ahora que he anunciado mi candidatura al consulado para el año próximo.

—La gente está aterrorizada —precisó Espurio. Lo dijo simulando aprensión, pero lo conocía lo suficiente como para no morder el anzuelo de su pantomima.

Llevaba el cabello peinado hacia delante de forma impecable y la toga era la de las grandes ocasiones. Su aspecto era demasiado cuidado para imaginar un encuentro casual con Cátulo. Todo estaba estudiado, forzaba la mano para poner a este entre la espada y la pared. Apenas había sabido lo de Crisógono, se había asignado la misión de conducir al princeps senatus a mi casa.

—He visto caras aterradas mientras venía. Todos tienen aún en la memoria los sanguinarios ritos en honor de la diosa Ma. Algunos comienzan a rumorear que estas muertes están relacionadas con esos ritos, que se trata de sacrificios humanos.

—El pueblo romano es conocido en todo el mundo por su fantasía —ironicé para quitar hierro a aquella afirmación, pese a saber que estaba en lo cierto.

Desde los tiempos de su introducción en Roma, no todos eran favorables a la mezcla de la diosa oriental Ma con nuestra Belona, diosa de la guerra, cuyo principal impulsor había sido Sila. El general había conocido aquel culto cuando, con su ejército, ocupó el valle de Comana, en Capadocia, y quedó enseguida deslumbrado por él. Tenía algo de extático y orgiástico, que había abierto una brecha en su coraza. Mientras volvía a la península itálica, la diosa se le había aparecido en sueños para infundirle valor a la vista de las batallas que lo esperaban y él, tras haber vencido la guerra civil contra Mario, la había introducido oficialmente en la urbe asimilándola a Belona. No había conseguido, sin embargo, que la admitiesen entre los dioses del Estado y, tras su muerte, muchos habían formulado objeciones y pedido que expulsaran del templo a los sacerdotes de Ma, para volver al culto tradicional. Aquellos sacerdotes no eran, de hecho, romanos, sino extranjeros procedentes de Capadocia.

Los ritos del mes anterior habían azuzado una vez más a la población contra ellos. A la cabeza de las larguísimas procesiones, los sacerdotes de Ma habían paralizado la ciudad para luego abandonarse a bailes frenéticos, durante los cuales se habían herido los brazos y los muslos con hachas de dos filos. En el culmen del éxtasis, se habían arrancado del cuello la medalla en forma de serpiente de dos cabezas, la habían lanzado al cielo y habían pronunciado profecías nefastas para el futuro de Roma.

Muchos habían vivido aquellos días como una invasión de hordas extranjeras. Habría bastado una frase susurrada en el foro para que, en el imaginario colectivo, aquellos ritos se relacionasen con los sacrificios humanos practicados por las poblaciones bárbaras y prohibidos en la ciudad desde hacía casi cuarenta años, desde los tiempos del consulado de Cornelio Léntulo y Publio Craso.

Como respuesta, algunos grupos violentos habían formado rondas armadas y montado guardia constante en el Capitolino, frente al templo de Belona. Pese a que, oficialmente, estaban allí para vigilar el orden público, en realidad se preparaban para atacar el templo. La situación estaba a punto de estallar. Les faltaba solo un pretexto y aquellos asesinatos les estaban proporcionando uno muy válido.

## II

*E*n pocas horas, una avalancha de personas había invadido las vías del Palatino. Hacía años que entre el Palatium y el Cermalus, los dos picos de la colina, no se registraba una densidad de plebe tan alta. La noticia de la muerte de Crisógono se había difundido con gran rapidez y una multitud de curiosos había acudido de todas las regiones de Roma con la esperanza de enterarse de detalles escabrosos sobre el asesinato. En la ciudad se advertía cierta agitación. La gente estaba asustada y, a un tiempo, excitada por aquellas muertes violentas. Como siempre, la sangre suscitaba una mezcla de atracción y repulsión.

Durante el breve trayecto desde mi domus a la de Cátulo, no se me había escapado cómo muchos invocaban ya el nombre de Pompeyo. Cruzarse en la calle con la escolta armada de nuestro séquito, veinte hombres de Cátulo más mi lictor Censo, en vez de infundir seguridad, desencadenaba el terror entre la gente. Las palabras más frecuentes eran «*imperia extra ordinem*», es decir: poderes extraordinarios que asignar al general para restablecer el orden y hacer cesar la violencia. Aquella solución era la peor perspectiva para el partido de los optimates, que así vería aún más reducido su poder político y el del Senado. En un instante, lo tuve todo claro. No había sido mi padre quien había convencido a Cátulo para involucrarme en aquel asunto: yo representaba para él al mismo tiempo un compromiso y una vía de escape. Tras ser *magister equitum* de Pompeyo durante la guerra contra los piratas, podía vanagloriarme de su amistad. Había sido el propio general quien me había honrado con el apelativo de *Callido*, «astuto», tras haber desbaratado un complot para asesinarlo. Asignarme un caso tan delicado no molestaría a la facción pompeyana, pero dejaba el poder de decisión a Cátulo y los optimates. Yo era un simple *cuestor*, no tenía autoridad suficiente para rebelarme a sus órdenes, y Pompeyo estaba aún demasiado lejos de Roma para tutelarme. Tendría que investigar con sus condiciones.

Este asunto sobrepasaba el aspecto penal, era una cuestión de propaganda política. Cátulo había jugado bien sus cartas y, terminara como terminase la historia, saldría reforzado. Si yo resolvía brillantemente el caso, podría reivindicar como suya la opción

de confiarme su esclarecimiento. Si fallaba, mi fracaso tendría consecuencias negativas para Pompeyo. A ojos del pueblo, de hecho, yo era una extensión suya.

Cátulo había anunciado con mucho anticipo su candidatura al consulado para el año siguiente y había comenzado ya a afilar sus armas. Estaba dispuesto a todo con tal de conservar el poder, el suyo y el de los optimates, incluso a obtener beneficios de dos homicidios.

—¡Fuera! ¡Fuera! Aquí no hay nada que ver —gritó Cátulo cuando se dio cuenta de que su domus estaba asediada por un corrillo de curiosos.

—¿Dónde está el cadáver de Crisógono? —pregunté.

—He hecho que lo entrasen en la domus —respondió Cátulo, luego se volvió de nuevo a la multitud apiñada en todas las esquinas—: ¡Por Júpiter! Despejad la entrada.

Sus palabras no surtieron ningún efecto. Pensar que alejando el cadáver de la vista de los curiosos alejaría también el clamor por su descubrimiento ante su puerta había sido una mera ilusión.

La atención colectiva la catalizaba un hombre que arengaba a aquella platea improvisada revelando detalles truculentos sobre el estado del cuerpo. Tenía el cabello desgredado y la barba descuidada. Se había subido a los escalones del templo de la Mater Dei y gritaba para hacerse oír por encima del vocerío. Continuaba repitiendo que había visto a Crisógono antes de que se lo llevasen.

—¿Es verdad que no tenía orejas? —preguntó un hombre entre la multitud.

—Sí, se las han arrancado de cuajo. Dentro de uno de los agujeros que han dejado, me ha parecido ver un bastoncito.

—¿Qué bastoncito?

—No lo sé, estaba demasiado lejos para ver bien.

—Yo lo he visto, era un aspergillum —intervino otro abriéndose paso.

Era un adolescente con la cara y las manos manchadas de barro, listo para disfrutar de aquel breve momento de gloria.

Lancé una mirada a Cátulo. Él se limitó a asentir, con la cabeza baja. Al principio había minimizado las implicaciones religiosas tras aquellos delitos, pero esta noticia descabalaba las cartas sobre la mesa y abría nuevas posibilidades. El aspergillum era el utensilio que se empleaba para esparcir el agua durante el rito de purificación de la lustratio. En Roma esta ceremonia, caracterizada por el sacrificio de un cerdo, se había llevado a cabo por primera vez en el Campo de Marte, durante el reinado de Servio Tulio y, desde entonces, se repetía cada cinco años. El rito, sin embargo, provenía de Grecia, donde se utilizaba para purificar a quien se había mancillado con un crimen particularmente grave.

—¡Crisógono era un usurero! —chilló una mujer—. Arruinó a mi familia con la complicidad de Sila.

—Crisógono era un hombre de honor —objetó otro.

—¡Estamos todos en peligro!

—¿Quién será el próximo?

—Podría ser cualquiera.

No me gustaba el cariz que estaba tomando aquella suerte de comicios. Se estaba extendiendo el pánico, y el pánico en la ciudad llevaba siempre a reacciones violentas de las bandas de facinerosos. Había que dispersar a aquel gentío antes de que la situación degenerase.

—Censo, toma el mando —ordené—. Despejad la zona.

Censo no se hizo repetir la orden y sacó la vara. Los soldados de la escolta de Cátulo lo imitaron con el gladio. El hombre que hablaba subido a los escalones del templo de la Mater Dei fue el primero en alejarse desencadenando una desbandada de gente que se dirigió hacia las vías limítrofes.

Un esclavo nos abrió la puerta para que entrásemos en la domus de Cátulo. La agitación que se respiraba en el exterior dio paso de inmediato al orden de una casa patricia. El atrio era un triunfo de mármoles procedentes de África y de manufacturas orientales. De la indumentaria de los esclavos a las refinadas incrustaciones del mobiliario, todo transmitía la idea de opulencia y riqueza.

Cátulo se sentó al borde del impluvium y se enjuagó las manos, como si temiese haberse infectado por la proximidad del vulgo.

—Chusma inútil —rezongó. Luego se volvió a un esclavo—. Una copa de vino, para mí y para mis invitados.

No tenía ganas de beber, pero negarme habría sido de mala educación. El vino que me sirvió el esclavo, además, era una caricia para el paladar. Era de un rojo encendido, olía a miel y dejaba en la garganta un delicado regusto a cítricos.

—¡Por fin has vuelto! —protestó una mujer saliendo de un pasillo lateral.

Atravesó el atrio corriendo y se lanzó al cuello de Cátulo con tal ímpetu que casi lo hizo caer al estanque. Llevaba una estola de seda rosa a juego con el pasador que le sujetaba el largo cabello rubio en un moño.

—Haz que se lleven ese cuerpo mutilado —dijo subiendo el tono y acompañando las palabras con amplios gestos de los brazos—. Emanan influjos negativos en la casa.

—Tranquila, Aurelia —la apaciguó Cátulo.

—¿Cómo voy a estar tranquila? Hay un monstruo sin orejas atormentándome el pensamiento.



Tenía una voz estridente. La mímica facial, acentuada por el recargado maquillaje de alheña con el que intentaba disimular los signos de la edad, era digna de un gran actor.

Sus delirios y, más en general, su presencia eran una nota desafinada en aquel aura de orden y perfección que representaba la domus del princeps senatus.

Se trataba de Aurelia Orestila, la viuda de Catilina. Aun siendo parte de la formación política opuesta y habiéndose distanciado de la conjura, Cátulo no había renegado nunca de su amistad con Catilina y, después de su muerte, se había ofrecido a ayudar a la mujer acogiéndola en su casa. Una decisión que había suscitado la indignación de muchos senadores, que la acusaban de haber conjurado junto con el marido a espaldas de Roma.

—Cálmate —le dijo Lutacio con maneras paternales, acariciándole la espalda—. El cuestor Callido ha venido a propósito para examinar el cuerpo de Crisógono y arrojar luz sobre el caso.

Aurelia Orestila giró apenas la cabeza hacia mí, como si acabase de percibir mi presencia. Su mirada se detuvo primero en el rostro, luego se dirigió a los hombros y los músculos de los brazos que asomaban de la ligera túnica que me cubría. En sus ojos no leí curiosidad, sino una pizca de interés.

En todos aquellos años, nunca había oído a nadie elogiar a Aurelia Orestila sin referirse a su aspecto físico. Historias relacionadas con sus amantes, sin embargo, había oído a espuestas. Ni siquiera cuando Catilina aún vivía se había privado de alimentar los chismes de muchos salones de la urbe.

—Perdona la intrusión, Aurelia —dije—. Con tu permiso, querría examinar el cuerpo para que se lo lleven en cuanto sea posible y aliviar, con ello, tu suplicio.

Aurelia Orestila se dirigió hacia mí con pasos lentos y cadenciosos. De improviso, había recuperado el decoro apropiado de una matrona romana. Me tomó la mano, dio la vuelta a la palma y la estudió con atención.

—Los hados te han reservado un gran futuro —comentó—. Leo ardor en tus ojos, el mismo ardor que tenía mi pobre marido. Eres joven y fuerte como él cuando nos desposamos. Ve y lleva a cabo tu misión, ¡haz que Roma se sienta orgullosa de ti!

### III

*H*abían acomodado el cuerpo de Crisógono sobre un lecho funerario improvisado en un cuarto trasero junto a la cocina. No había ventanas y, por tanto, para procurarme de la iluminación adecuada, hice disponer cuatro lamparitas de aceite, una en cada rincón.

Aunque no lo hubiesen asesinado, Crisógono no habría vivido mucho tiempo. A juzgar por su excesiva delgadez, no gozaba de buena salud. Tenía la cabeza ovalada y ni un solo pelo en ella. Brazos y piernas parecían bastoncitos finísimos pegados de cualquier forma a un tronco esquelético. Yo sabía que andaba por la cincuentena, pero parecía tener muchos años más.

Lo que más impresionaba era la falta de orejas, cortadas de raíz con un cuchillo. El corte era bastante preciso, provocado probablemente por una daga de pequeñas dimensiones. La mutilación, sin embargo, aunque cruenta, no había sido letal. Crisógono había muerto como consecuencia de una puñalada en el corazón. En torno a la cavidad de las orejas había mucha sangre coagulada, señal evidente de que la mutilación se había infligido en vida.

A la altura de las muñecas y en los tobillos había grandes manchas rojizas. Uniendo los brazos de la víctima, me di cuenta de que las líneas de los derrames coincidían. No había duda: antes de torturarlo y asesinarlo, habían atado a Crisógono con una cuerda.

Me fijé en la herida mortal, la del corazón. Un único golpe. Trayectoria de entrada limpiísima. El asesino había actuado sin titubeos. Quizá Crisógono se había desmayado después de la amputación inicial, haciendo el golpe de gracia muy sencillo. El arma, sin embargo, había cambiado. Si para cercenar las orejas se había usado un cuchillito, para apuñalarlo en el pecho el asesino había optado por un gladio de tipo militar, con una hoja gruesa y ancha. Un arma que no deja escapatoria.

Abrí los párpados del cadáver para estudiar las pupilas. En la guerra había matado a muchos enemigos tomándolos por sorpresa. Sus cadáveres tenían las pupilas muy dilatadas, una especie de reacción de los ojos a una muerte inesperada. Las de Crisógono, por el contrario, no presentaban anomalías. Su circunferencia era normal, lo

que demostraba que había muerto ya privado de los sentidos, quizá bajo el efecto de alguna droga.

Pasé a examinar la boca. Abrí los labios y percibí con los dedos una densa capa de polvo, casi mantillo. Rasqué mejor con el índice, lo olí y lo examiné con atención. No era polvo, eran migas. Las mismas que encontré entre los dientes, como si hubiesen obligado a Crisógono a comer a la fuerza algo que no había conseguido tragar del todo. Eran restos de un dulce de miel.

Sobre la lengua tenía una moneda: un dracma de plata. La extraje y la giré entre las manos varias veces. Era, seguramente, de cuño romano, pero no la había visto nunca. En la cara tenía un lituo, un bastón ritual; en la cruz, Júpiter guiaba al galope una cuadriga, con la leyenda ROMA como exergo.

—¡Esclavo! —llamé.

El esclavo que me había acompañado a aquel cuartito entró enseguida. Tenía el pelo blanco peinado con flequillo para esconder una cicatriz en la frente.

—A tus órdenes, noble Callido —dijo inclinándose con deferencia.

—Los libitinarii no han venido aún, ¿verdad?

—No.

—¿Alguno de vosotros ha tocado el cadáver de Crisógono?

—No, señor. El dominus Cátulo nos ha ordenado traerlo aquí y nosotros hemos obedecido.

—Entonces, ¿nadie le ha metido una moneda entre los labios?

—Desde luego que no, habría sido un acto de desobediencia.

El asesino no había tenido piedad con Crisógono mientras vivía. No había dudado en mutilarlo y asesinarlo de un modo bárbaro, pero después había demostrado una pizca de humanidad dejándole sobre la lengua una moneda como óbolo para Caronte, el barquero del Hades. Un acto de caridad, aunque fuese post mortem, excluía un odio profundo. ¿Era posible que el verdugo no conociese a la víctima y la elección hubiese sido casual?

—He oído que el asesino ha dejado un aspergillum en el cadáver, pero no lo veo... — dije, dejando la frase en suspenso.

—Se ha caído mientras transportábamos el cuerpo. Estaba clavado en el oído derecho.

—Quiero examinarlo. Tráelo enseguida.

El esclavo hizo una reverencia y salió dejándome solo en aquel cuarto estrecho y sin ventanas. El olor era penetrante. Al hedor a cerrado se añadía el tufo del cuerpo que comenzaba a dar muestras de putrefacción. Las moscas se posaban en los agujeros de

las orejas mientras algunos gusanos se daban un banquete en la herida del pecho. No había muerto aquella mañana. A juzgar por el estado de conservación, la hora del deceso se remontaba al menos a la tarde anterior.

Los dulcecitos de miel, el aspergillum, la mutilación antes del golpe de gracia, el cambio de arma. Si bien la mía podía ser solo una sugestión dictada por los cotilleos de la gente, cuanto más examinaba el cuerpo, más me convencía de que estaba frente a un sacrificio ritual.

—Aquí está lo que has pedido —dijo el esclavo volviendo a entrar y tendiéndome el aspergillum.

Tenía aproximadamente la longitud de mi mano. Adornado con varias incrustaciones que representaban escenas sagradas, de óptima factura y madera de olivo. Despedía un vago olor a incienso quemado. No había restos de agua, lo que demostraba que el rito se había celebrado varias horas antes. El adolescente de fuera había contado que lo había visto clavado en el oído y, de hecho, en el extremo del puño había sangre coagulada. Era como si el asesino, antes de matarlo, hubiese querido purificar a Crisógono para lavar la deshonra de sus acciones en vida. Su familia no estaba bien vista en la ciudad y muchos alimentaban contra él sentimientos de desquite. Crisógono y su padre, muy cercanos a Sila, se habían enriquecido a costa de los proscritos adquiriendo, con el plácet del dictador, sus bienes a cifras irrisorias.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo esta mañana? —pregunté al esclavo.

—Valeriano, uno de los cocineros.

—Ve a llamarlo, tengo que hablar con él.

—Pero es casi la hora de la comida. El dominus Cátulo es muy severo cuando no se respetan los horarios.

—Hoy hará una excepción. ¡Ve!

—Como ordenes —dijo saliendo.

Valeriano era un hombre de mediana edad, sudoroso y con la barbilla pringosa. Tenía una barriga prominente que le entorpecía el movimiento. Es cómico, pero en Roma era casi imposible encontrar cocineros delgados; si un cocinero no come en abundancia de lo que cocina, ¿cómo puede inspirar confianza a su señor?

—¿Me buscabas, noble Callido? —comenzó, limpiándose las manos en la túnica.

—Llévame al lugar en que has encontrado el cuerpo de Crisógono.

Asintió y me indicó que lo siguiese. Era un hombre de pocas palabras: evidentemente agotaba su creatividad en la cocina y no consideraba oportuno perder el tiempo charlando.

—Era pronto, poco después de la prima —me explicó abriéndome camino con su

andar lento y tambaleante—. Salía para ir a la lonja del pescado. El dominus Cátulo es muy exigente en la mesa y tengo que llegar antes de que se agote el mejor género. Una vez me acusó de haberle preparado una caballa estropeada y me castigó dejándome dos días sin agua.

—¿Has visto el cadáver enseguida?

—Era difícil pasarlo por alto.

El esclavo que guardaba la puerta nos la abrió, pero Valeriano se detuvo en el umbral.

—El cuerpo estaba justo aquí —señaló con el índice cerca de la puerta—. Prácticamente, me he tropezado con él al salir.

Me asomé para observar mejor. Los soldados de la escolta de Cátulo vigilaban la zona manteniendo a distancia a los curiosos que aún circulaban por los alrededores con la esperanza de oler la sangre. Una esperanza vana, pues sangre no había, ni siquiera una salpicadura, ni una gota. Me agaché a examinar el empedrado del pavimento, deteniéndome en los intersticios.

Ni rastro. A Crisógono lo habían asesinado en otro sitio y luego, varias horas más tarde, lo habían transportado hasta allí. Debía de haber un motivo si el asesino había elegido justo aquel lugar. La domus de Cátulo se alzaba en la vía Nova, la calle urbana que, junto con la vía Sacra, partía del foro y atravesaba el Palatino. Comenzaba en la parte nororiental de la colina, seguía la falda septentrional y pasaba por el Velabro, junto a la puerta Romanula. El porticus Catulii no era un punto estratégico. Era una zona elegante, pero no clave para atravesar Roma. Si habían abandonado a Crisógono allí, era para enviar un mensaje a Cátulo: no había otra.

—Estaba acurrucado junto a la puerta. La herida en el pecho no se veía y tenía un paño sobre la cabeza, que escondía la mutilación de las orejas —precisó Valeriano—. Al principio, he creído que era un vagabundo durmiendo.

—¿No habría sido extraño un vagabundo, quizá borracho, en una zona como esta?

—En estos tiempos no me sorprende ya nada. He intentado echarlo a un lado, pero no daba señales de vida. Luego, cuando he visto que apretaba contra el pecho una estatuilla de la diosa Mania, he entendido que algo grave había sucedido.

—¿La diosa Mania? ¿Estás seguro?

—Como lo estoy de estar hablando contigo ahora.

—¿Es posible que la figurita estuviese estropeada y te hayas confundido?

—Era, sin duda, la diosa Mania.

—¿Por qué no la he visto con el cuerpo?

—No sabría decirte. Puede que la haya robado alguien que pasaba, antes de que los

esclavos de Cátulo hayan metido en casa el cuerpo. Era más o menos del tamaño de mi mano, no sería difícil de ocultar entre los pliegues de una túnica.

O el asesino intentaba despistarnos o había claras implicaciones religiosas en la muerte de Crisógono, y quizá también en la de Rabirio. La presencia del aspergillum y de los dulces de miel eran ya elementos inequívocos, pero la estatuilla de Mania podía proporcionarnos mayores indicios sobre el motivo del delito. Mania era la diosa de la muerte, una divinidad que procedía de la mitología etrusca, en la que, junto con Mantus, gobernaba el mundo de las almas de los difuntos. En Roma muchos la asimilaban a las Furias, personificación femenina de la venganza. Como para estas, el deber de Mania era vengar los crímenes, en particular los cometidos contra la propia familia.

—¿Has reconocido enseguida a Crisógono? —pregunté.

—No, no lo había visto nunca. Ha sido una mujer la que lo ha identificado.

—Cuéntame lo que ha pasado.

—He dado la vuelta al cuerpo para pasar —explicó Valeriano haciendo el gesto—. Solo entonces he visto las heridas del pecho y las orejas. He gritado del susto y se han acercado algunos transeúntes.

—Entre ellos, la mujer —me anticipé para invitarlo a ir al grano.

—No, ella se ha quedado aparte, al otro lado de la calle. Era evidente que lo conocía bien porque le ha bastado un vistazo de lejos para entender que era Crisógono. Lo ha llamado por su nombre, especificando también que era el hijo del liberto de Sila.

—¿Recuerdas sus palabras exactas?

—Seguro, sonaba casi como un epitafio cruel: «La vida da y la vida toma», ha dicho. «Por fin Crisógono ha pagado por las vilezas que ha cometido.»

—Y esa mujer ¿ha acudido cuando has gritado o estaba ya cerca, quizás en la escalinata del templo?

Valeriano guiñó los ojos como si quisiera revivir la escena. Luego, negó decidido con la cabeza.

—Puede haber llegado desde cualquier sitio, no le he prestado atención. Lo siento.

Este detalle confundía los datos que ya tenía. Parecía casi que la presencia de aquella mujer en la escena del crimen no hubiese sido casual. Era como si hubiese estado esperando que alguien descubriese el cadáver para acercarse a identificarlo.

—¿Cómo era?

—Atractiva. Castaña, de unos cuarenta años. A juzgar por la estola elegante que llevaba, diría que es de familia noble o, al menos, rica.

—¿Llevaba séquito de esclavos y ancilas?

—No, estaba sola.

Otro elemento que no cuadraba. Era más bien insólito que una matrona romana rica estuviese en la calle a aquella hora de la mañana y, sobre todo, era impensable que estuviese sola, sin una escolta que la acompañase.

A lo lejos se oía el paso acompasado de hombres que se movían a la vez. Me volví y vi a cuatro esclavos etíopes transportando una litera. Las cortinas eran de un amarillo tenue, una antítesis de los colores chillones que estaban a la moda entre las mujeres más conocidas de Roma.

Los soldados que vigilaban la zona por cuenta de Cátulo reconocieron las insignias y se apartaron. La litera se detuvo ante la entrada de la domus, a poca distancia de donde estábamos Valeriano y yo.

Una esclava que caminaba unos pasos por detrás se acercó al pelotón, apartó la cortina y tendió el brazo para ayudar a su ama a bajar.

—Ave, Lutacia —la saludó Valeriano.

—He venido en cuanto me he enterado —respondió la muchacha bajando de la litera mientras la esclava se apresuraba a recolocar los cojines del interior.

Era joven, apenas pasados los veinte. De niños, alguna vez habíamos jugado juntos en la domus de Sila, pero hacía ya años que no la veía. Difícilmente la habría reconocido si Valeriano no la hubiese llamado por su nombre. Lutacia Domicia, hija adoptiva de Cátulo. Llevaba un supparum blanco, de amplias costuras rojas, que le dejaba al descubierto el hombro izquierdo. La tela era muy adherente y ponía de relieve un físico esbelto. El pelo negro estaba recogido en un tutulus, una tiara púrpura, en forma de cono, que le bajaba hasta la frente.

—Quiero ver enseguida a mi padre —dijo volviéndose al esclavo portero—. Un muerto delante de casa en vísperas de la campaña electoral es un presagio pésimo. ¡Venderemos esta domus de inmediato!

## IV

*E*l vino no había prestado audacia a Cátulo. Las cuatro copas que ya había bebido solo le habían cambiado el color, que lucía más lozano, no su humor inestable. Reclinado en un triclinio en el tablinum de su domus, acariciaba con una mano una manzana; con la otra, una copa, alternando mordiscos y sorbos a intervalos regulares.

Cátulo estaba perdiendo el control y no se preocupaba de ocultarlo. Sus pensamientos no seguían un curso lógico, el ojo derecho era presa de un tic nervioso y las manos mostraban un temblorcillo inconsciente. Si hubiese imaginado una reacción así, habría sido más cauto en la reconstrucción de los hechos, pero había contado mis suposiciones sin omitir nada, con la intención de recompensar la confianza que se había depositado en mí. Mi relato había hecho mella, pero no en la manera que había esperado. Saber que aquel cadáver podía ser un mensaje dirigido a él en concreto lo había perturbado y le costaba encontrar la lucidez.

—¡Dejaremos esta domus enseguida! —insistió Lutacia.

—Ni pensarlo —objetó Cátulo esforzándose por parecer decidido—. No me importa por qué han matado a Rabirio y Crisógono: no voy a dejarme intimidar y seguiré en mi sitio.

—¡Es demasiado peligroso! ¿Y si fueses tú el siguiente objetivo de ese loco sanguinario?

—¡Estoy dispuesto a defenderme! —gritó Cátulo, pero su voz perdió dureza e hizo un gallo.

—Ya no tienes edad de luchar.

—¡Soy romano! Me he enfrentado a enemigos valerosos y aún puedo hacerlo.

Para dar mayor credibilidad a sus palabras, el princeps senatus se abalanzó hacia uno de los guardias que vigilaban la estancia e intentó arrebatarse el gladio que llevaba a la cintura. El movimiento fue demasiado rápido y artificioso. Cátulo perdió el equilibrio, resbaló del triclinio y acabó en el suelo.

Lutacia y Aurelia Orestila se apresuraron a socorrerlo, pero él extendió el brazo derecho para detenerlas.



—¡Alejaos! —dijo inclinando la cabeza y ocultándola entre los pliegues de la toga.

—¡No! —replicó Lutacia, haciendo caso omiso de la orden. Lo sujetó dulcemente por los hombros y lo ayudó a sentarse de nuevo en el triclinio—. Ven a mi casa al menos por unos días. Nadie notará tu ausencia y tu reputación no se verá menoscabada.

—Pensad qué diría el pueblo si me viese en este momento —añadió Cátulo con un punto de amargura—. Un viejo débil e incapaz incluso de empuñar un arma. ¿Qué idea se harían de mí los ciudadanos si huyese? Nadie me votaría.

—Yo te votaría: confío en ti —dijo Lutacia mientras enjugaba con un paño la sangre que salía de la nariz de su padre después del golpe contra el suelo.

—Mira, aún tienes cierta influencia sobre la plebe —intervino Aurelia Orestila—. Aunque puede que esta no sea siquiera plebeya, a lo mejor le corre por las venas sangre esclava.

Lutacia se volvió de pronto hacia la mujer. Se le endureció la mirada y, por un instante, temí tener que interponerme entre ellas para evitar un ataque físico.

—Es inútil que finjas ser tan tierna, sé muy bien que solo quieres seguir sacándole dinero a Cátulo —insistió Aurelia Orestila—. El último negocio de esa nulidad de marido tuyo también ha fracasado y ahora corres el riesgo de encontrarte en la calle sin la protección del princeps senatus.

—¡No es cierto! Siempre he buscado su afecto, nunca su dinero.

—¿Cuando viniste a pedir un préstamo para tu marido buscabas su afecto?

—¡Calla!

—Soy una matrona romana y no va a venir a darme órdenes la hija de nadie. Naciste esclava ¡y esclava morirás!

—Soy hija de Lutacio Cátulo y llevo orgullosa su nombre —exclamó Lutacia.

Pero sus ojos traicionaron su escasa convicción. No buscaron la mirada de su interlocutora, miraron al suelo con una pizca de inquietud, como si aquella respuesta estuviese dirigida más a convencerse ella que a los demás. Aquel tema era un nervio al descubierto, el talón de Aquiles de Lutacia. Aurelia Orestila lo sabía y para provocarla atacaba sus orígenes.

—Dejadlo de una vez —dijo Cátulo volviendo a recuperar su autoridad.

Se puso en pie y adoptó una postura orgullosa para dar a entender que había dejado atrás el momento de debilidad. Había vuelto a ser dueño de sí y estaba listo para manejar la situación.

—Sin quererlo, le he seguido el juego al asesino —añadió—. Vivimos una fase política muy delicada, hemos dejado atrás la conjura urdida por Catilina, pero el recuerdo sigue vivo en las mentes. Estos homicidios son una clara señal de que alguien quiere

desencadenar el pánico entre el pueblo para adueñarse de la urbe. Hace falta muy poco para ganarse las simpatías de la gente y subvertir el poder del Senado.

Cátulo suspiró y miró al compluvium. El cielo se estaba nublando, el azul dejaba paso a amplias nubes grises y al sol le costaba mantener su espacio. Si hubiese sido más supersticioso, habría pensado en un paralelismo con lo que estaba sucediendo en la ciudad. Una sombra se cernía sobre nosotros. Nada aterrizzaba tanto a los romanos como los misterios religiosos y los crímenes que recordaban abiertamente los sacrificios humanos.

—No podemos permitir que se extienda la histeria colectiva —dijo Cátulo volviéndose hacia mí—. Otro crimen y ningún ciudadano querrá volver a salir de casa por miedo a ser la próxima víctima de este bárbaro mutilador. Flavio Callido, ¡Roma te necesita! Hoy mismo haré que el Senado apruebe una moción para confiarte oficialmente la investigación. Si es necesario, te asignaré otros diez lictores e incluso al ejército, siempre y cuando actúes deprisa y descubras lo más rápido posible al asesino.

Cátulo entrecerró los ojos y tomó aliento. Reprimió un sollozo y relajó los músculos sobre el triclinio. Tuve la impresión de que su cuerpo perdía consistencia, se vaciaba de energía. Me resultaba inimaginable que un hombre autoritario como él, que había ganado poder y prestigio en el periodo de las listas de proscripción de Sila, pudiera dejarse perturbar de aquella manera por el descubrimiento de un cadáver.

Observé a mi padre, Espurio, a su espalda. Se había mantenido apartado y había hablado poco, pero no hacían falta palabras para entender su estado de ánimo. En sus ojos se había encendido una nueva luz, una chispa de altivez. Estaba orgulloso de que yo tuviese un deber tan importante, reconocido oficialmente por el Senado por iniciativa de su representante de mayor autoridad.

Yo mismo era consciente de que esta historia podía cambiar para siempre mi destino. Hasta ahora mi estrella había brillado varias veces durante las campañas contra Mitrídates y contra los piratas, aunque nunca con luz propia, siempre a la sombra del gran Pompeyo. Esta vez tenía la oportunidad de destacar en primera persona ante los hombres más influyentes de Roma, escalando en poco tiempo las jerarquías del cursus honorum.

No había tiempo de esperar a que el Senado formalizase la moción de Cátulo para confiarme la investigación. Tenía que moverme deprisa y actuar mientras la sangre vertida estuviese aún caliente. En un asunto de homicidio es importante no perder el impulso de los datos ya averiguados, y mi objetivo era vincular la muerte de Crisógono con la de Rabirio. Comprobar que detrás de aquellos crímenes había una única mano sería ya un gran avance, con la esperanza de identificar al asesino antes de que actuase

de nuevo. De una cosa, sin embargo, estaba seguro: aquella serie iba a continuar. Las implicaciones religiosas eran evidentes, pero no quería que me condicionasen. Tenía que enfrentarme al asunto con la mente despejada.

Estaba junto a Lutacia en la litera. A pie nos seguían su esclava personal, tal vez una precaución impuesta por el marido para vigilarla en su ausencia, y Censo. La hija de Cátulo había decidido implicarse junto a mí en la investigación, y no había habido manera de hacerla cambiar de idea. Al principio, su padre y yo nos habíamos opuesto, pero ella no había atendido a razones.

—Mi familia está en el punto de mira —me había dicho—. No puedo quedarme indiferente y haré todo lo que esté en mi poder para arrojar luz sobre esta historia.

—Te agradezco y aprecio tu interés, pero no es preciso —le contesté desubicado—. Con los lictores que dispondrá para mí el Senado tendré todo el apoyo necesario.

—Si la muerte de Crisógono es un mensaje para Cátulo, la mente detrás de esta atrocidad podría ser alguien cercano a mi familia. ¿Quién mejor que yo podrá ayudarte en ese sentido?

Dos ilustres ciudadanos encontrados muertos con mutilaciones que hacían pensar en sacrificios humanos y una investigación que escondía sutiles juegos políticos. El caso se presentaba ya muy delicado y no podía permitirme aguantar los cambios de humor de una aburrida matrona romana a la caza de emociones fuertes.

—Tu padre está muy trastornado —insistí en un intento de hacerla desistir—. Sería más oportuno que te quedases a su lado para darle apoyo.

—Mi apoyo no le faltará, desde luego. Mi esposo no volverá de Macedonia hasta dentro de unos días y, por tanto, he decidido que me trasladaré a la domus de Cátulo. Quiero ayudar de forma concreta a mi padre y estoy convencida de que la mejor manera de hacerlo es tomar parte en la investigación.

Testaruda y presuntuosa, así era Lutacia. Una pena no podérselo decir abiertamente.

—Lutacia, no tomes decisiones precipitadas —intentó echarme una mano Cátulo—. Callido es magistrado y tiene adiestramiento militar. Está cualificado para esta misión, pero tú...

—Deja que lo haga —intervino Aurelia Orestila para sorpresa de todos—. Siempre ha sido una mente astuta y emprendedora, sus orígenes esclavos han debido de transmitirle el arte de arreglárselas. Permite que acompañe a Callido y puede que, por primera vez en su vida, sea útil para algo.

El apoyo de Aurelia Orestila, pese al desprecio con que lo había expresado, venció la resistencia de Cátulo, lo convenció para secundar la decisión de su hija y, así, me

encontré enfrentándome a días cruciales para mi futuro con una noble mimada, ansiosa de jugar a los magistrados, junto a mí.

A lo largo de la vía Nova bajamos de la litera para seguir a pie. Lutacia caminaba a mi lado, poniendo atención a no quedar atrás siquiera un paso, como para recalcar nuestra paridad de estatus. Nos dirigíamos a la domus de Rabirio, la primera víctima, en la periferia del Palatino. Una zona de nivel social intermedio, en la que los patricios venidos a menos vivían junto a plebeyos enriquecidos.

—Crisógono no vivía aquí —observó Lutacia.

—En realidad, vamos a casa de Rabirio —respondí sin mirarla.

—Creía que antes de prestar atención a Rabirio queríamos profundizar en los detalles de la muerte de Crisógono.

—Pues creías mal.

Lutacia miró al suelo con expresión de enojo.

—Trabajamos juntos —dijo con un hilo de voz—, tenemos que discutir las decisiones.

—¡No! —estallé sujetándola de los hombros, como si quisiese despertarla de aquella ilusión suya—. Puede que trabajemos juntos, pero entérate de que entre nosotros no hay democracia. Yo decido cómo nos movemos y, si no estás de acuerdo, puedes irte ahora mismo. No tienes ni la más mínima idea de cómo se trata un caso así y, si te dejo demasiada iniciativa, acabarás por estropearlo todo.

—¿Por qué no has dicho eso delante de mi padre?

Lutacia no estaba acostumbrada a que la contradijesen y aquel movimiento desesperado mío no surtió los efectos deseados. En vez de hacerle comprender lo imprudente de su postura, provocó un claro cambio de actitud. Primero había intentado conmoverme con ojos de cordero degollado, ahora se transformó en lobo e hizo valer la autoridad de los Lutacio para reafirmar su poder de decisión.

Un enfrentamiento frontal habría inclinado las relaciones y resultado contraproducente. Tenerla a mi lado no era una solución óptima, pero tenerla como enemiga podía revelarse aún peor. Tenía influencia sobre Cátulo y podía venir bien para presentar la situación de color de rosa incluso en el caso de que las investigaciones fuesen infructuosas.

Cambié de estrategia y me mostré más conciliador.

—En esta fase es fundamental examinar el cadáver de Rabirio para encontrar posibles puntos en común entre las dos muertes —dije.

Luego, para hacerle partícipe, le expliqué los detalles que había descubierto en el cuerpo de Crisógono y que esperaba encontrar también en el de Rabirio, subrayando los aspectos en los que me había propuesto profundizar.

Lutacia me escuchó en silencio, sin mostrar ninguna deferencia hacia mí. Mantenía una actitud neutra, sin decidirse a confiar. No me miraba, tenía los ojos fijos en los anchos hombros de Censo, que iba delante.

—¿Desde cuándo te tiene ojeriza Aurelia Orestila? —pregunté cambiando de tema.

Había empezado con mal pie, convencido de poder controlarla, había dado un paso en falso y ahora tomaba medidas para arreglarlo buscando argumentos que me permitiesen mostrarme solidario con ella. No tenía intención de avenirme a sus deseos, pero era preciso que nos entendiésemos si quería que fuera más maleable a mis decisiones. Lutacia ya había aceptado a regañadientes la opción de prescindir de las cortesanas de escolta que, a mi parecer, solo nos habrían retrasado. Mi prejuicio contra ella corría el riesgo de poner en peligro la investigación más que la imprudencia de Lutacia. No podía permitir que incubase contra mí una rabia y un rencor que, tarde o temprano, acabarían por estallar creando daños irreparables.

Lutacia se detuvo, sorprendida por aquella pregunta. Se volvió hacia mí y me miró de frente a los ojos, valorando cómo tomársela. Había tocado un punto débil.

—Desde siempre —respondió resoplando—. Prácticamente desde el momento en que se mudó a casa de Cátulo. Dejó claro enseguida que solo había lugar para una mujer en condiciones de poder y que esa mujer era ella.

—¿Por quién tomó partido Cátulo?

—Tiene una actitud imparcial, pero no iré nunca contra Aurelia Orestila. Es como si tuviese aún un vínculo con Catilina y se sintiese obligado a asistir a la esposa. Una noche, antes de huir de Roma para encontrar la muerte en Pistoia, Catilina se encontró secretamente con Cátulo. Sabía que pronto lo matarían y le pidió que cuidase de Aurelia Orestila.

—¿No es raro que el princeps senatus, el caudillo del partido de los optimates, aloje en su casa a la esposa de un enemigo de la República que conjuró para subvertir los equilibrios de poder?

—Fueron amigos durante mucho tiempo, desde el ascenso de Sila. Cátulo, aunque sin apoyar los últimos movimientos políticos de Catilina, nunca renegó de su profunda relación.

Una profunda relación fundada en a saber cuántos crímenes perpetrados juntos en el periodo de las listas de proscripción de Sila, me dije sin dar voz al pensamiento.

## V

La domus de Rabirio estaba en la ladera noroccidental del monte Palatino, a espaldas de la casa de las vestales, a lo largo del tramo conocido como baja vía Nova, que conducía a la vicus Tuscus. La majestuosidad y la ostentación de poder y riqueza de la domus de Cátulo eran un lejano recuerdo. Parecía casi otra parte del mundo, donde la apariencia contaba más que la sustancia. A nuestra derecha había construcciones cuyo estilo evocaba el de las domus patricias, aunque la elección de materiales traicionaba un escaso cuidado por los detalles. La sensación que daba era la de una clase social en lento ascenso, cuyo camino para llegar al nivel de la élite romana era aún largo.

Resultaba difícil de creer que un senador, tras haber ejercido importantes cargos públicos, se hubiese retirado en aquella zona, en estrecho contacto con mercaderes y soldados enriquecidos.

—El proceso debilitó las finanzas de Rabirio —explicó Lutacia como leyéndome el pensamiento—. Se vio obligado a vender gran parte de sus bienes para pagar a Cicerón y Hortalo, que lo defendieron.

Asentí: a Rabirio lo habían acusado de perduellio, es decir, de alta traición al Senado y su autoridad, por la represión que había dirigido hacía unos cuarenta años contra el tribuno de la plebe Saturnino. Rabirio había logrado evitar la condena a muerte, pero no había podido celebrar el éxito del proceso. Aunque victorioso en la sentencia, había sido derrotado en la práctica, y se vio obligado a vivir una vejez mediocre después de haber dilapidado en costas legales el gran patrimonio acumulado en muchos años de cargos senatoriales.

No conocía bien los hechos, solo había oído hablar de ello mientras estaba en Asia, en las huestes de Pompeyo, y me propuse profundizar en la cuestión en cuanto pudiese. La investigación estaba en fase embrionaria y toda información relativa a las víctimas podía resultar inestimable para componer el mosaico.

—Esta es la domus de Rabirio —indicó Censo, pidiendo implícitamente permiso para llamar a la puerta.

—Anúnciame —dije.

Mi licitor llamó con el pie y esperó a que el esclavo de la entrada viniese a abrir. Transcurrió el tiempo de vaciarse toda una ampolleta del reloj de arena sin recibir respuesta. De dentro provenían ruidos amortiguados, un vocerío confuso acompañado de muebles que golpeaban las paredes.

Ordené llamar de nuevo, pero, antes de que Censo lo hiciese, la puerta se abrió. En el umbral apareció un viejo esclavo de barba descuidada y vestido arrugado.

—El cuestor Flavio Callido y Lutacia Domicia, hija del princeps senatus Lutacio Cátulo, están aquí para rendir honores a Cayo Rabirio —anunció Censo.

El esclavo miró alrededor con aire distraído, como para asegurarse de que no había nadie más. Parecía no haber entendido quiénes éramos. Reprimió un bostezo y se frotó con una mano los ojos legañosos; luego, con un gesto de la cabeza, nos indicó que lo siguiésemos a través de un jardín que había visto días mejores. La hierba estaba descuidada; los pocos árboles, secos y sin hojas; las estatuas, desportilladas en diversos lugares.

El esclavo nos condujo al interior de la domus. El atrio no estaba en mejores condiciones que el jardín. Nubes de polvo revoloteaban de un lado a otro, y un tufo rancio impregnaba el aire. Habían dispuesto en el centro el lecho funerario donde yacía el cuerpo de Rabirio para la expositio.

Los ruidos que desde fuera habían parecido amortiguados eran ahora más nítidos y se distinguían bien. No se trataba de un vocerío, sino de gemidos y gritos femeninos. Palabras gruesas de clara naturaleza sexual.

—Mi ama no les puede recibir en este momento —dijo el esclavo con desenvoltura dejando escapar una sonrisilla.

—No importa —respondí—. Estamos aquí para despedirnos de Rabirio.

El esclavo se dirigió al lecho funerario.

—Es el último día de exposición —explicó para justificar a su ama—. No esperábamos que viniese nadie ya.

Levanté un brazo para ordenarle silencio. Hacía poco que el marido había muerto, el cuerpo estaba aún expuesto en la domus y la mujer se divertía en otro cuarto con el amante. Una presentación poco edificante para la señora de la casa.

Me acerqué a Rabirio. El estado del cadáver chocaba con la dejadez del ambiente que lo acogía. A pesar de la horrenda cavidad, el anciano rostro del exsenador estaba sereno. Los pocos cabellos que le quedaban estaban peinados con cortinilla, en un intento de esconder la calvicie. Llevaba una túnica de lino inmaculado y sujetaba entre las manos ramitas de olivo. La piel estaba blanquísima, casi resplandeciente, lavada y untada de óleos y ungüentos para ralentizar la descomposición.

Los libitinarii habían tratado el cuerpo en los últimos días y, por tanto, la escena parecía menos cruenta con respecto a la de Crisógono. Ambos cadáveres presentaban, al menos, un punto en común: una grave mutilación. En el caso de Rabirio habían sido, de hecho, dos. Si a Crisógono le habían quitado las orejas, a Rabirio le habían mutilado la nariz y cortado el dedo medio de la mano derecha.

Estudí el muñón. No había rastro de coagulación de la sangre. O los libitinarii habían hecho un trabajo excelente o el corte se había infligido post mortem. Otra cosa era la nariz. Me incliné hacia la cara para observar mejor. Una amputación limpia, un trabajo de precisión, realizado con un cuchillo manejable y de pequeñas dimensiones. Con las uñas rasqué un poco el maquillaje de las mejillas y desvelé pequeñas manchas rojizas. La sangre se había derramado de forma tan copiosa y se había coagulado sobre la piel de tal manera que había sido imposible lavarla por completo. Crisógono estaba vivo en el momento en que había perdido las orejas, y Rabirio cuando le habían cercenado la nariz.

Estaba seguro de que no era la única analogía entre las dos muertes y, para verificarlo, necesitaba desnudar el cuerpo. Con la mirada invité a Censo a ayudarme y juntos descubrimos el pecho del difunto. El esclavo nos observó con curiosidad, pero nos dejó hacer sin mediar palabra.

Mi intuición se reveló correcta. Tampoco Rabirio había muerto por la repentina cercenadura, sino de una puñalada en el corazón. El corte tenía al menos tres dedos de largo y, como para Crisógono, el arma para el golpe de gracia era distinta de la utilizada para tajar la nariz. Probablemente, un gladio de tipo militar. No era la única herida del pecho. En la parte derecha, junto al brazo, había un corte bastante profundo que debía de remontarse a unos días antes. Le habían aplicado puntos y los labios de la piel se estaban cerrando.

Comprobé primero las muñecas y luego los tobillos. A pesar de las cremas aplicadas por los libitinarii, los hematomas eran aún visibles. También a él lo habían atado.

—Sobre el cuerpo de tu amo, ¿se ha encontrado un aspergillum? —pregunté al esclavo.

—No lo vi con mis propios ojos, pero eso me han dicho —respondió—. Un pequeño aspergillum de madera de laurel, de los que se suelen utilizar para la lustratio.

—¿Te han dicho también dónde lo encontraron? —añadí.

—Sí, justo aquí —dijo indicando lo que quedaba de la nariz de Rabirio—. Hincado en la carne.

Necesitaba reflexionar. Tenía que analizar todos los detalles sin dejarme distraer por la primera impresión, que podía resultar engañosa. No se podía descartar que todo el



ritual no fuese otra cosa que una puesta en escena para desviar la atención del verdadero motivo de los crímenes. Me alejé del cuerpo para dejar sitio a Lutacia. Ella imitó mis movimientos y examinó cada franja de piel del cadáver de Rabirio, demorándose en particular en el dedo que faltaba. Acercó la cabeza y se detuvo largo rato sobre el muñón, antes de trasladarse a la nariz y el pecho. Estudió con gran meticulosidad las heridas, tocándolas varias veces con las manos. Solo en un segundo momento levantó los ojos buscando los míos. Por su expresión, comprendí que había llegado a la misma conclusión que yo.

El modus operandi era casi idéntico. Las dos víctimas habían sido atadas, mutiladas y solo después asesinadas con una puñalada en el corazón. Dos ejecuciones estudiadas y llevadas a cabo hasta los últimos detalles sin la más mínima vacilación. Quedaba por entender por qué, en el caso de Rabirio, el asesino se había ensañado con el cadáver, mutilándolo también después de la muerte. Quizá cuando había asesinado a Crisógono lo habían interrumpido y no había podido completar el ritual. O puede que estuviésemos frente a dos verdugos distintos y que el segundo hubiese intentado simplemente imitar al primero, repitiendo las acciones que habían causado más sensación. Todos en Roma habían hablado de la amputación de la nariz de Rabirio, mientras que, en cuanto al corte del dedo medio, había habido el silencio más absoluto, como si se tratase de un detalle secundario que no merecía la pena mencionar. Yo mismo, para descubrirlo, había tenido que examinar el cadáver.

—Si antes era solo una hipótesis, ahora podemos decir con certeza que estamos ante sacrificios humanos —concluyó Lutacia dando voz a sus pensamientos.

—¿Cómo? —preguntó el esclavo sobresaltado.

—¿Dónde encontraron el cuerpo de Rabirio? —pregunté para cambiar enseguida de tema.

Solo nos faltaba que un esclavo fuese por ahí cotilleando sobre nuestras sospechas.

—En puerta Colina, a los pies de un sacellum dedicado a la diosa Mania.

Junto al cuerpo de Crisógono habían dejado una estatuilla de la diosa, a Rabirio lo habían encontrado a los pies de un sacellum en su honor. No podían ser simples coincidencias: seguro que, en el plan de la mente del asesino, la diosa Mania tenía un papel bien preciso. Yo nunca le había tenido particular devoción, pero los recientes avances hacían urgente profundizar en aquel culto tan recurrente en nuestra investigación.

—Puerta Colina está muy lejos de aquí —observé—. ¿Tenía tu amo algún motivo en particular para ir hasta allí?

—No. Bueno, no que yo sepa —respondió demasiado aprisa para resultar creíble.

Se pasó un dedo por los labios, quizá para hacerme creer que estaba pensando. Me quedé mirándolo esperando a que siguiese. No se hizo de rogar.

—Lo dejaron tendido en el suelo, con la barriga al aire y los brazos extendidos como en un crucifijo —añadió cambiando de tema—. No es todo: tenía la cara cubierta con un paño de lana. Un paño de lana —repitió el concepto— como los que se usan en las Compitalia.

Pese al hincapié que hizo en las palabras «paño de lana» y «Compitalia», no les presté mayor atención. No era de extrañar que un esclavo subrayase las dinámicas de aquella fiesta religiosa. El día de las Compitalia era, de hecho, el único en el que los esclavos se consideraban libres de sus obligaciones frente a su amo.

Me acerqué al cuerpo de Rabirio y le abrí la boca. Como esperaba, había una moneda sobre la lengua. La extraje con dos dedos y constaté que se trataba de un as de curso común, no de un cuño desconocido para mí como en el caso de Crisógono.

—Esta moneda —dije poniéndole la palma bajo la nariz—, ¿se la han puesto ahí los enterradores o estaba ya en la lengua cuando encontraron el cadáver de Rabirio?

El esclavo dio un paso atrás y guiñó los ojos en busca de un recuerdo o solo para observar mejor.

—Los enterradores, creo —farfulló, sorprendido de que me interesase por tal nimiedad—. Pero, a decir verdad, no lo sé.

Su desconcierto era real. Esta vez era sincero.

## VI

Cuando por fin terminó su coloquio carnal, Plotina, la esposa de Rabirio, accedió a recibirnos. Se trataba de una mujer marchita de años y aspecto. Era difícil saber si, al cabo del tiempo, había acumulado más kilos o más arrugas.

Se presentó sudada y acalorada. Las mejillas parecían a punto de prender fuego de lo rojas que estaban. Se había vestido a toda prisa y llevaba la túnica pegada a la piel, lo que ponía aún de mayor relieve sus pingües formas.

Se plantó bajo el umbral del atrio con las manos en las caderas, segura de sí y orgullosa de sus acciones. No solo no sentía vergüenza por haber hecho esperar a invitados ilustres obligándolos a escuchar gemidos y jadeos de forma impúdica, sino que quería además dejar claro, en caso de que fuese necesario, que no era una viuda desconsolada.

—El esclavo me ha dicho que estáis aquí para rendir honores a Rabirio, pero lo vuestro, más que honores, ha sido un examen —comenzó con modales expeditivos, pragmáticos—. ¿Qué buscáis?

—Soy el cuestor Flavio Callido y ella es...

—No he preguntado quiénes sois, sino qué buscáis —me interrumpió bruscamente.

—No quiero mentirte, Plotina —dije conciliador—. El Senado nos ha encargado investigar el homicidio de tu esposo.

—¿No ha sido el tabernero al que han apresado?

—Creemos que no.

—Bien, cuando descubráis al verdadero culpable, decídmelo; quiero recompensarlo generosamente.

La observamos en silencio, descolocados por aquella actitud.

—Entiendo que esperabais a una mujer llorosa —precisó colmando el vacío—, pero la muerte de mi marido no ha sido más que una liberación para mí. Tenía más amantes que dinero y me hacía la vida imposible. Estaba harta de tener que pagar sus deudas.

Le sonreí en un intento de mostrar comprensión, pero ella, más que eso, buscaba una forma de desahogo. No fue necesario animarla, siguió como un río en crecida.

—Rabirio era un desgraciado, con el vicio del juego. Pasaba casi todas las noches apostando a los dados en lugares poco recomendables. Y está claro que no ganaba nunca: era el clásico pollo al que desplumar. Por eso todos querían sentarse a la mesa con él. Venían a todas horas a pedir cita. Mercaderes, soldados, gladiadores; mi marido no hacía distinciones de clase social. Perdía con todos.

Plotina acompañó las últimas palabras con un resoplido airado y se fue a acomodar sobre un triclinio arrimado a la pared a nuestra derecha, el único mueble, salvo por el lecho funerario, en aquella despejada estancia. No nos invitó a imitarla, así que nos quedamos de pie ante ella.

—Y, cuando no se dejaba timar a los dados, estaba con alguna amante —continuó impertérrita—. En la época en que su nombre contaba aún algo, enriqueció todos los burdeles más importantes de Roma.

—Luego, el proceso fue un flagelo para vuestros recursos —sugirió Lutacia.

—Sí, Rabirio no tuvo escrúpulos en vender la domus del Palatino y obligarme a trasladarme aquí. Y, sin embargo, para sus intereses encontraba dinero siempre, a costa de menoscabar el patrimonio de mi familia, que ahora, gracias a él, está en las últimas. No hubo forma de hacerle cambiar el nivel de vida. Últimamente, por ejemplo, tenía una amante fija y gastaba aún más que cuando frecuentaba los burdeles.

—¿Sabes quién era? —pregunté.

—No, porque no me interesaba. Habría podido descubrirlo si hubiese querido, como he descubierto que había alquilado una casa en puerta Colina, donde la visitaba en gran secreto todos los días.

Plotina hablaba con tal vehemencia que el color rojizo de su rostro se había intensificado. Alzó un brazo para llamar la atención de un esclavo, que le sirvió con diligencia una copa de vino.

—¿Queréis? —preguntó alzando el cáliz—. Es bueno, viene de las viñas de mi hermana.

—Gracias, con mucho gusto —aceptó Lutacia, sentándose al borde del triclinio sin esperar una invitación de la señora de la casa.

Plotina fingió no darse cuenta y no se apartó para hacer sitio a la invitada. Siguió tumbada donde estaba, ocupando con su gran mole casi toda la superficie del mueble de mármol.

—¿No es gracioso? —añadió Plotina con una risa amarga—. Critiqué a mi hermana cuando decidió desposarse con un campesino. Era casi una vergüenza para la familia de la esposa de un senador, y ahora es ella la que tiene hectáreas y hectáreas de terreno mientras que yo me veo reducida a vivir en una domus plebeya. Creedme, quien haya

asesinado a Rabirio solo ha hecho un bien común. Mi esposo ha tenido lo que merecía, es obvio que no pagó al acreedor equivocado y que lo han castigado.

—¿Sospechas de alguno en particular? —preguntó Lutacia.

—No, la mía es solo una suposición, pero tenía el presentimiento de que tarde o temprano le sucedería algo grave. No se puede vivir constantemente al límite y esperar librarse siempre. Ya una noche había vuelto con una fea herida en el pecho.

—¿Cómo se la había hecho?

—Una riña que acabó mal, creo.

—¿No te alarmaste?

—No, cómo desperdiciaba su vida Rabirio ya no era asunto mío. Nos habíamos desposado solo por conveniencia mutua: a él le hacía falta el dinero de mi familia y a mí su rango de senador.

—¿Tu marido era devoto de la diosa Mania? —pregunté a bocajarro.

Plotina no se dejó sorprender por el brusco cambio de tema. Negó con la cabeza y fijó la mirada en un punto indeterminado a mi espalda, como si un grupo de actores estuviese escenificando la historia de su vida con Rabirio y extrajese de él la inspiración para responder.

—No, solo era devoto del juego de azar y las mujeres —dijo—. Si cuando lo mataron se encontraba en las proximidades de un sacellum no era, desde luego, para orar.

—Que tú sepas, ¿se reunió alguna vez con un tal Crisógono o lo nombró?

—¿Debería decirme algo el nombre?

—Su padre era uno de los poderosos libertos de Sila.

—Nunca lo he oído.

—¿Podría ser ella la asesina? —preguntó Lutacia en cuanto salimos de la domus de Plotina.

Censo gruñó para manifestar su desacuerdo.

—Tenía ojeriza a Rabirio y motivos de sobra para matarlo. Por lo que sabemos, podría haber mentado sobre el hecho de conocer a Crisógono —puntualizó Lutacia, picada por que la hubiese contradicho un lictor.

—Que tenía rencor al marido está claro —dije en un intento de halagarla—, pero no, ella no es la persona que buscamos. Si hubiese querido asesinar de verdad a Rabirio, lo habría hecho en casa, disimulando el crimen como accidente doméstico. Rabirio no era ya un gran personaje y su muerte habría pasado sin llamar la atención.

—Yo, sin embargo, creo que ha elegido una forma tan teatral para vengarse de todas las injusticias sufridas —insistió—. Quería que todos supiesen lo terrible que había sido su muerte.

—Y, si así fuese, ¿por qué matar también a Crisógono? ¿Solo como tapadera?

—No lo sé, pero estoy segura de que lo descubriremos.

—No ha sido ella —exclamó tajante Censo—. El asesino ha sido muy preciso al amputar la nariz; seguramente tiene experiencia militar en el manejo de las armas.

—Estoy de acuerdo: el corte es muy preciso —asentí—. Yo mismo no sé si conseguiría ser tan limpio y no me parece muy probable que se lograra con los dedos regordetes de Plotina.

—¿Cuál es, entonces, el próximo movimiento? —se rindió Lutacia.

—Hemos descubierto los puntos débiles de Rabirio: el juego y las mujeres. Tenemos que encontrar el talón de Aquiles de Crisógono.

—¿Vamos a ver a su familia?

—Antes nos detendremos en ese figón para un refrigerio rápido.

—¿Ese? —indicó con el dedo siguiendo la dirección de mi mirada—. No me parece adecuado.

—Estará muy bien para comer algo.

El local hacía esquina entre la vía Nova y una calle residencial salpicada de domus de reciente construcción.

—No es una buena idea —repitió Lutacia mientras yo entraba y escogía una de las mesitas libres.

—Para mí es perfecta: tengo hambre.

—Estamos perdiendo el tiempo, tendríamos que ir enseguida a ver a la familia de Crisógono.

—Tendremos todo el tiempo del mundo esta tarde. Ahora vamos a comer algo y a aclararnos las ideas.

Lutacia se sentó a mi lado y apretó los brazos contra el pecho, cerrándose en un silencio obstinado. Llamé la atención de un sirviente. El hombre titubeó ante nuestros anillos nobles, luego se volvió hacia el mostrador sin decir palabra. Transcurrieron unos momentos hasta que se nos acercó el tabernero en persona. Un hombre de unos cuarenta años, con maneras serviles y la sonrisa untuosa.

—Nobles señores, ¿qué puedo ofreceros? —dijo con aires de ceremonia—. Tenemos un excelente estofado de jabalí recién hecho.

—Algo más ligero —expliqué—. Fruta de temporada y pan de sésamo, acompañados obviamente de vuestro mejor vino.

—Os sirvo enseguida —respondió sin modificar la sonrisa, disimulando bien la decepción de no podernos servir una comida más sustanciosa.

—Agradezco tu ayuda —le dije a Lutacia en cuanto el tabernero se hubo alejado—, pero no estás obligada a quedarte.

—Creía que estaba ya claro que no conseguirás librarte de mí, aunque es lo que querrías porque piensas que soy un estorbo.

—No es por eso. Es para salvar las apariencias. Tienes esposo y vas a pasar varios días en compañía de un cuestor muy conocido si, como creo, esta investigación se alarga. Tu marido está en Macedonia y no querría que le llegasen rumores de cierto tipo. Sabes con cuánta rapidez se difunden los chismes en esta ciudad...

Sonreí esforzándome por resultar amable, convencido de haber tocado la tecla precisa. Las mujeres romanas se dividen en dos tipos: las dispuestas a todo para salvaguardar su reputación y las que disfrutaban del escándalo y están, por tanto, dispuestas a contar más amantes que años de vida. Esperaba que Lutacia fuese de las primeras, y que el temor a suscitar inútiles celos al marido, Elio Celonio, prevaleciese sobre el capricho de acompañarme en la investigación.

Me engañaba. Mis palabras no hicieron ni la más mínima mella en su coraza.

—¿Me explicas el auténtico motivo por el que estamos aquí? —preguntó ácida derribando mi discurso y mis esperanzas—. Desde luego no es para comer fruta y pan de sésamo.

—Lo que sabemos de Rabirio nos lo ha dicho la esposa —expliqué pacientemente—. ¿Te fías de ella? Yo sí, pero tenía demasiados prejuicios respecto del marido para resultar plenamente fiable y, por tanto, prefiero tener una confirmación de sus palabras. Este figón está justo detrás de la domus y estoy seguro de que el dueño puede darnos la información que buscamos.

Mis palabras parecieron convencerla. Vi como se le relajaban los músculos de los hombros y el mohín del rostro se dulcificaba.

El tabernero volvió con albaricoques, cerezas y un racimo de uvas. Junto a él, una sirvienta nos sirvió el pan y dos cuencos de vino.

—He cambiado de idea —exclamó Lutacia, de repente animada—. Querría probar el estofado de jabalí.

—Enseguida —accedió el tabernero.

Con una señal de la cabeza desocupó a la sierva, que se dirigió a la cocina.

—Mi querido amigo Rabirio me decía siempre que vuestra receta de jabalí no tiene igual en toda la ciudad —añadió Lutacia.

—El secreto es dosificar bien las especias. Hace falta la justa cantidad de comino y

canela, además de una pizca de garum para encontrar la unión perfecta de carne y pescado.

—Estoy segura de que el jabalí no me decepcionará, aunque habría sido mucho más hermoso probarlo en compañía de Rabirio.

—Es terrible lo que ha sucedido —dijo el tabernero haciendo desaparecer por primera vez la sonrisa—. Desde que se había mudado a la zona, venía aquí a menudo. Hay que entender que no quisiera comer en casa: Plotina le hacía la vida imposible. Ahora que Rabirio ha muerto, ella no ha querido siquiera pagarme sus deudas.

—¿Tenía muchas comidas que pagarte? —pregunté.

—No más de cinco o seis, pero el mes pasado le presté una cuantiosa cantidad de dinero.

—¿Sueles prestar dinero a los clientes?

—¡Desde luego que no! —replicó el tabernero alejándose unos pasos como para esquivar un golpe—. Hice una excepción con Rabirio. Me dejó en prenda su anillo senatorial y, además, estaba tan desesperado que no tuve valor de negarme.

—¿Desesperado?

El tabernero dio un suspiro y se sentó a nuestra mesa. Miró a su alrededor furtivo y nos explicó en voz tan baja que apenas lo oíamos que Rabirio le había confiado que había contraído una gran deuda con Marco Fabiano.

—¿No es a él a quien han prendido acusado del homicidio? —preguntó Lutacia.

—Sí, quiera Júpiter que siga en la cárcel el mayor tiempo posible. Es un hombre peligroso, gestiona las principales tabernae lusoriae de Roma y todos los meses arruina a decenas de hombres. Tener deudas con él es una desgracia. Pide intereses altísimos y quien no consigue pagarle tiene que vérselas con sus esbirros, exgladiadores sádicos siempre dispuestos a dar una paliza.

—¿Los has visto alguna vez haciéndolo?

—Por desgracia, sí. Un día vinieron a buscar a Rabirio. Recuerdo aquel momento como si fuese ayer, incluso temí morir. Solo porque había intentado esconderlo en la cocina, casi destruyeron mi local. Gasté una fortuna en arreglarlo todo.



## VII

Crisógono vivía en el primer piso de una insula del Argileto, la vía que unía el barrio de Suburra con el foro. Era una zona conocida, sobre todo, por las *tabernae librariae*; muchos poetas se abastecían allí, pero seguro que no la ambicionaban los romanos más adinerados a pesar de ser el punto de confluencia del valle entre el Capitolino y el Palatino.

Por lo que yo recordaba, su esposa había fallecido hacía años y no sabía a quién encontraríamos en su casa; esperaba a un hijo o, en cualquier caso, a un pariente cercano.

Subimos las escaleras que partían de un patio interior porticado. Nos encontramos en una galería balconada de madera que recorría toda la fachada de la calle. Los ladrillos de tono encendido daban a las paredes un aspecto vivo, arruinado por las pintadas obscenas de algún juerguista.

—BASTARDO, QUE OS JODAN A TI Y A TU CABALLO —leyó Lutacia justo al lado de la puerta de Crisógono—. TE ODIÓ, SUICÍDATE CON UNA CUCHARA.

—Muchos no han olvidado los trapicheos del padre de Crisógono —subrayé y llamé a la puerta haciendo huir a un ratón que mordisqueaba una viga de madera.

Durante la dictadura de Sila, la familia de Crisógono había sido tremendamente rica y poderosa, pero aquellos tiempos parecían ya muy lejanos. El declive había comenzado cuando Lucio Cornelio Crisógono, el padre de nuestra víctima, había perdido la causa contra Sexto Roscio de Ameria. Había sido un proceso histórico, que marcó el inicio del ascenso de Cicerón, primero como orador y luego como político.

Una noche, mientras volvía a casa de un ágape, habían asesinado a Sexto Roscio padre a golpe de daga, cerca de las termas, junto al Foro Flaminiano. Los dos que habían ordenado el crimen, Roscio Magno y Roscio Capitón, parientes lejanos del fallecido, habían pedido ayuda a Cornelio Crisógono con la promesa de repartir con él las cuantiosas riquezas de Roscio. Para que el asesinato resultase legal, el nombre de Roscio debía aparecer entre los de los proscritos. Cornelio Crisógono, con su poder casi ilimitado, falsificó las listas cerradas definitivamente por el dictador cuatro meses

antes y, al precio de dos mil sestercios, se adjudicó fincas por valor de más de seis millones.

Un plan perfecto que, sin embargo, corría el riesgo de ser desenmascarado por Sexto Roscio de Ameria, hijo de la víctima. Para evitar represalias por su parte, Cornelio Crisógono decidió desembarazarse también de él, llevándolo a los tribunales con la falsa acusación de parricidio.

Roscio, joven exponente de la aristocracia de provincias, tenía riquezas en abundancia, pese a lo cual ninguno de los oradores más conocidos se había ofrecido a defenderlo. La causa era demasiado arriesgada. Desafiar a Cornelio Crisógono suponía un desafío implícito también a la autoridad de Sila. El único en ofrecerse había sido Marco Tulio Cicerón, de veintisiete años, desconocido en la época pero ya ambicioso, que supo aprovechar la gran ocasión para limitar el poder del dictador a favor de los optimates de los que, después, se convertiría en líder. Con un golpe de genio, en su discurso a favor de Roscio de Ameria, Cicerón había centrado la defensa no en el homicidio, sino en la desposesión de las tierras, separando claramente la culpa de los tres acusadores de la responsabilidad de Sila. El dictador resultó ajeno a los hechos, pero la sentencia favorable a Sexto Roscio lo obligó a distanciarse de su liberto. Cornelio Crisógono fue condenado, por tanto, a muerte y arrojado desde la roca Tarpeya como estaba previsto para los traidores.

Después del padre, también el hijo había sido ajusticiado y nos tocaba a nosotros descubrir quién se había erigido en pretor y ejecutado la pena capital, para luego abandonar el cadáver ante la domus de Cátulo.

—No hay nadie —observó Lutacia.

Me llevé el índice a los labios para pedirle silencio. En el interior de la casa había oído ruidos extraños. Acerqué la oreja a la puerta y confirmé mi impresión. Advertí ruido de pasos amortiguados que se dirigían hacia el extremo opuesto de la casa. Dentro había alguien que no quería que lo descubriesen.

Me alejé empuñando el gladio. Censo comprendió mis intenciones y sacó la vara. Tomó una breve carrerilla y con el hombro echó la puerta abajo y aterrizó en el atrio de la casa de Crisógono.

Los ruidos se hicieron más claros, luego se desvanecieron del todo tras un gran golpe, aliñado de imprecaciones.

Entré de pronto y me lancé en busca del desconocido. Crucé primero el atrio, luego el tablinum y me encontré en una pieza lateral sobre la que se abría una gran ventana. Me asomé y vi a un hombre corriendo a todo correr por una callejuela de arena que bordeaba el Argileto. No había mucha altura y, con el aterrizaje adecuado, obtendría el

impulso necesario para proyectarme en su persecución. Dejé el gladio, apoyé las dos manos en el alféizar y me preparé para saltar. Antes de poder subirme a la ventana, sin embargo, advertí un peso en el hombro derecho. Era la mano de Censo.

—No merece la pena —dijo—, está ya demasiado lejos y era solo un carroñero.

Tenía razón. Por un breve momento había creído haber dado con nuestro asesino y haberlo dejado huir, pero aquel hombre era un atontado que, al enterarse de la muerte de Crisógono, había intentado aprovecharla para desvalijar la casa, sin prever que habría muy poco que robar. Las pruebas eran evidentes a nuestro alrededor. La casa estaba patas arriba y había algunos objetos amontonados dentro de un saco en el centro del modesto tablinum.

Habíamos espantado al ladrón, que se había visto obligado a escapar abandonando el botín, algunas cerámicas y manufacturas de dudosa procedencia. Si la situación económica de Rabirio era deficitaria, la de Crisógono era desastrosa. No poseía ya ni siquiera un esclavo, y todo el mobiliario, arruinado por todas partes a nuestro alrededor, parecía rescatado de los desechos de algún plebeyo abandonados en la margen del Tíber a la espera de una riada.

—¡Flavio! —me llamó Lutacia—. Ven a ver esto.

Me reuní con ella en la sala del triclinio. Estaba inmóvil en el umbral, mirando al suelo, a algo a sus pies. Temblaba como una hoja de hierba.

—Lo mataron aquí —añadió señalando un gran charco de sangre en el suelo.

Lutacia levantó ligeramente un borde de la túnica para llevarse a la nariz y protegerse de aquel olor a muerte tan penetrante. Censo recogió dos sillas volcadas por tierra, se dirigió hacia un mueble de madera carcomida, en un principio apoyado contra la pared, que estaba en el centro de la estancia, arrojado allí por un gesto de rabia. Se inclinó para ponerlo en pie. Agarró las patas, pero la madera cedió de golpe y los varios ejes se esparcieron por el suelo.

—Estaba podrido —se justificó.

Sacudí la cabeza para perdonarlo. La suerte de aquel mueble era el último de mis problemas, ninguno de los parientes vendría a reclamarlo.

Estaba concentrado imaginando el exacto desarrollo de los hechos de la noche anterior, pero, por mucho que me esforzase, era imposible afirmar con certeza si, entre Crisógono y su verdugo, había habido lucha. El ladrón había atravesado varias veces la sala dejando las huellas de su calzado impresas en la sangre coagulada. Su presencia había alterado la escena, haciendo más difícil la reconstrucción.

Mi suposición era que Crisógono conocía al agresor. Le había abierto la puerta y este lo había sorprendido y vencido físicamente. Lo había aturdido, atado, mutilado y, por

fin, asesinado. Luego el asesino había arrastrado el cuerpo fuera. La lógica funcionaba, pero había un detalle que desentonaba en la escena: no había rastros de sangre en el camino entre la sala y la puerta de entrada.

—Censo, busca una vasija para el agua —ordené.

—¿Cómo esa? —Señaló enseguida una matella de terracota hecha pedazos en un rincón del corredor.

—Justo como esa —comenté.

Recogí dos trozos en la mano y miré el fondo. La limpieza no había sido buena y había quedado un vago color rojizo.

—¿Es importante? —preguntó Lutacia—. Yo no la tocaría demasiado, porque ya sabes lo que suelen contener las matellas, ¿no?

—Esta no era una excepción, pero no ha contenido solo la orina de Crisógono. El asesino la usó como recipiente de agua para lavar el cadáver.

—¿Por qué tomarse la molestia?

También yo me había hecho la pregunta. Tal vez solo para esconder sus huellas, tal vez era un procedimiento que formaba parte de su ritual religioso. Quizás entraba en la fase de la lustratio incluida en el sacrificio humano.

En el cadáver de Crisógono encontrado ante la domus de Cátulo no había restos de sangre. La limpieza había sido minuciosa y habría llevado mucho rato, lo que suponía que el asesino había gestionado con certeza su tiempo y, en consecuencia, debía de conocer bien las costumbres de la víctima y no temía que lo sorprendiera en su casa un vecino o una visita inesperada.

—¿Qué sucede aquí? —retumbó una voz a nuestra espalda—. ¿Quiénes sois?

—¿Quién eres tú? —replicó Censo sacando la vara para dejar claro que era un lictor.

—Soy Marco Valerio Crisógono: esta es la casa de mi hermano.

—Yo soy el cuestor Flavio Callido —me presenté acercándome a Lutacia para cubrir la visión de la sangre a nuestra visita—. Ella es Lutacia Domicia, hija del princeps senatus Lutacio Cátulo. El Senado nos ha encargado investigar la muerte de tu hermano.

—¡Qué desgracia!

Censo le ofreció una de las sillas que había recogido del suelo y Marco Valerio aprovechó para sentarse.

—No tengo ya edad para estos viajes improvisados —dijo secándose el sudor de la frente con un paño—. Partí en cuanto lo supe y he llegado lo antes posible.

—¿Dónde vives?

—En Apiolae, desde hace ya muchos años.

Era raro, lo miraba y me parecía estar hablando con el cadáver de Crisógono, que

había examinado aquella mañana. Marco Valerio se parecía tanto al hermano que sospeché que eran gemelos. El hombre, sin embargo, estaba más entrado en carnes y no daba la impresión de estar enfermo. Llevaba con dignidad una túnica de lino anticuada, quizá perteneciente incluso al guardarropa de su padre.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

—Lo asesinaron aquí, pero abandonaron el cuerpo ante el porticus Catulii y ahora está en casa de Lutacio Cátulo.

—¿Quién puede haber hecho algo así?

—Aún no lo sabemos.

—¿Se defendió? —preguntó observando la confusión que reinaba en la casa.

—Es difícil decirlo —respondí—. Al llegar, hemos ahuyentado a un ladrón.

—La verdad, no lo creo. Mi hermano era un hombre acabado y se estaba dejando morir. Mirad en qué ratonera vivía. Sin esclavos, sin comodidades, abandonado a su destino. Me resulta, además, difícil recordar cuánto más valiente que yo era al principio. La muerte de nuestro padre, señalado como traidor y arrojado desde la roca Tarpeya, fue para mí una vergüenza insoportable, así que tomé una parte de las riquezas de la familia que sobrevivieron al proceso y me trasladé al campo, lejos de las miradas y los chismes de la gente. Mi hermano, aunque estábamos muy unidos, al principio se negó a seguirme. Aquel episodio lo había marcado, pero no derrotado. Quería demostrar que era distinto de nuestro padre, que podía vivir honradamente sin subterfugios ni bajezas. Solo vino a Apiolae después de haberse recuperado.

—¿Tu hermano se mudó fuera de Roma?

—Sí, se quedó en mi domus tres años cuando los asuntos estaban enderezados, antes de encontrar a ese mal bicho de Craso.

—¿Marco Craso? —preguntó Lutacia incrédula.

—Ese mismo. Es un carroñero, un aprovechado. Arruinó a mi familia.

También yo estaba sorprendido. No porque tuviese especial estima por Marco Craso, sino porque no me esperaba un ataque tan directo a uno de los hombres más influyentes de Roma. Muchos que habían hablado inoportunamente de Craso habían terminado arruinados por mucho menos.

—¿Qué sucedió?

—Mi hermano había adquirido un grupo de insulae en Suburra y alquilaba los apartamentos. Era una inversión prudente y rentable. No tenía el nivel de vida de antes, pero le procuraba con qué vivir dignamente. Un subalterno, a intervalos regulares, se reunía con él en Apiolae y le entregaba una buena cantidad fruto de los alquileres.

Luego, hace unos meses, una serie de incendios nocturnos destruyó las viviendas. El negocio se derrumbó y él se vio obligado a volver con urgencia a Roma.

—¿Crees que detrás de aquellos incendios estaba Marco Craso? —pregunté.

—Estoy seguro.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque, justo después, Craso se ofreció a recomprar las insulae a menos de la mitad de su valor real. Es así como se ha convertido en el hombre más rico de Roma, lucrándose de las desgracias de la pobre gente.

—¿Crisógono vendió sus propiedades a Craso?

—No, se negó; pero, para arreglar las insulae y comenzar de nuevo a alquilar las viviendas, contrajo deudas enormes con alguien sin escrúpulos.

Otro aspecto, pues, común a Crisógono y Rabirio. Ambos habían sido ricos y conocidos, ambos habían caído en desgracia y ambos se habían endeudado hasta las orejas.

—¿Sabes quién era? —pregunté.

Marco Valerio dudó. Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Buscó primero los ojos de Lutacia mirándola largo tiempo, luego los míos. Era como si quisiera transmitir un mensaje secreto que yo, sin embargo, no comprendí. Se pasó las manos por la cara y negó con la cabeza.

—Nunca quiso revelarlo —dijo—. El mes pasado volvió a Apiolae, pero no para quedarse, sino para pedirme dinero. Estaba desesperado, tenía vencimientos que no estaba respetando y temía que le arrebatasen uno de los edificios, el único que aún le daba algo. Insistí en saber quién lo atormentaba, pero no hubo forma de hacerlo hablar. Solo me dijo que pertenecía a una familia muy poderosa, una persona sin escrúpulos que no dudaría en matarlo.

—¿Nombró Crisógono alguna vez a un tal Marco Fabiano?

—Me parece que no —respondió enseguida—. ¿Quién es?

—El dueño de algunas tabernae lusoriae. Gestiona el sistema de juegos de azar de toda Roma y muy a menudo presta también dinero a intereses altísimos.

—No sabría decir. Podría ser él.

## VIII

—Las dos muertes están relacionadas —dijo Lutacia tras el encuentro con Marco Valerio Crisógono—. Estoy segura, y no solo por el modus operandi del asesino. Hay muchas analogías también entre las dos víctimas: ambas, aunque de distinto estatus, eran ciudadanos romanos importantes, luego caídos en desgracia.

—Tiene razón —intervino Censo, por primera vez decantándose por Lutacia—. Hay también otro punto en común: el declive comenzó para ambos a consecuencia de un proceso escandaloso.

—La mutilación, el aspergillum sobre los dos cuerpos, la presencia de la diosa Mania, son aspectos que no podemos perder de vista. Estos crímenes tienen una fuerte implicación religiosa; lo cierto es que podríamos estar ante sacrificios humanos.

Tenían razón, también yo había llegado a esas conclusiones. No obstante, había algo que aún no me permitía declararme con certeza a favor de aquella teoría. Pequeñas dudas se habían instalado en mi mente y no conseguía hacerlas desaparecer. Mis pensamientos eran una maraña incoherente a la que me costaba dotar de lógica. En cualquier dirección que mirase, encontraba un elemento que no cuadraba. Los dos crímenes podían examinarse desde dos perspectivas distintas. Si el punto de partida eran las implicaciones religiosas, todos los elementos recogidos coincidían y la tesis de los sacrificios humanos adquiriría consistencia.

La nota discordante eran las víctimas. ¿Por qué elegir a personajes conocidos? Era más sencillo sacrificar a un insignificante plebeyo o a un mendigo. Sus muertes pasarían desapercibidas y dejarían al asesino más libertad de acción para ritos sucesivos. Quizá su idea consistía precisamente en atraer la atención pública con delitos tan ostentosos. ¿Con qué fin, entonces? ¿Para generar el caos? ¿Para subvertir el poder del Senado como sostenía Cátulo? No me convencía, igual que no estaba convencido de mis reflexiones si me concentraba solo en las víctimas, dejando a un lado por un momento su tétrica ejecución. La situación de Rabirio y Crisógono era muy similar. Su popularidad se había desplomado y ambos se veían acogotados por acreedores carentes de escrúpulos.

Era lógico pensar que tras los crímenes había una mera cuestión económica y que el asesino era uno de los acreedores, quizá cansado de esperar un dinero que no llegaría nunca. ¿Por qué, en ese caso, empeñarse en llenar los cadáveres de tantas referencias religiosas? Había una atención maniática tras cada detalle, de la mutilación al golpe de gracia, de la moneda en la boca al paño de lana, sin olvidar a la diosa Mania y los dulces de miel. No podía ser solo para despistar, una forma de desorientar y desviar la atención del verdadero móvil.

Había aún otra posibilidad que hasta aquel momento habíamos desechado casi por completo: que las dos muertes no estuviesen relacionadas y que no hubiese un solo asesino, sino dos. El homicidio de Rabirio había sacudido a la opinión pública. Durante días en el foro y en las tiendas no se había hablado de otra cosa, con especial atención a los detalles, incluso los más macabros. No se podía excluir que un segundo asesino, para desembarazarse de Crisógono despistando la investigación, hubiese imitado servilmente el primer homicidio. Por lo que sabíamos, Rabirio podría haber sido en realidad víctima del juego de azar, y Crisógono de sus especulaciones inmobiliarias.

—No tenemos certezas —dije—. Procedamos por exclusión. Interrogaremos a Marco Fabiano para excluir que sea nuestro culpable.

—¿Quieres ir a las mazmorras del Tullianum? —preguntó Lutacia sorprendida.

—Eso es —respondí reprimiendo un guiño.

La cárcel del Tullianum no era lugar para una matrona romana. Lutacia no resistiría más de una ampolleta en la celda de Marco Fabiano. Puede que esta vez me librase definitivamente de ella.

—Espera, Fabiano no es el culpable.

—¿Estás segura?

—Pudo haber matado a Rabirio, pero no a Crisógono. Anoche estaba en prisión.

—Por mucho que Marco Fabiano sea una persona reprochable, que merezca estar encerrado en el Tullianum, no creo que sea nuestro asesino. Antes de excluirlo de los sospechosos, no obstante, quiero estar seguro. Anoche estaba en prisión, cierto, pero tiene tantos esbirros que puede incluso hacer que le obedezcan a distancia.

—Vamos, pues —concluyó Lutacia—. ¡Será emocionante!

Convencer a los triumviri capitales para que autorizasen la visita de una mujer al Tullianum no sería fácil. No era suficiente la autoridad de un cuestor, hacía falta la orden del pretor. Por suerte, yo tenía buena relación con ellos. Antes de partir en las huestes de Pompeyo para la campaña contra Mitrídates, también yo, por un breve periodo de tiempo, había ocupado aquel cargo.

Los triumviri capitales ayudaban al pretor en las causas penales y pertenecían a los



vigintisexviri, un consejo compuesto por veintiséis magistrados menores. Era un paso obligado para los hijos de los senadores que querían emprender la carrera política, el primer peldaño en su *cursus honorum*. Julio César, por ejemplo, como *curator viarum*, había llevado a cabo la restauración de algunos tramos de la vía Apia.

El foro estaba muy animado. Los detalles del homicidio de Crisógono estaban en boca de todos y por todas partes crecía la animadversión contra los sacerdotes de la diosa Ma, acusados de bárbaros ejecutores de sacrificios humanos.

—La situación corre el riesgo de degenerar de un momento a otro —comentó Lutacia observando el corro de personas reunido ante el templo de Ma-Belona.

Los militares vigilaban la zona sin intervenir, limitándose a controlar que los comicios improvisados que se habían ido sucediendo durante toda la jornada no sobrepasasen las escaramuzas verbales. También ellos sabían que era solo cuestión de tiempo. El pueblo quería un culpable al que lapidar y, si no encontrábamos al asesino, se abalanzaría contra los seguidores de Ma.

—No nos distraigamos —dije decidido—. Estamos aquí para ver a Marco Fabiano.

El Tullianum se encontraba al otro lado del foro, en la zona del *comitium*, al lado de las escaleras Gemonías. Era la cárcel más antigua de Roma, construida durante el reinado de Anco Marcio. Hacía poco la habían modernizado con la construcción de un segundo piso de mazmorras sobre las de la época real, excavadas en la falda meridional del Capitolino. El nombre derivaba de *tullus*, «manantial». En un principio, era de hecho una cisterna, destinada más tarde a calabozos por sus condiciones particularmente adversas, consideradas ideales para vejar a los enemigos de Roma, a los que primero encarcelaban y luego estrangulaban.

Con el correr de los años, muchos habían sido los personajes ilustres que habían encontrado allí la muerte, de Cayo Sempronio Graco a Yugurta, rey de Numidia, y los conjurados Léntulo y Cetego.

La entrada era una puertecita en el lado derecho. Vino a abrirnos Aurelio Cotta, joven magistrado designado para devolver el buen nombre de una gens que hacía tiempo que no aspiraba ya al consulado. Era leal a las reglas, pero también un pompeyano convencido y, como tal, me tenía un gran respeto por haber sido *magister equitum* del general.

—Flavio Callido, ¡qué honor! —me recibió con una sonrisa—. He oído que Pompeyo está a punto de regresar.

—Sí, Roma lo necesita.

—Me gustaría mucho conocerlo en persona.

—Podría hablarle de ti —dije avieso. Me hacía falta su colaboración, y prometer algo

que no dependía de mí, por incorrecto que fuese, era lo adecuado—. Su puerta está siempre abierta para los jóvenes valerosos dispuestos a luchar a su lado.

—Sería un sueño...

Estaba a punto de caramelo, solo nombrar a Pompeyo lo había predispuesto a mi favor. Dependía de mis labios y no me contradiría.

—Estamos aquí para ver a Marco Fabiano —abrevié.

Cotta vigiló con la mirada a mi espalda, deteniéndose sobre Lutacia y su esclava. Estaba valorando si de verdad valía la pena transgredir las normas para satisfacerme. Me hizo señal de seguirlo a un aparte.

—Cuando has dicho «estamos», ¿qué has querido decir? —preguntó cuidándose de que los otros no lo oyesen.

—Mi lictor Censo, Lutacia Domicia y yo.

—¿Una mujer en el Tullianum? ¿Has perdido el juicio?

—Sé que el procedimiento no lo prevé, pero esperaba que se pudiese hacer una excepción. Se trata de la hija del princeps senatus Lutacio Cátulo. Por orden del Senado, investiga conmigo los homicidios de Rabirio y Crisógono.

—Callido, querría decirte que sí... —titubeó.

—Te permitiré estar presente en el interrogatorio —añadí a bocajarro para tentarlo. Tenía que hacerlo decidir por instinto sin darle tiempo a reflexionar sobre las posibles consecuencias—. Cuando esta historia termine, Pompeyo sabrá que también tú has contribuido a liberar Roma de un loco sanguinario.

Los dados estaban echados, no tenía más que ofrecer. En breve descubriría si para Aurelio Cotta contaba más la rectitud o la ambición.

—Está bien —accedió con la boca pequeña—. Pero démonos prisa.

Hizo señas para que lo siguiéramos escoltándonos a través de la puertecita. El interior era una sala trapezoidal construida con grandes bloques de caliza de Monteverde y toba roja del Aniene. Una lámpara de aceite colocada en alto iluminaba ligeramente el espacio circundante.

Cotta abrió una trampilla y señaló el agujero en el suelo que conducía a la parte de abajo, la más temida por los prisioneros.

—¿Estáis preparados para bajar al Hades? —intentó bromear, pero la voz le vaciló revelando su nerviosismo latente.

Bajamos por una escalera empinada. Nos encontramos doce pies bajo tierra, en una habitación de forma circular construida con bloques de peperino. Estábamos rodeados de gruesas paredes y el techo de piedra parecía a punto de caer sobre nuestras cabezas. Apenas se nos habituaron los ojos a la oscuridad, me di cuenta de lo repulsivo que era

aquel sitio: sucio, en estado de abandono, infestado de ratones, sin luz ni entradas de aire. Lo peor era el olor asfixiante, un miasma irrespirable. El tufo a cerrado unido a la peste de los excrementos.

Me llevé la túnica a la nariz y, con disimulo, me volví para comprobar la reacción de Lutacia. Por mucho que se esforzase en no dejarlo ver, reprimió un conato de vómito y aguantó la respiración para no toser. A pesar del desasosiego, estaba decidida a enfrentarse a la situación y miraba a su alrededor curiosa como un niño que visita las termas por primera vez.

—Esta es la celda de Marco Fabiano —señaló Cotta haciendo luz con una lámpara—. Antes era una cantera de toba.

Abrió la puerta e iluminó la entrada. Me esperaba ver a Marco Fabiano tendido sobre el suelo frente a nosotros, pero no estaba. Cotta se dio cuenta de mi reacción y me hizo señas de que estuviese tranquilo. No podía haber huido, nadie se había evadido nunca del Tullianum.

El magistrado entró rápidamente, insolente.

—Fabiano, ¡tienes visita!

Apenas había conseguido terminar la frase cuando el prisionero cargó contra él y lo tiró al suelo, jadeando. Marco Fabiano nos había oído llegar y se había agazapado a la izquierda de la puerta. Al entrar Cotta, había aprovechado el efecto sorpresa para lanzarse sobre él y golpearlo, de un salto, con el hombro en la boca del estómago.

Desenvainé el gladio, pero Marco Fabiano me leyó el pensamiento. Sus ojos estaban ya habituados a la oscuridad y le permitían moverse con la agilidad de un gato. Anticipó mi movimiento y se arrojó contra mí. Con un gesto rápido, me desarmó, luego me dio un puñetazo en plena cara, tan fuerte que me hizo perder el equilibrio. Me derrumbé. Probé a levantarme enseguida, pero el gesto fue demasiado brusco. Mis calcei perdieron agarre y resbalé de nuevo. La situación se me había ido de las manos.

## IX

*E*esperaba que Censo frenase al prisionero, pero Lutacia se le adelantó. Demostrando un valor y una rapidez de reflejos que me dejaron boquiabierto, atacó a Marco Fabiano. Con una serie de patadas en las piernas lo obligó a arrodillarse. Se movió velocísima, sin darle tiempo a reaccionar. Le dio con el pie en la cara y lo tiró al suelo. Antes de que pudiera levantarse, estaba a su lado y le había plantado un cuchillo en el cuello.

—¡Solo queremos hablar contigo! —le gruñó en la oreja—. ¿Vas a ser bueno o tendré que matarte?

—¡Soy inocente! —gritó Marco Fabiano—. ¡Sacadme de este agujero!

—Responde a nuestras preguntas y puede que seamos clementes.

—¿Qué queréis de mí?

Lutacia aflojó la presa y buscó mi mirada. Esperaba que me hiciese de nuevo con la situación. Yo, sin embargo, estaba aún aturdido y me costó todavía un momento levantarme. Cotta aprovechó la circunstancia para vengarse del prisionero. Se abalanzó sobre él y le rompió en la cabeza la lámpara de aceite, lo que lo dejó sin sentido.

—Este desgraciado ha conseguido liberarse —explicó mostrando las cadenas arrancadas del suelo.

—Despiértalo —le ordené, de nuevo dueño de mí—. Tenemos que hablar con él.

Quería irme cuanto antes de aquel lugar. Pompeyo no apreciaría la conducta de Cotta, pero tampoco la mía. Una vacilación como esa en la guerra habría significado la muerte. No estuve alerta y me había dejado vencer como un novato. Lo que más me corroía, no obstante, no era haber perdido en el enfrentamiento contra Marco Fabiano, sino haberlo hecho ante Lutacia. Había intentado librarme de ella por todos los medios y acababa de salvarme la vida.

Cotta obedeció. Se agachó junto al prisionero y comenzó a darle de bofetones, exhortándolo a volver en sí.

Tendido en el suelo, el cuerpo de Marco Fabiano ocupaba casi toda la celda. La túnica desgarrada dejaba ver el físico atlético. Era un energúmeno alto, ancho de hombros y de tórax amplio. Tenía la cabeza inclinada hacia el corazón y la larga melena negra le

llovía sobre el musculoso brazo. Es probable que no siempre hubiese sido tabernero y que, de joven, hubiese combatido en la arena.

Cuanto más lo observaba, menos entendía cómo había podido Lutacia aventajarlo. No había actuado por instinto, sus golpes habían seguido una lógica. Había debilitado al adversario con patadas rápidas en las piernas y, después de dejarlo vulnerable, había asestado el golpe de gracia.

Marco Fabiano no necesitó mucho tiempo para volver en sí. Cotta lo encadenó de nuevo y lo hizo sentarse en el suelo con la espalda contra la pared.

—Atacar a dos magistrados es un delito muy grave —comencé—. Te has condenado a muerte.

—¡Soy inocente! —vociferó Marco Fabiano—. Es injusto que me hayáis encerrado.

—Demuéstralo y nos olvidaremos del episodio de hace un momento —dije—. Recapitulemos lo que sucedió la noche de la muerte de Rabirio.

—Yo no sé nada. Me desperté por la mañana en mi tienda y me encontré con los soldados que habían venido a prenderme.

—No creo que sea algo personal. Si Aurelio Cotta decidió apresarte, tendría sus razones.

—Por supuesto —interrumpió el joven magistrado. Luego se volvió a Marco Fabiano—. En tu trastienda se juega de azar, solo por eso mereces estar aquí. ¿O es que vas a negarlo?

—En mi figón se juega a los dados como en la gran mayoría de los figones de Roma. Nunca han prendido a nadie por organizar una partida.

—De hecho, te hemos encerrado por el homicidio de Rabirio.

—¿Cuántas veces tengo que repetir que no he sido yo? —estalló Marco Fabiano—. Rabirio era jugador; pero, sobre todo, me debía dinero. Ahora que está muerto, nadie va a pagar sus deudas. Su esposa prefiere que la violen a pagar por él. ¿Qué interés tendría yo en asesinarlo?

—La noche en que lo mataron muchos testigos te vieron amenazar a Rabirio... —siguió Cotta, dejando la frase en el aire.

—Lo amenacé, ¿y qué? Amenazar no quiere decir matar. Tenía ya una gran deuda y aquella noche continuaba perdiendo sobre su palabra. La ley no reconoce las deudas de juego y, por tanto, no podía siquiera denunciarlo, así que lo eché de mi taberna como persona non grata. ¡Estaba en mi derecho!

—Pero cuando le sacabas dinero y más dinero no era tan non grato —intervine para provocarlo.

—Ese maldito senador no me pagó nunca más que migajas. Prometía siempre saldar

su deuda, pero nunca le vi un sestercio. Aunque para comprar joyas, bien que los encontraba.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando su deuda había alcanzado proporciones insostenibles, le di un ultimátum: o pagaba o lo machacaría a golpes. Estaba harto de esperar, entre otras cosas porque, por algunos informadores, había descubierto que seguía comprando joyas para su amante. Con lo que gastaba en ella podía saldar también buena parte de los intereses.

—Así que, para concienciarlo de que pagase, prendiste fuego al figón en el que comía —sugerí.

—No estaba previsto —se defendió—. Mis hombres solo tenían que asustarlo, pero el dueño intentó impedirselo y ellos se dejaron llevar. Ya los castigué por eso.

—¿Dónde estabas la noche en que asesinaron a Rabirio? —pregunté.

—En mi taberna.

Cotta le dio un puñetazo en la cara.

—No mientas —ladró—. Ningún testigo ha declarado haberte visto allí después de haberlo echado.

—Estaba con una mujer —añadió Marco Fabiano escupiendo sangre.

—¿Quién?

—No puedo decirlo. Está desposada con un soldado y el marido me mataría si descubriese el amorío.

Cotta hizo ademán de ir a golpearlo de nuevo, pero esta vez le sujeté el brazo antes del impacto. Marco Fabiano estaba diciendo la verdad: no había matado a Rabirio.

—Una pregunta más —dije haciendo caso omiso de las quejas del magistrado—. La semana pasada a Rabirio lo hirieron en el pecho. ¿Quién fue?

—¿Qué? —exclamó Cotta, que probablemente no estaba al corriente.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Marco Fabiano con una sonrisa cómplice. Como buen jugador sabía que tenía una buena mano y quería jugarla bien. Tantos días encerrado en aquel agujero le habían ablandado la coraza. Por duro que fuese, estaba dispuesto a colaborar a cambio de salir—. Es una persona importante, de las de tu rango. No uno de mis clientes habituales. Vino aquella noche por primera vez a jugar con Rabirio. Nunca adivinarías lo que pasó en realidad.

—¿Estás seguro de que lo buscaba a él?

—Sí, esperó mucho tiempo hasta que llegó y, entretanto, no quiso sentarse con nadie más. Le propuse otras mesas, pero se mantuvo firme. No estaba acostumbrado a jugar: un principiante. Rabirio usaba dados cargados y no se dio cuenta.

—¿Cargados?

—Tenían lastre dentro para caer con más frecuencia sobre un lado. Una trampa tan vieja como Roma, solo aquel idiota podía no conocerla. Le advertí del engaño; por lo habitual los ricos son muy generosos con quien se muestra útil y colaborador. Él, sin embargo, se puso hecho una furia. Sacó el gladio y me atacó, acusándome de haberle faltado al respeto. Dijo que yo lo estaba acusando de ser un primo. Estalló un altercado, Rabirio intentó separarnos y, en la riña, resultó herido por casualidad...

Su afirmación estaba cargada de sobrentendidos para subrayar que, en aquel asunto, el malo no era él. Hizo una pausa para permitirnos absorber mejor la información.

—Aquel hombre hirió a Rabirio y su gesto no fue accidental —resumí.

Me corría prisa entender y Marco Fabiano era un poco lento en su exposición.

—¡Exacto! Me atrevería a apostar que no fue un accidente. Había premeditación en sus acciones, como si hubiese venido a propósito para agredir a Rabirio, pero no quisiera que se supiese.

—Pero no lo mató...

—No quería matarlo. Sé reconocer a quien ataca con un cuchillo para matar. Tuvo la ocasión y, si no lo hizo, fue porque no era su objetivo.

—Una historia muy interesante —concluí, listo para lanzar el dado que daría nuevo impulso a nuestra investigación—. Creo haber entendido quién era ese hombre. Crisógono.

—¿Quién demonios es ese?

—El hijo del liberto más poderoso de Sila —respondí casi avergonzado.

Marco Fabiano era sincero en su sorpresa: no tenía ni idea de sobre quién le estaba hablando.

—¿Te hablo de alguien importante y nombras a un liberto? —exclamó indignado.

—Entonces, ¿quién era?

—Vitruvio Mamurra.

## X

*M*arco Vitruvio Mamurra. Aquel nombre continuaba rondándome la cabeza. Según la historia de Marco Fabiano, su papel en el asunto había sido muy ambiguo. Primero había fingido jugar a los dados con Rabirio, pero no para desplumarlo como todos los demás. Parecía estar allí casi para subvencionarle dejándose ganar. Conocía a Mamurra, era todo menos un novato, y seguro que había sido consciente del truco usado por su adversario. Simplemente había fingido no darse cuenta. Luego había sucedido algo y su comportamiento había cambiado. Con una excusa, había provocado una pelea para herir a Rabirio sin que su gesto pareciese lo que era: intencionado.

Mamurra había ido a la taberna lusoria para transmitir un mensaje a Rabirio, quizás una advertencia. Pero ¿cuál?

Había preguntado a Marco Fabiano si sabía de alguna desavenencia entre ellos, pero él lo había negado. Aquella noche había sido la primera vez que veía a Mamurra. Solo después se había informado de quién era. Yo, por el contrario, me lo había cruzado varias veces en el foro. Procedía de Formia y pertenecía a los équites. Era un hombre ambicioso, amante del lujo y la ostentación. Quería subir a la cumbre de la escala social, y para ello estaba dispuesto a tomar partido por quien pudiese favorecerlo. Desde hacía poco estaba muy vinculado a Julio César, pero no rechazaba favores a otros hombres poderosos como Marco Craso o Emilio Lépido.

Lutacia y yo estábamos de nuevo sentados, uno junto al otro, en la litera, y nos dirigíamos al Palatino para encontrarnos con Hortensio Hortalo, el orador que junto con Cicerón había defendido a Rabirio de la acusación de perduellio.

Ambos estábamos absortos en nuestros pensamientos y no hablábamos. Por mucho que la hubiese revalorizado tras el episodio con Marco Fabiano, aún tenía algún reparo en cuanto a ella. Era un buen refuerzo, pero su convicción de que nos encontrábamos ante sacrificios humanos limitaba su visión de conjunto. Sentía la necesidad de enfrentarme a una mente brillante, capaz de hurgar en mis reflexiones para hacerme notar detalles que se me hubiesen escapado. Sentía la necesidad de enfrentarme a Cayo Antonio, uno de mis más queridos amigos. Habíamos luchado codo con codo primero



contra Mitrídates y luego contra los piratas. En ambas ocasiones, había demostrado ser un estratega inteligente, capaz de prever y contener cualquier movimiento del enemigo.

Hacía varios días que no lo veía, su trabajo de buscador lo llevaba a menudo lejos de Roma. Estaba especializado en infidelidades conyugales, bagatelas para alguien como él, pero, como repetía siempre, eran los casos que más rentaban. Antonio, de hecho, no desdeñaba la gran vida y era cliente fijo de los burdeles más renombrados de la urbe.

Retiré la cortina de la litera y llamé a Censo.

—Ve a ver a Antonio —le ordené—. Dile que necesito hablar con él enseguida.

—¿Estás seguro de querer circular sin mi protección?

—Sí, no corremos peligro alguno en la domus de Hortensio Hortalo.

Censo asintió y se alejó en dirección al Aventino.

La primavera había llegado trayendo consigo una capa de calor agobiante. El sol brillaba alto en el cielo y se sudaba al mínimo movimiento. Volví a cerrar la cortina y saboreé la frescura de la litera.

—¿Quién es Cayo Antonio? —preguntó Lutacia.

—Un amigo, como un hermano. Fue el estratega de Pompeyo cuando yo era su magister equitum. Espero que pueda ayudarnos con esta investigación.

Lutacia asintió sin responder. Apretó los brazos contra el pecho y me dio la espalda, encajando de mala gana la noticia de que buscaba a otra persona que me ayudase además de ella.

—Aún no te he felicitado por cómo te has enfrentado a Marco Fabiano —dije para traer de nuevo la serenidad entre nosotros—. Has sido hábil y rápida.

—Gracias, ha sido fácil. Su error ha sido infravalorarme. Ha pensado en defenderse solo de Cotta, de ti y de Censo, sin siquiera considerarme.

—¿Dónde has aprendido a pegar de esa forma?

—En la escuela de Aquilea. Es una exgladiadora convertida en lanista.

Había oído hablar de ella. Estaba entre las más solicitadas en los munera y combatía sin distinción contra hombres y contra mujeres. Era de Capua y se había formado en la escuela de Léntulo Batiato, en la época en que Espartaco meditaba la revuelta que había llevado a la guerra de los esclavos. Muchos sostenían que permanecía imbatida y que, en el entrenamiento, se había puesto al nivel de gladiadores del calibre de Enomao y Criso.

Nunca hubiera imaginado que una noble romana frecuentase una escuela de gladiadores. Me costaba asimilar aquella información. Lutacia era, verdaderamente, una fuente inagotable de sorpresas.

—Me adiestro con ella todos los días desde hace un año —precisó—. Es una luchadora

increíble, que maneja el gladio y la lanza como ni siquiera los hombres saben hacer.

—Estás aprendiendo muy bien —dije avergonzado. Por un momento me imaginé que me derrotaba en duelo—. Marco Fabiano no olvidará con facilidad el día que se atrevió a desafiarte.

—¿Por qué le has preguntado a Cotta por los incendios? —me preguntó cambiando de tema—. ¿Crees la historia de Marco Valerio Crisógono?

Después de terminar con Marco Fabiano, antes de irnos, había interrogado a Cotta sobre los incendios de Suburra. Como fiel pompeyano, no habría dudado en atacar a Marco Craso a la primera ocasión. Sin embargo, había liquidado el asunto con la calidad insuficiente de las insulae. En su opinión eran edificios ruinosos, construidos con madera podrida y destinados a incendiarse en cualquier momento. Craso había especulado recomprando edificios a precios irrisorios, pero no había pruebas de que tras los incendios estuviese su mano.

—Por el mismo motivo por el que quiero hablar con Hortensio Hortalo —respondí—: para reunir todas las teselas de esta historia y componer el mosaico. Para resolver esto tenemos que movernos en dos direcciones y descubrir quién tenía interés en matar a Rabirio y a Crisógono. Necesitamos saberlo todo de sus vidas. De Rabirio hemos descubierto que era jugador empedernido, un mujeriego que desde hacía poco estaba liado con una sola amante, y que su esposa lo odiaba. No hemos considerado aún un aspecto: el proceso.

—¿Qué quieres decir?

—Rabirio fue acusado de perduellio por la muerte de Saturnino, un episodio ocurrido hace más de cuatro lustros, cuando gozaba de la protección de Sila. Muerto el dictador, Rabirio no puede ya contar con su apoyo y pocos creen que pueda salvarse de la pena de muerte. Sin embargo, por él se molestan los dos mejores oradores de la plaza y consiguen que lo absuelvan. Conozco su forma de pensar, por eso no entiendo la razón por la que aceptaron defender a un caballo rengo como Rabirio. Cicerón es ya un hombre poderoso, el consulado y la victoria sobre Catilina lo han saciado y ahora acepta solo procesos que puedan mejorar su arte oratoria. Para Hortalo, sin embargo, es una cuestión económica: sus tarifas son las más altas de toda Roma. Muy por encima de las posibilidades de Rabirio.

—¿Crees que hay algo extraño relacionado con el proceso?

—No podemos excluirlo. En torno a Rabirio giraban nombres ilustres y quiero descubrir la verdadera relación que tenían con él.

—¿Te refieres a Mamurra?

—También. Es solo el último de la lista que se ha inmiscuido en esta historia.

Lutacia se echó a reír. Hizo caso omiso de mi mirada de perplejidad y se tapó la boca con la mano en un intento de contenerse. Por mucho que se esforzaba, no lograba parar.

—Perdona —se justificó enjugándose las lágrimas—. Me he acordado de los versos de Cátulo sobre Mamurra. O mejor dicho, sobre Pajarito Mamurra, el pene más pequeño de Roma.

—No es nunca buena idea buscarse un poeta como enemigo.

—Ya, sus versos pueden ser más dañinos que una daga.

Hacía tiempo, en las termas, había surgido un altercado entre Cátulo y Mamurra. La noble Clodia se había cansado de las continuas atenciones de Cátulo y había pedido a Mamurra que la ayudara a deshacerse de él. Mamurra había conminado al poeta a mantenerse alejado de ella amenazándolo con la espada. Cátulo, en absoluto asustado, había respondido subrayando que, aunque él obedeciese, Clodia volvería, pues Mamurra, con su pene de dimensiones infantiles, no sería nunca capaz de satisfacerla. El episodio había dado rápidamente la vuelta a Roma y, en varios lugares, habían rebautizado a Mamurra como «Pajarito». La reyerta a distancia había continuado durante semanas con numeritos cada vez más grotescos. Mamurra, para desmentir las calumnias, había llegado a hacerse medir públicamente el miembro. Cátulo, por su parte, cada noche, cuando declamaba sus odas en las diversas tabernas de la urbe, no se olvidaba nunca de subrayar las reducidas dimensiones del pene de su rival. En defensa de Mamurra había intervenido su prometida, Ameana, ganándose también ella un lugar poco edificante en los versos del poeta. Según Cátulo, de hecho, la muchacha tenía la nariz más grande que el pene del prometido.

—Puede que Pajarito Mamurra no tenga nada que ver con los crímenes —supuso Lutacia recuperando la compostura—. Rabirio era un mujeriego impenitente. Quizá la nueva amante, la mujer por la que había perdido la cabeza, era Ameana. Mamurra lo descubrió e hizo justicia por su cuenta apuñalándolo en el figón de Marco Fabiano.

La reconstrucción tenía sentido, era plausible. Y, sin embargo, no me convencía. Tal vez porque me estaba acostumbrando al hecho de que, en aquella historia, nada era lo que parecía.

## XI

*H*ortensio Hortalo nos recibió en su biblioteca. Estaba sentado ante una mesita, estudiando algunas anotaciones sobre una tablilla de cera. A su alrededor, se veían rollos y rollos de pergamino y papiro, colocados en orden en estantes de madera, que ocupaban por entero las paredes de la sala.

—Perdonad que no os reciba como merece vuestro rango —dijo levantándose y viniendo a nuestro encuentro—. Estoy estudiando un proceso. Una historia de herencias. Cicerón cree que tiene la victoria al alcance de la mano, pero le daré tela que cortar.

—Tienes que igualar su última victoria —bromeé metiendo el dedo en la llaga.

Tras haber combatido a las órdenes de Sila en la primera guerra mitridática, Hortalo había ocupado todos los cargos públicos principales hasta el consulado. Aún conservaba su escaño en el Senado, pero su interés por la política era muy marginal. Para él existían solo los procesos, en los que a menudo se divertía rivalizando con su amigo Cicerón, exaltando su propia arte dialéctica y embolsándose generosas recompensas. Célebre por su estilo asiático, su oratoria se caracterizaba por la exuberancia y la fastuosidad.

—Tuvo suerte —exclamó—. Los jueces no tenían sentido del humor y se dejaron embaucar por su discurso solemne.

Para los grandes oradores, los procesos se reducían a un desafío dialéctico. Poco contaba cuál era el adversario que tenía la razón de su parte. Hortalo no era una excepción. Ya cincuentón, era calvo, de sonrisa cordial y cautivadora. Excéntrico hasta lo inverosímil, llevaba toga incluso en casa.

—Por favor, acomodaos —nos invitó a sentarnos en dos sillas frente a su escritorio—. ¿Cómo está Espurio, tu padre? He oído decir que quiere abandonar Roma y trasladarse al campo.

—Sí, lo dice a menudo, pero luego no tiene valor para hacerlo —respondí.

—Salúdalo cuando lo veas. Si supieses las que armábamos cuando éramos unos chiquillos, lo verías con otros ojos —concluyó con una carcajada.

Me limité a sonreír imaginando a mi padre a mi edad. Lutacia, por su parte, siguió impasible para dejar claro que no estábamos allí para recrearnos con el relato de las aventuras juveniles de un viejo senador. Hortalo no había mencionado a Cátulo: evidentemente, después de la muerte de Sila, sus relaciones se habían enfriado.

—Queríamos hablar contigo sobre Cayo Rabirio —explicó Lutacia sin rodeos.

Hortalo cerró los ojos y se pasó la mano por la boca.

—Qué muerte terrible —dijo—. Invoco por él a los dioses. En los últimos tiempos, había perdido el norte, pero solía ser un hombre estupendo.

—¿Erais amigos? —pregunté.

—Amigos no es el término adecuado. Nos unió la política: estábamos los dos muy cerca del dictador Sila, pero, entre nosotros, no hubo nunca una relación estrecha.

—Pero, cuando lo acusaron de perduellio, aceptaste defenderlo. Sus finanzas estaban en las últimas, no creo que lo hicieses por dinero.

—Por supuesto que no. Fue un favor al amigo Cicerón. Insistió tanto que, al final, me dejé convencer.

—¿Y cómo es que estaba Cicerón tan interesado en conseguir que absolvieran a Rabirio?

—Dijo que era un reto estimulante para dos oradores como nosotros. Nadie creía que pudiésemos ganar: la acusación era muy sólida, pero en realidad no había certezas de que hubiese sido él quien mató realmente a Saturnino.

Hortalo se entretuvo en las dinámicas que habían llevado a la controvertida muerte del tribuno de la plebe, apreciado demagogo y prohombre de los populares, el partido democrático. Durante el sexto consulado de Cayo Mario, sus secuaces Saturnino y Cayo Servilio Glaucia intentaron repartirse el poder para el año siguiente. Saturnino estaba seguro de que sería reelegido tribuno de la plebe por tercera vez, mientras que Glaucia ambicionaba el consulado. Cuando se hizo evidente que lo derrotaría Cayo Memio, contrató con Saturnino a unos matones para que asesinasen a su rival durante los comicios. El crimen, perpetrado en público, suscitó un gran escándalo y fue condenado también por los populares. La reacción del Senado no se hizo esperar y los optimates, con el apoyo de la plebe, declararon a Saturnino y a Glaucia enemigos del pueblo. Perdido también el apoyo de sus aliados, los dos se refugiaron en el Capitolino con una multitud enfurecida, comandada por Rabirio, pisándoles los talones. Cuando los sitiadores cortaron los conductos que suministraban de agua la zona, Saturnino y Glaucia aceptaron confiar en Mario, que los puso a salvo escondiéndolos en la Curia Hostilia. El cónsul, sin embargo, no había tenido en cuenta la reacción de la multitud. Rabirio guio hasta el tejado del Senado a los más facinerosos, que arrancaron las tejas y

se las lanzaron a Saturnino hasta matarlo. Glaucio, sin embargo, huyó a una casa vecina. Lo encontraron, lo arrastraron a la calle y lo estrangularon.

—¿Creéis que la muerte de Rabirio está relacionada con la de Saturnino? —preguntó Hortalo al terminar su relato.

—¿Tú lo excluyes?

—Categoricamente.

—Quizás un pariente de Saturnino, al negarle la ley la justicia, se vengó con sus propias manos —sugirió Lutacia.

—No tengo noticia de que haya parientes aún vivos —precisó Hortalo—. Creedme, tenéis que buscar al asesino en otro lugar. La historia entre Rabirio y Saturnino es vieja y está olvidada, vinculada a la rivalidad entre Sila y Mario. Con el dictador muerto, nadie tiene interés en reabrir ciertas heridas. La acusación era solo una excusa para culpar a Rabirio, un hombre ya mezquino e insignificante, que conservaba, sin embargo, la arrogancia de cuando contaba algo.

—¿Cómo vivió el proceso Rabirio?

—Con pasividad. No le interesaba defenderse, estaba devorado por los vicios y pasaba los días entre su amante y el juego de azar. Parecía resignado a la condena a muerte y vivía cada día como si fuese el último. Mientras preparábamos el proceso en la domus de Cicerón, solía estar distraído, a menudo se marchaba sin siquiera advertirnos para reunirse con aquella mujer. Yo no soy como Cicerón, que considera el sexo una mera pérdida de tiempo, pero tampoco entiendo una obsesión tan desmesurada. A Rabirio le importaba más ella que su salvación.

—¿Hablas de Aameana? —preguntó Lutacia.

—Ese nombre no me es desconocido, ¿no es la prometida de Vitruvio Mamurra?

—Exacto.

—Dudo que fuese ella la amante de Rabirio. A juzgar por cómo hablaba de ella, era una mujer bastante más importante, miembro de una familia de renombre de la aristocracia romana.

—¿No sabes quién era?

—No, Rabirio no quiso nunca revelar su nombre, ni siquiera para defenderse de los continuos reproches de Cicerón. Pondría la mano en el fuego a que se trata de una matrona casada.

## XII

—Antonio está ilocalizable —me comunicó Censo, que se había reunido con nosotros ante la entrada de la domus de Hortalo y nos esperaba junto a los litereros.

—¿Está fuera de Roma?

—Su hermana no sabe nada. Hace más de una semana que no va por casa.

Esperaba que no estuviese ocupado con un caso delicado y que volviese a la urbe lo más rápido posible. Lo necesitaba. La charla con Hortalo, en vez de aclararme las ideas, había alimentado mis dudas. Había dos aspectos en particular que me costaba comprender. El interés de Cicerón por Rabirio y la identidad de su amante. El motivo por el que el mejor orador de Roma había decidido defender a un hombre acabado como Rabirio era un misterio. Igualmente misteriosa era la figura de la mujer que le había hecho perder la cabeza. Rabirio no era joven, ni vigoroso ni atlético, no era rico y no ocupaba una posición de prestigio. ¿Cómo había logrado conquistar a una noble desposada perteneciente a una de las grandes gens de Roma?

—¿Habéis oído eso? —preguntó Lutacia girándose hacia el foro.

—Sí —respondí aguzando el oído—. Son gritos, un gran griterío. Pasa algo grave.

—¿Quieres que vaya a ver? —se ofreció Censo.

—¡El templo de Ma! —exclamé—. Lo están asaltando.

Lutacia no esperó más. Se le iluminaron los ojos de insana curiosidad. También ella era sensible a la llamada de la sangre y de allí a poco en el templo correría mucha, la de los sacerdotes. Indicó a su esclava que la siguiese y echó a correr hacia el estruendo.

—Lutacia, ¡espera! Puede ser peligroso —grité, pero ella no me escuchó.

Ya había decidido que quería ver con sus propios ojos cómo tomaban el templo. Me volví hacia Censo:

—Vamos también nosotros. Prepárate para sacar los fascas. Temo lo que podamos encontrar.

De una perentoria carrera alcanzamos a Lutacia y su esclava.

—Quédate cerca de mí y de Censo —la exhorté.

Ella asintió, pero mantenernos juntos era empresa ardua. A lo largo del trayecto hacia el foro, el tráfico humano estaba fuera de control. Entre empujones, codazos y golpes de hombro, la situación había degenerado enseguida. Muchos huían del núcleo del conflicto para ponerse a salvo, pero otros tantos acudían al lugar para no perderse ni una escena de un episodio que prometía hacer historia.

Censo intentaba allanarnos el camino entre el gentío abriéndose paso con su poderoso cuerpo. La exaltación prevalecía, no obstante, sobre su autoridad de lictor, y solo conseguíamos avanzar muy despacio.

Cuanto más nos acercábamos al foro, más se añadía al clamor de la gente el choque de las armas. El ejército había intervenido e intentaba restituir el orden.

Entre la gente que huía, nos cruzamos con Apolonio, uno de mis esclavos destinado a los establos. Lo aparté a un lado esperando poder hablar con él entre aquel guirigay.

—¿Qué está pasando? —le pregunté en voz bien alta, aunque ya imaginaba la respuesta.

—Ha estallado la revolución —consiguió decir visiblemente trastornado, mientras hombres que corrían en un sentido y otro nos zarandeaban por la calle.

—¿El templo de Ma? —grité para hacerme oír sobre el ruido de la multitud.

—Sí, lo han asaltado —respondió gritándome al oído.

—¿Quién?

—No lo sé, eran muchos y estaban armados. Aunque el ejército los contiene de momento, no logrará resistir. Los rebeldes no dejan de multiplicarse.

—Rápido, corre a la domus. Haz que pongan al menos diez hombres armados a defender la puerta.

—¿Tú qué harás, amo? Te ruego que no vayas. ¡Es peligroso!

No respondí y retomé mi camino hacia el foro. Tenía razón, pero no podía quedarme sin hacer nada. Tenía que unirme al ejército contra aquellos locos. No temía por mi vida, pero sí por mi casa. Por lo general, cuando estallaban tumultos así, el caos se propagaba por toda la ciudad y sufrían las domus de los nobles, fáciles presas de los malhechores. La razón había dado paso a la violencia y pagaríamos las consecuencias durante días y días. Había que reprimir aquella revuelta cuanto antes.

Identifiqué un paso entre la gente y me introduje por él sacando el gladio. Alcancé a Censo, pero me di cuenta de que había perdido de vista a Lutacia. Me sentía culpable: si le sucedía algo malo, no me lo perdonaría nunca.

—¿Dónde está Lutacia? —le pregunté a mi lictor.

—No lo sé, me he girado a esperarte y no la he vuelto a ver.

—¡Maldición! ¡Tenemos que encontrarla!



Nos abrimos camino entre el gentío aguzando la vista con la esperanza de ubicarla. Había desaparecido, tragada por la gente en delirio.

En el foro la situación era incluso peor. La zona del circo Flaminiano, en las faldas del Capitolino, era la más comprometida, al haberse convertido en el terreno de conquista de los rebeldes. La columna bellica, por lo general usada para declarar la guerra al enemigo, se había transformado en su vanguardia, punto ideal para lanzar el asalto decisivo sobre el templo de Ma-Belona, erigido cerca del muro, fuera del pomerium urbano.

La estructura, aunque imponente, se veía indefensa a merced de la creciente violencia ciudadana. Las seis columnas de la fachada parecían a punto de derrumbarse, mientras que algunas de las nuevas, dispuestas en los laterales, ya habían sido abatidas.

A lo largo de la escalinata central que llevaba al podio yacían algunos militares con el pecho atravesado. Otros, sobrepasados en número, habían huido o se habían rendido. La resistencia había agotado sus movimientos, mientras una multitud enloquecida pedía a voces el linchamiento de los sacerdotes de Ma.

—¿La ves? —pregunté a Censo refiriéndome a Lutacia.

Dijo que no con la cabeza y yo rogué a los dioses que regresase.

—Yo lo he visto todo —me dijo un mendigo.

Me volví para verlo mejor. Tendía la mano para indicar que me contaría la sucesión de los hechos a cambio de alguna moneda.

—¿Estabas aquí cuando estalló la revuelta?

—Sí, la comenzó una mujer.

Le tendí dos ases y lo invité a hablar.

—Una mujer, como te he dicho, todo ha comenzado con ella. Se unió a la gente que asediaba el templo desde hace ya días y comenzó a incitarla. Sostenía que el sumo sacerdote Arquelao había oficiado un sacrificio humano matando a su marido. Continuó gritando a voz en cuello que todos los sacerdotes eran unos asesinos. En poco tiempo, otros se unieron a ella y estalló el alboroto. El ejército ha intervenido, pero no tenía nada que hacer, solo ha conseguido enfurecer aún más a los rebeldes.

—¿Quién era la mujer? —pregunté—. ¿La habías visto antes?

—Sí, hacía días que se colocaba ante el templo para instigar a la multitud. Llevaba un manto de tela como si quisiera parecer pobre, pero en el dedo lucía un anillo de oro como los que llevan las matronas.

—Así que no era de la plebe —deduje.

—No, pero hacía todo lo posible por parecerlo.

—¿La ves ahora?

El mendigo miró a su alrededor rascándose la barba descuidada.

—No, ha desaparecido.

—Descríbela: ¿cómo era?

—No era joven, pero tampoco demasiado vieja.

—¡Callido! —me llamó Censo—. He encontrado a Lutacia. ¡Está ahí!

Seguí la dirección que me señalaba y reconocí su figura ágil y esbelta. Como era de prever, se encontraba justo en el centro del tumulto, al abrigo de un corrillo de canallas que entraba en el templo.

—¡Vamos! —ordené a Censo y nos aventuramos en la turba.

La gente entraba y salía del templo gritando y voceando en un delirio de omnipotencia. Un hombre arrastró fuera a un sacerdote agonizante. Llamó la atención de la plaza y lo hirió de muerte con una puñalada en el pecho.

—¡Matemos a estos bárbaros! —gritó incitando a los demás a imitarlo.

Entre las columnas de la fachada se entrevieron los primeros fuegos. Volutas de humo se elevaban hacia el cielo mezclándose con los rayos menguantes del sol del ocaso.

—No la pierdas de vista —exhorté a mi lictor.

—¡Cuenta con ello!

Lutacia parecía en trance como una adivina. Estaba embelesada por la excitación en torno a ella. En los labios le había aparecido una mueca sádica y no se pararía por nada del mundo. Se movía al paso de los hombres que estaban asaltando el templo. Disfrutaba de lo que veía, como si extrajese energía de aquella locura contagiosa.

Aceleramos el paso para mantener el contacto visual. Lutacia seguía casi extasiada a un bucéfalo, todo músculo, que, a juzgar por como impartía órdenes, era uno de los caudillos. El hombre blandía una espada ensangrentada y destruía todo lo que se ponía a su alcance.

Subimos los escalones de dos en dos y entramos en el templo. Habían arrancado y tirado al suelo una de las *imagines clipeatae*, las imágenes de los escudos de los antepasados de Apio Claudio Pulcher, fundador de la estructura. El rostro de Apio Claudio Caeco, adalid victorioso sobre los etruscos hacía unos doscientos años, se había convertido en trampolín para cruzar el umbral ante el podio.

Me parecía estar en la guerra, rodeado de enemigos. Dondequiera que mirase, veía solo odio y devastación.

Delante de nosotros, un enjambre de hombres se ensañaba con un sacerdote aturdido, mientras otros forzaban una entrada lateral. En los varios ambientes se

sucedían los gritos, peticiones de ayuda, gemidos de dolor y el fragor de cerámica haciéndose añicos contra el suelo.

—Mirad lo que he encontrado —gritó un hombre a nuestra izquierda—. Las pruebas de su barbarie.

En la mano sostenía una gran ánfora decorada con la efigie de la diosa. La destapó y le dio la vuelta, vertiendo un líquido rojo y denso.

—Sangre —se estremeció Censo.

—Hay carne humana aquí dentro —anunció otro mostrando el interior de otra ánfora.

—¡Bárbaros!

—Está lleno de ánforas como estas.

—Aquí yacen sus víctimas.

—Matémoslos a todos.

—¡Aquí hay uno! —añadió un rebelde señalando a un sacerdote que se escondía tras una estatua en el interior de un nicho excavado en la pared—. ¡Capturadlo!

El sacerdote intentó huir, pero lo atravesaron con una lanza. La multitud se encarnizó con él y, en poco tiempo, su cadáver quedó acribillado a puñaladas.

—¡Deteneos! —gritó otro sacerdote bloqueando con su cuerpo el acceso a una salita lateral—. Solo los religiosos pueden entrar aquí.

—¡Muere, bárbaro! —lo agredió con el gladio un hombre nervudo. Impresa a fuego en su espalda llevaba la marca de la IX Legión: había sido soldado.

Me sentía desarmado. Quería con todo mi ser detener aquel derramamiento de sangre inútil, pero era ya imposible. La exaltación que se respiraba en el aire no iba a agotarse en poco tiempo. La multitud no se detendría hasta haber exterminado a todos los sacerdotes.

En la confusión general, me pareció distinguir una voz femenina que pedía ayuda.

—¡Censo! —lo llamé ignorando que el lictor no estaba ya a mi lado.

Sin darme cuenta, me había dejado arrastrar por aquella chusma. Me sentía atrapado en aquel teatro de muerte, inmerso en pensamientos funestos. Había perdido el sentido de la orientación y no sabía en qué ala del templo me encontraba. Había dejado de ver a Censo y, lo que era bastante peor, había perdido de vista también a Lutacia. Era ya la segunda vez aquel día que fracasaba. Estaba faltando al nomen que me había dado Pompeyo, Callido, de callidus: el sagaz. No estaba a mi altura. En la guerra, mis puntos fuertes habían sido la lucidez de pensamiento y la rapidez de reflejos. ¿Era posible que una sola presencia extraña como Lutacia hubiese destrozado mi equilibrio frenándome la mente? Desaprobaba a aquella mujer por cómo se había impuesto a mi lado. Una

parte de mí aún quería desembarazarse de ella, pero otra sentía que podía resultar un recurso valioso. Era una especie de rayo enloquecido, un componente irracional que complementaba mi visión analítica.

Oí de nuevo aquella voz femenina. Imprecaba y suplicaba que la salvaran entre risotadas groseras de un grupito de rebeldes. Me moví en su dirección esquivando a un hombre que exhibía orgulloso la cabeza decapitada de un sacerdote. Salté una estatua de Belona que había caído y la vi, por fin, en un camarín lateral. Se trataba de una joven sacerdotisa. Cinco hombres la habían rodeado y le estaban arrancando la túnica inmaculada.

Parecía una ramita a merced de las bestias. Era una adolescente muy delgada, de brazos finos y curvas apenas esbozadas. Intentaba mantener a distancia de sus agresores y revolvía frenética la cabeza de larga melena negra. Se protegía la cara con las manos como si no ver pudiese salvarla del tormento que la esperaba.

Me encontraba en inferioridad numérica, yo solo contra cinco, pero no podía quedarme impasible. Sujeté con fuerza la empuñadura del gladio y estudié a mis adversarios para elaborar una táctica. El camarín estaba encajado entre dos estatuas, casi escondido de la vista. El espacio era angosto, en un rincón apartado del templo, lejos del alboroto principal. Con un poco de suerte, conseguiría matarlos sin atraer la atención de los demás. Di un suspiro y me sentí listo para el enfrentamiento.

No me oyeron llegar. Irrumpí y, sin dudar, atacué al más grande ensartándolo por la espalda. Esquivé el puño del de al lado y le rompí la nariz con un codazo, antes de atravesarlo con el gladio. Me atacaron a dúo. Uno me agarró de los hombros intentando inmovilizarme, mientras el otro buscaba sujetarme por los brazos. Por fortuna, eran inexpertos y estaban poco sincronizados. Giré sobre mí mismo. Me incliné hacia atrás y los hice chocar uno contra otro. Me lancé sobre el primero y lo apuñalé en el corazón.

El otro estuvo despierto y me dio una patada en la mano. Perdí el agarre del gladio, que rodó a un rincón. Me lancé en picado para recogerlo antes que mi adversario. Él, sin embargo, no se dirigía al arma, sino a mí. Se me echó encima y me rodeó el cuello con las manos. Aunque me faltó la respiración un momento, no dejé de sentirme dueño de la situación. Tenía que reaccionar enseguida y sabía cómo hacerlo. Giré el tronco para crear espacio entre nosotros y luego le propiné un rodillazo en el abdomen y me liberé de su presa.

Mi adversario retrocedió, pero no estaba dispuesto a rendirse. Me encontraba frente a una especie de paquidermo. Gruñó una maldición contra mí y se preparó para cargar de nuevo. Era fuerte, pero su peso y su barriga prominente lo hacían lento. Evitar su

ataque fue un juego de niños. Le bloqueé el brazo y se lo partí obligándolo a un movimiento poco natural. El hombre gritó de dolor y cayó de rodillas.

No le di tiempo de recuperarse. Me lancé sobre él y le hincé ambos pulgares en los ojos. Intentó liberarse con las piernas y el brazo sano, pero me mantuve firme. Dejé de apretar solo cuando vi fluir sangre abundante de los párpados. Estaba ya tan debilitado que no tenía fuerzas para defenderse. La situación se había invertido. Me preparé para el golpe decisivo. Lo agarré del cuello y lo estrangulé hasta que se desplomó falto de vida.

Me apresuré a recuperar el gladio, dispuesto a seguir batiéndome. Miré a mi alrededor en busca del quinto hombre, pero había huido, posiblemente nada más ver cómo mataba al más grande de sus compinches.

Mis manos estaban manchadas de sangre romana, pero no me sentía culpable. Aquellos cuatro eran solo animales hambrientos, que la tomaban con el más débil. Luchaban en una guerra cuyo porqué desconocían. No merecían vivir.

La sacerdotisa yacía en el suelo con los ojos entornados. Tenía una gran tumefacción en la mejilla y le sangraba la nariz. Su respiración, no obstante, era rítmica. Le había salvado la vida, pero no lo había hecho por ella. Socorrerla solo había sido la excusa. Ahora que todo había terminado, me daba cuenta de que lo había hecho por mí. Era como si hubiese necesitado aquella demostración de fuerza. Después de dos pasos en falso, había tenido que demostrarme que mi vis pugnandi seguía intacta. Puede que ese fuese mi destino: tener que demostrarme siempre algo.

—¡Levántate! —exclamé a la sacerdotisa, agarrándola de un brazo—. Vámonos antes de que lleguen más.

Tardó unos instantes en volver en sí.

—¿Qué pasa? —preguntó atontada.

—Vamos a morir como no nos vayamos enseguida.

Tenía un rostro extraño, anguloso. Los rasgos eran burdos y los labios finos, pero lo que más destacaba eran su maquillaje exagerado y la túnica blanca. Atraía demasiado la atención: no conseguiríamos pasar desapercibidos entre la multitud.

—Límpiate la cara —le ordené señalando una fuente en la pared.

—No puedo: soy una sacerdotisa! —se opuso con dignidad.

—Si no lo haces, serás una sacerdotisa muerta.

Asintió con la cabeza baja y obedeció mi orden. Entretanto, desnudé a uno de los agresores y le pasé su túnica.

—¿Cómo te llamas?

—Cefea.

—Bien, Cefea, ponte esto —la exhorté—. Date prisa.

—No me la pondré —se empecinó como una niña mimada—. Es de hombre y apesta que da asco.

—He dicho que te la pongas si quieres salir viva de aquí. Con tu túnica serías un blanco fácil para estos tarados. ¿Has visto lo que estaban a punto de hacerte?

No sé si lo que la convenció fue el tono duro o la mirada ceñuda. Aunque resoplando, Cefea siguió mis órdenes sin decir nada más. Se puso la túnica sobre la que llevaba y se quedó pasmada en el centro de la capilla. Miraba a su alrededor desorientada y murmurando algo incomprensible.

—¡Vamos! ¡Deprisa! —dije para despertarla.

—Espera —me retuvo, tirándome de un brazo—. No puedo irme sin mi padre.

—¿Quién es tu padre?

—Arquelao, el sumo sacerdote de la diosa Ma.

### XIII

**E**ntre todos los sacerdotes masacrados aquella tarde, había salvado justo a Cefea, la hija de Arquelao. Si se corría la voz, los rebeldes me darían caza y llegarían a asaltar mi domus para castigarme. Teníamos que encontrar una forma de abandonar el templo sin ser vistos.

La nave central, como el podio, estaba en llamas. Dentro solo había quedado algún carroñero que intentaba aprovechar la confusión para hacerse con un buen botín. La multitud se había agolpado en la plaza y contemplaba el fuego devorar el templo como si fuese un regalo de los dioses.

Salir sin que nos viesan era imposible. Cefea, además, se había empeñado en querer salvar a su padre antes de huir, sin tener en cuenta que era muy probable que Arquelao yaciese en algún sitio víctima de la revuelta.

—No querría ser pájaro de mal agüero —dije—, pero dudo que tu padre siga con vida.

—Seguro que sí —rebatí.

—Vámonos antes de que el incendio llegue hasta aquí.

—No lo entiendes. Sé dónde está escondido. No pueden haberlo encontrado.

Habían entrado en el templo a sangre y fuego solo para desanidarlo: Arquelao, como sumo sacerdote de Ma, era el objetivo principal de la turba. No había esperanza de que se salvase. Cefea se obstinaba en no querer aceptar la realidad. La observé perplejo. Había algo que no cuadraba en su cara. Ahora que se había quitado el maquillaje, sus rasgos parecían distintos, más masculinos. También su voz era insólita, con matices ambiguos.

Solo entonces me di cuenta de la verdad. Cefea tenía la piel completamente lampiña, comportamientos y movimientos femeninos. Y, sin embargo, no era lo que quería aparentar.

—Eres un hombre —dije, traduciendo mis pensamientos.

—Soy hermafrodita —respondió irritada.

—¡Qué más da! ¡Démonos prisa!

La agarré de un brazo y la arrastré fuera del camarín. La nave estaba desierta, devastada por las llamas que se propagaban en todas direcciones.

—Cúbrete la nariz con la túnica —ordené.

—Vamos en la dirección equivocada —protestó Cefea—. Mi padre está al otro lado.

—No tenemos tiempo; dentro de poco, aquí no se podrá respirar.

Cefea se liberó de mi mano y corrió hacia una salita al fondo. La realidad se cebaba conmigo, no cabía duda. Después de Lutacia, me tocaba cuidar de otra persona totalmente indisciplinada.

La seguí jurando. El aire se hacía pesado y la temperatura era incandescente. Escaseaba el tiempo.

Cefea saltó un anaquel de madera ya devorado por el fuego y entró en una estrecha habitación rectangular. Era una especie de almacén, en el que Arquelao guardaba los paramentos para los sacrificios de la diosa.

—No hay nadie —exclamé—. Es inútil que nos quedemos aquí.

—¡Espera!

Apartando una estatua de Ma a un rincón, Cefea descubrió una trampilla en el suelo.

—Hay un cuarto escondido aquí abajo —explicó.

Abrió la trampilla y entró de un salto en una sala subterránea, haciendo caso omiso de los travesaños clavados en la pared que funcionaban como escalerilla.

—Puedes venir —me exhortó—. Nadie conoce este lugar. Solo mi padre y yo. Hay un pasadizo secreto para salir del templo.

Me dejé convencer y bajé. Una lámpara de aceite iluminaba una estancia amplia. En el centro había un altar rodeado de asientos de mármol. En las paredes se alternaban frescos que representaban a Ma y refinados cortinajes de corte oriental. Estatuas de la diosa ocupaban los cinco vértices de un pentágono imaginario. Era una sala de culto. Quizás Arquelao hacía allí sus sacrificios humanos.

Cefea pateó el suelo y barrió el aire con un gesto de enfado.

—¿Por qué no está? —estalló dejando traslucir el timbre masculino de la voz.

—¡Espera! —señalé—. Aquí no ha habido ninguna pelea.

—¿Estás seguro?

Asentí. La sala estaba en orden y no había rastro de sangre.

—¿Crees que se ha salvado? —me preguntó Cefea animada por nuevas esperanzas.

—Es difícil decirlo. Lo que es seguro es que aquí no ha muerto. Podrían haberlo arrastrado fuera para someterlo al escarnio público, o podría haber huido a través del pasadizo secreto del que me has hablado. En ese caso, supongo que se habrá puesto ya en camino hacia la Capadocia. Roma no es segura para él.



Cefea se dejó caer sobre uno de los asientos. Se pasó las manos por los ojos enjugándose una lágrima.

—Tiene que estar vivo —dijo intentando convencerse—. ¿Qué haría yo sin él?

Era una pregunta para sí misma más que para mí, pero no podíamos seguir demorándonos. Era el momento de abandonar el templo.

—Lo primero es que salgamos de aquí —dije resuelto—. Enséñame el pasadizo secreto.

Volvió la mirada hacia mí como si me viese por primera vez.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Flavio Callido, cuestor de Roma.

—¿Por qué me has salvado?

No podía decirle la verdad.

—No soporto la violencia gratuita —mentí—. No me gusta que la tomen con los más débiles.

Mi embuste pareció convencerla. Se animó como si se hubiese regenerado. Se puso en pie, apartó una cortina adamascada de la pared de detrás del altar y me enseñó un túnel subterráneo.

—Vamos, este pasadizo lleva fuera de la ciudad —explicó y me precedió por la larga galería.

La oscuridad era tan profunda que no veía nada. A nuestros pies oía el chillido de los ratones y cada poco pisaba algo blando y peludo. Me arrepentí de no haber llevado la lámpara de aceite de la sala secreta, pero ya era tarde para volver atrás. Me esforzaba por seguir el paso a Cefea, que caminaba rápida y desenvuelta por delante de mí. Conocía aquel camino al dedillo y avanzaba con familiaridad por los recovecos, a diferencia de mí, que me di dos veces contra las paredes.

—Casi hemos llegado —anunció cuando se me habían acostumbrado los ojos a la oscuridad.

Hasta aquel momento había contado casi seiscientos pasos. Cefea trepó una escalerita excavada en la roca. Apartó una gran piedra ayudándose de ambas manos y desveló una apertura que conducía al exterior.

Me icé tras ella y salí a un bosquecillo de robles y hayas. La vegetación era densa y estábamos bastante ocultos. Los ruidos de la ciudad se percibían amortiguados, como ecos lejanos. Estábamos detrás del Capitolino, fuera del pomerium urbano. El sol se había puesto hacía poco y el cielo estaba velado de vetas rojo encendido, que se confundían con las volutas de humo procedentes del templo. En el horizonte no había nadie a la vista, pero habían pisado hacía poco la hierba alrededor del pasadizo. A juzgar

por las huellas en el suelo, habían sido al menos dos personas. Si Arquelao había pasado por allí, no iba solo.

Cefea se inclinó a recoger algo enganchado en un matorral no muy lejano.

—¿Qué has encontrado? —pregunté.

—Una correa de cuero; me viene bien.

—Se parece a las que los lictores usan para atar a los prisioneros —observé.

—Creo que la ha perdido un gladiador con quien estuve en este bosquecillo el otro día. Se ata correas así en los brazos para destacar los bíceps.

La limpió con cuidado y la usó para recogerse el cabello. Hizo una pose esperando un comentario mío que no llegó. No me apetecía bromear.

De repente, me sentí cansado. Me salió espontáneo sentarme en el suelo, apoyando la espalda en el tronco de un árbol. Había sido una jornada larga e intensa, necesitaba reponerme de la frenética aventura recién vivida.

Cefea se quitó la túnica que yo le había dado. La que llevaba debajo se le pegaba mucho al cuerpo y resaltaba su físico andrógino.

—Me has salvado la vida —dijo sentándose a mi lado—. Estaré siempre en deuda contigo.

—Si quieres saldarla, responde a algunas preguntas.

Apoyó la cabeza en mi hombro y me acarició el pecho tanteando la consistencia de los músculos.

—Tengo en mente una forma mucho más divertida de agradecértelo —dijo, mientras sus labios buscaban los míos.

Me aparté de golpe. Le agarré la mano y la rechacé empujándola. No estaba de humor para ciertas cosas.

—¿Estáis los seguidores de Ma tras las muertes de Rabirio y Crisógono? —pregunté serio.

—No sé siquiera quiénes son —respondió molesta—. Casi no salgo del templo y tampoco mi padre.

Mentía. Conocía demasiado bien el pasadizo secreto: lo había recorrido muchas veces.

—Dime la verdad —exclamé sacando el gladio—, o te mato.

—Bueno, salgo de vez en cuando. Incluso las sacerdotisas tenemos ciertas necesidades y, alguna noche, sin que mi padre lo sepa, me refugio en este bosque para encontrarme con muchachos —admitió con tono forzadamente sensual—. Mis talentos están muy solicitados. Si quieres, puedo hacerte una demostración. Déjate llevar y no te arrepentirás...

Me deslizó una mano por la pierna, subiéndola por debajo de la túnica. La detuve de nuevo alejándola con un gesto áspero.

—¿Quién era la mujer que instigaba a la multitud? —pregunté.

—No lo sé —respondió resignada—. Hace días que se paraba a los pies del templo. A veces decía que su marido había sido víctima de un sacrificio humano; otras, que habían sido el hermano y el hijo. Al final, la gente la escuchó.

—Era solo cuestión de tiempo: el pueblo quería un culpable al que linchar por los homicidios de Rabirio y Crisógono.

—Te juro que no he oído nunca hablar de ellos.

—¿Tu padre celebraba alguna vez ritos sin ti?

—No, yo siempre oficio a su lado.

—Entonces, si hubiese hecho sacrificios humanos, lo sabrías...

—¿Me tomas el pelo? —exclamó ofendida—. Los sacrificios humanos están prohibidos por ley.

—Lo sé, desde el año del consulado de Licinio Craso y Léntulo. No estoy aquí para oír una lección de derecho romano. Quiero saber si tu padre ha celebrado alguna vez sacrificios humanos.

—Solo podemos contar los secretos de nuestros ritos a otros sacerdotes.

Cefea parecía no querer entender. Seguía esquivando la pregunta clave. Necesitaba una incitación más decidida. Mi movimiento fue tan veloz que no logró pararlo. La agarré del cuello y la lancé contra el árbol.

—Te conviene hablar —le advertí—, o te llevo a la plaza y vemos si la muchedumbre es clemente al descubrir quién eres.

—Está bien, lo diré todo —masculló, levantando las manos en señal de rendición—. Pero, por favor, no me hagas daño.

—¡Responde! —silbé sin soltarla—. Te he preguntado si tu padre ha celebrado alguna vez sacrificios humanos.

—No últimamente.

—¿Y los restos de las ánforas? Dentro había sangre y trozos de carne, también yo los he visto.

—Eran animales. Hace tiempo que no oficiamos sacrificios humanos.

—¿Y en el pasado? —pregunté aflojando apenas la mano.

—En el pasado eran prácticas extendidas, pero hablamos de hace muchos años.

—¿Cuántos?

—Con Sila. Una profanación como la de hoy no habría sucedido nunca durante su dictadura. Sila no lo habría permitido. Era muy devoto de la diosa Ma y de mi padre.

Cefeia se estaba mostrando, por fin, colaboradora, así que la solté. Respiró por la boca y se acarició el cuello enrojecido por las marcas de mis manos. Me contó que el dictador y Arquelao se habían conocido en Capadocia hacía muchos años. A la cabeza de su ejército, de vuelta tras la histórica batalla a orillas del Éufrates contra Mitrídates II, Sila había tropezado con una pequeña ciudad en el valle de Comana. Los súbditos de aquel lugar estaban completamente consagrados al servicio de Ma, una diosa que a los soldados les recordaba a la gran madre de Pessinonte. Guiando aquella comunidad no había un rey o una pareja de cónsules, sino un sumo sacerdote, el anciano padre de Arquelao. El culto preveía ritos extáticos y orgiásticos muy coreografiados. A Sila le impresionó tanto, que una noche la diosa de Comana se le apareció en sueños para infundirle valor a la vista de su regreso a Roma y su enfrentamiento con los populares guiados por Cayo Mario. Fue una iluminación, y el futuro dictador decidió introducir el culto de aquella diosa oriental también en la urbe, asimilándola a Belona. La nueva religión, sin embargo, no fue admitida entre las divinidades del Estado. Sus sacerdotes fueron, pues, listados entre los inmigrantes de Capadocia. A la cabeza del templo se puso al joven Arquelao, llegado a Roma con todos los honores junto a la legión de Sila.

—Fue el dictador en persona quien ordenó los sacrificios humanos —concluyó Cefeia—. Quería recrear el ambiente de Comana y, al mismo tiempo, desembarazarse de sus enemigos políticos.

Aunque me habían llegado diferentes relatos al respecto, nunca les había dado crédito. Aquellas muertes habían suscitado numerosas discusiones, bien por la crueldad de la ejecución, bien por la importancia pública de las víctimas. Entre ellas, varios secuaces de Mario, como Venuleyo y Mario Gratidiano. Sila había acallado las voces incluyendo en las listas de proscripción a cualquiera que osase rebelarse. A pesar de la imposición del dictador, había costado apagar el eco del asesinato de Gratidiano, tribuno de la plebe muy amado por el pueblo por su reforma monetaria. Su muerte se había imputado a su cuñado Catilina, que de forma muy escenográfica había perseguido a Sila por el foro para entregarle la cabeza decapitada de su rival. A la larga, sin embargo, se había rumoreado que había estado implicado también Lutacio Cátulo. El padre del princeps senatus, de hecho, años antes, cuando Sila estaba lejos y Mario azotaba Roma, se había visto obligado al suicidio precisamente por Gratidiano.

—Es historia antigua —precisó Cefeia—. La gente ha olvidado aquellos años. Yo ni siquiera había nacido y mi padre dejó atrás toda aquella violencia.

—No obstante, los seguidores de Ma practicáis aún sacrificios de sangre —le hice notar—. Cualquiera que haya asistido a la fiesta de los bellonarii ha tenido pruebas de ello.

—La gente no entiende lo que no conoce. Muchos creen que la procesión es solo una danza desenfrenada, que termina en automutilación. En realidad, es mucho más. Es un sentimiento extático, que nos permite ponernos en contacto con la diosa, dándole nuestra sangre a través de un instrumento sagrado como el hacha de dos filos.

No se equivocaba. Durante mis viajes en las huestes de Pompeyo había encontrado numerosas tribus que oraban de forma poco convencional para nosotros, los romanos. Algunas se pintaban la cara, otras estaban dispuestas a sacrificar a sus propios hijos, otras aún se mutilaban como los sacerdotes de Ma. Al principio, me desconcertaba asistir a ritos que me eran desconocidos, pero luego había aprendido a respetarlos. La religión entra en la esfera íntima de las personas y lo justo es que cada uno cultive a su manera la relación con la divinidad protectora.

—Sin ese alarde de sangre es probable que nadie os hubiese asociado con las muertes de Rabirio y Crisógono, y el templo estaría aún en pie —dije amargamente, convencido de su sinceridad.

—¿Por qué has creído que éramos nosotros, los fieles de Ma, los que estábamos tras esos homicidios?

Le describí cómo habíamos encontrado los dos cadáveres. Me detuve en cada aspecto, incluso en los más macabros. Cefea me escuchó atenta, casi embelesada por el modus operandi y la atención al detalle del asesino.

Al final meneó la cabeza poco convencida de la asociación con el culto de Ma.

—Las amputaciones y el aspergillum recuerdan los ritos celebrados en Comana —reconoció—. Pero hay muchos elementos que no tienen nada que ver con nosotros. El golpe de gracia en el corazón, por ejemplo. Nuestros sacerdotes mataban cortando la carótida. La presencia de la diosa Mania, los dulces de miel y el paño de lana recuerdan mucho más a las Compitalia.

## XIV

*E*ra la segunda vez aquel día que alguien subrayaba las referencias a las Compitalia en los cuerpos de las víctimas. Antes de Cefea, había sido el esclavo en casa de Crisógono. No me explicaba la razón de mi menosprecio de aquellos elementos. Estaba tan empeñado en excluir los indicios de los sacrificios humanos con fondo religioso que no me había dado cuenta de que los crímenes podían tener, de hecho, un valor religioso, aunque de otro género. De niño había asistido varias veces a los juegos compitales. Se celebraban los primeros días de enero y eran fiestas dedicadas a los lares de las encrucijadas, las divinidades protectoras de la familia y los cruces entre calles. El término compitalia derivaba, de hecho, de compitum, es decir, crucero, término que designaba los templetos erigidos en las encrucijadas. Durante las celebraciones, cada familia colgaba de la puerta de su casa una estatuilla de la diosa Mania y unas figuritas hechas de lana, y ofrecía sacrificios en forma de dulces de miel. Los ritos los oficiaban los esclavos porque los lares exigían que fuesen ellos quienes los sirvieran. Vista la importancia que tenían, en aquel día los esclavos estaban libres de cualquier obligación hacia sus amos.

Con el correr del tiempo, a la festividad, que se remontaba al periodo de Tarquinio Prisco, se habían añadido juegos públicos cada vez más grandiosos, hasta que el Senado los había juzgado demasiado caros y había decretado la abolición de las fiestas. Los cónsules a cargo de la prohibición habían sido Lucio Cecilio Metelo y Quinto Marcio Rex. Desde entonces, habían transcurrido siete años.

Aquella historia era cada vez más confusa. No debía descuidar nada o me arriesgaba a perder de vista elementos valiosos. No tenía tiempo para actuar solo. Necesitaba avanzar con método delegando ciertos aspectos en los que había que profundizar. Lutacia había demostrado ser valiosa, pero era demasiado impulsiva para ser completamente fiable. Cefea era una incógnita y Censo era válido solo para vigilar mi inseguridad. Necesitaba a mi amigo Cayo Antonio, que me había respaldado brillantemente ya en el pasado. Era una pena que ni siquiera su hermana supiese

dónde se encontraba en aquel momento. Quizá, no obstante, había una persona que podía ayudarme a dar con él.

—Tengo que irme —anuncié levantándome.

—¿No irás a dejarme aquí sola? —preguntó Cefea alarmada.

—Igual te viene a buscar alguno de esos que aprecian tanto tus talentos...

—Llévame contigo.

En otro momento, habría juzgado una locura aquella posibilidad. Considerando adónde me dirigía, sin embargo, la valoré positivamente.

Nos encaminamos hacia el muro y volvimos a entrar en la ciudad. Cerca del Capitolino giramos hacia Suburra. No era la zona ideal para ir de noche. Las calles estaban oscuras y los malhechores, siempre dispuestos a aprovecharse de ingenuos desgraciados. La agitación de la caída del templo, sin embargo, había empujado a muchísima gente a las calles y no había esquina en la que no nos cruzásemos con alguien que contaba los acontecimientos de aquella tarde.

—Creía que eras rico —dijo Cefea—. ¿Qué hacemos aquí?

—Tenemos que encontrar a una persona.

—¿En Suburra?

—En el submemmum, para ser exactos.

—¿No es la zona dedicada a la prostitución?

—Precisamente.

Cefea se detuvo y se quedó unos pasos atrás. Cuando me volví a llamarla, me miraba con actitud dudosa.

—Eres un hombre raro —exclamó—. Primero rechazas mis acercamientos y ahora me traes aquí para encontrar a una vulgar spurca.

Podía llamarla simplemente ramera o meretriz, pero había elegido el término más despreciativo. Spurca significaba literalmente «guarra» y se usaba para las prostitutas de ínfimo nivel.

—No tengo tiempo de explicártelo. Si no quieres venir, eres libre de quedarte.

Retomé el camino y, al poco, oí los pasos veloces de Cefea que se acercaban. Era bueno que cambiase de idea rápidamente. Llegamos a una callejuela entre edificios altísimos que, cuanto más se elevaban al cielo, más se despojaban del revoque blanco, mostrando los ladrillos rojos y las vigas que los sostenían. La calle estaba salpicada de mujeres de todas las edades y todas las etnias, que engatusaban a los clientes. Llevaban togas de colores chillones sobre túnicas transparentes que ponían de relieve la mercancía. Era el típico atuendo de las prostitutas, obligadas por la ley a llevar vestiduras de hombre para diferenciarlas de las matronas.

Volvimos la esquina y pasamos de un salto un regato de aguas negras de olor nauseabundo. La calle era de tierra batida, bordeada de un edificio de paredes desconchadas. Caminábamos por el centro porque los lados eran terreno de conquista de los desechos: restos de cuero, hortalizas pisoteadas, trozos de cerámica y andrajos.

—¿Falta mucho? —preguntó Cefea cada vez más impaciente.

—Casi hemos llegado —le comuniqué, y era cierto.

Volvimos a nuestra derecha y desembocamos en una plaza caracterizada por un vaivén de personas hacia una casa que hacía esquina. Los esclavos de acompañamiento, los anillos en los dedos y el corte de las togas y túnicas daban fe de un nivel social bastante elevado. A pesar de la cercanía de la zona de peor fama de la urbe, parecía otra parte del mundo. La suciedad y el abandono respirados hasta poco antes eran solo un recuerdo. Hacía poco que habían repintado las paredes de la casa de un azul encendido, y no hacía mucho que habían barrido la explanada ante la puerta. Un candil colgado de la pared iluminaba la muestra, que retrataba a las tres gracias desnudas. Se trataba de un burdel entre los más renombrados de Roma.

—Deja que hable yo —conminé a Cefea—. No abras la boca si no te doy permiso.

Aunque poco convencida, asintió. La cogí de la mano y entramos. Era el clásico lupanar de dos pisos, solo que mucho más elegante. Abajo se consumían los servicios, arriba se alojaban las prostitutas. Nos recibió una lena cincuentona, de aspecto cuidado y perfumada de canela. Junto a ella, había una jovencita semidesnuda, que se contoneaba mostrando los glúteos a un cliente que esperaba, mientras otra tocaba la cítara.

Estábamos en una sala central a la que se abrían distintas estancias apantalladas por cortinas orientales. Un aroma a especias impregnaba el aire.

La lena vino a nuestro encuentro casi bloqueándonos el paso. Nuestro aspecto no era el típico de sus clientes habituales. La túnica que llevaba yo, aunque de factura óptima, estaba tan desaliñada que hacía dudar de mi rango noble.

—Mi amigo está aquí para hacerse hombre —comencé poniéndole bajo la nariz el anillo de oro—. Quiero lo mejor que puedas ofrecerme.

Antes de que pudiese objetar algo, le deslicé en la túnica una bolsita de monedas sonantes. Las contó con un rápido vistazo y dio unas palmadas para llamar a las chicas. Habíamos pasado el examen.

Se presentaron cuatro. Una rubita delgadísima, una pelirroja de pecho abundante, una morena de anchas caderas y una negra dura como la roca. Mercancía variada para satisfacer a cualquier tipo de cliente.

Estaban desnudas y esperaban con la cabeza gacha el resultado de nuestra elección.



La lena las presentó una tras otra ensalzando sus virtudes. Por lo que decía, cada una destacaba en una especialidad.

—Son fantásticas —comenté—, pero vista la importancia del acontecimiento estábamos buscando algo más singular.

—No encontraréis en Roma mejores chicas que ellas —replicó la lena—. Vienen de todas partes del mundo para satisfacer tus necesidades.

—Un querido amigo me ha encomiado a una muchacha helena llamada Aspasia. Por lo que he oído, es muy hábil tocando la flauta.

La mujer me estudió evaluando la petición.

—Aspasia está reservada para una clientela seleccionada y generosa —añadió dándome a entender que las monedas que le había dado no eran suficientes.

—El dinero no es problema —dije secamente tendiéndole otro montoncillo.

Dio dos palmadas y las chicas se retiraron ordenadamente. Nos invitó a seguirla y nos condujo al piso de arriba, hasta una habitación al fondo del pasillo. Apartó la cortina que hacía de puerta y entró.

—¿Tendré que presenciar también que te diviertas con esta meretriz? —se lamentó Cefea mientras esperábamos a que volviese.

—Aspasia no es una meretriz —la corregí—. Es una hetera, la peor especie de arribista. Su objetivo es echar el lazo a un rico ingenuo, que la presente en la alta sociedad. En poco tiempo, entre joyas y propiedades inmobiliarias, es capaz de hacerlo dilapidar su patrimonio acumulando para sí misma todas las riquezas. He visto a varios senadores quedarse en la calle por culpa de mujeres como ella.

—Si es tan rica, ¿por qué vive aquí?

—Es joven y aún debe pagar la deuda que tiene con la lena, pero es cuestión de tiempo que levante el vuelo. Es de un nivel superior y, de hecho, no la ofrecen como a las otras. Escoge personalmente a sus clientes a menos que, como en nuestro caso, sean lo bastante ricos para pasar la selección de la lena.

Esta volvía en aquel momento.

—Aspasia os está esperando —nos informó antes de volver abajo.

Entramos en un cubiculum sembrado de pétalos de rosa esparcidos por todas partes. En el centro se erguía un lecho rodeado de cortinas transparentes. Una suave melodía acompañaba nuestros pasos. Era Aspasia tocando la flauta.

Tendida sobre la cama como si se tratase de un triclinio, vestía una estola de seda roja muy pegada al cuerpo y un velo claro sobre el pelo negro. Los pechos turgentes oprimían la túnica y temblaban a cada mínimo movimiento de los brazos. En las

muñecas tintineaban pulseras de oro al estilo heleno, y de las orejas pendían unos zarcillos de corte egipcio.

Sus movimientos eran lentos y estudiados. Nos esperaba con la cabeza alta y los ojos entornados en una expresión cargada de deseo. Su pulsión erótica llenaba el cuarto.

—Adelántate, joven vástago —exclamó con un giro pecaminoso de la voz.

Con una mano presioné a Cefea en un hombro para detenerla. Avancé solo y me paré ante Aspasia.

—Quiero saber dónde está Cayo Antonio —dije sin preámbulos—. Dímelo enseguida y no perderemos tiempo ni tú ni yo.

Aspasia abandonó el halo de sensualidad que la rodeaba y se irguió, sorprendida por aquella solicitud. Se mordisqueó el labio y abrió los ojos de par en par. Eran del color del mar, grandes y profundos.

—No sé de quién me hablas —respondió recuperando la compostura.

—¿Por qué me mientes? Dime dónde está Antonio y nos vamos. —Le mostré el gladio que llevaba atado a la cintura—. No me obligues a desfigurarte esa hermosa carita.

—Solo tengo que gritar para que vengan cuatro exgladiadores. ¡No podrás escapar!

—Es probable, pero tendré tiempo para desfigurarte. ¿Quieres correr el riesgo?

Aspasia cruzó las piernas dejando entrever los muslos blanquísimos. Inclino la cabeza hacia atrás y se acarició la cara con gestos majestuosos. Jugaba la carta de la seducción. En otras circunstancias, habría cedido de inmediato, pero no aquella noche.

—Soy su mejor amigo —dije en tono confidencial—. No quiero hacerle daño.

—Hace días que no lo veo —se rindió.

—¿Cuántos?

—Más de una semana.

—¿Es normal una ausencia tan larga?

—No. Por lo general, pasa todos los días al menos a saludar. Se ha enamorado de mí, quiere que me case con él.

—No es lo bastante rico para tus necesidades —probé a desengañarla—. Fíate de mí, no te conviene. No es senador, como quiere hacerte creer.

—¿Quieres sustituirlo? —me pinchó con una sonrisa cargada de sobrentendidos.

—No estoy lo bastante loco.

—Entiendo, prefieres muchachitos —dijo mirando a mi ambigua compañera.

—Soy hermafrodita —se irritó Cefea.

—¿Le ha ocurrido algo malo a Antonio? —me preguntó de pronto preocupada.

—¿Por qué lo crees?

—La última vez que vino sucedió algo extraño. Estábamos en la cama y yo tocaba la

flauta para él. Todo iba bien, hasta que un hombre vino a buscarlo.

—¿Lo viste?

—No, lo anunció la lena. El humor le cambió de pronto, ya no parecía él. La presencia de esa persona lo había alterado profundamente.

—¿Empuñó el gladio antes de salir? —pregunté.

—No, se vistió de prisa y se fue, pero sin armas. Al menos, no ante mí. No las soporto.

—¿Qué hora era?

—Última de la tarde.

—¿Oíste quién era el hombre?

—La lena lo llamó Vitruvio.

Maldije para mí. Vitruvio Mamurra. Otra vez él.

## XV

Cuando volvimos a pasar por delante del templo, era noche cerrada. La situación se había calmado. Los rebeldes se habían dispersado y los curiosos, a aquella hora, tenían cosas mejores que hacer que respirar cenizas. Las huellas del incendio eran evidentes. El olor a quemado era tan fuerte que me obligaba a toser de continuo. Los únicos espectadores en aquel escenario de muerte y destrucción eran dos mendigos que roncaban en las escalinatas. La majestuosidad del templo pertenecía ya a la memoria colectiva. Los únicos recuerdos visibles eran la estructura y las vigas desnudas que lo habían soportado.

Cefea contemplaba el estrago desde los pies de la escalinata con la boca abierta, casi incrédula. Estaba tomando conciencia poco a poco de que su vida ya no sería la misma a partir de aquel día.

—¿Por qué todo esto? —repetía para sí, como si fuese una cantinela religiosa.

Junto a ella, me atormentaban los mismos pensamientos. En la guerra había contribuido a destruir pueblos y exterminar tribus enteras. Había hundido la espada en el pecho de tantos hombres que pronto había dejado de contarlos. Había combatido sin escrúpulos ni vacilaciones, y no me había parado a compadecerlos siquiera un instante. Eran enemigos que se habrían comportado de la misma forma contra Roma si hubiesen tenido la posibilidad. Pero observar pasivamente las ruinas del templo me desasosegaba mucho. Había sido una lucha fratricida entre etnias acostumbradas a convivir. Los sacerdotes procedían todos de la Capadocia, pero estaban ya integrados desde hacía años en nuestra ciudad. Violencias inútiles nacidas de un error y aprovechadas por la multitud con poco raciocinio. Si, como creía, los seguidores de la diosa Ma no tenían nada que ver con las muertes de Rabirio y Crisógono, su ejecución había sido gratuita. Un pensamiento que no era capaz de aceptar. En parte, me sentía responsable: si hubiese identificado enseguida al verdadero asesino, los rebeldes lo habrían lapidado a él y no a religiosos inocentes.

—¿Qué va a ser de mí? —me preguntó Cefea.

—Puedes quedarte en mi casa un tiempo. Al menos hasta que termine esta caza de los seguidores de Ma. Mi domus es grande y haré que te preparen un cubículo para invitados. Luego te convendría volver a Comana con tu gente.

—Nunca he estado en Comana. Nací aquí como tú y aquí quiero quedarme. Pero soy extranjera y me rechazan en la ciudad que siento como mía. ¿Es esta la civilización que los romanos queréis difundir por el mundo? Solo Sila nos escuchó como a hermanos; los demás nos han visto siempre como algo que evitar. También Cicerón condenó nuestro culto después de las celebraciones en honor a la diosa.

Recordaba aquella dura toma de posición de Cicerón. Había usado palabras envenenadas en el Senado contra los sacerdotes de Ma, los había llamado «bárbaros que se beben su propia sangre». Me daba pena Cefea. No es fácil ver como se derrumban todas tus certezas. Sus sentimientos eran legítimos y no encontré el valor de contradecirla. Con la cabeza, señaló el templo.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí, esta era mi casa. Nací y crecí en ella. Puede que las llamas hayan respetado algo.

Nuestras palabras despertaron a uno de los mendigos. Era viejo, con la cabeza pelada y una delgadez casi irreal.

—¿Desde cuándo estás aquí? —le pregunté.

—He visto todo lo que había que ver si es eso lo que te interesa —respondió con desgana cerrando los ojos.

—El sumo sacerdote, Arquelao... ¿Lo han linchado?

—No, ha conseguido escapar antes de que la muchedumbre entrase en el templo. Lo han buscado por todas partes en los alrededores, pero en vano.

La noticia iluminó a Cefea con nueva esperanza. Ardía en deseos de entrar; el mero pensamiento de que su padre estuviese aún vivo había bastado para cambiarle la expresión del rostro. En mi opinión, por el contrario, también aquello era una injusticia. El único en el templo que merecía la muerte era Arquelao, culpable de haber realizado sacrificios humanos aunque muchos años antes.

—Ve —le dije—. Te espero aquí.

Era justo que fuese sola a respirar por última vez el aire de su casa. No olvidaría nunca aquel momento y lo habría vivido de forma distinta, menos íntima, si yo la hubiese acompañado como un perro guardián. Subió a la carrera la escalinata y cruzó la entrada entre las columnas. La seguí con la mirada, luego me tumbé sobre el primer escalón con los ojos vueltos al cielo, como los mendigos. El cielo de Roma era una visión mística, que me dejaba sin aliento cada vez que lo miraba, era una enorme

mancha oscura, sembrada de puntitos esparcidos al azar, entre los que destacaba la luna. Estaba casi llena y brillaba con reflejos dorados, iluminando el área de alrededor. A cada pueblo, la visión del cielo le suscita sentimientos diferentes. Para los fenicios era un compañero de viaje en las largas travesías por el *mare nostrum*. Los galos, por el contrario, tenían miedo de que un día les cayese sobre la cabeza y se acabase el mundo. A mí, me transmitía paz y serenidad.

Si aquella mañana alguien me hubiese dicho que pasaría la noche como un pordiosero, observando el cielo, no lo habría creído. Había sido un día muy largo, en el que había recogido mucha información sobre dos crímenes. No tenía aún un sospechoso, pero estaba poniendo los cimientos para la resolución del caso. Recorrí de nuevo con la mente todos los avances, intentando no dejarme nada.

Aproveché también para planificar los movimientos de la mañana siguiente. Me esperaba un arduo trabajo para reconstruir los vínculos entre Rabirio y Crisógono. Estaba seguro de que no se había escogido a las víctimas al azar: había que buscar la razón de aquellas muertes en su pasado, quizá vinculado a fiestas religiosas como las Compitalia. No podía dejar de lado tampoco la figura de Vitruvio Mamurra, y esa era la parte que más me asustaba. Temía descubrir algo que no me gustase sobre mi amigo Antonio.

Este llevaba una vida por encima de sus posibilidades. Varias veces lo había visto invitar a beber a todos los clientes de una taberna o derrochar una fortuna a los dados. Pero había gastos mínimos en cuanto al coste de los servicios de Aspasia. Cómo conseguía permitirse frecuentar a una hetera de aquel nivel seguía siendo un misterio para mí. No era noble como yo: su padre había sido un simple legionario, caído bajo el mando de Sila. Sus servicios, aunque muy solicitados por los senadores obsesionados por la idea de que sus esposas los engañaban, no daban para tanto. Tenía miedo de que, para hacerse con el dinero, se hubiese metido en algún negocio turbio con Mamurra. No era de los que desaparecía durante días sin advertir al menos a su hermana. Era evidente que sucedía algo gordo, quizá relacionado incluso con Rabirio, pero, por mucho que me esforzase, no conseguía imaginar qué.

Mamurra no se ensuciaba las manos por cosas de poca monta. Era un arribista de ambición ilimitada, obsesionado por el lujo. No soñaba, como tantos jóvenes de mi generación, con la gloria y la fama militar. Aspiraba a imponerse solo para acumular riquezas. Su objetivo, revelado varias veces durante los ágapes de la alta sociedad, era construirse una domus revestida por entero de mármol. Su iniciativa y su carácter decidido pero servil con las personas adecuadas le habían permitido escalar aprisa las

clases sociales y caer en gracia a personajes poderosos como Julio César. Los malpensados sostenían, además, que tenía una relación con él.

Mis prejuicios hacia él eran muchos, aunque puede que fuese solo porque no era tan diferente de mí. En ciertos aspectos, me reconocía en él. Aunque yo no quería acumular patrimonio, para suerte mía era ya rico por familia, sí ambicionaba llegar a la cumbre de la política romana. Por eso estaba tan obsesionado con aquella investigación. Estaba cada vez más convencido de que era mi gran oportunidad. De su resultado dependía mi futuro. Si resolvía brillantemente el caso, se me abrirían las puertas de la pretura, un cargo prestigioso para poner las bases del consulado.

—No hay nada que hacer —dijo Cefea.

Estaba tan perdido en mis pensamientos que no la había oído llegar. No era buena disimulando sus estados de ánimo. La ilusión vivida hacía unos instantes con la esperanza de encontrar a Arquelao en el templo se había desvanecido. Tenía los labios fruncidos en una mueca de frustración y hundidas las mejillas.

—No ha quedado nada —añadió limpiándose una lágrima—. El fuego lo ha devorado todo. Creía que mi padre volvería a buscarme... No puede haberse olvidado de mí.

—Te lo he dicho y te lo repito. Por su bien, espero que esté ya a bordo de una nave hacia la Capadocia.

## XVI

A la mañana siguiente, cuando oí que me llamaban, me pareció que acababa de quedarme dormido. Me costaba abrir los ojos y los dolores de espalda me recordaron lo incómoda que era la escalinata del templo. No había pasado una noche al raso desde la época de la campaña contra los piratas.

Consolar a Cefea no había sido fácil. Me había tocado aguantar la relación completa de los recuerdos de su infancia. En aquellos momentos estaba muy lejos de la persona que había buscado una y otra vez el acercamiento sexual: parecía una niña indefensa que buscaba un hombre en el que apoyarse.

—Domine, tienes visita —repitió por tercera vez mi secretario Tarquinio para hacer que me levantase.

Era una escena idéntica a la que había vivido el día anterior.

—¿Es de nuevo Lutacio Cátulo? —pregunté.

—No, su hija Lutacia.

Por fin había decidido volver. Merecía una severa reprimenda por cómo se había comportado durante el asalto al templo. Si quería continuar ayudándome en la investigación, tenía que someterse a mis reglas y no hacer lo que le venía en gana.

Me esperaba de pie en el atrio. Con ella no estaba la habitual esclava, sino una muchacha que llevaba una armadura masculina. Tenía el cabello suelto y un físico tónico, con los músculos de los brazos y las piernas bien delineados.

—Esta es Silvia —la presentó Lutacia—. Pertenece a la escolta que la lanista Aquilea ha puesto a mi disposición. Después de los acontecimientos de ayer por la noche, he creído oportuno ser precavida y me he dirigido a ella.

Por si no eran suficientes una matrona tozuda y una hermafrodita, mi patrulla se enriquecía ahora con otro peón insolente, una gladiadora.

—¿Cómo acabaste ayer? —pregunté molesto a Lutacia.

—Podría hacerte la misma pregunta... —replicó con descaro.

—Conociéndote, dudo que huyeses.



—En la confusión del motín, te perdí de vista. Cuando el templo comenzó a arder, me puse a salvo y volví a casa. Estaba muy cansada después de un día así.

—¡Fuiste una imprudente! —le grité—. Era peligroso acercarse al templo siquiera.

—Sé cuidarme sola. He demostrado que puedo defenderme.

A diferencia de Censo, que había esperado mi regreso ante la entrada de la domus y se había prodigado largamente en excusas, ella no sentía ni la más mínima culpa. Es más, aquella aventura la había vuelto aún más irreverente.

—No funciona así —insistí irritado—. Si quieres seguir conmigo la investigación, tienes que estar siempre a mi lado, a menos que yo te autorice lo contrario.

—No eres tú quien da las órdenes, sino mi padre. ¿Cómo crees que reaccionaría si supiese que abandonaste a su hija en medio de una revuelta popular?

El chantaje y la autoridad paterna. Esas eran las claves para quedarse a mi lado con sus condiciones. Con Pompeyo lejos, tenía el cuchillo por el mango.

—No he venido a discutir —cerró la disputa—. Salgamos pronto. Ha habido otro muerto.

Me rasqué la cabeza desconsolado. Había ocurrido lo que temía. Mientras la toma del templo catalizaba la atención colectiva, el asesino había actuado sin ser importunado.

—¿Quién es la víctima? —pregunté.

—Arquelao, el sumo sacerdote de Ma.

—¿Por qué crees que está relacionado con nuestra investigación? Su muerte podría ser una consecuencia del ataque al templo. Tal vez una banda de facinerosos lo reconoció y lo linchó.

La situación era aún peor de lo que había imaginado. El asesino no había aprovechado la distracción de la revuelta contra los sacerdotes de Ma para actuar impunemente. Se había movido en el ojo del huracán, ante todos, matando al hombre más buscado del día. Una tarea así suponía planificación, rapidez fuera de lo común y mucha sangre fría. Me encontraba frente a una mente extraordinaria. Mi adversario era un estratega no indiferente, dotado de una óptima destreza con las armas. Capturarlo iba a ser difícilísimo.

Volví a pensar en las palabras de la noche anterior con Cefea y en mi augurio. Arquelao no había logrado embarcarse en una nave rumbo a Capadocia. Destino extraño, el suyo. Había huido de una muchedumbre sedienta de sangre para terminar en manos de un despiadado asesino.

Habían abandonado el cadáver en la ciudad, en el centro del cruce de dos calles entre el Capitolino y el Aventino, en la orilla izquierda del Tíber. Una clara referencia a los lares, las divinidades celebradas por las Compitalia. Había encontrado el cuerpo un

cuidador de ganado que se dirigía al Foro Boario. No había reconocido a la víctima, pero la había relacionado enseguida con las muertes de Rabirio y Crisógono.

Cuando los triumviri capitales habían escuchado su relato, habían entendido inmediatamente que se trataba de Arquelao. En el pecho del cadáver, de hecho, destacaba un gran tatuaje que representaba a la diosa Ma, el mismo que el sumo sacerdote había lucido durante los ritos oficiales. En Roma era rarísimo encontrar a personas con dibujos o palabras en el cuerpo y, cuando sucedía, quedaba impreso en la memoria. Se trataba, por lo general, de extranjeros, bárbaros sin respeto por su piel.

La ciudad había recibido con gran satisfacción la noticia de la muerte de Arquelao. En poco tiempo, mucha gente se había reunido en una procesión que circulaba festiva en torno a las ruinas del templo. A la inmensa mayoría de los romanos no les importaba si era el culpable: para ellos, se había hecho justicia.

Tendría que haber sido yo el primero en llegar al lugar del delito; como un estúpido, había perdido la noche buscando a Antonio, para luego despertarme demasiado tarde, cuando la noticia era ya de dominio público.

In situ encontré esperándome a Aurelio Cotta, con los otros dos triumviri capitales. Aunque había esperado ver lictores protegiendo la escena, el espacio alrededor del cadáver estaba vigilado por un puñado de gladiadores y gladiadoras. La mano de Lutacia estaba tras aquella elección, de eso estaba seguro. Probablemente, había aprovechado la autoridad de Cátulo también con los triumviri capitales, demasiado jóvenes e inexpertos para oponerse.

Antes de acercarme, observé a distancia aquella insólita escolta. Gladiadores y gladiadoras se movían en sincronía, con perfecta coordinación. Estaban pendientes de las palabras de una de ellas, colocada unos pasos más atrás. Impartía órdenes y recibía solo respuestas afirmativas. Era la lanista, la responsable de la escuela de gladiadores.

No tenía dudas, ante nosotros estaba la legendaria Aquilea de Esmirna en persona.

La había imaginado más vieja, pero era una mujer en la flor de la vida. Había comenzado muy joven a combatir en la arena y llevaba con ella el eco de sus victorias. Casi cohibía verla tan de cerca.

Su piel tenía reflejos crepusculares y estaba curtida por el sol. Llevaba el largo cabello castaño suelto demostrando, así, que era extranjera. La cara era un óvalo perfecto, con la frente amplia y los labios grandes. Más alta que la media de las mujeres romanas, llevaba una túnica escotada, que le llegaba un poco por encima de la rodilla, dejando entrever los grandes pechos y los muslos torneados. Los hombros anchos y los músculos de los brazos pronunciados daban fe de su disposición para la lucha y el

entrenamiento, igual que las cicatrices que tenía en todo el cuerpo. La más grande partía del cuello y desaparecía bajo el vestido.

—¿La has reconocido? —me preguntó Cotta acercándose—. Es Aquilea de Esmirna. He oído decir que, cuando estaba en Capua, venció incluso a Espartaco.

Menos mal, los triumviri capitales estaban más impresionados que ofendidos por la lanista y, por tanto, me libraría de tener que justificar su presencia.

Asentí sin compartir su entusiasmo y me concentré en la escena. Me bastó un vistazo de pasada para entender que a Arquelao lo habían asesinado allí o, en cualquier caso, en las cercanías, y luego lo habían arrastrado. A lo largo de la calle las estelas de sangre se extendían varios pasos.

Era una señal de discontinuidad importante con las otras víctimas. Si teníamos suerte, quizás alguno había visto al asesino con las manos en la masa.

—¿Hay testigos? —pregunté refiriéndome al corrillo de curiosos que se había agolpado alrededor.

—Ninguno, por desgracia.

—¿Cómo es posible? Si lo ha matado aquí, el asesino habrá estado expuesto cierto tiempo.

—Esta es una calle de paso para los mercaderes. No hay viviendas alrededor y el homicidio sucedió en plena noche.

Avancé resignado. Estaba listo para un examen en profundidad del cadáver. Pasé la barrera de gladiadores y gladiadoras, pero Aquilea se interpuso entre el cuerpo de Arquelao y yo, cortándome el paso.

—Me han pedido que no deje a nadie acercarse —dijo.

Para ser extranjera, hablaba muy bien nuestro idioma. Tenía una dicción limpia y sin inflexiones.

—Él es el cuestor Flavio Callido —se apresuró a anunciarme Lutacia—. Es el magistrado al que mi padre ha encargado la investigación. Puede pasar.

No esperé a que me presentase a Aquilea. Era ya una afrenta que me hubiese impedido el acceso al escenario del crimen. Por mucho que me gustase la idea de que estuviese también ella guardándonos la espalda, recibirla entre nosotros significaba aceptar que Lutacia asumiese el control de las operaciones. Tomé la palabra para despedirla.

—Te agradezco la ayuda —dije—. Ahora que estamos aquí nosotros puedes reunir a los gladiadores y volver a tu escuela.

Aquilea me miró de hito en hito, como para asegurarse de que lo decía en serio. Un amago de sonrisa se le dibujó en los labios.

—No obedezco órdenes de nadie —silbó—. Mucho menos de un hombre, mucho menos de un romano que no me ha pagado aún.

Censo empuñó los fascas y se paró entre nosotros amenazante. Lo invité a bajar el arma, pero él siguió alerta. Cotta, para evitar tomar partido, se volvió hacia la gente a nuestra espalda.

—No soy un simple romano —dejé claro—. Soy un magistrado en el ejercicio de su imperium y, como tal, te ordeno que te alejes con tu séquito.

Hice particular hincapié en el tono imperativo de la palabra «ordenó», pero no surtió el efecto deseado. Aquilea se echó a reír y, de inmediato, la imitaron sus gladiadores.

—¿Habéis visto? —dijo llamando la atención general—. El romano clásico, con miedo a luchar, que intenta impresionarme con la autoridad de su cargo.

Los curiosos de alrededor se dividieron. Algunos rieron siguiendo el ejemplo de los gladiadores, otros permanecieron en silencio, a la espera de descubrir cómo borraría yo aquella ofensa. No podía dejarla correr, estaba de por medio el honor de mi gens.

Me quité la túnica y desenvainé el gladio. Aquilea no era la única que lucía cicatriz sobre cicatriz, también mi cuerpo llevaba impresas las señales de muchas batallas.

—Estoy dispuesto a hacerte cambiar de idea —exclamé—. Los romanos sabemos luchar y muy bien, además.

Si a Aquilea le impresionó mi reacción, no lo dejó traslucir. Se quedó inmóvil, aunque me estaba estudiando. Sentía sobre mí la profundidad de su mirada. Observaba mi postura de soldado y mi físico, yendo de las ágiles piernas a los músculos del pecho y de los brazos. Apenas movió la cabeza para detenerse sobre cómo empuñaba el gladio. Estaba buscando mi punto débil.

—Puede que te haya infravalorado, romano rico —confesó—, pero no te hagas ilusiones: en la arena contra mí no sobrevivirías durante mucho tiempo.

—Hasta ahora solo has hablado, idemuéstralo! A lo mejor desde que te hiciste lanista te has ablandado y ahora tienes miedo.

Por fin mis palabras hicieron mella. Había metido el dedo en la llaga. Había encontrado su talón de Aquiles: la vanidad. Durante años había respirado fama, gloria y aplausos del público. Ahora había cambiado de vida, pero su carácter seguía siendo el mismo y había conservado intacta su aureola de invencibilidad. Como guerrera indómita, no toleraba que se pusiese en duda su valor.

Sacó una daga que llevaba atada a la cintura y adoptó una posición de defensa. Con las manos, me invitó a atacarla con un gesto de mofa.

Fue Cefea quien pensó en detenernos antes del enfrentamiento. Se plantó entre los dos alargando los brazos para mantenernos a distancia y se echó a llorar.

—¡Dejadlo! —farfulló entre sollozos—. Han asesinado a mi padre y vosotros os enfrentáis como dos imbéciles. ¿Queréis verter aún más sangre?

No esperó nuestra reacción. Corrió hacia el cadáver de Arquelao y lo abrazó con dulzura, murmurando algunas palabras de cariño.

Nos había devuelto a la realidad. Estábamos allí por Arquelao y para encontrar a su asesino.

—La hermafrodita tiene razón —se entrometió también Lutacia—. Os estáis comportando como niños; recordad que estamos todos en el mismo barco. Nuestro enemigo es el asesino que ha matado ya a tres personas.

Aquilea guardó de nuevo el arma, pero la mirada que me dirigió indicaba que la conversación entre nosotros no había concluido.

Decidí hacer caso omiso de ella al menos por el momento. Me puse de nuevo la túnica y me acerqué al cadáver de Arquelao. Tomé de la mano a Cefea y la aparté con delicadeza: necesitaba una visión de conjunto sin distracciones. Se dejó hacer como una chiquilla obediente. Se retiró a un lado y me observó en silencio. También Aquilea me miraba. A cada paso que daba sentía sus ojos siguiéndome. Me escrutaba para entender mi método analítico.

Arquelao estaba desnudo, tendido panza arriba. El asesino le había atado al brazo una pequeña reproducción en madera de la diosa Mania. Le habían extirpado los genitales y, en lugar del pene, asomaba un aspergillum clavado en la carne. La mutilación, aunque grave, no era la causa de la muerte. El golpe de gracia había sido una puñalada en el corazón. Las analogías con los cadáveres de Rabirio y Crisógono eran evidentes, pese a que había una diferencia. Mientras que en los otros casos el asesino había cambiado de arma entre la mutilación y el golpe mortal, esta vez había usado el mismo cuchillo de hoja ancha. Tal vez porque cortar los genitales de un hombre era un gesto burdo que no requería mucha precisión, a diferencia de la nariz o las orejas. Quizás había sido solo una forma de ahorrar tiempo en medio de la revuelta contra los sacerdotes. O puede que nos enfrentásemos a otro asesino, un imitador.

Me incliné para examinar los detalles más de cerca. Abrí la boca de la víctima. Sobre la lengua, el asesino había dejado una moneda. También esta vez, como para Crisógono, era de un cuño que yo no conocía, pero de claro origen romano. Enganchada en el pelo había una ramita de laurel, y en los labios habían quedado migas de un dulce, probablemente de miel. En las muñecas y los tobillos, Arquelao mostraba derrames oscuros, signo de que lo habían atado antes de matarlo. Tenía las mismas manchas lívidas en el cuello.

Otro movimiento que no cuadraba. ¿Había intentado el asesino estrangularlo con

una cuerda? No era posible: no entraba en su ritual habitual. Volví el cuerpo sobre la espalda para ver mejor aquellas manchas. Lo que llamó mi atención, sin embargo, fueron las escoriaciones. Estaban distribuidas por todas partes: en la nuca, en la espalda, en los glúteos y también en las pantorrillas y los talones. Todas post mortem, a juzgar por la poca sangre que había brotado.

—Yo puedo explicarte esas señales —dijo Cotta titubeante—. El asesino ató el cuerpo a un cerdo y el animal lo arrastró un tramo, al menos mientras tuvo fuerzas para hacerlo.

—¿Un cerdo? ¿Dónde está?

—Muerto. Estaba atado con un nudo corredizo al cuello de la víctima. Lo hemos encontrado agonizante junto a Arquelao. Lo han apuñalado en el vientre y ha espirado poco después de nuestra llegada.

—¿Y los despojos?

—He hecho que los quitasen antes de que se corriese la voz. Después de lo que sucedió ayer no quería que se relacionase la muerte del sumo sacerdote con la del cerdo. Temía que alguno hablase de un doble sacrificio, humano y animal, haciendo estallar de nuevo la violencia en la ciudad.

—¿A qué esperabas para decírmelo?

—A que terminases de examinar el cuerpo —rezongó—. Creía que querías concentrarte solo en eso.

Mentía. Estaba seguro de que había sido idea de Aquilea y de que él la había secundado pasivamente y no quería admitirlo ante otro magistrado. A lo mejor esperaba que estuviese tan ciego que no me diese cuenta. Aurelio Cotta había alterado el cuadro de conjunto y me había llevado a error. La sangre del suelo no era de Arquelao sino del cerdo. No nos enfrentábamos a un imitador y el asesino no había cambiado su ritual. Al contrario, lo había respetado a la perfección. Había matado al sumo sacerdote quién sabe dónde para luego traerlo hasta allí, al centro de una encrucijada, para complacer a los lares.

El sacrificio del cerdo era casi una declaración de intenciones. Con aquel símbolo, el asesino se alejaba claramente de los ritos de sangre en honor de la diosa Ma-Belona. Había un día en particular en el que se sacrificaba un cerdo en Roma. El de las Compitalia.

## XVII

*E*l ruido acompasado de pasos nos anunció la llegada de un senador. Alguien importante, a juzgar por la abundancia de lictores que formaban la escolta. Creí que se trataría de Lutacio Cátulo, pero las enseñas que ondeaban a su llegada me sacaron del error. Se trataba del cónsul Marco Pupio Pisón Frugi Calpurnio, acompañado de su enorme séquito de lictores y clientes.

La multitud de curiosos se abrió en semicírculo para dejar pasar la litera consular, sostenida por cuatro colosos procedentes de África.

Intercambié una larga mirada con Aquilea. La lanista asintió apenas, antes de apartar la mirada, señal de que había entendido mi mudo ruego. Retrocedió unos pasos y, con un ademán, indicó a sus gladiadores que se mantuviesen aparte. Di un suspiro de alivio. Conocía a Pisón, era un tipo que se disgustaba fácilmente y lo último que necesitaba era un incidente diplomático entre una lanista y el cónsul.

Pisón bajó de la litera a pocos pasos del cadáver de Arquelao. Más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, llevaba muy bien sus años. Su aspecto era impecable: lucía una toga elegante y calcei con tintes dorados, adquiridos de un caro mercader egipcio. El pelo entrecano y una sonrisa abierta le conferían un innegable atractivo, que arrasaba entre las matronas.

Avanzó con paso lento, cadencioso. Miraba a su alrededor con la cabeza alta y la expresión fingidamente consternada. Si a los romanos les asustaba aquella espiral de violencia culminada por los tres crímenes y el asalto al templo, él debía mostrar seguridad y puño de hierro sin, a pesar de ello, menospreciar el peligro. En realidad, estaba más preocupado por cómo se mostraba a los ojos del pueblo que por la muerte de Arquelao. Disfrutaba la gloria y el poder del consulado, consciente de que no duraría mucho. A diferencia de su colega Marco Valerio Mesala Corvino, se daba cuenta de que el suyo era un poder de fachada, pues las riendas de la política de Roma las sostenían tres hombres: Pompeyo, César y Craso. Había sido Pompeyo quien lo había presentado al consulado tras haberlo nombrado, en el pasado, legado suyo en la tercera guerra contra Mitrídates, rey del Ponto.

Su presencia era una buena noticia para mí. A diferencia de lo que me sucedía con Lutacio Cátulo, sabía que podía fiarme de Pisón. Habíamos luchado juntos en el Ponto y nos vinculaba un aprecio recíproco. El año anterior habíamos vuelto juntos de Asia y también gracias a su apoyo había ganado las elecciones para el cargo de cuestor.

Aurelio Cotta y los otros dos triumviri capitales fueron a su encuentro con actitud obsequiosa. Él los despachó con un gesto del brazo y se volvió directamente hacia mí.

—Flavio Callido, habría preferido verte en circunstancias más agradables —comenzó.

—También yo, cónsul.

—Por lo general, disiento de las decisiones de Lutacio Cátulo, pero cuando he sabido que te había encargado esta investigación, me he sentido aliviado. Si hay un hombre en Roma que puede resolver el misterio y entregar al asesino a la justicia, ese eres tú.

—Gracias por la confianza, cónsul. Espero no decepcionarte.

—También yo lo espero. ¿Te ayuda Cayo Antonio? Sé que juntos habéis resuelto varios asuntos espinosos para Pompeyo.

—Se reunirá pronto con nosotros —respondí vago—, en cuanto resuelva algunas cuestiones personales.

Pisón lanzó un rápido vistazo al cuerpo de Arquelao y movió la cabeza contrariado.

—Primero Clodio infringe los misterios de la Bona Dea —continuó, procurando que la muchedumbre de curiosos lo oyese—, luego el asalto al templo y ahora un sacerdote asesinado en un acto de barbarie. No hay ya respeto por la religión en esta ciudad.

Había adoptado un tono solemne y se preparaba para arengar al pueblo. Pese a aquella condena pública, Pisón había defendido a ultranza en el Senado al cuestor Clodio, acusado de haberse introducido en la domus del pontífice máximo, disfrazado de flautista, para encontrarse con su amante durante la Damia, los ritos en honor de la Bona Dea, la «buena diosa», prohibidos a los hombres y oficiados únicamente por mujeres. Una toma de posición que le había costado un difícil enfrentamiento con Cicerón, que encabezaba la facción de los que creían a Clodio culpable.

Echó los hombros hacia atrás y, componiendo la expresión más tranquilizadora de que fue capaz, se dirigió a su público. Abrió la boca y fue a hablar, pero titubeó, asaltado por la duda. Se volvió hacia mí en busca de una confirmación de lo que estaba a punto de decir, seguro de que sus palabras tendrían gran eco en la ciudad.

—¿Estás seguro de que este muerto está relacionado con Rabirio y Crisógono? —me preguntó en voz baja.

—Seguro.

—¿No podría...

—También yo he pensado al principio que Arquelao había muerto a consecuencia del



asalto al templo —lo interrumpí—. Pero al ver el cadáver he tenido que cambiar de opinión. El mismo modus operandi de los otros crímenes: una mutilación y luego el golpe de gracia con una puñalada en el corazón.

—Tres homicidios en pocos días y una única mano. No podemos quedarnos impasibles, tenemos que reaccionar ante quien está sembrando el pánico en la ciudad. ¿Qué sabemos hasta ahora?

Resumí brevemente lo que había descubierto, deteniéndome en el vínculo entre las víctimas. No teníamos testimonios de relaciones entre ellas, pero todas eran un tipo de persona en particular: antaño ricas y poderosas, ahora caídas en desgracia. También Arquelao estaba en ese grupo. El sumo sacerdote había sido muy popular durante la dictadura de Sila, pero, con la muerte de este, el culto de Ma había perdido consenso y había sufrido también una dura condena en el Senado por parte de Cicerón.

Conduje a Pisón cerca del cadáver y le indiqué los varios elementos que el asesino había dejado en el cuerpo. La estatuilla de Mania, la ramita de laurel, los dulces de miel, la moneda en la boca, sin olvidar el sacrificio del cerdo. Todos los detalles que parecían inspirados por las Compitalia.

—Luego está el aspergillum —subrayó el cónsul—, que no tiene que ver con las Compitalia.

—No, su presencia me hace pensar que el asesino lleva a cabo un rito para purificar a sus víctimas antes de matarlas. O, al menos, es lo que quiere hacernos creer.

—Ya, parece casi como si nos encontrásemos ante una especie de vengador anónimo. Es como si todas las víctimas hubiesen sido castigadas por algo que las deshonró en vida: Rabirio por la muerte de Saturnino y su vida licenciosa, Crisógono por haberse enriquecido con su padre gracias a las listas de proscripción, Arquelao por haber oficiado sacrificios humanos.

Pisón tragó saliva, pensativo. Me puso una mano en el hombro y razonó en voz alta:

—Flavio, querría darte más tiempo, pero necesito resultados deprisa o no tendré más remedio que decretar el toque de queda para prohibir a la gente que salga de noche. Sabes de qué es capaz un pueblo asustado y descontento: se dejaría soliviantar por otro Catilina y no podemos correr un riesgo semejante, al menos mientras Pompeyo esté lejos.

—Entiendo, cónsul. Haré lo posible.

—¿Me equivoco o esa es Aquilea de Esmirna? —añadió.

—Es ella.

—Tienes una escolta insólita...

—Lutacio Cátulo me había prometido otros diez lictores —me justificué—. A la

espera de que el Senado apruebe su moción, he accedido a la propuesta de Lutacia de que nos escolten Aquilea y sus gladiadores. En estos tiempos, no se está nunca demasiado seguro.

—Óptima idea, en verdad —aprobó Pisón con entusiasmo—. El pueblo adora a Aquilea y tenerla de nuestra parte puede ser una buena propaganda. Sin contar con que su presencia tal vez ponga contra las cuerdas al asesino, y lo induzca a error. Bien, hoy impulsaré en el Senado que se apruebe la moción de Cátulo, pero quiero que Aquilea siga contigo. Convencerá incluso a los escépticos de los populares de que estamos haciendo todo lo posible por resolver el caso.

No me costaba hacer prosélitos, era innegable. Lástima que me hubiese condenado yo solo. Después de Cátulo, que me obligaba a llevar conmigo a Lutacia, ahora el cónsul hacía lo propio con Aquilea. Ya no podía contradecirlo o echarme atrás. Mi séquito se enriquecía de día en día, solo me faltaba la única persona que, en realidad, habría querido que me ayudase. Cayo Antonio, ¿dónde diablo estaba?

—Ven —me llamó Pisón—. La gente espera que diga algo y quiero que te vea conmigo.

Entretanto, el corro de curiosos se había agrandado. La noticia de la presencia del cónsul había atraído a mucha gente, deseosa de descubrir cómo se enfrentarían las instituciones a aquel tercer homicidio. Pisón invitó a todos al silencio, antes de tomar la palabra. Esperó paciente que el vocerío se redujese y comenzó su discurso en tono solemne.

—Romanos, nos encontramos frente a un hombre despiadado, que no duda en asesinar torturando a sus víctimas. Un bárbaro nacido de bárbaros y crecido entre ellos. No os mentiré diciendo que estáis a salvo, pues estamos todos en peligro. Cualquiera de nosotros podría ser el próximo. Con las manos sucias de sangre, este hombre intenta asustarnos, pero estamos dispuestos a luchar contra él. No es un espíritu, no es un fantasma. Es una persona de carne y hueso como vosotros y yo. Y, por tanto, no puede salirse con la suya porque lo atraparemos. Estamos dispuestos a reaccionar y os prometo que le daremos caza noche y día para sacarlo de su escondrijo y estrangularlo en la plaza. Vengaremos las muertes de Rabirio, Crisógono y Arquelao. Quien ambiciona sembrar el pánico y el terror en la ciudad no puede quedar impune. No lo permitiré. He encargado la investigación al cuestor Flavio Callido, al que veis aquí a mi lado. Ha servido fielmente y con valor a nuestro general Pompeyo en Asia, como magister equitum, y estoy seguro de que sabrá arrojar luz sobre este asunto en el menor tiempo posible. Callido es un hombre de gran ingenio y, gracias a él, este bárbaro asesino tiene las horas contadas. Lo espera también la espada de Aquilea de

Esmirna. —Hizo una pausa para dejar que digiriesen la información y que se quietara el murmullo desencadenado por aquel nombre—. Habéis oído bien. La indómita e imbatida gladiadora está de nuestro lado en esta caza al hombre. Apenas he sabido que estaba en la ciudad, disponible para ayudarnos, la he llamado para que se una a nuestros lictores. Sabed que el cónsul Pisón no repara en gastos para garantizar el bienestar y la seguridad de los ciudadanos romanos.

Pisón se ganó su ovación y se alejó satisfecho. Su mirada era seria, pero exultaba por dentro. Con aquel discurso había iniciado la campaña electoral que le conduciría al gobierno de alguna provincia importante en la que enriquecerse. Cuando aquella ristra de crímenes acabase, se atribuiría el mérito. Todo sin el más mínimo esfuerzo. O mejor dicho, con el mío.

## XVIII

—**A**sí que ahora trabajo para vosotros —me susurró Aquilea en cuanto Pisón se despidió con su escolta.

—Eso parece...

—Pensé que querías echarme; qué pena que el cónsul piense de otra forma.

—No te hagas muchas ilusiones —le dije, mirándola a los ojos—. Aquí mando yo y tendrás que obedecerme.

—Por supuesto —respondió en un tono tan falso que no resultaba creíble—. No querría que te vieses obligado a descubrir que una mujer es más hombre que tú en la toma de decisiones.

—Correré el riesgo...

—¿Quién me pagará? Mis servicios son caros.

—Lutacia o el cónsul Pisón. Ellos son tus protectores; yo, desde luego, no.

—Sé listo, haciendo honor a tu nombre: puedo serte mucho más útil de lo que crees.

—Ya veremos...

Aquilea tensó los músculos y me dio un ligero empujón con el hombro. Antes de que pudiese reaccionar, se justificó con una sonrisa, como si el suyo hubiese sido un gesto de camaradería entre compañeros de armas. Era igual de alta que yo, pero su físico era más imponente que el mío. Parecía esculpido en mármol, tan bien delineado que recordaba a una estatua helénica.

—A propósito —continuó—, cuando quieras retomar la conversación de antes, estoy dispuesta a luchar contra ti en cualquier lugar y a cualquier hora del día. Te demostraré quién de los dos se ha ablandado.

—Mi espada ha hecho muchísimas viudas de guerra. No tendré problema en atravesarte cuando esta historia haya terminado. Ahora, sin embargo, dejemos claras algunas cosas —levanté la voz para que me oyese todo el grupo de gladiadores—. ¿Habéis oído al cónsul Pisón? Aquilea se quedará con nosotros para dar caza al hombre que ya ha asesinado a tres personas. Silvia se ocupará de la seguridad de Lutacia y ambas responderán directamente ante mí o ante mi lictor Censo, que estará al mando

de nuestra escolta. Los otros podéis volver a la escuela a entrenar para los próximos munera.

—Es mejor que se queden con nosotros —me contradijo Lutacia—, al menos, hasta que el Senado nos asigne los otros diez lictores.

—No, no podemos circular por Roma escoltados solo por gladiadores. Llamáramos demasiado la atención y nos arriesgaríamos también a aterrar a los ciudadanos ya asustados. Y, además, en este momento, es mejor no descollar y movernos en la sombra.

Lutacia hizo gesto de ir a hablar, pero Aquilea se le adelantó:

—Callido tiene razón —dijo resuelta, sin dar opción a la réplica—. Nos quedaremos Silvia y yo, los demás que vuelvan de inmediato a su entrenamiento. No podemos permitirnos abandonar todos la escuela: dentro de unas semanas tenemos que actuar en los juegos de Baia y quiero que todos los senadores de vacaciones recuerden la fecha como la más apasionante de su vida.

Aquilea estaba demostrando ser razonable. Puede que la colaboración con ella no fuese tan difícil como me la imaginaba.

Era el momento de planificar los próximos movimientos. La diosa Mania y las referencias a las Compitalia eran recurrentes en los tres homicidios; nuestra investigación tenía que partir ahora de eso, pero antes había un punto que me urgía aclarar. Si bien Rabirio y Crisógono eran objetivos fáciles de atacar, no podía decirse lo mismo de Arquelao.

Miré alrededor en busca de Cefea. Estaba sentada en el suelo, detrás de Censo, con la cabeza oculta entre las rodillas.

Me acerqué a ella y me puse en cuclillas a su lado. Le apreté el hombro para darle ánimo. Cefea apenas volvió la cabeza en mi dirección. Las rojeces de sus mejillas, debidas al largo llanto, aún no se habían atenuado.

—¿Te ves capaz de responder a unas preguntas? —le dije.

Asintió.

—El día de la fiesta en honor de la diosa Ma, cuando los bellonarii bailaban por Roma hiriéndose para alcanzar el éxtasis, ¿tu padre participaba también en los ritos?

—Sí, pero sin salir del templo.

—¿Estás segura?

—Lo recuerdo como si fuese ayer. Mi padre y yo realizábamos la danza propiciatoria ante la estatua de la diosa.

—¿Salía Arquelao alguna vez del templo?

—Cuando era pequeña, a menudo; pero, últimamente, cada vez menos y solo si tenía

que officiar un rito tan importante que no podía delegarlo. Era viejo y las fuerzas lo estaban abandonando, vivía ya encerrado en el templo en estrecho contacto con los sacerdotes que formaba para que lo sucediesen.

Esa respuesta reforzaba mi idea, pero necesitaba aún otra confirmación.

—Cefea, ¿recuerdas si esa mujer que instigaba todos los días a la multitud fuera del templo apareció antes o después de la muerte de Rabirio?

—Lo siento, no sabría decírtelo.

—Concéntrate. Es importante.

—Quizás antes; me parece haberla visto ya hace algunas semanas, poco después de la condena pública de nuestro culto por parte de Cicerón.

Tal vez el homicidio de Arquelao era el planificado en primer lugar. El único verdaderamente anhelado por nuestro asesino. Los otros dos habían sido una especie de tizón que había cebado el incendio. Como sugería Pisón, puede que el sumo sacerdote hubiese sido condenado a muerte por su pasado, por los sacrificios humanos que había celebrado. Pero sorprenderlo en el templo, donde estaba siempre rodeado de sus adeptos, era muy difícil. Hacía falta algo extraordinario para empujarlo a salir. Algo extraordinario como una revuelta... ¿y qué mejor método para desencadenarla que evocando precisamente los sacrificios humanos de fondo religioso?

Hacía días que el asesino vigilaba el templo, puede que meses, y había descubierto el pasadizo secreto que utilizaba Cefea para encontrarse con sus amantes en el bosquecillo. Sabía que Arquelao lo utilizaría para huir de la turba enfurecida y lo había esperado allí para matarlo, siguiendo su ritual. A saber cuánto hacía que preparaba aquel momento. Tenía un plan bien tramado: primero había esparcido la base de paja, con dos homicidios impresionantes, para avivar el odio de la gente hacia los sacerdotes de Ma. Luego chiscó la chispa en forma de la mujer que cada día azuzaba, ante el templo, a la multitud, recordando que Arquelao había hecho sacrificios humanos, los mismos que habían matado a Rabirio y Crisógono. ¿Era aquella mujer una simple cómplice? ¿Y si el asesino no era un hombre sino una mujer? Lo seguro era que debíamos partir de ella. Una vez identificada, habríamos dado un buen paso adelante.

La búsqueda de la mujer en las cercanías del templo resultó infructuosa. Interrogamos a docenas de personas, entre vagabundos y tenderos de la zona, y recogimos otras tantas descripciones distintas. Todos confirmaban el relato de Cefea, según el cual una mujer se había apostado en la zona durante días y días, instigando a los transeúntes contra los sacerdotes de Ma. Todos juraban recordarla y haberla visto bien, y cada uno ofrecía un retrato distinto. Un mercader afirmaba que era una noble matrona, otro que era de la plebe. Aún otro sostenía que la había reconocido entre los

mendigos que frecuentaban su figón en busca de restos de comida. Una vez era joven, la siguiente vieja. Rubia, castaña, morena, pelirroja. Eran descripciones tan diferentes entre ellas que comencé a dudar de que se tratase de la misma persona.

—¿Estás seguro de que era siempre la misma? —pregunté a un violero.

—La voz me parecía similar, pero no sabría decirlo con certeza. No se ponía siempre en el mismo sitio y, a veces, la oía más que verla.

—¿Puedes indicar un lugar preciso?

—A los pies de la escalinata del templo. Al comienzo de la calle, cerca del figón. Una vez, también delante de mi taller. Alejaba a los clientes y me vi obligado a echarla.

—¿Cómo reaccionó?

—Se cubrió la cara con un velo, se disculpó y se marchó.

—¿Recuerdas algún rasgo especial de su rostro?

El violero lo pensó, luego negó con la cabeza.

—Lo siento —concluyó—. Siempre la vi con la cabeza inclinada. Era como si, mientras hablaba, estuviese buscando algo en el suelo, junto a sus pies.

No solo la mujer, también las acusaciones cambiaban sin parar. Al principio, sostenía que Arquelao le había matado al marido como parte de un sacrificio humano, luego había pasado al hijo, al hermano, al padre y quién sabe cuántos otros grados de parentesco había inventado.

—El asunto se complica —comentó Lutacia—. Nuestro hombre tiene varios cómplices.

—¿Por qué hablas de un hombre? —objeté—. Tendería a pensar en una mujer. Quizá no tiene cómplices y actúa sola. Es una transformista.

—Una mujer no puede mancillarse con delitos tan atroces. ¿Cómo crees que conseguiría imponerse a un hombre?

—Rabirio y Arquelao eran viejos, Crisógono tan achacoso que lo habría tumbado hasta un niño. No me atrevo a excluir que el asesino sea una mujer, pero tampoco que sea un hombre y tenga cómplices. Por ahora sabemos solo que está obsesionado con las Compitalia. Tenemos que partir de ese punto.

Quedarse allí habría sido solo una pérdida de tiempo. Estaba seguro de que no recogeríamos información útil para reconocerla o reconocerlo. Lo mismo daba concentrarse en otra cosa, en particular, en la estatua de la diosa Mania.

Decidí que partiríamos del templo. En realidad, hablar de templo era una exageración. Se trataba de una estructura de piedra poco más grande que un sacellum, situada en la margen izquierda del Tíber, en una zona que había visto detenerse el aumento de la construcción tras una fase de esplendor en el periodo de Escipión. Se

elevaba en una pista de tierra, rodeada por un grupo de casuchas de madera, a las que habría bastado un golpe de viento para tumbarlas. A juzgar por el cúmulo de desechos alrededor, de las aguas negras que habían casi excavado un foso y de las manchas en la piedra, éramos los primeros visitantes en semanas.

El guardián del sacellum era un viejo sin dientes ni pelo. Llevaba una túnica blanca gastada en varios puntos y caminaba apoyándose en un bastón.

—¿Queréis dejar una ofrenda para complacer a la diosa? —nos preguntó nada más llegar al alcance de su voz.

Tenía un timbre catarroso y tosía de continuo, como si tuviese una autonomía de, como mucho, cinco palabras.

—No hay mucho tráfico por aquí —observé, alargándole unas monedas en la mano.

—Por desgracia, el culto de Mania ha caído en el olvido —siguió, mientras hacía desaparecer las monedas en una bolsa bajo la túnica—, tal vez por la abolición de las Compitalia o porque los romanos la reconocen como divinidad etrusca y no propia.

—Sin embargo, en estos días, todos hablan de la diosa.

—Ya, pero ninguno le ora. He oído hablar de esos crímenes, relacionados de alguna manera con ella. No es, desde luego, el tipo de noticia que yo deseaba para revitalizar el culto.

—¿Tienes idea de por qué el asesino deja sobre los cuerpos de las víctimas una estatuilla de Mania?

—Es un mensaje. Quiere dejar claro que la muerte es el castigo por los crímenes que los han deshonrado en vida.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Lutacia.

—En la simbología, Mania es la divinidad que atormenta a los espíritus culpables, sin darles tregua.

—En realidad, sin embargo, el asesino es una especie de vengador, que castiga a los culpables que se han librado —deduje.

—Podría ser una clave de lectura correcta.

—¿Sabes si hay alguna matrona particularmente vinculada a la diosa? —pregunté con la esperanza de encontrar una inspiración para identificar a la mujer que azuzaba a la multitud ante el templo de Ma.

—Hace años; ahora, no. Os lo repito: Roma ha olvidado a Mania. La guerra civil no la perdió solo Cayo Mario, sino también la diosa. Muchos de sus partidarios eran fieles a Mania, y por eso Sila, después de la victoria, casi desterró el culto. Entre sus seguidores, solo Catilina continuó dejándose ver alguna vez por aquí.

—¿Catilina era devoto de Mania?



—Desde luego; y, más que él, lo era su esposa. Venían muy a menudo al templo a orar y eran muy generosos con las ofrendas.

## XIX

La visita al templo de Mania no había producido resultados significativos. No sé bien qué esperaba descubrir en el encuentro con el guardián, pero lo cierto es que algo más. Por el contrario, la única información curiosa, irrelevante para la investigación, se refería a la devoción de Catilina y su esposa por la diosa Mania. Era la primera vez que escuchaba un chisme sobre Aurelia Orestila que no tuviese que ver con su obsesión por la estética o sus veleidades amorosas. Antes de su matrimonio con Catilina, en torno a ella habían pululado numerosos rumores, que solo los esponsales habían aquietado. Su unión había dado mucho que hablar: ambos, de hecho, estaban ya casados. Sin embargo, Catilina no había dudado en repudiar a su primera esposa, Graciana, hermana de Mario Gratidiano, secuaz de Cayo Mario y, por lo tanto, enemigo de Sila y del propio Catilina. Se había opuesto claramente a las segundas nupcias el joven hijo del futuro conspirador. El muchacho, nada más haber tomado una postura pública sobre el asunto, había desaparecido. Al decir de Catilina, había decidido abandonar Roma; pero muchos mantenían que lo había asesinado su propio padre para desembarazarse de él y poder desposar a Aurelia Orestila.

Nuestra siguiente parada era la domus de Quinto Marcio Rex. Durante su consulado, siete años antes, se habían abolido las Compitalia. Esperaba que pudiese ofrecernos más elucidaciones sobre aquella festividad tan recurrente en nuestra investigación. Marcio Rex había sido elegido junto con Lucio Cecilio Metelo, pero la repentina muerte de su colega y su fallida sustitución lo habían «obligado» a gobernar solo, tanto que, en los fasti consulares, su nombre se había asociado a la observación «solus consulatum gessit», es decir: ocupó solo el consulado.

Era un hombre anciano, llegado a la cumbre de la escala social más por el prestigio de su familia —su abuelo había sido a su vez cónsul— que por sus méritos militares. Solo seguía en parte la política activa y solo para apoyar a Clodio, desde siempre su protegido. Marcio Rex, de hecho, se había entregado a conseguir su absolución, corrompiendo a los jueces con sustanciosas donaciones, cuando el vástago de los Claudio había violado los misterios de la Bona Dea.

Nos recibió en la sala triclinar de la domus, reservada a las grandes ocasiones, como demostración de que los hombres más influyentes de la urbe no lo consideraban a menudo digno de su compañía. Nos acomodamos en triclinios de mármol de origen helénico, enriquecidos con blandos cojines multicolores. Procedían de Mesopotamia; Marcio Rex precisó que se los había comprado a un mercader fenicio, que entre sus clientes contaba a Craso, César y el faraón Tolomeo Auletes.

Respecto de la última vez que lo había visto, encontré al excónsul encorvado, el pelo blanco más ralo y las arrugas de la cara más profundas. Sufría una leve tartamudez y hablaba con una lentitud exasperante, que hizo un verdadero suplicio su precisa descripción de las Compitalia y los ritos relacionados: de la lustratio al sacrificio de los cerdos, pasando por los dulces de miel y las figuritas hechas de lana.

—Yo no era partidario de su abolición —nos contó, mientras sus esclavos nos servían un excelente estofado de jabalí—, pero no me opuse abiertamente. La corriente más influyente del Senado ya había decidido y yo me acogí a su voluntad. Una pena, porque los juegos asociados a las Compitalia aquel año fueron, en verdad, majestuosos. Los recuerdo bien: luchas de gladiadores, carreras de bigas y exhibiciones de los mejores acróbatas de la República.

—Un gasto notable —comentó Lutacia en tono coloquial, sorbiendo una copa de vino.

—Gastos excesivos para una festividad dedicada a los esclavos —puntualizó Marcio Rex—. Ese fue el pretexto para abolirla.

—¿Había otros motivos tras la decisión? —pregunté.

—¡Por supuesto! Los gastos excesivos eran solo una excusa. ¿Desde cuándo se preocupa el Senado por los gastos elevados? Para cubrirlos, basta imponer un nuevo tributo. No, creedme, no fue una cuestión económica.

—¿Qué había detrás en realidad?

—Motivaciones políticas, obviamente. Las Compitalia servían ya solo como campaña electoral, una forma rápida de ganarse las simpatías del pueblo. Con Sila, pero ya antes de él, se habían convertido en una ocasión de celebración personal. El dictador había transformado aquella fiesta en un triunfo suyo y la aprovechaba para congraciarse con la plebe haciéndose venerar. En el pasado, quien se había beneficiado más había sido Mario Gratidiano. Después de la reforma monetaria, con ocasión de las Compitalia, el pueblo erigió estatuas en su honor, elevándolo casi al nivel de divinidad, y él se sirvió de ello para reforzar su posición en la carrera al consulado. ¿Cuántas fueron las estatuas que erigieron a Gratidiano? ¿Cinco? Entonces, Sila pretendía cada año al menos diez. El dictador no se conformaba con eliminar a sus adversarios políticos, quería también borrar su recuerdo, sobre todo, si la gente los apreciaba.

—¿Han dedicado las Compitalia alguna vez a una mujer? —pregunté.

—No que yo recuerde, pero habría sido menos peligroso. Aunque una mujer hubiese sido venerada durante días, no habría podido nunca ambicionar el gobierno de Roma. En cambio, las Compitalia corrían el riesgo de convertirse en un medio a disposición de hombres particularmente ambiciosos para aumentar su poder personal y allanar el camino hacia nuevas dictaduras.

—Un arma peligrosa —comenté—, sobre todo en el año en que regía la República un solo cónsul...

—Ya —Marcio Rex soltó una carcajada que se transformó en una tos convulsa—. Muchos temían que yo pudiese aprovechar aquella fiesta para imponerme como un nuevo Sila, sin darse cuenta de que no tenía ni el carácter ni la ambición del dictador. Acepté de buen grado las presiones que me llegaban de varias partes y llevé adelante la ley para abolir las Compitalia. A posteriori, puedo decir que fue para bien. Pensad en cómo podrían aprovechar hoy una fiesta así personajes como Craso, Pompeyo o César. No hay que dejar que el pueblo llegue a venerar a un hombre como a un dios, los efectos podrían ser nefastos.

El poco espacio de la litera aumentaba la tensión entre Lutacia y yo. Los primeros roces habían empezado al salir de la domus de Marcio Rex y habían continuado durante todo el trayecto posterior. Lutacia me acusaba de hacer caso omiso de sus ideas, de tomar decisiones sin consultarlas a ella o a Aquilea, postura que, hasta ahora, según ella, no había llevado a resultados significativos, sino solo frenado nuestro impulso investigador.

En realidad, estaba de acuerdo solo en parte. Me costaba aceptar que las charlas con el guardián del templo de Mania y con Lucio Marcio Rex habían sido como echar agua en el mar. No habíamos avanzado nada, pero las había encontrado interesantes. Sobre todo, la segunda había servido para encuadrar bien las Compitalia en el valor que habían adquirido a ojos de la política romana. Desde mi punto de vista, conocer mejor a Mania y las fiestas compitales era una forma de acercarnos a la mente del asesino y a su forma de razonar.

—Estoy harta de seguirte como una sierva —estalló Lutacia—. No puedo ayudarte si no sé qué estás haciendo.

Tenía razón, urgía encontrar un punto de encuentro, pero no podía explicarle que solo intentaba ganar tiempo mientras elaboraba una táctica para apuntar al objetivo más alto.

—¿Qué tienes ahora en mente? —continuó subiendo el tono—. ¿Por qué vamos a ver a Cicerón? No me parece una gran idea. ¿Lo has visto hablar en la tribuna? Tiene una

oratoria sin igual y es siempre dueño de la situación. No serás tú quien le interroge a él, sino al revés.

—Soy consciente de que el excónsul es un interlocutor difícil, pero es fundamental en este momento hablar con él —dije.

Me esforcé en parecer decidido, aunque en realidad aquellas palabras tenían la intención de convencerme más a mí que a ella. La idea me rondaba en la cabeza desde aquella mañana y solo me había detenido la misma objeción que había expresado Lutacia. Sabía bien que Cicerón era tan sagaz y hábil en ars oratoria que conseguiría dar la vuelta a cualquier discurso. Sonsacarle información sería una empresa titánica, pero valía la pena intentarlo. Cicerón, al menos en apariencia, estaba relacionado con las tres víctimas: había defendido a Rabirio en los tribunales, acusado al padre de Crisógono, lo que contribuyó a su condena a muerte, y condenado en el Senado el culto de Ma por la crueldad de sus ritos. Ya había pospuesto bastante mi encuentro con él al anteponer las visitas al templo de Mania y a Marcio Rex, y sentía que no podía seguir retrasándolo más. No se me había ocurrido aún una estrategia para enfrentarme a él. No lo consideraba sospechoso, pero estaba convencido de que podía resultar una fuente valiosa. Seguro que tenía un óptimo conocimiento de las víctimas y podía ofrecernos información útil. El problema era cómo preguntar. Utilizar una sola palabra inadecuada con Cicerón era un peligro, no digamos insinuar un posible nexo, incluso indirecto, entre él y un asesino. La victoria sobre Catilina había amplificado un ego ya muy pronunciado. El excónsul representaba la vanidad hecha persona y era un hombre muy vengativo. Bastaba una simple alusión para desencadenar su ira, que podía repercutir de forma infausta en los tribunales.

—Déjame hablar a mí —recomendé a Lutacia.

## XX

La domus de Cicerón destacaba entre las demás del monte Palatino. Casi adyacente a la de Cátulo, era incluso más majestuosa. La vanidad de ambos no afectaba solo a su ego, se reflejaba también en su modo de vida. Entre los dos había, desde hacía años, una especie de competición para ampliar y enriquecer cada vez más su morada, tanto que las respectivas domus eran un punto de referencia entre los patricios de la zona. No era casualidad que el arquitecto que había proyectado la villa de Espurio, mi padre, en la que yo vivía ahora, se hubiese inspirado justo en la de Cátulo.

Ordené a Censo, Aquilea y Silvia que se quedasen aparte para no irritar a la guardia privada de Cicerón. Haber desenmascarado el plan de Catilina contra la República no había aumentado solo su egocentrismo, sino también sus miedos. Vivía ya aterrorizado de que alguno de los conspiradores supervivientes volviese a Roma para vengarse, por lo que se había rodeado de un auténtico ejército, que lo escoltaba y lo protegía en todo momento, incluso entre las paredes domésticas.

Entraríamos solo Lutacia y yo. Por mucho que temiese un disparate o un movimiento impulsivo, no podía dejarla fuera. Llamé a la puerta yo mismo y me anuncié al esclavo que vino a abrirnos. En cuanto pronuncié mi nombre, apareció Tirón, el secretario de Cicerón. Tuve casi la impresión de que nos había visto llegar y se hubiese apostado en el corredor para mantenernos a raya. Era un hombrecito bajo y achaparrado, de cara redonda. No lo había visto nunca antes, pero había oído a menudo hablar de él. Eran muchos los que le reconocían dos grandes dones: la paciencia, fundamental para soportar las extravagancias de su amo, y la inteligencia. Era conocido, de hecho, por haber inventado un eficaz sistema de taquigrafía.

—Tenemos que ver a Cicerón —dije avanzando unos pasos—. Estamos en misión por cuenta del cónsul Pisón.

—Ahora es imposible —discrepó Tirón, colocándose exactamente en el centro del pasillo para impedirnos el paso.

—¿No está en casa?

—Está, pero atareado con una legación extranjera. Por desgracia, no puede recibirnos. Lo siento, tendréis que volver en otro momento.

—Nos estamos ocupando de un caso que reviste la máxima importancia —exclamé impertérrito—. Conocer la opinión de Cicerón es fundamental para nosotros, por lo que estamos dispuestos incluso a esperar todo el día si es necesario.

—Por favor, señores, no me parece digno —insistió Tirón con visible embarazo, volviéndose un par de veces para controlar la situación a sus espaldas.

—Anuncia, pues, a tu amo que, cuando termine con la legación extranjera, el cuestor Flavio Callido y Lutacia Domicia están aquí para verlo.

Tirón se mordió el labio, sin saber qué hacer. Se volvió de nuevo y se atormentó las manos apretándolas con fuerza una contra otra.

—Un instante de paciencia —añadió y se fue.

Había algo que no me cuadraba en aquel comportamiento. Tirón no me había parecido convincente al demorarnos con la excusa de la legación extranjera. Era como si ocultase algo y temiese que, dejándonos entrar, pudiésemos descubrirlo.

Aproveché su ausencia para salir y consultar con Censo. Mi licitor estaba al otro lado de la calle, visiblemente contrariado por verse obligado a esperar junto a Aquilea y Silvia.

—Ve un momento a la parte trasera y vigila la salida de atrás —le ordené al oído sin que me oyesen las gladiadoras—. Estoy seguro de que, mientras yo estoy dentro con Cicerón, alguien saldrá por ahí. Descubre de quién se trata.

Censo asintió sin hacer preguntas y se alejó. Aquilea lo siguió con los ojos.

—¿Qué sucede, romano rico? —me preguntó.

—Cicerón tiene invitados misteriosos. Sencillamente quiero descubrir quiénes son.

—¿No pensarás que está implicado en estos homicidios?

Fingí no haberla oído y evité responder. La integridad del excónsul estaba por encima de toda sospecha y me parecía imposible que estuviese involucrado en un asunto tan turbio. Mis dudas eran de naturaleza política. Pompeyo gozaba del cariño del pueblo, pero era malquisto por una parte del Senado, el ala conservadora que dependía de Cicerón. Con el general aún en camino de vuelta desde Asia, mi sospecha era que Cicerón estaba tejiendo vínculos y alianzas con otros senadores eminentes para frenar su escalada al poder. Si en aquella villa se estaba celebrando una cumbre secreta sobre el futuro de la República, quería descubrir quiénes la protagonizaban.

Volví a entrar en la domus justo cuando volvía Tirón. Su sonrisa era forzada y continuaba martirizándose las manos, ya completamente enrojecidas.

—Cicerón ha accedido a veros —anunció—. Tardará aún un poco, el tiempo de

despedir a la legación extranjera. Entretanto, para resarciros de la espera, el amo tiene el placer de ofreceros un refrigerio.

Un esclavo nos condujo a un pequeño cuarto triclinar, adyacente al atrio, y nos sirvió vino y fruta de temporada.

—Si necesitáis algo más, estaré ahí fuera —dijo y salió tomando la precaución de cerrar bien la puerta de fuelle.

El triclinio era de piedra tallada y los mosaicos de las paredes de óptima factura. Por muy elegante que fuese, sin embargo, nos encontrábamos en una sala de espera, quizá la misma que Cicerón usaba para los clientes.

Acerqué la oreja a la pared con la esperanza de captar alguna conversación procedente de las habitaciones vecinas. Nada. Silencio absoluto. Estábamos aislados, lejos del centro neurálgico de las actividades de la domus.

—¿Qué pasa? —me preguntó Lutacia—. ¿Por qué estás tan nervioso?

—Hay algo que no va bien. No tengo conocimiento de la presencia de ninguna legación extranjera en Roma.

—Mi padre no me ha dicho nada. Por lo general, cuando llegan reyes o embajadores, le informan.

—Por mucho que Cicerón sea un hombre importante, ¿por qué debería venir a verlo a casa un rey? Tendría más sentido que una legación extranjera viese a los cónsules o al pontífice máximo.

Estaba ya harto de esperar. Abrí la puerta para reclamar a Tirón y me encontré cara a cara con un esclavo. Era de físico imponente y tenía el rostro picado. Instintivamente, no me inspiraba confianza.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó.

—No quiero parecer descortés, pero tengo numerosos compromisos. ¿Tendremos que esperar aún mucho?

El esclavo titubeó, poco seguro de cómo responder. Tirón vino en su auxilio. Se asomó desde el corredor a nuestras espaldas y nos anunció que Cicerón estaba listo para recibirnos. Su actitud había cambiado levemente. Las maneras seguían siendo afectadas, pero la sonrisa era ahora ceremoniosa. Nos acompañó a una gran sala, repleta de papiros y pergaminos. Cicerón nos esperaba de pie, ocupado en anotar algo en una tablilla de cera.

—Perdonad la espera —dijo viniendo a nuestro encuentro—. Estaba ocupado con una legación de filósofos alejandrinos. Hay muchas desavenencias entre el faraón Tolomeo Auletes, su esposa Cleopatra y su hija Berenice. La situación en Egipto está al rojo vivo.

—No es que aquí en Roma esté mejor —observé.



—Corren malos tiempos. Como a todos, a mí también me ha impresionado mucho esta serie de crímenes.

Con un ademán nos invitó a sentarnos en dos escabeles, mientras él seguía de pie, apoyado en una alta repisa de mármol llena de tablillas de cera. Quizás era una advertencia implícita de que aquella visita sería breve.

Llevaba una toga elegante, pero grande, un truco sencillo para esconder su figura mantecosa. Con los años no había aumentado solo su prestigio, sino también su sobrepeso. El joven esmirriado y ambicioso que había desafiado a Sila en el proceso entre Sexto Roscio y Crisógono había dejado paso a un hombre satisfecho y engreído.

—Las historias cruentas de estos días no me han sorprendido —continuó—. Muchos ambicionan Roma, hombres dispuestos a todo con tal de elevarse por encima del bien público, pero, igual que detuve a Catilina, detendré a quien ose conspirar contra la República. Eso puedo garantizároslo.

Había hablado con el mismo tono que utilizaba en el tribunal o en los comicios. Si creía que también yo me dejaría embaucar por su retórica, se equivocaba de pleno.

—¿Cómo es que aceptaste defender a Rabirio? —pregunté yendo al grano.

—Las mujeres, el juego y quién sabe qué otro vicio caracterizaban su siniestra existencia. Rabirio era, sin duda, un hombre despreciable, pero no mató a Saturnino hace veinte años. No merecía ser condenado a muerte por perduellio y, como la justicia está para mí por encima de todo, accedí a defenderlo.

—Te importaba de verdad mucho que lo absolviesen. Tanto como para pedir el apoyo de Hortensio Hortalo. ¿Dudabas quizá de poder ganar el proceso solo?

Cicerón sonrió y se rascó la nariz. Había entendido mi juego y no mordió el anzuelo de mi provocación.

—Por supuesto que no —dijo tranquilo—. Solo pensé que sería útil la ayuda de un orador fino como Hortalo, uno de los pocos capaces de plantarme cara.

—¿Conocías a la amante de Rabirio?

—No, pero puedo decir que lo tenía verdaderamente obsesionado. Vivía para el sexo y deseaba a esa mujer a todas horas. No le apremiaba salvar la vida, sino solo volver a verla; para él esa relación lo era todo. Recuerdo algunos días que, mientras Hortalo y yo organizábamos su defensa, Rabirio se distraía y, en vez de hablar del proceso, nos contaba con detalle sus encuentros carnales. Era como un animal. Pocas veces he visto a un hombre perder así la cabeza por una mujer.

—¿No te dijo nunca su nombre?

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? A mí no me interesaba, menos aún a Hortalo.

—De Crisógono, ¿qué nos puedes decir?

—Muy poco. No tenía relación con él. Gané el proceso contra su padre no doblegándome ante el propio Sila, pero ya han pasado muchos años e imagino que conocéis bien la historia —terminó la frase hinchando el pecho y pavoneándose por aquel éxito—. Nadie creía que lo iba a lograr, muchos me daban ya por muerto por haber desafiado la autoridad del dictador y, sin embargo, aquí estoy. No temo a nadie, se llame Sila, Catilina o Clodio, para mí solo cuenta...

—Estábamos hablando de Crisógono, la segunda víctima —lo interrumpí.

—Solo sabía que no lo estaba pasando bien y que culpaba a Marco Craso de sus problemas. Podrías preguntarle a tu padre —añadió volviéndose a Lutacia—. Me parece que Lutacio Cátulo le había prestado dinero.

—Te equivocas, no me consta —rebatí irritada Lutacia.

Pero igualmente había perdido su habitual seguridad, tomada por sorpresa por aquella afirmación.

—Había oído decir que se había convertido en uno de los clientes de tu padre, pero tal vez lo recuerdo mal.

—Seguramente es eso, recuerdas mal.

Si Crisógono se había endeudado realmente con Lutacio Cátulo, encontrar su cadáver ante el porticus del princeps senatus podía abrir nuevos escenarios.

Cicerón archivó la cuestión con una mueca. No lo consideraba un aspecto digno de su tiempo. Se desplazó para despedirnos, pero yo tenía aún una pregunta que hacerle.

—¿Conocías a Arquelao, el sumo sacerdote de Ma?

—No, no recuerdo haberlo visto nunca.

—No obstante, en el Senado condenaste su culto...

—¿Un hatajo de locos que corre por la ciudad automutilándose con hachas de dos filos? Cualquiera en mi lugar, armado con una pizca de inteligencia, habría tomado la misma postura contra gestos tan absurdos.

## XXI

—¿*D*ónde está Censo? —pregunté a Aquilea en cuanto salí de la domus de Cicerón.

—Aún no ha vuelto.

—Ve a llamarlo, ¡está ahí detrás! Necesito que venga enseguida —ordené a Silvia.

La gladiadora se dirigió a la parte trasera de la domus sin pestañear.

—¿Qué sucede, romano rico? —me provocó Aquilea—. ¿Te sientes incómodo escoltado por una mujer?

No tenía intención de dejarme enredar en discusiones pueriles con una lanista. La ignoré y me senté a un lado de la calle. Había agotado mis intuiciones, no tenía ni la más mínima idea de cómo seguir la investigación. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás en busca de iluminación. Dos días de búsqueda ininterrumpida habían debilitado mi energía mental. Estaba perdiendo ímpetu. Los últimos movimientos habían demostrado ser pasos en falso. Necesitaba detenerme, reordenar las ideas y volver a empezar con mayor empuje al día siguiente. Lutacio Cátulo y el cónsul Pisón esperaban resultados y yo tenía poco que mostrar. Ni siquiera un sospechoso o un indicio que me condujese a una pista concreta. Solo ideas vagas, suposiciones sin confirmación e hipótesis embrionarias. Andaba a tientas en una especie de niebla, sin dirección precisa. Para compensar, había incomodado a uno de los hombres más importantes de Roma. La conversación con Cicerón me había defraudado. Razonando en frío, la decisión de verlo había sido un riesgo, el gesto de alguien ya desorientado. Había esperado que, como político influyente y defensor de Rabirio, pudiese indicarnos el nombre de su amante o, al menos, un atisbo de luz que seguir. Por el contrario, se había limitado a confirmar de cabo a rabo el relato de Hortensio Hortalo.

—¿Me has oído, romano rico? —insistió Aquilea.

Como persona acostumbrada solo a luchar, la gladiadora no se daba cuenta de la importancia de la planificación teórica. Yo necesitaba concentrarme. Tenía que analizar todos los elementos recogidos hasta aquel momento, en busca de un nuevo indicio del que partir, y ella no dejaba de distraerme inútilmente. Miré a Lutacia con la esperanza de que mantuviese a raya a su guardaespaldas. La hija del princeps senatus, sin

embargo, parecía confusa, ausente. Tenía la cabeza baja y estaba insólitamente taciturna. La alusión de Cicerón a las relaciones de su padre con Crisógono había hecho estragos en su humor.

—Censo no está —comunicó Silvia rompiendo el silencio.

—¿Cómo que no está? —pregunté por instinto sin darme cuenta de la banalidad de la pregunta—. ¿Dónde ha ido?

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—Puede que haya visto a alguien salir por detrás de la domus de Cicerón y haya decidido seguirlo —sugirió Aquilea.

Conocía bien a Censo, no era un hombre que actuase por impulso. Si había tomado una decisión así, era seguramente porque había reconocido a alguien importante. Seguro que no era un simple filósofo procedente de Alejandría.

Puede que la visita a Cicerón no hubiese sido tan inútil como pensaba.

Era el momento de disolver el grupo. Tenía que volver enseguida a mi domus, Censo se reuniría conmigo allí lo antes posible para informarme de sus descubrimientos.

—Está a punto de oscurecer y estamos todos muy cansados —exclamé—. Propongo que nos demos un descanso por esta noche y volvamos a comenzar la investigación mañana por la mañana.

—Estoy de acuerdo —me echó una mano Lutacia—, pero no considero oportuno que nos separemos. Como un ejército, esta patrulla debe seguir unida. Cotejar lo que hemos descubierto podría darnos nuevas soluciones.

—¿No tenías que dormir en la domus de Lutacio Cátulo para apoyarlo en este momento difícil?

—Mi padre se las arreglará bien sin mí.

Haber visto una parte de Cátulo que no conocía estaba siendo traumático para ella y puede que también para mí. Quería quedarme a solas para esperar novedades de Censo y quizá profundizar en la información que trajese. Una vez más, sin embargo, me vería obligado a aguantar la presencia de Lutacia y puede que también la de Aquilea.

—El campo base será mi domus —dije anticipando otras propuestas, luego lo intenté todo dirigiéndome a Lutacia—. ¿Estás segura de querer pasar la noche en mi casa? Las lenguas viperinas aprovecharán para dejarte en mal lugar. ¿Cómo se lo tomará Elio Celonio?

—Mi esposo está en Macedonia. Estará de vuelta en breve, pero seguro que no esta noche. La opción de seguir todos juntos es estratégica y viene dictada por exigencias mucho más importantes que los simples celos.

No encontré una objeción válida y me sentí nuevamente obligado a aceptar la

situación. Esta vez, sin embargo, no estaba dispuesto a sufrir su invasión. Las alojaría en el ala oriental de la casa, bien lejos de mi cubículo, para poder tener, en caso de necesidad, libertad de movimiento.

Ante la domus encontramos esperándonos a los diez lictores prometidos primero por Lutacio Cátulo y luego por el cónsul Pisón.

—Soy Manlio Etrusco —se presentó el más viejo—. Por orden del Senado estamos a tu entera disposición mientras tengas necesidad de nosotros.

—Excelente, seguiréis órdenes directas mías o de mi lictor Censo, que está ahora en misión por cuenta mía y volverá en breve. Mientras, distribuíos para vigilar la domus. Quiero al menos dos personas ante la puerta de entrada y otras dos en la trasera.

—Perfecto, cuestor. Los otros harán ronda a lo largo de las paredes laterales de la casa.

En el corredor encontré esperándome a mi secretario Tarquinio. Dispuse el alojamiento de mis invitadas e hice que tres esclavos las acompañasen a sus respectivos cubículos.

—¿Tienes noticias de Censo? —pregunté a Tarquinio cuando nos quedamos solos.

—Creía que estaba contigo.

—No, nos hemos separado. En cuanto llegue, mándamelo enseguida, esté lo que esté haciendo yo. Es una cuestión de la máxima importancia.

Me parecía haber vuelto a los tiempos de la campaña contra Mitrídates. Recuerdo muchos días en los que esperábamos la llegada de información importante de nuestros espías en el campamento enemigo. Muchos de mis compañeros de armas, para engañar la espera, bebían o jugaban a los dados. Yo me encerraba en mí mismo, solo en mi tienda reflexionando, intentando prever cómo cambiarían los equilibrios de la guerra con las noticias.

Esperando el regreso de Censo me sentía de la misma forma. Advertía en mí el peso de una gran responsabilidad. No solo encontrar a aquel asesino múltiple, sino también proteger a Pompeyo de un plan urdido a sus espaldas. Eran muchos los nombres que me venían a la mente cuando conjeturaba sobre quién podía ser el misterioso interlocutor de Cicerón. Eran muchos los que anhelaban el poder y estaban dispuestos a cualquier movimiento, incluso el más osado, para conquistarlo. Catilina no había sido más que el último ejemplo. La corrupción se había extendido en Roma desde mucho antes de Sila y yo era muy consciente de ello. Había crecido observando de cerca a mi padre, cuya conducta política no había sido siempre impecable. Sabía de cierto que en varias ocasiones se había manchado las manos por orden del dictador. No lo condenaba; de hecho, yo habría hecho lo mismo si Pompeyo me lo hubiese pedido.

Necesitaba liberar la mente, desechar la escoria de aquella larga jornada, y no conocía mejor método que un baño regenerador. Haber heredado la domus de Espurio tenía innumerables ventajas, entre ellas, disponer de termas privadas, hasta el punto de provocar la envidia de muchos de los patricios más importantes de la urbe.

Entré directamente en la sala destinada al calidarium. Me quité la túnica y el subligar, bajé dos escalones y me sumergí desnudo en el baño caliente. Cerré los ojos y me dejé acunar por el agua perfumada con un vino especiado que me había hecho enviar directamente de Egipto.

Miré a mi alrededor, solo en una piscina que habría podido acomodar al menos a otras diez personas, y tuve la certeza de que descubriría al asesino. Estaba escrito en mi destino. Los hados me habían reservado un gran futuro, estaba convencido. Había nacido en una familia acomodada y había crecido entre algodones, pero aquella riqueza no me había saciado nunca. Para mí, deseaba mucho más que una vida desperdiciada en administrar un enorme patrimonio. Ambicionaba dejar huella, escribir una página importante en la historia de Roma. Me había alistado como soldado y escalado deprisa la jerarquía militar. Ahora estaba apenas al comienzo de la carrera política y ya se presentaba un punto de inflexión. Las muertes de Rabirio, Crisógono y Arquelao eran un escándalo. Entregar al asesino a la justicia suponía mi salto cualitativo definitivo. Ya no sería recordado solo como el hijo de Espurio, sino como Flavio Callido, el hombre que no temía a nada ni a nadie. No importaba el grado social: en el Senado, en Suburra o en cualquier tienda de la ciudad, todos los romanos pronunciarían mi nombre, midiendo la ruta que me esperaba hasta llegar al consulado.

Mis sueños de gloria fueron interrumpidos por el ruido de unos pasos. Alguien había entrado en el apodyterium, la sala adyacente destinada a vestuario.

Me acerqué al borde de la piscina y escuché.

—¿Prefieres cenizas de haya o polvo de equiseto? —preguntó una mujer a la que reconocí como una de mis esclavas.

—Solo arcilla ablandada con aceite de oliva.

—Te sirvo enseguida, noble Lutacia. El dominus Callido tiene una amplia selección de cremas y ungüentos para satisfacer a sus invitados.

Me sumergí por completo una última vez. Mi solitaria calma estaba a punto de terminar. Me coloqué en el rincón más alejado y me senté en los escalones más profundos de la piscina para que no me viesan enseguida. La penumbra de la sala jugaría a mi favor.

Lutacia entró pocos instantes después. Estaba desnuda y caminaba insegura, mirando al suelo como si tuviese miedo de tropezar. Le faltaba la habitual arrogancia,

parecía una niña curiosa pero cohibida. Metió un pie en el agua y miró alrededor para estudiar el ambiente que la rodeaba; entonces, me vio.

—No creí que fuese a encontrarte aquí —comenzó—. Disculpa la invasión, pero necesito de verdad un baño.

—Entra, entonces, sin miedo —la animé.

Lutacia sonrió para enmascarar su vergüenza. Por una vez estaba incómoda. Intentaba disimularlo, pero se había dado cuenta de que estaba, a ojos romanos, en una situación intolerable para una matrona. Encontrarse a solas con un hombre en las termas privadas de él podía dar pie a chismes y rumores poco edificantes.

Con un gesto rápido se soltó la larga melena negra. Bajó los escalones que llevaban al agua y se sumergió, quedándose lejos de mí. Tenía los muslos más torneados de lo que parecía a través de las estolas que llevaba. Los glúteos eran firmes y redondos, las líneas de los músculos de las piernas bien definidas como las del abdomen. Evidentemente, Aquilea era una profesora férrea y la hacía entrenar de forma intensa con regularidad.

—Pensarás que soy una loca egocéntrica —dijo para romper el silencio incómodo que se había creado.

—Confieso haberlo pensado alguna vez, sí —bromeé.

—Era obvio, como quedó claro que al principio no te gustaba mi presencia.

—¿Tanto se notaba?

—No puedo condenarte. Sé que mi comportamiento puede parecer insólito e inadecuado para una mujer de mi rango, pero para mí esta historia es de verdad importante. He visto a mi padre particularmente alarmado por estas muertes. Su amor por Roma es tan grande que las vive como una herida.

Inspiró por la nariz y hundió por completo la cabeza en el agua para emerger poco después.

—Ha hecho tanto por mí... —continuó retirando el cabello de los ojos—. Investigar a tu lado para resolver este caso es una forma de devolverle el favor. Por eso considero tan importante encontrar al asesino. Querría que, al menos por una vez, mi padre estuviese orgulloso de mí, que pueda decir a todos con satisfacción que soy su hija. Sobre todo, a Aurelia Orestila, que, desde que entró en su casa tras la muerte de Catilina, no hace otra cosa que hablar mal de mí y de mis orígenes.

—¿Cuándo te adoptó? —pregunté.

—Era tan pequeña que ni siquiera lo recuerdo. Lutacio me contó que me había encontrado gateando ante su domus con poco más de un año.

—¿Has descubierto quiénes eran tus verdaderos padres?

—No, y no me interesa. Como no me interesa el motivo por el que me abandonaron.

—¿No es extraño que un noble romano adopte a una neonata expósita?

—Entiendo que no suceda a menudo, pero puedo asegurarte que Lutacio, tras esa apariencia huraña, tiene un corazón de oro. Me explicó que se compadeció de mí y decidió acogerme en su casa. Para mí, es mi familia. Lutacio ha estado ahí siempre y nunca ha dejado que me falte nada.

—En cambio, ¿Elio Celonio? Hablas como si tu marido no existiese.

Lutacia me sonrió. Fue una reacción natural, para ganar tiempo. Nos estábamos adentrando en un terreno peligroso y quería reflexionar antes de responderme. Apoyó la espalda en el borde de la piscina, sacó las manos del agua y se despezó. Con un par de brazadas, la alcancé y me coloqué a su lado mirándola a los ojos. Durante dos días lo había intentado todo para desembarazarme de ella y ahora, de repente, quería tenerla cerca y me sentía irresistiblemente atraído.

—¿Entonces? —la exhorté.

—No está muy presente —balbució—. Es mucho mayor que yo y la nuestra no es una gran historia de amor. Me desposé con él para complacer a mi padre, que tenía negocios con su familia, pero no tengo queja. Las pocas veces que no está de viaje, resulta un buen esposo.

—Entonces, ¿cumple con sus deberes conyugales? —la provoqué.

La intimidad que se había creado entre nosotros en las termas me había hecho más audaz. Hablar de Elio Celonio la incomodaba a ella y a mí me gustaba, por una vez, no verla dueña de la situación. Me acerqué aún más y probé a insistir:

—Si tu esposo te descuida, estoy seguro de que una hermosa mujer como tú no tiene problema para encontrar compañía masculina.

—Hablemos mejor de ti —cambió de tema con tono desafiante, pero sin alejarse. Nuestros rostros estaban ya muy cerca uno de otro y en sus ojos centelleó un relámpago de malicia—: He oído muchos rumores sobre ti.

—¿En serio? ¿Y qué dicen?

—Bueno, que eres un joven ambicioso, que Pompeyo se fía ciegamente de ti hasta el punto de confiarte su vida y que no tienes mucha intención de desposarte. Prefieres romper el corazón a muchas matronas romanas.

—¿Quién ha dicho semejante maldad?

—Una vieja conocida tuya, Fausta Cornelia, la hija del dictador Sila. Me ha desvelado muchos detalles picantes sobre vuestro último encuentro.

El recuerdo de la noche que había pasado con Fausta Cornelia me transmitió una sensación de calor. En realidad, había guiado ella el juego, pero no me pareció oportuno



puntualizar. Advertí cierta excitación y me di cuenta de que tenía una erección prominente. Mi atracción hacia Lutacia había llegado a un punto sin retorno.

—Te aseguro que en vivo soy mucho mejor que cuando te lo cuentan —dije, acercando mis labios a menos de un dedo de los suyos.

—Eso lo tendré que juzgar yo...

No le di tiempo a terminar la frase. La besé y busqué el contacto de nuestros cuerpos. No se alejó. Me abrazó y se apretó contra mí. Deslicé una mano por la línea de su espalda hasta llegar a los glúteos. Le sujeté con ardor una nalga y Lutacia, como reacción, enarcó el pecho apretándose aún más contra mí. Me clavó las uñas en la piel. Despacio, bajé y me detuve sobre los pechos apenas señalados, saboreando con la lengua sus pezones mojados por el agua.

Sentí una vaharada de calor subirme a la cara. Nuestros cuerpos temblaban, se imploraban prepotentes. La repulsión que había acumulado hacia ella se había convertido en un deseo intenso, carnal.

Le cogí las caderas y la obligué a girarse. Lutacia inclinó la espalda y me atrajo hacia ella, dentro de ella. Me acogió con un respingo y acompañó mis empujones moviéndose al ritmo, entre gemidos y respiraciones guturales.

—¡Flavio Callido! ¡Flavio Callido! —llamó alguien que acudía desde el corredor.

De inmediato, me despegué de Lutacia, interrumpiendo nuestro coito en lo mejor. Cuando, poco después, Censo entró jadeante en las termas, ella se había alejado ya hacia el otro extremo de la piscina. Solo el rubor difuso de nuestros rostros daba testimonio de lo que había pasado entre nosotros. Tenía la cabeza inclinada, pero me lanzaba miradas furtivas cargadas de sobrentendidos. Habíamos traspasado lo lícito y los dos éramos conscientes de ello.

—Perdona que te importune —dijo Censo—. Tengo noticias importantes que comunicarte. Noticias que, estoy seguro, no te gustarán.

## XXII

—¿Estás seguro de que era él?

—Sin duda: era Cayo Antonio.

Estaba oscuro y caminaba junto a Censo a lo largo de la orilla del Tíber, cerca del puerto fluvial de Emporium, tras haber pasado los depósitos de los Horrea Galbana. No era prudente adentrarse tan tarde en aquella zona plebeya, pero tenía que descubrir qué estaba sucediendo. Hacía ya días que sospechaba que mi amigo Antonio estaba implicado en algo turbio y quería tener la certeza.

—Lo he visto salir con mis propios ojos por la puerta de atrás de la domus de Cicerón, que me habías pedido vigilar —prosiguió Censo—. Iba con Vitruvio Mamurra y otros dos hombres, pero, por como iban aparte, creo que los dos últimos eran solo fuerza bruta. Antonio y Mamurra, sin embargo, caminaban codo con codo y discutían animadamente.

—¿Has conseguido oír algo?

—Nada, he tenido que mantenerme a una distancia de seguridad para que Antonio no me reconociese. Andaban con mucha cautela, Mamurra se volvía de continuo y un par de veces he temido ser descubierto, pero he conseguido desviar las sospechas.

Bordeamos el porticus Aemilia hasta un bloque de casas populares de toba. Los caementa, materiales que caracterizaban las obras de construcción de pocas pretensiones, resaltaban incluso con aquella poca luz. Se trataba vulgarmente de esquirlas de piedra y guijarros mezclados con mortero, que daban a las paredes un aspecto irregular.

—Han entrado en aquel edificio —señaló Censo.

Asentí y me detuve a pensar. El siguiente movimiento era delicado y no debía actuar por impulso. Conocía bien a Antonio, habíamos compartido muchas veces el campo de batalla guardándonos las espaldas el uno al otro. Seguro que había una explicación válida para su imprevista desaparición y sus negocios con Mamurra. Allí quietos, sin embargo, no la descubriríamos nunca.

—¡Vamos! —ordené.

Censo sacó la vara y me abrió paso hacia la entrada del edificio. De cerca, las paredes estaban aún más destartadas, con muchos desconchones que parecían a punto de caer. Pintadas exaltando las dotes sexuales de una tal Adriana cubrían toda la anchura de la pared. A la izquierda, a pocos pasos de la entrada, escondidos apenas por un matorral, había dos jovenzuelos que retozaban sin pudor. A la derecha, en cambio, sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, un hombre bebía de un cuenco de vino llenándolo una y otra vez de un odre.

—Buscamos a Cayo Antonio, ¿lo conoces? —le pregunté.

El hombre se volvió despacio hacia mí y se quedó mirándome entrecerrando los ojos enrojecidos por la embriaguez.

—Cayo Antonio —repitió silabeando.

Dijo que no con la cabeza y volvió a concentrarse en el vino. Inútil perder más tiempo con él. Hice a Censo señal de entrar. En el bajo se abrían dos corredores que llevaban a sendas habitaciones, y una escalera conducía al piso superior.

—Arriba —le dije a Censo.

Nos pegamos a la pared y subimos los escalones procurando no hacer ruido. El pasillo del primer piso estaba en penumbra. Había solo una lamparita de aceite encendida en un rincón que, sin embargo, no bastaba para iluminar toda la zona. Encontramos seis puertas, tres a cada lado. No fue difícil intuir cuál era la que nos interesaba. Era la única vigilada, siempre y cuando un hombre dormido en una silla se pudiese definir como vigilancia.

No se despertó ni siquiera cuando estuvimos a pocos pasos de él. El tufo a vino era tan penetrante que llegaba antes que sus groseros ronquidos.

Censo llamó su atención con una patada y el otro se sobresaltó imprecando.

—Estoy buscando a Cayo Antonio —dije.

—Aquí no hay ningún Cayo Antonio —respondió intentando ponerse de pie—. ¡Lárgate!

Censo lo empujó sobre la silla y se paró ante él para impedirle que se levantara de nuevo.

—Sabemos que está aquí —insistí—. Ahora anúncianos, tenemos que hablar con él.

—¡Vosotros os lo habéis ganado! —dijo el hombre.

Se puso de pie de un salto y con un empujón del hombro apartó a Censo. Aprovechó el momento y desenvainó una daga. El movimiento fue espontáneo y rápido, típico de alguien acostumbrado a manejar este tipo de situaciones. Mi lictor, no obstante, tras haberse dejado sorprender en un principio, fue rápido en reaccionar. Esquivó el ataque y lo golpeó con la vara en la rodilla, lo que hizo que cayese al suelo.

El hombre despotricó de dolor a voz en grito, pero no se dio por vencido. A cuatro patas, extendió el brazo e intentó herir la pantorrilla de Censo con la daga, pero conseguí anticiparme con una patada, antes de que el lictor lo dejase fuera de combate con un golpe de vara en el cuello.

La puerta detrás de nosotros se abrió de repente. Salió otro hombre que se lanzó sobre Censo y lo golpeó en la cabeza con un bastón grueso. Mi guardaespaldas se llevó la peor parte y acabó de bruces contra el suelo. Intentó levantarse enseguida, pero las fuerzas lo abandonaron y se desplomó boqueando.

El hombre se arrojó contra mí. Me agaché para esquivarlo, pero me golpeó de refilón en el hombro con el garrote. Caí de rodillas tambaleándome. Por un momento el dolor fue tal que no pude hacer otra cosa que abrir y cerrar la mano con esfuerzo. Rodé lejos para evitar un nuevo ataque. Mi adversario fue más rápido y, de un salto, se me echó encima. Me protegí con las palmas y desvié su acometida. Agarré el bastón e intenté arrancárselo. A pesar de que era más bajo que yo, tenía una fuerza notable. Veía sus bíceps inflados en el extremo del esfuerzo. Cuando estaba a punto de ganar, cedí del todo. Solté el palo y me tiré de lado. Desde el suelo, le endilgué una patada en el tobillo y le hice perder el equilibrio. Me levanté de un salto y le solté un revés en la boca. Lo vi escupir sangre y le asesté una rápida sucesión de puñetazos en el abdomen y uno en la mandíbula. Recogí su bastón y lo golpeé con violencia en la cabeza hasta que perdió el sentido.

Apoyé la espalda en la pared y respiré por la boca para recuperar el aliento. Me llevé la mano al corazón y me di cuenta de que se me había acelerado el pulso. No me había esperado que la situación degenerase así. Me incliné sobre el hombre desplomado en el suelo y le volví la cabeza.

Era Vitruvio Mamurra. En el calor del enfrentamiento, no lo había reconocido.

Me acerqué a Censo. Tenía la oreja convertida en una magulladura hinchada y lívida. La sangre de una herida le inundaba la cara, pero no parecía grave.

Le tendí la mano y lo ayudé a levantarse. Las piernas apenas sostenían su mole y tampoco parecía tener la mente muy despejada. Entornaba los ojos y sacudía la cabeza. Tal vez por el dolor, tal vez por la vergüenza de haberse dejado vencer.

—No sé cómo ha podido suceder —dijo a media voz—. No lo he oído llegar, estaba desprevenido.

—Era Mamurra —le comuniqué.

—Entonces estamos en el lugar adecuado.

—Parece que sí. ¡Entremos!

Cruzamos el umbral. No había atrio: se accedía directamente a una gran sala

rectangular. El mobiliario era el esencial, con una mesa en el centro, sobre la que había colocada una lámpara de aceite. El cuarto estaba invadido por el polvo y apestaba a comida y dejadez.

Censo me llamó y señaló a Antonio. Dormía tumbado sobre un camastro en un rincón, junto a la ventana que daba a la calle.

—Antonio, ¡despierta! —lo llamé—. ¡Despierta!

Mi amigo abrió los ojos y se pasó las manos por los párpados. Censo y yo estábamos de pie ante él y lo mirábamos desde arriba. Parecía incrédulo de vernos allí, quizá creía que estaba soñando.

—Flavio, ¿qué haces aquí? —preguntó.

—Podría hacerte la misma pregunta. Mamurra y su compinche acaban de atacarnos en el corredor.

—Maldición.

En aquel lugar, en un contexto distinto del habitual, no parecía siquiera él. Tenía el semblante cansado, la barba descuidada y las arrugas de la cara pronunciadas. Llevaba una túnica mugrienta y arrugada. Era difícil creer que fuese la misma persona que se gastaba un dineral en frecuentar a una hetera del nivel de Aspasia.

—Antonio, explícame qué está sucediendo.

—Es una historia larga —dijo sentándose en el camastro.

—Entonces date prisa en comenzarla antes de que Mamurra vuelva en sí. ¿Qué relación tienes con él?

—Estamos haciendo juntos un trabajo.

—¿Para Cicerón?

Antonio asintió levantándose. De un mueble junto a la pared sacó un jarro y se sirvió un cuenco de vino.

—Sé que estáis investigando las muertes de Rabirio, Crisógono y Arquelao —dijo arreglándose la crencha en el centro del cabello—. La historia es más compleja de lo que pensáis.

—¿No me irás a decir que estás involucrado en esta historia?

—En realidad, los muertos no son tres, sino cuatro.

## XXIII

—¿*H*e entendido bien? —pregunté como si hubiese oído algo absurdo—. ¿Me estás diciendo que, después de Rabirio, Crisógono y Arquelao, ha habido un cuarto cadáver?

—Eso es, aunque no en el orden temporal que piensas. En realidad, se trata de la primera víctima.

—¿Cómo puedes estar seguro de que está relacionado con los otros?

—Cuando lo veas, lo entenderás sin ninguna duda.

—Primero dame algo de beber: lo necesito.

Me senté en una silla junto a la mesa. Censo se quedó de pie a mi espalda. Antonio me sirvió un cuenco de vino y me lo tendió. Lo tragué de un golpe a pesar de que estaba entre los peores vinos que había probado en la vida. El sabor era infame, ordinario; aunque, a falta de otro, no me habría importado seguir bebiéndolo.

—Cicerón debe de pagaros una miseria si este es el mejor vino que podéis permitirros —ironicé.

—A veces hay que hacer de la necesidad virtud —concluyó Antonio echándome más.

—¿Quién es el cuarto muerto? —pregunté.

—Autronio Peto.

—¿El cónsul que nunca ocupó su cargo?

—Justo ese.

—Por lo que sabía, estaba exiliado en Epiro.

—También yo lo pensaba, pero Cicerón descubrió que había vuelto a Roma con gran secreto, así que nos contrató a Mamurra y a mí para tenerlo vigilado. Temía que pudiese conspirar de nuevo contra la República.

Publio Autronio Peto había sido elegido cónsul hacía cuatro años. En el momento de ocupar el cargo, sin embargo, lo habían acusado, junto a su colega Lucio Publio Cornelio Sila, sobrino del dictador, de fraude electoral. Se les encontró culpables y se les privó del consulado, que fue para Lucio Aurelio Cotta y Manlio Torcuato. Autronio no se dio por vencido y encontró un protector en Catilina, que lo convenció para participar en una conspiración para destituir a los cónsules y volver a hacerse con el

poder. La maquinación fracasó precisamente por culpa de Catilina, que no fue oportuno al repartir las órdenes y dio la señal cuando los conspiradores no estaban aún reunidos. Muchos, sin embargo, sospecharon que Catilina no estaba del todo convencido de aquel plan y había vendido a sus cómplices al Senado. Él, de hecho, fue absuelto, a diferencia de los demás. A Autronio lo obligaron a exiliarse en Epiro, después de que su viejo amigo Cicerón se negase a defenderlo.

—¿Cómo podía Cicerón saber que Autronio había vuelto? —pregunté a Antonio.

—No lo sé, pero no es un secreto que el excónsul tiene espías repartidos por Roma, que le informan de todo lo que sucede. Tras haber impedido la conspiración de Catilina, parece que emprendió una misión personal contra todos los conspiradores supervivientes.

—Autronio, sin embargo, formaba parte de un plan que resultó casi una broma, no de la conjura seria.

—Créeme, Cicerón lo temía en particular y quería estar informado de todos sus movimientos. Se negó a defenderlo y Autronio juró que se vengaría del tráfuga.

—¿Qué has descubierto sobre él mientras lo vigilabas?

Antonio negó con la cabeza y dio con los puños sobre la mesa con gesto de irritación.

—Te vas a reír. Nada, absolutamente nada. Autronio no parecía estar tramando contra Roma o Cicerón ni lo más mínimo. Estaba siempre escondido en casa, no salía nunca, pero sobre todo no se veía con nadie. Al único que veía a diario era a un liberto, cierto Mamerco, que salía en su lugar a hacer la compra y despachar recados.

—Era como si tuviera miedo de que lo descubriesen.

—Ya, un comportamiento extraño.

—El comportamiento de un hombre que no infunde temor, sino que tiene miedo de alguien.

—Nuestro trabajo era tan estático y tranquilo que, después de unos días de vigilancia inútil, Mamurra y yo decidimos que no valía la pena controlarlo juntos y nos dividimos en dos turnos.

—¿Es posible que Autronio se hubiese dado cuenta de vuestra presencia?

—Aunque hubiera sido así, no cambió sus costumbres por nosotros. Luego, una noche, hace exactamente una semana, lo mataron. No era mi turno, estaba en compañía de Aspasia cuando Mamurra vino a llamarme para darme la noticia.

—¿Cómo hizo el asesino para eludir la vigilancia de Mamurra?

—Buena pregunta —intervino el interesado entrando en la habitación. Cojeaba ligeramente y se tocaba la cabeza donde le había pegado—. Me dejé distraer por una compañía de acróbatas.

Se sentó en una silla frente a mí y junto a Antonio, casi como para reafirmar la composición de los grupos en juego.

—Estoy contento de verte ya en pie —dije.

—Tengo duro el pellejo —bromeó—. Me gustaría disculparme: en la oscuridad no te había reconocido, cuestor Callido; de lo contrario, no os habría agredido nunca y me habría ahorrado un buen dolor de cabeza.

Rio de manera tan elegante como falsa. Intentaba disimular, pero no lo conseguía. Estaba seguro de que, cuando me había atacado, sabía perfectamente quién era. Me había reconocido enseguida y, aun así, no se había detenido, y ahora lo que lo corroía no era solo la idea de que lo hubiesen vencido, sino de que lo hubiese hecho un joven noble ambicioso como él.

La diferencia social con Antonio era evidente y destacaba tanto en las maneras como en la indumentaria. Si Antonio podía como máximo aspirar a amistades influyentes, Mamurra estaba sediento de fama y quería abrirse camino en la alta sociedad. Adoraba el lujo y su ostentación. Estaba ocupado en un trabajo de vigilancia que requería pasar inadvertido y, aun así, recorría un barrio popular como el Aventino con una túnica elegante finamente bordada. Llevaba el cabello cuidadísimo, con largos mechones que le llovían sobre la frente, haciendo aún más pequeña su cabeza de huevo. Su físico, sin embargo, recordaba a una pera, con la espalda estrecha y la pelvis ancha. Tuve que contenerme para no reír al recordar los versos de Cátulo sobre su minipene.

—Explícame mejor lo de los acróbatas —dije serio.

—Hay poco que añadir. Fui un primo y me dejé engañar. Era un grupo numeroso, al menos seis o siete personas. Se pararon en medio de la calle, justo delante de donde estaba yo. En poco tiempo, mucha gente se agrupó a su alrededor y ellos representaron espectáculos improvisados. Durante la confusión, alguien aprovechó para eludir mi vigilancia, entrar en casa de Autronio y asesinarlo.

—¿No oíste nada? El pobrecillo pediría ayuda o gritaría tal vez de dolor.

—Era un plan bien construido. Los acróbatas, entre cantos y bailes, hicieron tal estruendo que cubrieron cualquier ruido procedente de la casa.

—¿Cuándo descubriste la verdad?

—Cuando llegó el esclavo a llevarle la cena. Entró como si nada y salió, poco después, corriendo. Por el modo en que huía, con las viandas aún en la mano, entendí que había pasado algo grave y subí a mirar. —Mamurra se pasó la palma de la mano por los ojos como si quisiera borrar de la mente el recuerdo de aquella escena—. Nunca había visto un horror semejante. Había sangre por todas partes, muchísima sangre.

—¿Quieres ver el cuerpo? —me preguntó Antonio.



—Muéstramelo.

—Está en la otra habitación. Este lugar era la casa de Autronio.

Antonio me acompañó a un cubículo adyacente a la sala en la que nos encontrábamos. El espacio era estrecho y el aire irrespirable. El hedor del cadáver en descomposición había saturado el ambiente. El cuerpo sin vida de Autronio estaba tendido en el lecho funerario para la expositio.

—¿Han venido los libitinarii? —pregunté tapándome la nariz con la túnica.

—No —respondió Antonio—, lo lavó Mamurra.

—No conseguí salvarle la vida, quería al menos que, muerto, tuviese el respeto que merecía —se justificó.

No sabía cuánto resistiría conteniendo el aliento. El olor allí dentro era verdaderamente asfixiante. Me apresuré a acercarme al cuerpo para un examen rápido, no me esperaba grandes novedades respecto de las otras víctimas. Antonio tenía razón, apenas lo vi reconocí el modus operandi del asesino al que perseguía.

Autronio no tenía ya extremidades, se las habían cortado limpiamente. Los brazos a la altura de los codos, las piernas por las rodillas. Las mutilaciones, pese a su gravedad, no lo habían matado; lo habían rematado con una puñalada en el corazón. Un libreto ya escrito. Al no tener ya extremidades, no podía saber si había estado atado por las muñecas y los tobillos, pero habría puesto la mano en el fuego a que sí. Autronio estaba en línea con la situación de Rabirio, Crisógono y Arquelao. Seguía el patrón de nuestras víctimas. Como las demás, tenía acciones negativas que hacerse perdonar, una conspiración a espaldas de Roma y, sobre todo, después de un momento de esplendor —la elección a cónsul—, había caído en el olvido con la revocación del mandato y el posterior exilio.

El trabajo de limpieza había sido aproximado y superficial. Los rasgos del rostro mostraban evidentes señales de descomposición. Prefería no tocarlo siquiera, Mamurra podía proporcionarme los detalles que me hacían falta.

—¿Encontraste un aspergillum en el cadáver? —le pregunté.

—No uno, sino cuatro. Uno por cada muñón, estaban clavados en la carne viva. El cuerpo estaba tirado en el suelo y, junto a la oreja, había una estatuilla de la diosa Mania.

—¿Notaste algún otro detalle en particular?

—No sé si será relevante, pero el asesino sorprendió a Autronio mientras comía. Cuando lo encontré, tenía la boca abierta y no había terminado de masticar un dulce de miel.

—¿Había también una moneda en la lengua?

—Sí, ¿cómo puedes saberlo?

—¡Déjamela ver!

—No puedo: en un gesto de rabia, la tiré. No sé dónde fue a parar. Era un cuño extraño que no había visto nunca, puede que uno de los retirados de la circulación.

No había duda, la mano tras aquellos cuatro muertos era la misma. El homicidio de Autronio, sin embargo, provocaba una serie de interrogantes y ponía en crisis mi teoría según la cual los delitos de Rabirio y Crisógono habían sido preparatorios del de Arquelao. Me costaba comprender cómo encajar este nuevo hallazgo. Acabar con Rabirio y Crisógono había sido fácil, asesinar a Arquelao más complejo, pero no imposible después de haber descubierto la vía de escape del templo. Autronio, sin embargo, se escondía, estaba oficialmente exiliado en Epiro. Este aspecto limitaba mucho el campo de investigación. ¿Cómo podía el asesino saber que el cónsul que nunca había ocupado el cargo había vuelto a Roma y vivía encerrado en aquella casa tan modesta? Los únicos que tenían conocimiento de ello eran Cicerón, el espía a su servicio que había proporcionado la información, Antonio, Mamurra y el liberto Mamercio. La pregunta clave, sin embargo, se refería a por qué Autronio estaba de nuevo en Roma. Seguro que no para que lo matasen. Desde el día de su regreso, llevaba una vida de eremita en una habitación que no estaba a la altura de su rango social. Era como si estuviese esperando algo, puede que ver a alguien.

—¿Por qué habéis mantenido en secreto la muerte de Autronio? —pregunté a mis interlocutores.

—Fue decisión de Cicerón —respondió Antonio.

—Está convencido de que Autronio estaba conchabado con otros conspiradores y había vuelto a Roma para terminar la obra de Catilina —intervino Mamurra.

—Según Cicerón, ¿hay en marcha una conjura contra la República? —pregunté.

—Sí, y Autronio formaba parte de ella, junto con un reducido grupo de senadores —continuó Antonio—. Por eso Cicerón nos prohibió comunicar su muerte y nos ordenó quedarnos aquí. Esperaba que uno de los conspiradores diese señales de vida para prenderlo y desenmascarar su plan.

—Pero ha pasado una semana, hemos conservado un cadáver putrefacto en la casa y nadie ha intentado ponerse en contacto con Autronio —añadió Mamurra en tono de fastidio.

—Constatada la inacción —precisó Antonio—, hoy por la tarde, cuando nos has seguido, habíamos ido a ver a Cicerón precisamente para comunicarle la ausencia de avances y pedirle abandonar el encierro. Él, sin embargo, nos ha impelido a esperar algún día más. Cree aún que alguien intentará reunirse con Autronio.

—Si hay verdaderamente una conjura en marcha y Autronio ha vuelto a la urbe para guiarla, ¿no os parece raro que ninguno de sus cómplices lo haya abordado nunca? — razoné en voz alta.

—Más que raro, rarísimo —convino Antonio.

—La única explicación plausible es que Autronio, desde el primer día en Roma, se pusiese en contacto con los otros conspiradores sin hacerse notar por Cicerón ni por vosotros, que lo vigilabais.

—¿Y cómo? Te repito que no se reunió con nadie —gruñó Mamurra—. ¿Estás poniendo en duda mi trabajo?

—No, pero lo que me has dicho no es exacto. En realidad, se reunió con una persona y muy a menudo. Mamerco, el liberto.

—Sé serio. Es un exesclavo, un hombre inútil.

—Una utilidad sí tenía. Cada día traía a Autronio la compra y puede que mensajes de sus cómplices.

—Lo vi con mis propios ojos entrar en la casa y poner pies en polvorosa poco después —insistió Mamurra—. No puede estar implicado en el crimen.

—En el crimen, no, pero en la conjura quizá sí. ¿Qué sabemos de él?

Ambos me miraron en silencio. Con los ojos bajos, culpables. No habían dado importancia al personaje y ahora se daban cuenta del descuido. Fue Antonio quien habló.

—Yo lo seguí al comienzo —contó—, luego lo juzgué poco interesante y lo dejé.

—Cicerón nos pagaba por vigilar a Autronio; no, desde luego, a Mamerco —replicó Mamurra.

—Vive en una insula en Suburra —continuó Antonio sin dar importancia a las palabras de su colega—. Hace poco más de una semana, tomó en alquiler una casa propiedad de Craso. No tiene familia, ni amigos ni protectores, solo he descubierto que hace poco le dieron la libertad. Apareció de la noche a la mañana y pagó el alquiler por adelantando para los próximos tres meses. Un comportamiento bastante habitual para los nuevos liberados que tienen algún ahorro. Los vecinos no lo conocen y no saben nada de su pasado. Él no hizo preguntas y nadie se las hizo a él.

—Así pues, apareció a la vez que Autronio. ¿Llegó de Epiro con él o estaba ya en Roma?

—No lo sabemos.

—Si se encontraba en la ciudad, ¿quién lo puso en contacto con Autronio? Quizás uno de los conspiradores o el propio asesino, para vigilar a su primera víctima y

atacarla en el momento que considerara adecuado. Tenemos que responder a estas preguntas si queremos avanzar.

Me sentí de repente entusiasmado, embriagado de savia vital. Por fin tenía una nueva pista que seguir.

## XXIV

No sabía qué clase de hombre era Mamerco. Los libertos solían dividirse en dos tipos. Los arrogantes, a los que todo se les debía solo porque, después de mucho sufrimiento, habían conseguido la libertad, y los timoratos que, aunque fuesen libres, mantenían el comportamiento sumiso de los esclavos.

Me preparé para la peor situación y decidí presentarme ante él con todo mi séquito. No quería que se atrincherase tras la protección de algún senador. Tenía que sentirse bajo presión, cercado y sin escapatoria, para revelarnos todo lo que sabía sin dudas o bravuconerías.

A la mañana siguiente, cuando llamé a la puerta de Mamerco, me cubrían las espaldas Censo, Antonio, Mamurra, Lutacia, Aquilea, Silvia, Cefea y los diez lictores que el Senado me había asignado para llevar a cabo la investigación.

No hizo falta mucho tiempo para entender qué tipo de liberto era. Por la expresión aterrorizada con que me dejó entrar en su casa, comprendí enseguida que tenía espíritu de esclavo, de los que son conscientes de que tarde o temprano les azotarán sin importar lo bien que se porten.

—Querido Mamerco —comencé en tono inquisitivo. A pesar del cansancio, pues había trascurrido la noche instruyendo a Antonio sobre lo que habíamos descubierto hasta aquel momento, me sentía animado y decidido—. Sabes por qué estoy aquí, ¿verdad?

—No, no he hecho nada malo —se defendió vacilante.

Por instinto, había retrocedido hasta un rinconcito de la casa. Como los conejos, buscaba la protección de las paredes para tener al menos la espalda cubierta. Había plegado las manos sobre el abdomen y tenía la cabeza inclinada, esperando que alguno de nosotros le pegase. Era un tipejo de mediana edad, seco como un clavo, bajo y con una joroba pronunciada.

—Háblame de Autronio Peto. ¿Trabajabas para él?

—No sé de quién hablas.

—No nos hagas perder el tiempo —se entrometió Mamurra—. Sabemos que le llevabas de comer todos los días.

—Mamerco, ¿reconoces a Aquilea? Imagino que habrás oído muchas veces hablar de ella y de sus victorias en las arenas de todo el mundo —dije con tono conciliador—. Ella cree que solo hay una forma de hacerte locuaz: coserte a patadas hasta que te decidas a colaborar. Yo, sin embargo, estoy convencido de que eres una persona razonable y de que no hay necesidad de llegar a las manos, así que cuéntamelo todo. ¿Qué relación tenías con Autronio?

—Ni siquiera sabía quién era. Me pagaban por llevarle un mendrugo de pan y fruta todos los días.

—¿Quién te lo había encargado?

—Cayo Rabirio.

—¿Rabirio? ¿El hombre al que asesinaron hace unos días?

—Sí, él. Fui esclavo suyo. Me dio la libertad y me ofreció dinero por llevar a cabo esa tarea, con la condición de mantener la boca cerrada. Nadie debía conocer la identidad del hombre al que servía. Ni siquiera yo descubrí quién era hasta un momento posterior. Fue el propio Autronio quien me contó su historia. Cansado de la soledad, necesitaba hablar con alguien y se confió a mí.

Autronio Peto estaba en Roma en gran secreto, quizá para organizar una conspiración, y Rabirio estaba en contacto con él. Por fin había una relación entre dos víctimas. Aunque el único punto de encuentro entre los demás era su pasado hecho de sombras, ahora teníamos un vínculo directo.

—¿Qué te contó Autronio?

—Que él y Rabirio se conocían desde hacía muchos años, desde los tiempos de Sila. Juntos habían servido al dictador y, después de su muerte, habían continuado siendo amigos. Se habían hecho también muchos favores. Por ejemplo, el año en que habían elegido cónsul a Autronio, Rabirio era pretor y había financiado su campaña electoral. Por eso, no lograba explicarse que hubiese cambiado de bando.

—¿Se vieron durante la estancia de Autronio en Roma?

—No. Autronio quería, pero Rabirio se negó siempre. Yo mismo hice de correo entre ellos entregando a Rabirio varias tablillas de cera con las que Autronio le pedía audiencia. Sabía que nos vigilaban tanto a él como a mí y, por tanto, me ordenó que esperase algunos días antes de entregar el mensaje. Cuando me di cuenta de que ya no me seguían, lo hice, pero evidentemente la espera arruinó la amistad.

—¿Cómo justificó Rabirio su imprevista cerrazón? —preguntó Antonio.

—No lo hizo. Se limitó a decirme que Autronio no era ya su problema y que no quería

tener ningún vínculo con él. Fue un comportamiento extraño: la actitud de Rabirio cambió de repente. Al comienzo, parecía solícito, renunció a un esclavo por él y me pidió que me ocupase de todas sus necesidades, que no le faltase de nada.

—¿Cuándo te comunicó Rabirio que Autronio volvería a Roma?

—Más o menos una semana antes de su llegada. Me dijo que pronto volvería a ver a un viejo amigo que estaba en el exilio. Puntualizó que se trataba de alguien importante y que su presencia en la urbe no debía ser de dominio público. Por como hablaba, parecía esperar con ansia el momento, por eso me sorprendió que rompiera la relación.

—Luego murió Autronio...

—¡Qué pesadilla! Lo encontré en un estado horrible. Estaba en el suelo, en medio de un charco de sangre. No tenía ya ni brazos ni piernas, con trozos de madera colgando de los muñones. Escapé y no he vuelto a tener valor para regresar a la casa.

—¿Avisaste a Rabirio del asesinato de Autronio?

—No enseguida, al principio pensé que estaría implicado y temía que me matase también a mí. Pero luego me convencí para hacerlo. Autronio me había demostrado amistad tratándome como a un igual y no merecía quedarse en aquel estado a saber cuántos días.

—¿Cómo reaccionó Rabirio? —pregunté—. ¿Se asustó?

—No, más bien parecía aliviado, como si se hubiese quitado un peso de encima. No le interesaba siquiera ya el secreto y me pidió que denunciase la muerte.

—¿Por qué no lo hiciste? —gruñó Mamurra.

—Estaba a punto de hacerlo, cuando mataron también a Rabirio. Solo soy un liberto y estuve relacionado con ambos en sus últimos días de vida. Temí que, en vez de creerme, los magistrados me acusasen de homicidio y, por eso, preferí no decir nada.

Los otros crímenes en serie habían confundido nuestra visión, ocultando el verdadero punto del que tendríamos que haber partido: la muerte de Rabirio. A diferencia de Crisógono, Arquelao e incluso Autronio, en el caso de Rabirio habíamos reconstruido la escena sobre la base de los relatos, pero sin ir al lugar en que lo habían hallado. Un error que quizá nos había costado el descubrimiento de elementos claves. Era el momento de llenar esa laguna.

Habían encontrado el cuerpo del exsenador en puerta Colina, junto a un sacellum de Mania, pero, sobre todo, en la misma zona en que recibía a su amante. Era allí donde debíamos recomenzar.

Cerca del sacellum vimos a una joven sacerdotisa, de piel delicada y vestido albo. Tenía el pelo tan claro que parecía casi blanco con los reflejos del sol.

Apenas nos vio, se arrodilló, levantó los brazos al cielo e invocó a la diosa para que protegiese nuestro camino. Esperó a que estuviésemos lo bastante cerca y, aún de rodillas, extendió la palma de la mano en espera de una ofrenda. Tenía la voz estridente, casi en falsete.

—¿Eres la guardiana de este sacellum? —le pregunté tendiéndole una moneda.

—Soy una simple servidora de Mania —respondió cubriéndose el rostro con el codo como si no fuese digna de pronunciar el nombre de la diosa.

—¿Te acuerdas de Cayo Rabirio? Encontraron su cadáver justo aquí.

—Yo no tengo nada que ver con esa historia —exclamó levantándose.

Endureció la voz y sus modales perdieron toda teatralidad. Era cauta y no nos contaría nada. Le alargué otra moneda para ablandarla.

—Lo sé —añadí—. Quiero que nos cuentes lo que sucedió aquel día. ¿Encontraste tú el cuerpo?

—No, no llego nunca a primera hora de la mañana. Los pocos fieles que vienen lo hacen a mediodía; es inútil vigilar el sacellum antes.

—Así que, cuando llegaste, ¿ya habían lanzado la alarma?

—Sí, fue Publio Rufo. Encontró el cuerpo mientras llevaba los animales al Foro Boario.

—¿Sabes dónde vive?

—Justo ahí detrás, pero no lo encontraréis en casa; a esta hora lleva los animales a pastar. Seguid ese camino —señaló con el dedo—; sus campos están yendo todo recto, no podéis equivocaros. Es un hombre alto, con una poblada barba negra.

La saludé y, para darle las gracias, le dejé otra moneda. Seguimos sus indicaciones y, tras no mucho, encontramos a Publio Rufo. Era un pastor de aires huraños, que vigilaba a sus ovejas sentado sobre un peñasco, mientras mordisqueaba una espiga de cereal.

—¿Eres tú quien encontró el cadáver de Rabirio? —le pregunté.

—¿Quién quiere saberlo? —respondió sin levantarse.

—Soy el cuestor Flavio Callido, encargado por el Senado de Roma de la investigación de la muerte de Cayo Rabirio.

Se levantó despacio y, con el índice, nos contó silabeando los números en voz baja. La sacerdotisa lo había definido como alto; en realidad, era también grande. Una montaña con los hombros anchos y la barriga fuera de control.

—No hay mucho que hacer en la ciudad si dieciocho personas se han molestado por



ese cerdo —comentó acercándose a nosotros.

—¿Lo conocías?

—Por desgracia, sí. Desde hace meses había alquilado la casa vecina a la mía. Creedme, solo le han dado su merecido. Si encontrase a su verdugo, le felicitaría.

—Deduzco que no teníais relaciones de buena vecindad.

—Tratar con él era imposible. Siempre evasivo, siempre arisco. Se sentía superior y no quería tener nada que ver con gente del populacho como yo. Una vez tuvimos una discusión más bien acalorada y faltó poco para que lo matase con mis propias manos.

—¿Qué pasó?

—Una tontería. Estaba a punto de llevar los animales a pastar, pero antes de irme me di cuenta de que había perdido un caballo. Me retrasé buscándolo y, entretanto, dejé algunos borricos y tres esclavos esperándome en la calle. Rabirio salió como una furia a insultarlos y les dijo que se llevasen a los animales. Según él, le arruinaban la vista y estaba harto de oírlos rebuznar. Todo excusas; en realidad, estaba a punto de llegar su amante y, como aquella era la única vía de acceso a la casa, no quería que los esclavos la viesan.

—Que tú sepas, ¿Rabirio solo la recibía a ella o había más mujeres?

—No lo sé, por lo general paso todo el día aquí o en el Foro Boario para comprar o vender animales. La he visto de lejos pocas veces y me ha parecido siempre la misma, al menos a juzgar por las precauciones que tomaba para que no la reconociesen.

—¿Precauciones?

—Sí, no quería ser reconocida y llevaba una capa con la capucha puesta. Intentaba pasar por plebe, pero era más noble que tú y que tu amigo el de la túnica bordada —concluyó señalando a Mamurra.

—¿Cómo lo dedujiste?

—No sé vosotros, pero yo a una plebeya que va por ahí escoltada por cuatro esclavos no la he visto nunca. Dos delante y dos detrás, a distancia de seguridad para no dar la idea de ir con ella. Pero a mí no me la dan con queso. No me sorprendería que hubiese venido también en una litera que la dejase en algún sitio cercano para llegar a pie.

—¿Le viste la cara? —preguntó Lutacia.

Rufo la estudió antes de responder, luego escupió al suelo en su dirección. Quizás, en su forma de entender la vida, una mujer, aunque fuese noble, no podía dirigirse tan libremente a un hombre.

—Di. ¿Le viste la cara? —repetí.

—No, llevaba velo, la muy golfa. Teníais que oír cómo gritaba de placer en compañía de ese viejo cerdo, imenuda señora!

—¿Así que no podrías reconocerla? —intervino Mamurra.

Rufo lo pensó, se rascó el mentón barbado y dijo que no con la cabeza.

—Una vez vi un mechón rubio —añadió—, pero, a juzgar por las precauciones que tomaba, podía tratarse de una peluca.

Había muchísimas analogías entre la mujer que instigaba a la multitud ante el templo y la amante de Rabirio. Las dos intentaban disimular su condición social y ambas recurrían a sofisticados disfraces para que no las reconocieran. ¿Y si eran la misma persona? Era una hipótesis que no podíamos descartar.

—¿Encontraste tú el cuerpo de Rabirio? —volví a preguntar.

—No, uno de mis esclavos. Había salido temprano para ir al mercado a vender pollos. Vio el macabro espectáculo y me llamó.

—¿Qué idea te hiciste?

—Una persona normal no dejaría siquiera al peor de sus enemigos en ese estado. La mutilación, un aspergillum y una ramita de incienso, todo a los pies del sacellum de la diosa Mania. En mi opinión, es obra de un maniaco religioso.

—¿Tenía una moneda en la boca?

—Os vais a reír —exclamó Rufo a carcajadas—. Tenía una moneda en la lengua, pero, ironía de la suerte, era falsa. El asesino tomó el pelo a su víctima hasta el último momento. No se dignó siquiera pagarle el último viaje al reino de los muertos.

Me acerqué a él con expresión seria. Tenía aún una pregunta y quería dejar claro que no me gustaba su sarcasmo.

—¿Te pagaron bien por el anillo de Rabirio?

No se esperaba la pregunta y lo pillé desprevenido. Dijo a tropicones y balbuceando algo incomprensible, luego logró articular una respuesta.

—¿Qué anillo?

—El que le robaste cortándole el dedo después de muerto.

Rufo me miró a los ojos evaluando si valía la pena mentir.

—Sé que fuiste tú, es inútil negarlo —insistí.

—No siento culpa por ello —admitió sin bajar la cabeza—. Lo vendí y me dieron una cifra discreta. Un resarcimiento por todo el fastidio que el muy cerdo me había causado.

*M*e esperaba un edificio ruinoso con las paredes desportilladas. Pero la casa alquilada por Rabirio en las cercanías de puerta Colina era de reciente construcción y no mostraba aún las señales del tiempo. Pertenecía a cuatro complejos unidos, cada uno compuesto por dos viviendas de un solo piso. Aquella zona periférica, la más exterior de la urbe, estaba en continua evolución. Las chabolas de los campesinos habían dejado paso a cómodas domus en miniatura, mientras nuevas formas de construcción popular englobaban los terrenos rústicos y los campos cultivados. El punto neurálgico de la guerra civil entre Mario y Sila, sede del encuentro decisivo, había ya tomado los rasgos de una pequeña ciudad dentro de la ciudad.

Un hombre con bigotes puntiagudos cuidadísimos caminaba en círculo ante la entrada de la casa de Rabirio.

—Por fin habéis llegado —dijo apenas nos vio.

—¿Cómo sabías que vendríamos? —le pregunté cuestionándome mentalmente cómo había podido advertirlo Rufo de nuestra visita.

—Tu secretario me avisó ayer por la tarde. ¿Ya no estás interesado?

—Temo que se trata de un malentendido —expliqué—. No estamos aquí para alquilar la casa, sino para registrarla. Era de Rabirio, ¿no?

—No, es mía —precisó.

—Soy el cuestor Flavio Callido, y mi patrulla y yo estamos investigando la reciente serie de homicidios. Tenemos que examinar la casa que alquilaste a Rabirio.

—Entonces, ¿os llevaréis sus cosas? —preguntó con un hilo de esperanza.

Estaba evaluando que quizá, después de todo, nuestra visita no le resultaría inútil.

—Haremos lo posible —dije para ponerlo de nuestra parte.

—De acuerdo, entonces, pero daos prisa. Estoy esperando a una familia interesada en mudarse aquí. Estoy perdiendo mucho dinero a causa de la muerte de ese depravado.

—¿Te dio problemas?

—A mí en particular no, pero los vecinos se quejaban de él. En poco tiempo discutí con todos. Estaba obsesionado con que lo espiaban e hizo a sus esclavos pegar a varias

persona por cualquier nadería.

—¿Pagaba puntualmente el alquiler?

—En un año no se ha retrasado ni un solo día.

Las finanzas del exsenador iban a la deriva. Entre los dados y las mujeres había agotado el patrimonio de la familia y contraído una deuda tras otra. ¿Dónde encontraba el dinero para pagar aquella casa? Si realmente estaba organizando una nueva conjura, quizá tenía un rico financiador que lo respaldaba. No se podía excluir nada, aunque resultase inexplicable el repentino cambio de ruta en cuanto a Autronio.

Ordené a Censo, Aquilea, Silvia y los diez lictores que nos esperasen en la calle. Cefea vigilaría la puerta, mientras Antonio, Mamurra, Lutacia y yo entrábamos.

—No se pueden quedar aquí —me reprochó el dueño de la casa indicando a nuestra escolta—. Daré una impresión desastrosa a los vecinos.

—Mira el lado positivo: pondrán en fuga a los posibles ladrones —me mofé de él—. Tu propiedad no ha estado nunca tan segura como ahora.

—Está bien —se rindió—, pero sed rápidos, por favor.

La casa era amplia y estaba ordenada. A juzgar por el mobiliario y el papeleo, Rabirio no la utilizaba solo para sus encuentros amorosos, sino también como sede de sus negocios. Los muebles eran espartanos y no se correspondían con la domus de un senador, pero ninguna habitación estaba vacía.

Nos dividimos las zonas: Antonio y yo buscaríamos en la parte occidental, con los cubículos para la noche; Mamurra y Lutacia, la oriental, en la que había un triclinio y un tablinum.

—¿Cómo sabías que había sido Rufo el que había amputado el dedo para robar el anillo? —me preguntó Antonio en cuanto estuvimos solos.

—No lo sabía, he probado a adivinar —respondí, mientras apartaba el paño que cubría la ventana para dejar entrar la luz del día—. No podía haber sido nuestro asesino. Cortar un dedo post mortem es una operación que se aleja demasiado de su modus operandi. Él mutila a las víctimas para infligir el máximo dolor antes de asesinarlas y, después del fallecimiento, no las vuelve a tocar si no es para trasladar el cuerpo. Hacía tiempo que sospechaba la intervención de un saqueador en la amputación del dedo y, desde el primer momento en que he visto a Rufo, he entendido que había sido él. Tenía enconado a Rabirio y pensó en aprovechar su muerte para ganar algo.

—¿Estás seguro de que las mutilaciones son solo para infligir dolor?

Antonio había tocado un punto clave. Interrumpí el registro del cubículo y lo miré a los ojos. Yo mismo me había hecho repetidamente esa pregunta en los últimos días y no había conseguido encontrar una respuesta válida.

—No —confesé.

—Razonemos —siguió—. A Rabirio le amputaron la nariz, a Crisógono las orejas, a Arquelao los genitales y a Autronio las cuatro extremidades.

—Cuatro crímenes y cuatro mutilaciones distintas.

—La elección no puede ser casual. Debe de haber un motivo por el que a Rabirio le ha cortado la nariz y no los genitales. Es como si el asesino estuviese haciéndose un cuerpo con los trozos que quita a sus víctimas.

Me estremecí ante aquel pensamiento. Eso significaba que la serie sería aún larguísima. Las partes que había que extirpar para formar un cuerpo eran aún muchas.

En el cubículo las señales de una presencia femenina eran evidentes, partiendo del lecho, que olía a perfume de mujer. Junto a la pared, había una mesita de madera con tres patas y, sobre ella, hacía ostentación de belleza un tarro de marfil para cosméticos. Lo abrí y dispuse el contenido sobre la cama. Saqué un bastoncillo delgado, con la punta cubierta de carbón, un pequeño recipiente para resina depilatoria y una crema de miel.

Antonio examinó el arquibanco de al lado y me mostró tres estolas. Palpó la consistencia y la escasa calidad de la tela, y sacudió la cabeza.

—Hay algo que no cuadra —concluyó—. Estamos convencidos de que la amante de Rabirio es de origen noble. Y, sin embargo, ni una matrona ni una joven patricia llevarían jamás un atuendo así. Puede que no lo comprasen siquiera para sus esclavas.

—Lo mismo para el maquillaje, cosa de plebeyas.

—Si es una plebeya, ¿por qué todas esas precauciones para no ser reconocida?

—Puede que tenga esposo.

—No me convence. La peluca, la capa, el velo sobre la cara. Demasiadas precauciones igualmente. No sería, desde luego, la primera vez que una plebeya engaña al marido para estar con un noble.

—La única explicación es que la amante de Rabirio sea una matrona importante que quiere pasar por plebeya. Las estolas y el maquillaje de esta casa forman parte de su pantomima.

—¡Hemos encontrado algo! —gritó desde el tablinum Lutacia.

Cuando llegamos donde estaba, la encontramos sentada en el suelo leyendo con atención un pergamino. Mamurra estaba de pie a su espalda y, moviendo la cabeza a derecha e izquierda, intentaba echar un vistazo al texto.

—Hay docenas de ellos —explicó Lutacia, indicando un arcón.

—¿Son anotaciones de Rabirio? —preguntó Antonio.

—No, cartas dirigidas a él. Mira la firma —concluyó tendiéndome el pergamino.

—Autronio Peto —leí en voz alta—. Conque él y Rabirio estaban en contacto también durante la fase del exilio, mucho antes de su regreso a Roma.

Lutacia me arrancó el pergamino de la mano y escrutó el texto en busca de un punto bien preciso. Sabía que era el centro de atención y quería disfrutar el momento.

—Escuchad esto, debe de ser una respuesta a una carta en la que Rabirio le comunicaba que Cicerón se había negado a defenderlo en el proceso por perduellio: «Entiendo tu desaliento; también a mí, en el pasado, Cicerón me volvió la espalda y ahora me encuentro en el exilio lejos de Roma. Tarde o temprano, ese maldito orador pagará esto también. Lo mataría con mis propias manos si pudiese».

—Interesante —comentó Mamurra.

—Esperad, no he terminado —lo acalló Lutacia. Dejó en el suelo el pergamino y tomó otro—. Es también de Autronio. Escuchad este pasaje: «Tu propuesta es interesante, pero he dejado de tener tales ambiciones. La política ya no me satisface y, además, en Epiro se vive bien, no siento la necesidad de infringir el exilio para volver a Roma. Demasiado riesgo». ¿Cuál creéis que fue la propuesta de Rabirio de la que habla Autronio?

—¿Una conspiración? —sugirió Antonio.

—¡Exacto!

—¿Cómo puedes estar segura? —pregunté, aunque imaginando que Lutacia estaba dosificando la información y reservaba el golpe de efecto para el final.

—En la siguiente carta, Rabirio debe de haber insistido en su propuesta entrando en detalles. Oíd cómo responde Autronio: «Debo reconocer que es un plan mucho mejor organizado que el que Catilina echó a perder en mi época, pero sigo sin estar convencido. ¿Podrías darme más información sobre los otros que nos ayudarán? Los dos que has mencionado no los conozco, ¿son muy jóvenes?».

—¿De quién estará hablando? —intervino Mamurra.

—Esperad, la parte interesante viene ahora: «¿Te fías de verdad de esa mujer? Solo porque sea tu amante no puedes excluir que en el futuro no te vuelva la espalda. ¿Por qué debería traicionar a su padre? En mi opinión, tiene demasiado que perder».

Me rasqué la cabeza y sentí los ojos de todos sobre mí. Esperaban oír mi reacción antes de comentar. Era una información valiosa y nos proporcionaba un indicio, por vago que fuese, sobre quién podía ser la amante de Rabirio.

—Podemos restringir el campo, aunque hasta cierto punto. Casi todos los senadores tienen una hija de la edad adecuada para ser la amante de alguien.

—Deberías decir que casi todos los senadores tiene una hija que es la amante de alguien —me corrigió Mamurra con una carcajada.

Lutacia no entendió que aludía también a ella. Estaba atenta a revisar las frases de otro pergamino, el último. Los ojos le volaban de una línea a otra, y tenía una expresión satisfecha.

—Lo tenemos —concluyó—. Aquí confirma Autronio su llegada a Roma. Rabirio consiguió convencerlo por fin.

—¿Qué dice? —preguntó Antonio.

—Se ponen de acuerdo para el viaje. Subió con un mercader de ánforas procedente de Macedonia. Se habla también de una cita con un liberto que tenía que ayudar a Autronio durante su estancia en Roma, su intermediario.

—No cabe duda —dijo Mamurra—. Cicerón tenía razón: Autronio y Rabirio estaban conspirando contra Roma, y con ellos al menos otras tres personas. Los dos mencionados en la carta y la mujer.

—Sí, pero también la postura de Cicerón es ambigua: defendió a Rabirio en el proceso por perduellio pese a lo que está escrito en la carta —observó Antonio.

—¿Por qué cambiaría de idea tras la negativa inicial? —terció Lutacia—. Pero, sobre todo, cuando aceptó defenderlo, ¿sabía ya de la posible conjura?

—Lo descubriremos —concluí—. Entretanto, tenemos otra certeza. Eran al menos tres las personas que sabían del regreso de Autronio a Roma. Cicerón, Rabirio y su misteriosa amante.

## XXVI

*M*ientras los otros salían, me demoré para echar un último vistazo a las cartas. Había pedido a Lutacia que me las entregase y ella, aunque contrariada, había accedido. Eran documentos comprometedores. Cualquiera hombre con sentido común se habría deshecho de ellas nada más leerlas, pero Rabirio había decidido dejarlas en un arcón de la casa que usaba para los encuentros con su amante.

—¿Va todo bien? —me preguntó Antonio volviendo atrás—. ¿Has encontrado alguna otra cosa?

—No, solo estaba reflexionando. Tenemos que ir a Suburra. Estoy elaborando una teoría; pero, antes de exponerla, necesito una confirmación más.

—Quieres ver las insulae de Crisógono destruidas por los incendios... —me leyó el pensamiento.

—Exacto.

—No podemos presentarnos con una escolta de lictores y gladiadoras, nadie accederá a hablar con nosotros. Deja que vaya yo, soy plebeyo como ellos y conmigo se abrirán.

—Descartado, no te enviaría allí nunca solo.

—Entonces espero que te pongas un atuendo más popular.

Sonreí a su ocurrencia, pero mimetizarme entre la gente pobre era la última de mis preocupaciones. Más difícil sería convencer a Lutacia de que se quedase fuera del asunto. Tenía ya en mente una misión especial que confiarle, pero con ella había que jugar con ingenio. Si se sentía excluida, no obedecería nunca mis órdenes y, sin embargo, lo que le iba a pedir podía resultar importante. Tenía que reafirmar su papel, dejar claro que era un peón esencial en la investigación.

En cuanto salí, la llevé aparte.

—Tenemos que separarnos —le dije—. Antonio y yo iremos a Suburra para comprobar un detalle sobre Crisógono.

—Iré con vosotros, puedo ser útil.

—Esta vez, no. Necesito que vuelvas a la zona del templo de Ma. La mujer que instigaba a la multitud y la amante de Rabirio podrían ser la misma persona, al menos,



a juzgar por su tendencia a camuflarse. Pregunta por ahí y recoge más información, quizás haya vuelto a ir. Tenemos que saber más.

Lutacia miró al cielo y negó con la cabeza.

—Es una pérdida de tiempo —insistió testaruda—. No descubriremos nada sobre ella. Ya ha conseguido su objetivo: quemaron el templo y mataron a Arquelao, ¿por qué tendría que dejarse ver de nuevo por allí?

Imaginaba que se resistiría. Por eso, había dejado para el final la petición más delicada.

—Hay otra cosa, pero requiere mucha cautela.

—Te escucho —dijo seca, aunque sin esconder un atisbo de interés.

—Mamurra. —Hice una pausa y la miré a los ojos—. Te acompañará al templo. No lo pierdas de vista, observa su comportamiento y luego me lo cuentas todo.

—¿No te fías de él?

—No, a una de las víctimas la asesinaron ante sus narices y, en la carta de Autronio a Rabirio, se habla de dos jóvenes implicados en la conspiración.

—¿Crees que Mamurra es uno de ellos?

—No puedo excluirlo. Tenemos que entender de qué parte está. Quiero que lo vigiles: estudia cada uno de sus movimientos, anota si habla con alguien o si detiene demasiado la mirada en una mujer. Sin mí, se sentirá más libre y puede que lo pillemos en un error.

—De acuerdo —accedió Lutacia—. ¿Dónde nos vemos luego?

—En casa de tu padre, aprovecharemos para informarle sobre los últimos resultados de la investigación.

Intercambiamos un gesto de acuerdo y comunicamos juntos la estrategia que seguiríamos al resto del grupo. Como habíamos quedado, nos dividimos, entre las quejas de Mamurra y las ocurrencias sarcásticas de Aquilea, que me acusaba de sufrir su carisma.

—¿Tienes miedo de que la gente de Suburra se entusiasme al verme? —me preguntó al oído.

—Piensa en proteger a Lutacia —le reproché.

—Como deseas, romano rico. No querría que, cuando por fin entiendas que puedes fiarte de mí, sea demasiado tarde.

Resoplé y me alejé sin añadir nada más, seguido de Antonio y Censo. Aquilea y sus observaciones cáusticas tenían el poder de que me hirviese la sangre. Por lo general, las personas de rango inferior me temían o, por lo menos, me respetaban, pero con ella era distinto. Se comportaba de forma irreverente y no reconocía mi autoridad, como si cada

vez tuviese que expresar una especie de superioridad sobre mí. Puede que aquel comportamiento soberbio hubiese sido su ancla de salvación en el pasado, en Capua, cuando había compartido la arena con gladiadores como Espartaco y Criso, pero me costaba aceptarlo y, tarde o temprano, llegaríamos al ajuste de cuentas.

Cruzamos la muralla Serviana y nos adentramos en el Septimontium, hacia la zona del Esquilino surgida como arrabal del núcleo original de Roma, representado por el Palatino. Servio Tulio la había anexionado a la ciudad durante su reinado y, desde entonces, era el corazón palpitante de la plebe. No había solo una diferencia social entre las dos zonas, sino también de pendiente. El Palatino se alzaba más alto y daba la impresión de dominar el Esquilino. De ahí el nombre de Suburra, es decir: lo que está sub urbe, bajo la ciudad.

A aquella hora la actividad era frenética. Grupos de niños corrían de un lado a otro mientras gente de todas las edades y etnias entraba y salía de las tiendas de las plantas bajas. Las calles estaban sembradas de vendedores ambulantes que gritaban para llamar la atención de nuevos clientes. A nuestra derecha, había un tenderete que vendía ropa usada. Aproveché para comprar una túnica remendada en varios puntos para mí y otra para Censo. Si bien el aspecto no era atractivo, por lo menos la habían lavado y no apestaba.

Me la puse sobre la mía, me despeiné y escondí mi anillo de sello para quitarme la etiqueta de noble. Me miré en un charco, el resultado era aceptable.

—Pareces un plebeyo de verdad —bromeó Antonio.

—Censo un poco menos —repliqué.

En su caso, la mimetización era más difícil. Aun vestido con una túnica de ínfima factura, la postura, la mirada y la actitud seguían siendo las típicas de un lictor.

Recorrimos un callejón en bajada, encajonado entre dos filas de construcciones. Los edificios tenían los muros perimetrales en común y se extendían a lo alto, hasta alcanzar nada menos que diez pisos.

Atravesamos un cruce y, cerca del Cispio, acortamos por la vicus Patricius, en dirección a la puerta Viminale, para desembocar en una placita con una fuente en el centro.

—Ese debe de ser uno de los edificios propiedad de Crisógono —explicó Antonio señalando una insula a nuestra izquierda.

Una construcción cuadrangular de piedra, de cuatro pisos, con sobreelevación y balcón corrido de madera construidos posteriormente.

La habían restaurado después del incendio, pero en las paredes aún eran visibles las huellas del fuego. Justo enfrente, al otro lado de la calle, asomaba un taller, el lugar

ideal para pedir información.

El interior era más angosto de lo que podía imaginarse. Era evidente que el propietario había optimizado el espacio levantando un tabique divisorio para conseguir un almacén adyacente. En un rincón iluminado por una antorcha un hombre de mediana edad trabajaba la arcilla. A cada movimiento se interrumpía para imitar el gesto e impartir lecciones a un muchachito que lo ayudaba desganado.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó cuando notó nuestra presencia.

—¿Hace mucho que trabajas aquí? —pregunté.

—Casi un año. ¿Por qué os interesa?

—Queríamos información sobre el coste de los alquileres —expliqué—. ¿Sabes a quién tenemos que dirigirnos ahora que Crisógono ha muerto?

El hombre se levantó con un movimiento brusco. Ordenó al chico que se alejase y vino hacia nosotros con actitud de amenaza.

—¿Os envía Craso?

—No, nos hemos mudado hace poco a Roma y estamos buscando cenacula a poco precio.

—Dejadlo estar, no os conviene. Solo tendríais problemas.

—¿Qué quieres decir?

El hombre me miró fijamente unos instantes, poco seguro de si continuar. Intenté componer una expresión de inocencia y debió de resultar creíble porque, poco después, volvió a hablar. Lo había convencido de que era un pobretón como él.

—El año pasado este edificio se incendió y enseguida esa sanguijuela de Craso intentó lucrarse con la desgracia —contó—. Se presentó ante Crisógono con una oferta de adquisición ridícula, decir a la baja es poco. Quería comprarlo por menos de la mitad de su valor. Se ha enriquecido con este sistema, muchas de las insulae de esta zona ya son suyas. Las compra en ruinas, las restaura y dobla el coste de los alquileres. Con este sistema ha echado a la calle a muchos desesperados.

—Pero Crisógono no vendió... —objeté.

—E hizo mal. Se endeudó para arreglar la estructura y luego no encontró inquilinos. Los hombres de Craso amenazaron a todos los que estaban interesados. Si Crisógono se hubiese embolsado aquel poco dinero, quizás hoy estaría aún vivo y feliz en Etruria. Pero no quería dar su brazo a torcer con Craso. Estaba convencido de que estaba tras el incendio.

—Es cierto que Craso ha especulado a menudo con las desgracias de los pobres, pero acusarlo de una cosa así... —intervino Antonio—. He visto la madera del entramado del

edificio de enfrente, está podrida y bastaría una nada para que se prendiese fuego de nuevo.

—Pues Crisógono tenía razón. El incendio de su edificio no fue un accidente.

—¿Cómo puedes estar seguro? —pregunté.

—Vivo aquí arriba y tengo una hija adolescente que se ha enamorado de ese holgazán al que intento enseñar el oficio. Al principio, me hicieron sufrir. Estaba en contra de la relación, así que, a menudo, huían juntos y yo me encontraba noche tras noche esperando despierto su regreso. Una de esas noches, vi con mis propios ojos a tres hombres encapuchados llegar con antorchas y prender fuego al edificio de Crisógono. Salí enseguida a dar la alarma y, por suerte, el número de víctimas fue limitado.

—¿Por qué no denunciaste enseguida a Craso? —preguntó Antonio.

—¿Me tomas el pelo? No tengo certeza de que esos tres fuesen hombres suyos y hay que estar loco para desafiar a Craso.

La hipótesis que me costaba expresar había encontrado confirmación, pero no sabía si alegrarme o alarmarme. Al salir del taller, me apreté la cabeza con las manos y me masajeeé las sienes con dos dedos. Tenía la mente agitada y debía ordenar mis pensamientos.

—Nos hemos metido en una historia que nos supera —comenté—. De por medio hay una conspiración, homicidios atroces y personajes influyentes.

—¿No se te habrá pasado por la cabeza acusar a Craso solo por las palabras de ese hombre? —me recriminó Antonio.

—No, Craso intentó aprovecharse de la desgracia para enriquecerse aún más, como hace desde hace años en estos casos. No fue él quien empezó el incendio, de eso estoy seguro. Fue nuestro asesino.

—Sigue.

—¡Piensa! Esta cadena de crímenes es una maquinación, el fruto de una planificación precisa e impecable. Hablabas de mutilaciones no casuales, pero nada en este asunto es casual, de los objetivos a la forma de actuar. Las víctimas fueron escogidas por su oscuro pasado, como si tuviesen que expiar con sangre sus culpas. Lo que más me impresiona, sin embargo, es la construcción de cada homicidio en particular. Minuciosa, estudiada atentamente y llevada a cabo en el tiempo justo.

Hice una pausa. Antonio estaba atento y seguía mi discurso con los ojos entornados.

—Tomemos el caso de Crisógono —continué—. De joven se enriqueció comprando los bienes de los proscritos por cuatro cuartos. Sufrió las consecuencias de la muerte de su padre, pero consiguió recuperarse para dejar Roma sin problemas económicos. El asesino no se ha limitado solo a matarlo, el crimen fue el último acto. Antes le pagó con

la misma moneda de su culpa. Arruinó sus negocios destruyendo las insulae y lo obligó a volver de urgencia a la urbe para defenderse de Craso. Lo vio morir día tras día ahogado por los usureros para luego darle el golpe de gracia.

—Lo mismo podría valer para las otras víctimas —reflexionó Antonio—. Las han movido como marionetas.

—¡Exacto! Mira a Autronio Peto. Participó en una conspiración contra el Senado y lo convencieron para volver a Roma con la ilusión de una nueva conjura. En lugar del consulado, sin embargo, encontró la muerte.

—¿Crees que el plan de Rabirio era una farsa?

—Sí, también Rabirio, a su pesar, formó parte de la maquinación, quizás empujado por su amante. La hipótesis de conspiración ha sido más un medio para construir el crimen de Autronio que un peligro real. Ni Rabirio ni Autronio tenían el carisma y el carácter para guiar una revuelta contra el Senado. Rabirio tenía que pagar por la muerte de Saturnino, pero, antes de matarlo, el asesino lo usó para llegar a Autronio y quizás implicar de alguna forma a Cicerón.

—¿Y Arquelao? —preguntó Antonio—. ¿Cómo está relacionado con los otros?

—Su pasado estaba formado por muchas sombras, numerosos crímenes con los que se había manchado las manos durante la dictadura de Sila. Era un objetivo difícil porque no salía nunca del templo y también en su caso el asesino ha actuado con astucia. Aprovechó el clamor suscitado por las muertes de Rabirio y Crisógono para generar odio hacia Ma y sus sacerdotes. Dejó que el disgusto creciese en el corazón de la gente hasta la inevitable revuelta. Un resultado que había previsto, como también lo había hecho con Arquelao sabiendo que huiría del templo a través del pasadizo subterráneo. Lo esperó a la salida y lo mató con un rito que imitaba los sacrificios humanos de corte religioso.

—¿Así que nos encontramos frente a un vengador que quiere castigar las culpas de los hombres de relieve de Roma?

No tuve fuerza para responderle. En una ciudad en la que los negocios sucios y la corrupción reinaban soberanos, cualquiera podía ser el siguiente objetivo.

## XXVII

*T*irón se sobresaltó cuando me vio llamar otra vez a la puerta de Cicerón. Las sorpresas no habían acabado para él. Los ojos se le salieron de las órbitas en cuanto se dio cuenta de que, a mi lado, estaba Cayo Antonio.

—¿También hoy tu amo está ocupado con una legación extranjera? —pregunté a bocajarro para aprovecharme de su confusión.

—No puedes presentarte aquí cuando te venga en gana —intentó resistir.

—Pues parece que sí. Ahora, déjanos entrar, estoy harto de esperar en la puerta.

Tirón no pestañeó. Se alejó para anunciarnos y, esta vez, Cicerón accedió enseguida a recibirnos. Nos hizo acomodar al aire libre, en un elegante triclinio de mármol situado en el centro de su hortus personal.

El esquema del jardín de Cicerón era de corte clásico y recordaba al *xystus* heleno. De la plaza central donde estábamos sentados partía una serie de senderillos cubiertos por el enramado de árboles cultivados para formar una galería umbrosa. En cada cruce, había hermas de mármol rodeadas de asientos individuales y grandes tiestos de plantas aromáticas.

Antonio era contrario a importunar a Cicerón, era yo quien me había empeñado en ello. Necesitaba su testimonio para certificar la validez de mi reconstrucción de los hechos.

—Me sorprende mucho veros juntos —comenzó Cicerón circunspecto.

—Lo ha descubierto todo —explicó Antonio—. Puedes fiarte, está de nuestra parte.

—Creía que estabas de parte de Lutacio Cátulo —dijo Cicerón dirigiéndose a mí—. A saber cómo juzgaría Pompeyo tu estrecha relación, puede que hasta íntima, con la joven Lutacia. Por lo que recuerdo, las relaciones entre el general y el princeps senatus no son idílicas.

—Yo estoy de parte de la justicia —refuté orgulloso—. También recibí la investidura del cónsul Pisón, y no van a detenerme, desde luego, estas insinuaciones tuyas.

—¡Cuánto ardor! Te juzgaba un hombre más cauto eligiendo la parte de la que ponerte. Tu padre tiene aún mucho que enseñarte. En eso, él nunca se ha equivocado,

ha estado siempre de la parte adecuada y, cuando ninguna parecía conveniente, ha preferido retirarse.

—Tampoco yo te creía la clase de hombre que aprecia colores tan abigarrados —lo provoqué sacando el cojín sobre el que me sentaba.

Lo agité ante sus ojos como un estandarte y sonreí al observar aquella fantasía multicolor.

—Es un capricho —se defendió—. Un regalo de mi hija Tulia y de su marido, tu amigo Pisón.

Como ducho orador, hizo hincapié con la voz en el nombre del cónsul. Una forma sencilla de marcar su relación de parentesco y de hacerme desistir de cualquier veleidad de usarlo como escudo.

—No soy quién para hablar de tus gustos o para dejar que me juzgues —dije para cerrar el asunto.

—Y yo no estoy obligado a recibirte cada vez que quieras —replicó hinchando el pecho.

—Vamos al grano, responde a nuestras preguntas y dejaremos de molestarte.

—¿Estoy obligado a obedecerte? ¿Desde cuándo un simple cuestor puede permitirse dar órdenes a un ilustre senador, excónsul para ser precisos?

Se estaba empecinando y, por ese camino, no conseguiría sacar a la araña del agujero. La vez anterior se había mostrado más conciliador, quizá por la presencia de Lutacia. Ahora, en cambio, parecía en pie de guerra y en absoluto propenso a colaborar. Tenía que cambiar de táctica si quería obtener su ayuda.

—Me disculpo si te he parecido arrogante —añadí a la defensiva—. Obviamente, no tengo poder sobre ti y, por lo tanto, no te haré preguntas. Hablaré yo y serás libre de decirme si acierto o no.

—He oído decir que eres muy sagaz —comentó Cicerón, más curioso que molesto—. Veamos si tu nombre no miente, me gustan estos juegucitos.

Levantó la mano y llamó la atención de un esclavo que, poco después, nos sirvió de beber. Un vino especiado con miel de óptima calidad, procedente de los campos de Arpinum, la ciudad de origen de Cicerón.

—Lo produce mi primo —explicó—. Mirad por dónde, tiene una gran verruga en la nariz en forma de garbanzo, de cicer, como el lejano antepasado al que debo el sobrenombre de Cicerón. La primera vez que presenté mi candidatura para un cargo público me aconsejaron cambiarlo. Decían que, con un cognomen que recordaba un garbanzo, no haría carrera. Yo respondí con una carcajada y prometí que lo haría más

conocido que el de los Scauri o los Cátulo. Como podéis constatar, cumplo siempre lo que digo.

Me llevé la copa a la boca y fingí beber un largo sorbo. En realidad, me limité a mojarme los labios. Quería seguir lúcido para no dar ventaja a Cicerón.

—Estoy seguro de que te gustará mi historia —retomé—. Han transcurrido unos veinte años desde la muerte del tribuno de la plebe Saturnino. Pero alguien no ha olvidado el asunto y acusa de perduellio al senador Cayo Rabirio, reo de haber tomado parte en el homicidio. Rabirio sabe que es culpable y se siente entre la espada y la pared. La única forma de salvarse de la condena a muerte es contratar para su defensa al mejor orador del foro, el excónsul Cicerón. ¿Voy bien?

—Continúa.

—Cicerón, sin embargo, no quiere saber nada de defender a un mujeriego impertinente, que ha terminado en la miseria por deudas de juego, y rehúsa todas sus peticiones, hasta que Rabirio se presenta ante él con una oferta que no puede rechazar. A cambio de su defensa, se ofrece a desenmascarar una nueva tentativa de conspiración, en la que se halla implicado Autronio Peto, excónsul en el exilio, pero a punto de volver con gran secreto a Roma.

—Me contó que se trataba de una gran operación organizada por personajes influyentes —especificó Cicerón—. Personas que nunca imaginaría, precisó. También habían contactado con él y estaba dispuesto a revelarme todos los detalles si yo lo defendía de la acusación de perduellio.

—Así que te dejaste convencer —proseguí.

—Al principio, no, no lo creí. Rabirio era un hombre desesperado y la experiencia me ha enseñado que uno no se puede fiar de quien está desesperado. Pero luego se presentó ante mí con cartas de Autronio Peto que certificaban su historia, así que acepté.

—Necesitabas que siguiese vivo hasta el día de la conjura, por eso implicaste también a Hortensio Hortalo.

—No podía arriesgarme a tenerlo como enemigo en el proceso.

—Luego, un día, por fin, Rabirio te anuncia que algo se está moviendo. Los conspiradores han organizado el regreso de Autronio Peto a Roma y él, para demostrarte la veracidad de su información, te comunica también el lugar en el que se va a esconder. ¿Por qué no lo hiciste prender enseguida?

—Era un pez pequeño y vivía lejos de la urbe hacía tiempo. —Cicerón dio un puñetazo al triclinio—. Él no era el caudillo de la conjura y yo quería desenmascarar al nuevo Catilina, no a un simple secundario. Contraté a Antonio y a Mamurra para



vigilarlo. Contaba con descubrir a sus cómplices, pero estos dos necios dejaron que lo asesinasen ante sus narices.

—Nosotros... yo... —balbució Antonio.

—¡Silencio! —gritó Cicerón.

El orador cambió de postura en el triclinio. Extendió el cuello hacia delante y fulminó a Antonio con una mirada glacial.

Mi amigo inclinó la cabeza como un colegial. Se había fiado de Mamurra y había cometido un error. Su reputación iba a salir dañada. También él, como yo, tenía la necesidad urgente de capturar al asesino.

—¿Ordenaste mantener en secreto la muerte de Autronio con la esperanza de que alguien se pudiese en contacto con él? —seguí mi discurso en un intento de aliviar la tensión.

—Sí, pero fue un intento vano. Nadie dio señales de vida: Autronio era en Roma como un fantasma.

—Los hechos han demostrado que no había ninguna conspiración y que lo de Rabirio había sido solo una falsa alarma.

—Peor aún —apostilló Cicerón sin ocultar un punto de aflicción—. Ha sido una estratagema para obtener mi defensa en el proceso de perduellio. Qué vergüenza, caí de lleno. Rabirio me utilizó.

«Pero alguien lo utilizó a él también», pensé concluyendo su frase.

—No te sientas culpable —dije, sin embargo—. Haciendo que lo absolvieran no le salvaste la vida: se lo pusiste en bandeja al asesino.

—Pido disculpas —nos interrumpió Tirón desde el umbral del jardín—. Hay aquí un esclavo de Lutacio Cátulo que pide hablar de inmediato con el cuestor Flavio Callido.

—Hazlo pasar —ordenó Cicerón—. Total, ya hemos terminado...

El esclavo se presentó a la carrera. Miró alrededor desorientado, indeciso sobre cómo comportarse; pero, tras la inseguridad inicial, se dejó de titubeos. Se inclinó ligeramente en dirección al señor de la casa y luego se volvió hacia mí. Parecía agitado y aterrorizado. Me agarró un brazo y noté que temblaba.

—Te lo ruego, Callido —me suplicó. Tenía la voz tan alterada que le salía en falsete—: Tienes que venir conmigo enseguida a la domus del dominus Cátulo.

—¿Hay otro cadáver?

—No, pero ha sucedido algo muy raro.

## XXVIII

Las domus de Cicerón y Cátulo eran casi contiguas. Seguí al esclavo que corría desquiciado y tardé poquísimo en llegar a la del princeps senatus.

La puerta estaba ya abierta y el portero nos dejó entrar sin preguntar nada. Lutacia nos esperaba en el atrio, sentada en un escabel móvil. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y su expresión lúgubre no presagiaba nada bueno. De pie, a su espalda, Aquilea controlaba la situación con atuendo de combate. Con la mano derecha empuñaba el gladio, con la izquierda un pequeño escudo. Tenía los sentidos alerta, los músculos tensos. Movía la cabeza de un lado a otro al mínimo ruido.

De fondo resonaban en la sala gritos desgarradores y llantos femeninos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté angustiado.

—¿Por qué estabais en casa de Cicerón? —preguntó como respuesta Lutacia, casi escupiendo las palabras. El tono era airado y frunció los labios en un gesto de rabia—. Si no os hubiese visto entrar allí un esclavo, os habríamos estado buscando durante horas.

—Para comprobar una información.

—¡Teníais que habérmelo dicho!

—No había tiempo.

Mi respuesta no la convenció; más bien, dio vía libre a su desahogo. Una letanía de ofensas que salieron de su boca como el rebosamiento de aguas negras de un foso. Comenzó casi para sí y fue subiendo el tono palabra tras palabra hasta acabar gritando. Me vomitó encima lo muy traicionada que se sentía, dejada de lado, abandonada en el momento de la necesidad.

Aquilea dejó caer las armas e intentó contenerla. La agarró por los hombros y le cubrió la boca con una mano, pero solo logró amortiguar los gritos.

Lutacia se liberó con un movimiento decidido. Se arrojó sobre mí y me golpeó el pecho con una descarga de puñetazos. Tras la sorpresa inicial, rechacé su ofensiva sin problema. Le di un empujón y perdió el equilibrio. Acabó sentada en el suelo. La rabia le ofuscaba el pensamiento y la hacía poco lúcida. En el Tullianum había demostrado

ser una estratega cuidadosa, mientras que, frente a mí, se había fiado solo de la improvisación, que la había hecho lenta y predecible.

—No me merecía algo así después de todo lo que he hecho estos días —rezongó, conteniendo las lágrimas con esfuerzo.

—Volveremos sobre eso más tarde, no es el momento —dije decidido.

Lutacia me volvió la espalda, obstinada.

—¿Queréis explicarme qué sucede ahí dentro? —insistí—. Pero, sobre todo, ¿quién grita así?

—Es Aurelia Orestila —intervino Aquilea—. Mientras estaba en la cama con su amante, alguien le ha tirado encima una estatua de Catilina.

—¿Le ha hecho daño?

—Por suerte, no. La estatua solo la ha rozado.

Me costaba imaginar lo que acababa de oír. Era un hecho insólito, una broma de mal gusto a una viuda, pero no algo tan grave como para justificar mi presencia.

—¿Me habéis convocado de urgencia cuando estaba con Cicerón por eso?

—Creemos que está relacionado con los cuatro homicidios —aclaró Lutacia.

—¿Cómo?

—Es mejor que lo juzgues por ti mismo solo viendo la estatua.

Aquilea nos acompañó a mí y a Antonio al cubículo de Aurelia Orestila, mientras Lutacia nos seguía a cierta distancia.

A los pies de la cama, parcialmente envuelto en una frazada, había un busto de mármol. No reconocí enseguida a Catilina: la estatua estaba de espaldas y tenía la cabeza aplastada contra el pavimento. Me acerqué contando los pasos que separaban la puerta de la cama. Agarré el busto para tantear su peso. Quien lo había lanzado era seguramente fuerte. Levantarlo requería, de hecho, un esfuerzo no despreciable, no digamos tirarlo a varios pasos de distancia.

—Mira los ojos —dijo Antonio.

Di la vuelta al busto y lo apoyé delicadamente en el suelo. Catilina era identificable más allá de toda duda. La cara estaba definida a la perfección, salvo por un particular. Faltaban los ojos. Los habían picado con un punzón. Del cuello, como si fuese un collar, colgaba un cordón al que habían atado una estatuilla de la diosa Mania. Entretejidas en la oreja izquierda había ramitas de laurel, atadas a un aspergillum.

Me senté junto al busto y apoyé la espalda en la pared. Respiré hondo e intenté introducir la estatua sin ojos en la secuencia de los crímenes. Lutacia y Aquilea tenían razón: este episodio estaba estrechamente relacionado con nuestro caso. Demasiados elementos coincidían para no tenerlo en cuenta.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —me preguntó Antonio observando el busto.

Asentí, pero, antes de que pudiese responder, intervino Lutacia:

—Aurelia Orestila ha escapado por los pelos —dijo—. Ahora sabemos que el nuevo objetivo es ella.

—No, o estaría ya muerta —la contradijo Antonio.

—Puede que solo haya sido una advertencia.

—El asesino no envía advertencias, mata sin escrúpulos —exclamé—. La nueva víctima, la quinta, tendría que haber sido Catilina.

—No digas tonterías —objetó Lutacia—. A Catilina lo mataron en la batalla de Pistoia.

—Por eso ha usado una estatua. Al no poder matar a un hombre ya muerto, el asesino se ha ensañado con un busto de mármol, que luego ha entregado a la viuda como mensaje. El modus operandi es el mismo: a Rabirio le cortó las orejas, a Crisógono la nariz, a Arquelao los genitales, a Autronio los brazos y las piernas, y a Catilina le ha sacado los ojos.

—No tiene sentido.

—Lo cierto es que sí. Ninguna de las víctimas ha sido elegida por casualidad, cada una ocupa un puesto específico en este mosaico que representa el plan criminal de nuestro verdugo. Un mosaico del que, por algún motivo, forma parte también Catilina.

—En el fondo también él tenía graves culpas que expiar —apostilló Antonio.

—No perdamos el tiempo —cambié de tema bruscamente—. Vamos a interrogar a Aurelia Orestila y a intentar reconstruir los movimientos del lanzador de estatuas.

La viuda de Catilina se había refugiado en el solarium, la terraza cubierta del piso superior que solía usar Cátulo para su ocio personal. La encontramos más tumbada que sentada en el triclinio central, mientras un esclavo intentaba en vano tranquilizarla con un masaje en la espalda. Lloraba desesperada, dando gritos a intervalos rítmicos, seguidos de hipidos y estremecimientos.

Tenía la túnica arrugada y el maquillaje aún le goteaba por la cara. A fuerza de enjugarse las lágrimas había creado auténticos surcos en la nariz y las mejillas.

—¿Te sientes capaz de hablar con nosotros? —le pregunté.

Aurelia Orestila levantó los ojos hacia mí y me miró como si fuese una criatura onírica. Mantuvo el rostro inmóvil, con la expresión afligida, pero las pupilas se desviaron por un momento a mi espalda. Si le molestaba la presencia de Lutacia, Aquilea y Antonio no lo dejó traslucir. Se limitó a asentir dando un profundo suspiro y cerrando los ojos.

Me senté junto a ella y le tomé dulcemente la mano en un intento de establecer una relación más confidencial.

—¿Puedes contarme lo que ha sucedido esta tarde?

—Hay poco que añadir. Imagino que Lutacia ya te lo ha dicho todo —respondió pronunciando claramente todas las palabras.

—Comencemos por el principio. ¿Quién es tu amante?

—Se llama Mamilio. No sé exactamente a qué se dedica. Creo que ha sido militar.

—¿Cómo os conocisteis?

—No lo recuerdo. Pero ¿qué importancia tiene? Podía haber estado cualquier otro en su lugar, no es el primero y no será el último.

—Toda información puede ser valiosa. Tenemos que reconstruir exactamente todo lo que ha sucedido esta tarde. Esfuérzate por recordar: ¿cómo os conocisteis?

—En una taberna, quizá. Lo sé, no es digno de mi rango, pero algunas noches me gusta frecuentar tabernas de cuarta categoría. Me visto de esclava y salgo en busca de hombres. Los gladiadores y los soldados son mucho más viriles que los senadores.

—¿Era la primera vez que recibías a Mamilio?

—No, desde la puerta de atrás parte un corredor que lleva directamente a mi cubículo. Como de costumbre, entró por allí.

—Y, luego, ¿qué ha sucedido?

Una chispa cruzó los ojos de Aurelia Orestila. Por un momento, pareció casi divertida por la situación.

—¿Quieres conocer los detalles escabrosos de mis encuentros? —preguntó.

—No, me basta saber si has visto u oído entrar a alguien en tu cubículo antes de que te lanzasen el busto de mármol.

Inclinó la cabeza hacia un lado y cerró los ojos. El esclavo aprovechó para masajearle el cuello y ella pareció por fin relajarse.

—Estaba en plena fantasía sexual —contó—. Mientras Mamilio me tomaba, me imaginaba como prostituta en un burdel para gladiadores. Mi mente estaba en otro lado y no me he dado cuenta de nada. Luego he oído un golpe sordo, he vuelto la cabeza y he visto la estatua junto a nosotros. Alguien había entrado en el cubículo y la había lanzado.

—Alguien muy fuerte, a juzgar por el peso del busto de Catilina.

—¡No lo nombres! —gritó crispada—. Cuando he reconocido el rostro de mi pobre esposo he comenzado a gritar de miedo. Mamilio ha salido corriendo enseguida para ver quién lo había tirado, pero quien haya sido ha logrado huir sin dejar rastro.

—¿Podría haberlo visto Mamilio?

—Lo dudo, estaba de espaldas a la puerta cuando ha sucedido. Ha sido horrible. Una sensación vergonzosa. Mi esposo está muerto y, sin embargo, he sentido que me pillaba

en flagrante adulterio. Ver su efigie en el suelo, mirándome mientras estaba en los brazos de ese bruto, me ha hecho entender lo bajo que he caído.

—Puedes estar tranquila —dije para provocarla—. Aunque hubiese estado vivo, no habría podido verte. Alguien le había sacado ya los ojos.

—Me estás juzgando, lo entiendo. Tú, Lutacia, esa gladiadora, Lutacio Cátulo, todos me juzgáis y os creéis mejores. —Aurelia Orestila habló muy despacio, como si aquel discurso le costase un esfuerzo desmesurado—. Sé lo que se dice de mí, todos elogian mi aspecto físico y critican mi cerebro. Os subís a un pedestal y me miráis desde él, pero sabed que yo no tengo que responder ante ninguno de vosotros. He representado el papel que habéis escrito para mí porque me resultaba cómodo, era una forma óptima de pasar inadvertida. Nadie se dio cuenta del papel que tuve en la conspiración, me describisteis como la mujer necia, que sufre las acciones del marido. No solo no las he sufrido, las he compartido desde la primera hasta la última, aconsejándolo en muchas elecciones. Solo Catilina entendió mi verdadera índole, por eso ha sido traumático encontrarme cara a cara con su busto.

Aquel discurso hizo el silencio en el solarium. Nadie se esperaba una confesión así por parte de Aurelia Orestila. Si la denunciaba a Cicerón, aquellas palabras podían costarle la vida. La pena para los conspiradores era la muerte.

Seguí callado, inseguro sobre cómo proseguir el interrogatorio. Al final elegí una solución de sentido común, obvié lo que había oído y continué como si nada. Roma tenía ya demasiadas intrigas a las que enfrentarse, la conjura era agua pasada y no tenía sentido reavivar un fuego ya apagado.

—¿Qué has hecho entonces? —pregunté.

—He alertado a mis esclavos y ellos, como una broma de los hados, han llamado a Lutacia, que había llegado hacía poco a la domus. Destino extraño el mío, socorrida por una vulgar hija de nadie.

—Una última cosa: has hablado de una entrada trasera. ¿No hay un esclavo portero que la vigile?

—Por lo general, sí, pero he dispuesto que quede relevado de sus deberes cuando espero a un hombre.

## XXIX

*M*amilio estaba encerrado en uno de los cubículos de los esclavos. Lutacia había ordenado que no abandonara la domus hasta que yo llegase. Antes de hablar con él, sin embargo, me apremiaba reconstruir sus desplazamientos dentro de la casa.

Emplacé a Censo a vigilar la puerta de atrás. Antonio y yo salimos de la domus e hicimos el recorrido al revés. Mamilio se había servido de una entrada de servicio, de las que suelen utilizar los esclavos para ir y venir sin importunar a sus amos. El umbral era estrecho; en caso de presencia de un esclavo portero, era imposible entrar sin ser visto.

—¿Crees que es posible saltar el muro? —me preguntó Antonio.

—Una persona particularmente atlética podría conseguirlo, pero yo lo excluiría —respondí—. Es muy alto y la calle tiene bastante tráfico. Saltar en pleno día sería un riesgo excesivo.

Censo nos dejó entrar y recorrimos el pasillo del que había hablado Aurelia Orestila hasta su cubículo. Un centenar de pasos en total. Aparte del primer tramo en común con la cocina y los alojamientos de los esclavos, el resto del recorrido era tranquilo. Se trataba de un ala de la domus bastante aislada, con varios cubículos reservados a los huéspedes, pero a menudo vacíos, como en aquella época.

Sin llamar, entré en el cubículo en el que se encontraba encerrado Mamilio. Esperaba tumbado en el suelo, con las manos bajo la cabeza y las piernas cruzadas.

—¿Puedo irme ya? —preguntó en cuanto me vio.

—Aún no es momento —respondí.

—¿A qué demonios tengo que esperar ahora? —gritó poniéndose de pie enseguida—. Me estáis haciendo perder un montón de tiempo. ¡Tengo negocios que despachar!

—Hablando de eso, ¿se puede saber cómo te ganas la vida?

—Te lo acabo de decir: soy un hombre de negocios.

—Por la ropa que llevas, se diría que van más bien mal.

—¿Y a ti qué te importa? Quiero irme, no podéis retenerme. No he hecho nada malo.

—¿Dices que no es nada malo entrar a escondidas en la domus de Lutacio Cátulo? Ahora sé bueno y espera. En cuanto el señor vuelva a casa decidirá qué hacer contigo.

—¡Maldito seas! —ladró irguiéndose—. ¡Deja que me vaya!

Censo lo detuvo antes de que pudiese atacarme. Tenían la misma complexión y le costó no poco mantenerlo a raya. Observé atentamente a Mamilio y excluí haberlo visto antes. Habría recordado una cara como aquella. Alargada, en forma de oliva, con una gran cicatriz que comenzaba en la frente y cortaba la nariz para terminar cerca de la oreja izquierda.

—Veo que estás aún muy agitado —concluí saliendo del cubículo—. Te dejaré descansar otro poco antes de interrogarte.

—¡Espera! ¡Espera! —gritó mientras Censo volvía a cerrar la puerta—. No puedes dejarme aquí.

Mamilio estaba ya muy nervioso. Había decidido dejarlo en ascuas aún un rato para tenerlo a punto. Después de eso, me contaría toda su verdad sin omitir nada, con tal de irse lo antes posible. En la espera tenía otros elementos que comprobar.

Junto con Antonio y Censo, me reuní con el resto del grupo en el atrio e hice llamar al esclavo portero. Era un anciano, que se presentó con la cabeza baja y los hombros encorvados.

—¡No nos mientas! —comencé, yendo directo al grano para cohibirlo—. Sabemos que no estabas vigilando la puerta esta tarde.

El esclavo ni siquiera me miró. Se limitó a un ligero gesto afirmativo con la cabeza.

—Lo que has hecho es gravísimo y merecerías al menos cien latigazos por ello —continué—. Por culpa de tu negligencia, alguien ha entrado tranquilamente en la domus y ha atacado con un busto de mármol a Aurelia Orestila. Por suerte, no ha habido víctimas, pero ¿te das cuenta de que cualquiera podría haber aprovechado la ocasión para asesinar a Lutacio Cátulo?

—Noble cuestor, solo he obedecido una orden —probó a defenderse.

—¿Qué orden? No creo que Cátulo te haya ordenado nunca algo así.

—Él no, no sabía nada. Fue Aurelia Orestila quien me pidió que dejase sin vigilancia el paso de atrás y que guardase el secreto.

—¿Es una costumbre cada vez que recibe a sus amantes?

—Así es. Hemos quedado en que, si quiere vía libre, apaga la lamparita de aceite que hay en el corredor y yo desaparezco. Cuando me llama para volver a encenderla, quiere decir que el amante de turno se ha ido y puedo retomar mis competencias de portero.

—¿Recibe muchos amantes?

—Depende de la época. Al principio, pasaba como una vez a la semana, pero



últimamente era un ir y venir continuo, incluso más de una vez al día.

El esclavo tenía la voz ronca y acatarrada. Sorbía con la nariz todo el tiempo y le costaba respirar. Ya no tenía fuerzas para hacer nada en casa y Lutacio Cátulo, en vez de librarse de él, le había asignado un deber poco cansado como portero de la puerta secundaria.

—¿Prefiere algún horario? —le pregunté.

—Por lo habitual, cuando el dominus Cátulo está ocupado en el Senado, como ahora.

—¿Quién más conoce este mecanismo?

—Algunos de los otros esclavos se han dado cuenta, pero ninguno se lo ha dicho nunca a Cátulo.

—¿Por qué? ¿Tanto queréis a Aurelia Orestila?

—En absoluto. Nadie nos ha humillado aquí tanto como ella, pero habría negado el asunto, y nosotros nos habríamos ganado unos latigazos y la fama de mentirosos.

La situación no era difícil de reconstruir. Solo había dos soluciones posibles. La persona que había lanzado el busto de Catilina a Aurelia Orestila vivía en la domus, quizás uno de los esclavos hartos de las continuas humillaciones de la matrona, o se trataba de alguien que venía de fuera. En este segundo caso, el agresor conocía bien los usos y horarios de Aurelia Orestila, y había aprovechado la ausencia del esclavo portero para entrar.

—¿Has oído algo raro? —pregunté a Lutacia.

—Sí, a Aurelia Orestila gritando como una loca —respondió fría.

—Quiero decir antes.

—¿Cómo iba a oírlo? Estaba en el extremo contrario de la domus.

Colaboraba tanto como el peor de los enemigos. El enojo conmigo no había menguado y me estaba haciendo pagar la visita a casa de Cicerón.

—En serio —dije intentando contenerme—. Tenemos que descubrir si el agresor tenía algo que ver con los crímenes. Para hacerlo es necesario entender si vive en la domus o ha venido de fuera.

—¿Vivir en la domus? Pero ¿qué dices? ¿Ahora vas a decirnos que sospechas de mi padre?

—Hay centenares de esclavos que viven aquí. Pensaba en uno de ellos.

—En el busto está la firma del asesino. ¿Has olvidado la estatuilla de Mania?

—Muchos vieron el cadáver de Crisógono el otro día, puede que alguno haya pensado en preparar una broma de pésimo gusto para Aurelia Orestila, imitando el modus operandi del asesino.

—Desvarías —dijo Lutacia alejándose de la sala—. Ni siquiera quiero seguir

escuchándote.

—¡Vuelve aquí! —ordené.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —respondió volviéndose de golpe.

—Porque estoy hablando contigo y no he terminado aún.

—Pero yo sí —dijo enfática mientras volvía atrás. Se detuvo a pocos pasos de mí y me miró a los ojos. Sus pupilas tenían la profundidad del hielo—. Puedes irte de esta casa y volver a la de Cicerón si quieres, tu ayuda ya no es necesaria. Hablaré con mi padre y te exoneraré del encargo.

—No tengo tiempo que perder con los berrinches de una niña rica mimada —exclamé para dejar claro que no iba a ser ella quien me bajase los humos.

Los otros percibieron la tensión y se apretujaron en torno a nosotros, listos para reaccionar si la situación degeneraba. Aquilea a espaldas de Lutacia. Antonio y Censo a mi espalda. Mamurra y Cefea en medio.

—Nadie te ha pedido ayuda —continué—. Con o sin ti, avanzaré en este caso hasta dar caza al asesino.

—Eso ya lo veremos.

—Será un placer no tenerte en medio de continuo. He aguantado demasiado tiempo tus disparatadas iniciativas.

—¡Sin mí te habría matado Marco Fabiano en un calabozo del Tullianum! Eres débil.

—Y tú una presuntuosa irresponsable.

—No te permito que me insultes en casa de mi padre —añadió entornando los ojos, y me dio un empujón.

Era la segunda vez aquel día que se permitía ponerme las manos encima. Se había propasado y merecía una lección. Antes de que pudiese responder a la provocación, Aquilea se interpuso entre nosotros. Sacó el gladio y me lo apoyó en el pecho.

—Tócala y te mato —dijo secamente.

—¿Crees que me das miedo? —repliqué conteniendo a Censo y Antonio, decididos a defenderme.

—¡Vamos! —me incitó—. Métete conmigo, romano rico. Veamos si tienes de verdad el valor para enfrentarte a mí.

—¡Basta! No es el momento de comportarse como niños —intervino Mamurra intentando desarmarla.

Aquilea paró el golpe con el codo. Le agarró el brazo, se lo retorció velocísima a la espalda y lo obligó a arrodillarse.

—Suéltame o te arrepentirás —la exhortó Mamurra con la voz ahogada.

—¡Tú te lo has buscado! —dijo Aquilea y le dio una patada que lo alejó rodando.

Luego se volvió de nuevo a mí—. Ánimo, romano rico. Eres el siguiente.

Me quité la túnica y me quedé con el torso desnudo. Si creía que me daba miedo, estaba equivocada. Empuñé el gladio y me preparé para enfrentarme a ella.

—Aquí estoy. Como ves, no me asustas —dije.

—He luchado en cientos de arenas para complacer a jóvenes fanfarrones y arrogantes como tú. Sé de qué estáis hechos, sois todo cháchara.

—Eres tú la que está de cháchara. Yo dejo hablar al gladio como siempre he hecho en combate.

—Flavio, idéjalo! —intervino Antonio—. ¡Es una locura!

—Ni te acerques —le ordené—. Tampoco tú, Censo. No os metáis. Es una cuestión de honor entre nosotros dos. Una gladiadora y un oficial de Pompeyo.

Aquilea se arrojó sobre mí. Paré su acometida y nuestras armas se cruzaron silbando. Mantuvo la iniciativa y me atacó por la derecha. Una maniobra predecible, que rechacé fácilmente, aunque comprendí demasiado tarde que se trataba de una diversión. Descubrí el costado izquierdo y ella aprovechó para darme un puñetazo en el estómago. Aunque sentí que me faltaba la respiración, no estaba dispuesto a dar mi brazo a torcer.

Alargué el brazo extendiendo el gladio para obligarla a alejarse y ganar espacio. Aquilea retrocedió unos pasos sin bajar la guardia. No miraba mi arma, sus ojos escrutaban los míos. En los labios se le dibujó lentamente una sonrisa de superioridad.

Se tiró en plancha a mis pies y me propinó una patada en la espinilla. Caí al suelo y, antes de poder darme cuenta, la tenía encima. El gladio apuntando a mi cuello, con la hoja fría en contacto con la piel.

### XXX

—*H*aría falta tan poco para matarte... —murmuró Aquilea.

—Nunca cantes victoria antes de haber derrotado al adversario —respondí decidido a no rendirme.

Hice palanca con las rodillas, enarqué el torso y, con media cabriola, me liberé de ella haciéndola rodar hacia atrás.

Aquilea no se dio por vencida. Antes de que pudiese levantarme, estaba de nuevo sobre mí. Conseguí evitar el nuevo ataque rodando por el suelo, pero ella mantuvo la posición de ventaja. Me había quedado sin libertad de movimiento: me dirigiese donde me dirigiese, me interceptaría.

Intenté una jugada desesperada. Me lancé sobre Aquilea con todas mis fuerzas, pero ella fue hábil aprovechando mi impulso para invertir la posición, poniéndome boca arriba. Habíamos vuelto al punto anterior. Mi adversaria me había inmovilizado apretándome la rodilla contra la tripa y sujetándome con firmeza los brazos.

—¡Basta! —gritó Lutacia llamando al orden a Aquilea—. Suéltalo.

No obedeció enseguida. Siguió firme en la posición de superioridad.

—He dicho que lo sueltes —se reafirmó Lutacia—. Pero ¿qué nos pasa? En vez de enfrentarnos a un enemigo común, ¿luchamos entre nosotros? Estamos perdiendo la razón, ¡y yo la primera! Olvidemos esta lamentable situación y volvamos a unirnos. Solo así saldremos victoriosos.

Aquilea aflojó la presión de la rodilla y me liberó de la mordaza que formaba su cuerpo. Me tendió la mano y me ayudó a levantarme.

—¿Entonces? ¿Qué se siente al ser sometido por una esclava? —me murmuró al oído de manera que solo yo pudiese oírla.

—Has tenido suerte de pillarme por sorpresa —repliqué de manera infantil para no reconocer la derrota.

—Mucha suerte, incluso podrías haberme matado si Lutacia no hubiese intervenido, aunque me cuesta imaginarme cómo, visto que estabas inmovilizado en el suelo. Cuando quieras, estoy lista para concederte la revancha.

Resoplé, sacudiéndome de encima el polvo. No era rabia o frustración lo que sentía, sino algo distinto. Difícil de reconocérmelo incluso a mí. Estaba excitado, deseaba a Aquilea de una forma en la que no había deseado nunca a ninguna mujer. Sentía hacia ella una fuerza repulsiva y atractiva a la vez. Recordé el contacto con su cuerpo, los músculos sobre mí en el culmen de la pelea. Reprimí un estremecimiento e intenté recomponerme. Me puse de nuevo la túnica y me senté respirando por la boca.

—Empecemos por el principio —dije volviéndome hacia Lutacia—. ¿Acababas de llegar cuando oíste gritar a Aurelia Orestila?

—Sí, estábamos todos cansados después de la tarde en busca de esa mujer, así que había decidido conceder algunas horas de descanso en espera de tu regreso. Mamurra y Cefea se habían retirado al calidarium de mi padre, y Aquilea estaba conmigo.

—¿Habéis descubierto algo en las ruinas del templo?

—Nada relevante. O la gente no recuerda o lanza acusaciones al azar y resulta poco creíble.

—Al azar no diría —repuso Mamurra—. Un hombre está convencido de que la mujer que instigaba a la multitud era Graciana y no me ha parecido ni que estuviese loco ni que buscase atención.

—Graciana, ¿la primera esposa de Catilina? —pregunté para asegurarme.

Hacía años que no la había oído nombrar.

—La misma. Ese hombre es un mercader de telas y pasa ante el templo todos los días. Ha podido verla varias veces.

—Lástima que sus amigos hayan reconocido también a Servilia y a Fausta Cornelia —contradijo Lutacia.

—Yo le creo —se obstinó Mamurra.

—En serio —insistió Lutacia—. Esos tres intentaban llamar la atención con un nombre de efecto. Por eso han sacado a relucir a la primera esposa de Catilina, la amante de César y la hija de Sila. ¿O también sospechas de ellas?

—Razonemos sobre cada nombre —dije—. A Servilia y Fausta Cornelia las excluiría, pero Graciana... ¿No os parece una coincidencia increíble que, en el día en que alguien lanza un busto de Catilina a su viuda, identifiquen a la primera esposa como la mujer que instigaba la revuelta contra los sacerdotes de Ma?

—Catilina es un personaje demasiado recurrente para mí —comentó Mamurra—. Esperaba haberme librado de él y, sin embargo, aquí está otra vez para atormentarme.

—Yo no veo la coincidencia —dijo Lutacia—. Me parece un nombre sacado a colación de casualidad, como los demás. Graciana y Catilina se desposaron muy jóvenes y su matrimonio terminó hace mucho. No olvidéis que, según cuenta Cicerón, Catilina llegó

a matar al hijo de ambos con tal de repudiarla y desposar a Aurelia Orestila. Desde entonces, Graciana lleva una vida retirada, se la ve poco por ahí y, las raras veces que sale, se la recuerda más por ser la hermana de Gratidiano que la mujer de Catilina. Hace años que se resignó a ello. No me parece el tipo de persona que pueda organizar una venganza semejante contra Aurelia Orestila.

—De hecho, la reconocieron ante el templo, no en casa de Lutacio Cátulo —precisó Mamurra.

—Es lo mismo. ¿Por qué una mujer como ella debería albergar tanto rencor contra el templo de Ma? No tiene sentido acusarla, nos arriesgamos solo a quedar mal con una familia ya muy maltratada durante la dictadura de Sila.

—Entonces, ¿ningún avance? —le pregunté.

—Nada de nada. Me cansé de escuchar relatos absurdos y decidí concederme una hora en las termas de mi padre. Me estaba desnudando cuando Aurelia Orestila comenzó a gritar.

—¿Has oído algo más? Quizás el ruido de alguien que entraba a hurtadillas.

—No, las termas están en el extremo opuesto de la domus. En realidad, al principio, ni siquiera he oído gritar a Aurelia Orestila. Me ha avisado un esclavo. He acudido y he visto la estatua.

—¿Habías visto antes a Mamilio?

—Lo cierto es que no controlo a los hombres que transitan por el cubículo de Aurelia Orestila.

—¿Tampoco tú has oído o notado nada? —pregunté a Mamurra.

—También yo iba a entrar en las termas, pero antes me detuve a recibir un masaje.

Me senté. Estábamos en un punto muerto. Era el momento de interrogar a Mamilio.

Estaba considerando si involucrar a Lutacia o no, cuando un esclavo interrumpió mis pensamientos.

Entró en la sala de puntillas. Se dirigió al centro y anunció la llegada de Lutacio Cátulo.

—El dominus ha ido a consolar a Aurelia Orestila —dijo—, pero pide ver de inmediato al cuestor Flavio Callido.

No era Cátulo quien consolaba a Aurelia Orestila, sino al revés. El princeps senatus no era capaz siquiera de mantenerse en pie sin apoyo. Había perdido su aura de altivez y parecía un viejo agotado de vivir. La palidez agudizaba las arrugas del rostro y un temblor involuntario le sacudía las extremidades. Estaba sentado en el borde de un escabel, agarrando con las pocas fuerzas que le quedaban la mano de Aurelia Orestila. Clavaba los ojos en ella, buscando una vía de huida.

Movía los labios, pero la voz que emitía era tan débil que no conseguí entender si la estaba animando o si repetía una letanía.

En cuanto el esclavo anunció mi llegada, intentó mostrar desenvoltura. Cátulo apretó los puños e irguió la espalda, y volvió la mirada hacia arriba como si estuviese ante el pueblo para unos comicios. Me daba la espalda y no se volvió a saludarme.

—Exijo respuestas —masculló—. ¿Cómo es posible que haya ocurrido todo esto?

—Lo estoy comprobando —respondí.

—Quiero hechos, no palabras —continuó, interrumpiéndose varias veces para toser—. Estoy muy cansado, vengo de una larga y extenuante sesión del Senado y descubro que no estoy seguro ni siquiera en mi casa. Me estás defraudando, Flavio Callido. Quien te asignó ese cognomen fue demasiado generoso, no eres tan astuto como quieres hacer creer. Te elegí para resolver un asunto espinoso y devolver la serenidad a las mentes de nuestros conciudadanos, turbados por estos homicidios. Pero no has hecho nada y, mientras tú andas a tientas en la oscuridad, alguien ha entrado con engaños en mi domus. Ha organizado una vulgar función evocadora y aterrorizado a la pobre Aurelia Orestila. ¡Basta! Voy a tomar cartas personalmente en el asunto.

Por fin, se volvió en mi dirección. En sus ojos no leí rabia o frustración como me había esperado, sino miedo. Tenía las pupilas dilatadas, y destacaban de entre las bolsas bajo los ojos.

—Ordeno diez latigazos para todos los hombres que han dejado sin vigilancia la parte trasera de la domus —dijo al esclavo a mi lado.

—No la tomes con el servicio —intervine—; solo han obedecido a un ruego concreto de Aurelia Orestila.

—¿Qué insinúas?

—El esclavo ha dejado expresamente de vigilar la puerta de atrás para permitir al amante de Aurelia Orestila entrar sin ser visto y reunirse con ella en su cubículo. Es ya una costumbre cuando estás en el Senado.

—Entonces, ¡serán veinte latigazos! Aún más: ¡cincuenta! ¿Por qué no me ha informado nadie? Yo soy el dominus. Tengo que saber la identidad de quien entra y sale de mi domus.

—Es precisamente en esto en lo que tenemos que concentrarnos —expliqué en un intento de hacerlo razonar—. Tú no sabías nada, pero la persona que ha entrado a escondidas aquí dentro para lanzar el busto de Catilina a su viuda, desde luego, conocía esta costumbre y la ha aprovechado. No puede ser casualidad que ese hombre haya eludido la vigilancia, haya entrado en la domus, y luego haya salido de ella, sin que

nadie se enterase. Quiere decir que sabía cuándo entrar, cómo moverse, qué pasillos recorrer para no cruzarse con nadie.

—¿Crees que es la misma persona que mató a Rabirio y Crisógono?

Había dado en el clavo. La irritación en su voz había dejado lugar a una vena de ansiedad. De pronto, mientras pronunciaba aquellas palabras, me pareció aún más viejo y cansado. La sospecha de que pudiese ser él la próxima víctima se había abierto camino en su mente y ahora se aferraba desesperadamente a mí para que desterrase la posibilidad. Su implicación había dejado de depender solo de intereses electorales, había pasado a ser una cuestión personal. Estaba en juego también su vida.

—No podemos excluirlo —respondí.

—Pero ¿no estás seguro?

—No, aunque me parece altamente probable. No es una coincidencia que hayan abandonado el cuerpo de Crisógono justo aquí delante, como no lo es tampoco la implicación de Catilina. Sobre el busto que han lanzado a Aurelia Orestila hemos encontrado el aspergillum y todas las referencias a las Compitalia que había en los otros cadáveres. Si no hubiese muerto ya en Pistoia, hoy le habría tocado a él. En mi opinión, el asesino ha querido dejar claro que su plan de venganza también lo incluía.

—No entiendo el sentido.

—En este momento, me cuesta comprenderlo incluso a mí, pero estoy seguro de que arrojaré luz sobre este asunto. Necesito tu ayuda. Tú has conocido bien a Catilina. ¿Qué relación podía haber entre él, Rabirio, Crisógono, Arquelao y Autronio Peto?

Cátulo entrecerró los ojos y me miró con expresión ausente. Repetí la pregunta haciendo hincapié en ella, y solo entonces pareció volver en sí.

—¿Qué tiene que ver Autronio? —preguntó—. Lleva ya tiempo en el exilio.

—Te equivocas, había vuelto a Roma en gran secreto; pero, tranquilo, no corres el riesgo de encontrártelo. Lo mataron como a los demás. A él el asesino le amputó las cuatro extremidades.

Cátulo se pasó la palma de la mano por la frente pero, más que secarse el sudor, parecía estar sosteniéndose la cabeza. Se le dispararon las pupilas hacia arriba, desaparecieron y dejaron a la vista solo el blanco de los ojos. El princeps senatus se desmadejó y se habría caído al suelo si Aurelia Orestila no lo hubiese sostenido con presteza.

Me lancé hacia él y lo agarré de los hombros para intentar que se mantuviese erguido. El esclavo sirvió una copa de vino y le mojó los labios. Cátulo volvió en sí, pero seguía desorientado. Le costaba saber dónde estaba y su mente no había registrado los últimos hechos.



—¿Qué ha sucedido? —me preguntó.

—Has sufrido un desfallecimiento —dije—. Estás muy cansado y necesitas reposo. Te aconsejo que te retires a tu cubículo.

—Antes quiero ver al hombre que ha violado la intimidad de mi domus, al amante de Aurelia Orestila.

—No es oportuno —intervino la matrona—. Te prometo que no volverá a poner un pie aquí.

—Callido, acompáñame a verlo —concluyó sin hacerle caso.

El trayecto al cubículo en el que estaba encerrado Mamilio fue un calvario. A Cátulo le costaba mantenerse en pie y, a pesar de los dos esclavos que lo sostenían por los brazos a derecha e izquierda, se movía con una lentitud exasperante.

—¿Estás seguro de querer hacerlo? —pregunté apenas llegamos ante la puerta—. Sería más prudente esperar a mañana, cuando tendrás de nuevo fuerza.

—Soy el pater familias, el dominus de esta casa. ¿Qué pensarían de mí los esclavos y libertos si no consiguiese siquiera enfrentarme a quien entra aquí dentro a hurtadillas?

Con una señal, despaché a los dos esclavos que nos habían acompañado. Sin esperar el consenso del princeps senatus, lo soltaron y retrocedieron unos pasos. Cátulo apoyó una mano en mi hombro, apretando ligeramente. Era la señal para abrir la puerta.

Mamilio no se había movido desde mi última visita. Esperaba aún tumbado en el suelo, con las manos bajo la cabeza.

—Por fin has vuelto —me dijo.

Estaba a punto de añadir algo, pero se detuvo. Sus ojos se concentraron a mi espalda, en Lutacio Cátulo. Intercambiaron una larga mirada, que le hizo perder su desvergüenza habitual. Se le dibujó una expresión aterrorizada, como un niño pillado en falta. Intentó disfrazar el desasosiego repentino cambiando de posición. Se sentó con las piernas cruzadas, sin dejar de mirarlo. Abrió la boca para decir algo, pero se detuvo, como si Cátulo, detrás de mí, le hubiese dado a entender que debía seguir callado.

—Él es el amante de Aurelia Orestila —expliqué para romper el silencio, a pesar de tener la sensación de que ya se conocían—. Es el hombre que ha entrado en tu domus sin tu permiso.

—Un vulgar zarrapastroso. Ni siquiera tiene el buen gusto de escoger a alguien de su nivel —comentó expeditivo Cátulo—. A ver qué tiene que decir en su descargo. Si no ha visto a quien ha lanzado el busto, échalo y que sea la última vez que pone un pie en mi casa.

Se despidió sin decir nada más. Tuve la impresión de que quería alejarse lo antes

posible. No sé a quién esperaba encontrarse, pero de seguro no a Mamilio. Aunque era difícil decir qué tenían en común, estaba seguro de que aquella no había sido la primera vez que se veían. Ya habían coincidido en el pasado y aquel vínculo avergonzaba a Cátulo. Como todos en aquel asunto, también él tenía secretos que esconder.

—¿Has oído a Cátulo? —dije volviéndome a Mamilio y cerrando la puerta a mi espalda—. No vuelvas nunca por aquí.

—Por mí, bien, aunque no sé si la matrona podrá aguantar la distancia.

Era Cátulo quien lo cohibía. Una vez este se había marchado, Mamilio había encontrado la desfachatez de nuestro anterior encuentro.

—¿Has visto quién ha tirado la estatua? —pregunté.

—No, solo he oído el estampido y luego los gritos de la matrona.

—¿Cómo ha reaccionado Aurelia Orestila?

—Ha corrido hacia la puerta, pero el agresor ya había escapado. Luego, ha dado la vuelta al busto y se ha dado cuenta de que era el de su difunto marido. Entonces ha comenzado a chillar más fuerte. Han llegado primero los esclavos y luego la hijastra, que ha ordenado que me encierren aquí. Fin de la historia.

—¿Dónde te hiciste la herida de la cara? —pregunté—. A Aurelia Orestila le has dicho que habías sido soldado, pero yo soy más propenso a creer que eres gladiador, de los que luchan ilegalmente por un puñado de ases.

—¡Soy ciudadano romano! No tengo nada en común con la escoria que pisa la arena —exclamó con orgullo—. Luché por Roma con honores en la guerra servil.

—Y puede que hasta matases a Espartaco con tus propias manos —le provoqué.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Apuesto a que estabas en el contingente de Glabrio, ese que barrieron.

—Te equivocas, estaba a las órdenes de Craso y luché también en Petelia.

—Han pasado muchos años desde el final de la guerra. ¿Ahora trabajas para Lutacio Cátulo?

—No.

—Dime la verdad.

—Lo he visto hoy por primera vez. Si no te fías, ve a preguntárselo a él. No he hecho nada, así que deja que me vaya.

—Responde a mis preguntas y lo haré. ¿Cuándo y cómo has conocido a Aurelia Orestila?

Mamilio resopló rascándose un pie. Me quedé inmóvil, mirándolo con los brazos cruzados. Me miró a los ojos y luego apartó la mirada.

—Está bien —dijo al final—. La conocí hace cosa de un mes, con ocasión de los juegos organizados por Elio Celonio.

—Así que has luchado como gladiador. Me parecía haber entendido lo contrario.

—No he dicho que haya luchado. Participé en la carrera de bigas y habría ganado si la competición no hubiese estado amañada. Aurelia Orestila se me acercó justo después de la carrera, mientras estaba aún curándome las heridas. Pagó a un guardia para que la encerrase conmigo en una de las celdas.

—¿Desde cuándo frecuentas la casa?

—No lo recuerdo, puede que desde la semana siguiente.

—Cuando vienes, ¿por dónde pasas para entrar?

—Creía que ya lo sabías.

—Y lo sé, solo quiero oírtelo contar también a ti.

—Por atrás, Aurelia Orestila ha dispuesto un acceso reservado para mí. Cuando Lutacio Cátulo está ocupado en el Senado, una esclava suya viene a llamarme y yo vengo a verla, como he hecho esta mañana.

—¿Había un esclavo portero en la puerta?

—No, la entrada estaba libre, como siempre cuando llego.

—¿Has tenido la impresión de que te siguiese alguien?

—No, pero puedes estar seguro de que, si alguien me siguiese, sabría defenderme.

## XXXI

—*E*spera una ampolleta del reloj de arena y luego libéralo —ordené al esclavo que guardaba el pasillo frente al cubículo en que estaba encerrado Mamilio—. Hazlo salir por detrás, por la misma puerta que ha usado para entrar.

—¿Y si opone resistencia?

—Sabremos cómo contenerlo.

Junto con Censo y Antonio, nos apostamos a lo largo de la calle que daba a la parte trasera de la domus de Cátulo. Nos escondimos detrás de un carro mientras un chico descargaba sacos de harina.

—Mamilio saldrá por ahí —indiqué una puertecita de madera oscura, casi mimetizada entre las paredes externas de la casa—. Quiero que lo sigáis. Esta noche, mañana, tanto tiempo como haga falta. Tenemos que saber más sobre sus negocios. Estoy convencido de que él y Aurelia Orestila han mentido sobre las circunstancias en que se conocieron.

—¿Eso es todo? —preguntó Antonio.

Como de costumbre, tenía el poder de leerme la mente. No era el vínculo entre los dos amantes el que intentaba determinar, sino el que había entre Cátulo y Mamilio.

—No, también el princeps senatus tiene algo que esconder.

—¿Te sorprende? —preguntó con aire de suficiencia.

En su opinión, podía darse por descontado que una persona influyente como Cátulo ocultaba varios cadáveres a lo largo del camino.

—No, pero no imaginaba que pudiese tener alguna relación con Mamilio. Cuando se han visto hoy, he tenido la impresión de que ya se conocían, pese a que Cátulo no podía esperar de ninguna manera encontrárselo de frente como amante de Aurelia Orestila. Si, como creo, Mamilio trabaja o ha trabajado para Cátulo, intentará ponerse en contacto con él y vosotros lo descubriréis.

—Ahí está —anunció Censo.

Mamilio se entretuvo en la puerta. Se permitió una carcajada sardónica y dijo algo al esclavo que lo había acompañado.

—No lo perdáis de vista —ordené.

—¿Cómo justificarás a Lutacia nuestra ausencia? —preguntó Antonio.

—Ya inventaré algo.

Explicar a Lutacia la ausencia de Antonio y Censo fue más sencillo de lo que había esperado. Me bastó aprovechar su odio hacia Aurelia Orestila. Le dije que ni su versión de lo sucedido aquella tarde ni la de Mamilio me habían convencido. Abrigaba la sospecha de que ocultaban algo y, por eso, había ordenado a Antonio y Censo que siguieran a su amante. Obviamente, no mencioné mis dudas con respecto a su padre, y ella aprobó mi decisión sin objeciones.

Mientras los esclavos nos servían una cena excelente, a base de estofado de jabalí, tomé la palabra para hacer balance de la situación. En la sala triclinar de la domus de Lutacio Cátulo estaban conmigo Lutacia, Aquilea, Cefea y Mamurra.

—Al principio, estábamos convencidos de que nuestro asesino era una especie de vengador solitario —dije—. Creíamos que escogía a sus víctimas para castigarlas por algún crimen grave con el que se habían deshonrado. La presencia de Catilina en su plan, sin embargo, nos lleva a otro nivel y debe hacernos reflexionar. Evocarlo mediante su busto tiene algo de simbólico.

—Si lo pensamos bien, también Catilina tenía a su espalda crímenes graves —intervino Lutacia—. Su figura se corresponde con la de las otras víctimas.

—Sin duda. Pero su presencia tiene un objetivo preciso que, por el momento, se nos escapa. Hay una pregunta recurrente que me hago desde esta tarde. Si realmente el objetivo del asesino es castigar crímenes pasados, ¿por qué poner en danza a Catilina? ¿Qué sentido tiene querer castigar conceptualmente a un hombre que, en realidad, ya fue castigado con la muerte?

—La implicación de Catilina no puede ser casual —dijo Aquilea.

—Desde luego que no —convine—. Nada es casual en este asunto. El objetivo del asesino no es castigar culpas en general, sino algo preciso en lo que estaban implicados Rabirio, Crisógono, Arquelao, Autronio Peto y Catilina.

—Es plausible. Pero ¿qué? —preguntó Lutacia.

—Si tuviese la respuesta, habríamos resuelto el caso. Tenemos que razonar juntos y entender qué pueden tener en común personas tan distintas entre ellas.

—La relación entre Autronio y Catilina es sencilla —exclamó Mamurra—. Autronio fue protagonista de una conspiración que fracasó justo por culpa de Catilina y su falta de presteza al dar la señal.

—¿Y con los otros? —me dirigí a Cefea—. Cuando eras pequeña, ¿viste alguna vez a Catilina acudir al templo?

Lo pensó unos momentos, luego negó con la cabeza.

—No lo recuerdo.

—Concéntrate, ¿alguna vez te habló Arquelao de él?

—No, estoy segura.

—Arquelao había llegado con Sila de Comana, más o menos en los mismos años en que Catilina, protegido por el dictador, comenzó su escalada a la cima de la República.

—Una época de oro también para Crisógono y Rabirio —añadió Lutacia.

—Ya, eran todos personajes de relieve. Seguramente se conocían, al menos de nombre, pero ¿qué pruebas tenemos de relaciones directas entre ellos?

—Pocas o ninguna —comentó Mamurra—. Éramos todos demasiado pequeños para recordarlo.

—Aurelia Orestila, sin embargo, vivió en persona aquella época —dije.

—Prefiero morir a pedirle ayuda a ella —protestó Lutacia.

—Pero podría recordar algo —añadí, volviendo a considerar todo lo que me había revelado aquella tarde sobre interpretar el papel que la sociedad había decidido para ella.

Ordené a un esclavo que la hiciese venir y preparé mentalmente el discurso que le ofrecería para animarla a colaborar con nosotros. Cuando se presentó en la sala, sin embargo, fue enseguida evidente para todos que no sería de ninguna ayuda.

Le costaba mantenerse en pie y se tambaleaba al caminar. Tenía las mejillas color púrpura y los ojos casi fuera de sus órbitas. Un intenso olor a vino la precedía a varios pasos.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó silabeando cada palabra.

Me salté el discurso que había preparado y fui de inmediato al grano.

—Queremos profundizar en algunas relaciones que Catilina cultivó de joven, y esperamos que puedas ayudarnos.

Ni siquiera escuchó mis palabras. Se volvió hacia la jarra de vino que había sobre un mueble pegado a la pared, la cogió con ambas manos y se la llevó a la boca para tomar un gran trago.

Me levanté para poner fin a aquel espectáculo indecoroso. Le quité la jarra y la escondí a mi espalda.

Aurelia Orestila se aferró a mis costados intentando cogerla de nuevo, pero logró mantenerla a raya.

—¡Escúchame! Catilina, tu esposo. Necesito información sobre él —dije enfatizando las palabras como se hace con un niño. Estaba demasiado borracha para construir una frase con sentido, pero valía igualmente la pena intentarlo—. ¿Me has entendido?

Me miró con ojos estriados de venas rojas y asintió despacio.

—¿Qué quieres de mí? ¡Déjame en paz! —se limitó a susurrar.

—Concéntrate un momento. Responde a mis preguntas y te dejaremos volver a tu cubículo.

Por toda respuesta se arrodilló y vomitó en el suelo. Volví a llamar al esclavo y le ordené que se la llevara. Habíamos perdido el tiempo sin avanzar nada.

—La próxima vez, escúchame —me reprochó Lutacia—. Te había advertido de que sería inútil hablar con Aurelia Orestila.

—Interroguemos a Graciana —sugirió Mamurra, sirviéndose una copa de vino.

Se dio cuenta de que había elegido la misma jarra a la que se había aferrado Aurelia Orestila, así que tiró el líquido al suelo y tomó de una ménsula otra jarra.

—¿De nuevo esa historia? —explotó Lutacia poniéndose en pie y acercándose a él para plantarle cara.

Mamurra no se dejó impresionar y le pasó la copa en señal de tregua.

—No digo que sea la mujer que azuzaba a la muchedumbre ante el templo —explicó—. Prescindiendo de la veracidad de lo que nos han contado hoy, ella fue la primera esposa de Catilina. Con él compartió el periodo de la guerra civil entre Mario y Sila. Seguramente podrá ayudarnos a reconstruir los vínculos que su esposo tenía en aquella época.

—No estoy de acuerdo —insistió obstinada Lutacia.

—Yo sí —asentí—. Mamurra tiene razón, intentar también esa vía no cuesta nada.

Lutacia estaba a punto de poner más objeciones, pero la interrumpió un esclavo que irrumpió en la sala. No era uno de los que nos había servido y no recordaba haberlo visto antes.

—Pido disculpas por la interrupción —dijo inclinando la cabeza—. Está en la puerta un tal Ateyo Capitón, que pide ver al cuestor Flavio Callido.

—¿Quién? —preguntó Mamurra.

—No tengo ni idea. ¿Te ha dicho algo más? —pregunté al esclavo.

—Solo que, en el pasado, fue centurión.

Entorné un instante los ojos y repetí mentalmente el nombre de Ateyo Capitón intentando recordar si lo conocía. Para decidir venir a buscarme en casa de otros a aquella hora, tenía que conocerme por fuerza.

Un grito agudo y un golpe sordo repentino hicieron añicos mis elucubraciones.

Abrí los ojos de par en par y vi a Lutacia tendida en el suelo en posición fetal. El cuerpo se sacudía con temblores y por la boca le salía un hilo de saliva blanca. De la mano le había resbalado la copa de vino que le había dado Mamurra y el líquido se había esparcido alrededor de su cuerpo.

Me lancé sobre ella y le puse la mano ante la boca para comprobar que respiraba. Aquilea estaba de pie junto a nosotros y, por una vez, no parecía dueña de la situación. Me miraba con ojos inquietos en espera de que le diese órdenes.

—Sujétale bien la cabeza —ordené—. Tenemos que hacerla vomitar.

Aquilea la agarró del cuello mientras yo le abría la boca. Aparté la lengua y le metí dos dedos en la garganta intentando llegar lo más al fondo posible. El cuerpo dio un espasmo y justo después lo sacudió un golpe de tos. La puse de lado y dejé que vomitase.

—Cuestor Callido —me preguntó el esclavo en cuanto juzgó que la situación estaba bajo control—, ¿qué le digo a Ateyo Capitón?

—¿Te parece el momento? —le recriminé—. Si tiene que hablar conmigo, que vuelva mañana a una hora más adecuada.

Acaricié delicadamente la frente de Lutacia. No se movía y la respiración volvía a ser regular. Por fortuna habíamos logrado intervenir a tiempo, pero quedaba por saber qué había sucedido.

—La han envenenado —sentenció Aquilea.

—Eso parece, sí —dije.

—Ella es la única que ha bebido de esa jarra. El veneno estaba ahí.

A juzgar por la cantidad de vino que había acabado en el suelo, Lutacia había bebido poquísimo, apenas un sorbo. Si el veneno no era demasiado potente, se salvaría sin consecuencias. Aquilea tomó la jarra en cuestión y la olisqueó.

—Este vino está envenenado, no hay duda —confirmó, y arrojó el recipiente al suelo. La jarra se hizo añicos y el resto del contenido se dispersó por la sala. Aquilea sacó el gladio y apuntó a Mamurra con él—. ¡Has sido tú!

—No digas tonterías —se defendió él, retrocediendo unos pasos.

—Has sido tú quien ha servido el vino de esa jarra.

—Es verdad, pero solo porque no quería beber de donde lo había hecho Aurelia Orestila. No podía imaginar que el vino estuviese envenenado.

—Pues yo digo que la has envenenado tú —insistió Aquilea, avanzando con el gladio tendido hacia él.

Mamurra retrocedió hasta tropezar con la pared. Se mordía el labio y su expresión era de terror.

Alargué un brazo y le impedí el paso a Aquilea.

—Espera —dije—. Mamurra tiene derecho a defenderse. ¿Qué tienes que decir en tu descargo?

—Callido, no crearás los embustes de esta gladiadora... ¿Qué motivo tendría yo para



envenenar el vino? Ciertamente que no comparto muy a menudo la forma de actuar de Lutacia, pero esa no es razón para matarla.

—A menos que seas el asesino que estamos buscando y que hayas elegido a Lutacia como tu siguiente víctima —razoné en voz alta.

—No puedes hablar en serio, me conoces hace mucho.

—Es precisamente porque te conozco desde hace tanto por lo que nunca me he fiado de ti. Eres el único que ha podido estar presente en todas las escenas de los crímenes, incluido el de Autronio Peto, cuyo regreso a Roma nosotros ignorábamos.

—También Antonio estaba al corriente.

—Cuando lo asesinaron, eras tú quien lo vigilaba. Para desviar las sospechas, podrías haber inventado la diversión de los acróbatas. Esta tarde, además, Antonio estaba conmigo en casa de Cicerón, mientras tú estabas aquí y has tenido tiempo y oportunidad de arrojar el busto de Catilina a Aurelia Orestila.

—¿Me estás acusando en serio? —preguntó incrédulo Mamurra.

—No estoy plenamente convencido de tu culpabilidad —reconocí—, pero no puedo comportarme de otra manera. Esclavo, convoca inmediatamente a los lictores a mi servicio.

Mamurra no se dio por vencido. De súbito intentó huir. Me eché hacia delante para impedirselo, pero fue rápido en esquivarme. No consiguió, sin embargo, evitar a Aquilea. La gladiadora le cortó el paso y se lanzó sobre él, agarrándolo por los costados. Aunque Mamurra intentó soltarse, ella lo sujetó por los brazos y lo inmovilizó con su peso en el suelo. En aquel momento, entraron los diez lictores que el cónsul Pisón me había asignado.

—¡Apresadlo! —ordené.

## XXXII

—¿Cómo está? —pregunté a Aquilea.

—Se ha dormido. Mañana esta historia será solo un mal sueño.

Pese a ser noche cerrada, no conseguía dormir. La persistencia de un fastidioso malestar, que me obligaba a dar vueltas en la cama insomne, me había impulsado a salir para comprobar cómo se encontraba Lutacia. No conseguía entender lo sucedido. ¿Era posible que hubiese sido tan miope para no darme cuenta de la maquinación de Mamurra? Por mucho que no me fiase de él, me costaba aún identificarlo como asesino. Me había visto obligado a apresararlo, la sucesión de los hechos estaba contra él, pero en un rincón de mis pensamientos seguía instalada la carcoma de que la acusación era solo otra tesela en el mosaico que alguien había compuesto para nosotros.

—Antes he conseguido hablar con ella —continuó Aquilea—. Está bastante lúcida aunque no recuerda lo sucedido. Tiene un vacío de memoria.

Desde que Lutacia se había refugiado en sus aposentos, la gladiadora no se había movido del pasillo. Sentada en el suelo junto a la puerta, vigilaba a su amiga con gran abnegación, dispuesta a sacar otra vez el gladio en caso de peligro.

Me dispuse a entrar en el cubículo, pero Aquilea me lo impidió alargando una pierna.

—No es el momento adecuado para interrogarla —explicó—. Está aún demasiado débil y necesita reposo. Lo que quieras decirle puede esperar a mañana.

Asentí. Por mucho que me incordiasen sufrir sus imposiciones, tenía razón. Solo porque yo no consiguiese conciliar el sueño no podía pretender despertar también a los demás.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿No vas a dormir?

Negó con la cabeza y dejó escapar una sonrisa torcida.

—Estoy aquí para protegerla, pero Mamurra intenta envenenarla y yo ni me entero —reconoció con amargura. Un tono insólito en ella, por lo habitual siempre arrogante y segura de sí—. ¿Qué clase de guardia soy?

—Nadie podía imaginar algo de ese estilo —probé a consolarla.

—Tendría que haberlo visto venir —insistió con la cabeza gacha—. Desde que se unió a nosotros, Mamurra la tenía entre ceja y ceja. Pensando en ello a posteriori estaba claro que era la próxima víctima designada.

—¿Hubo discusiones esta tarde?

—Pullas verbales como de costumbre, pero lo que percibí iba más allá de las palabras. Había algo insólito en su forma de mirarla, de relacionarse con ella. La misma atención morbosa con la que un gladiador observa a su contrincante en la arena. Estudia su aspecto, los movimientos, las debilidades, en busca del punto justo por el que atacarlo. Mamurra se comportaba así, esperaba solo el momento adecuado para intervenir.

—Hay, sin embargo, algo que no me convence. Hasta ahora el asesino ha sorprendido siempre a sus víctimas mientras estaban solas. No se ha limitado a asesinarlas, sino que se ha tomado todo el tiempo necesario para mutilar los cuerpos y arreglarlos con referencias a la diosa Mania y las Compitalia. Si de verdad Mamurra es nuestro hombre, ¿por qué intentar matar a Lutacia delante de todos?

—Quizá para alejar las sospechas de él.

—Nadie sospechaba de él, a menos que Lutacia tuviese una teoría de la que no me ha hablado.

—Queda el hecho de que Mamurra ha podido actuar tranquilamente —concluyó el discurso Aquilea—. Si no hubiese sido por tu rapidez de reflejos en hacerla vomitar, ahora estaríamos junto a un lecho funerario llorando a Lutacia. No pensaba que lo fuese a decir nunca, pero tengo que darte las gracias.

Me sorprendió aquel baño de humildad por su parte. Sus palabras resonaron con dificultad, como si le costase pronunciarlas. Incluso la gladiadora dura y férrea tenía un corazón y sentimientos.

—Nunca juzgues a una persona por su rango social —bromeé—. Como ves, también el romano rico y fanfarrón tiene virtudes.

—Alguna —reconoció volviendo a encontrar su sarcasmo habitual—, pero no las suficientes para ganarme en combate.

—¿Estás segura?

—Estoy dispuesta a demostrártelo en cualquier momento y en cualquier lugar.

—Ahora —subí la apuesta—. En el jardín de Cátulo. No hace frío y la luna brilla alta en el cielo. Es la noche ideal para luchar.

—Tomaremos las armas de madera que Lutacia usa para entrenar. Sentiría hacerte daño justo ahora que has demostrado tener alguna utilidad.

Me llevó a un ala periférica de los horti de la domus, en la ladera oriental del monte Palatino. Arrimada al muro había una construcción de madera que se levantaba sobre

un prado de hierba fina. Aquilea entró para salir poco después blandiendo dos gladios de madera. Me lanzó uno, que agarré al vuelo.

—¿Quieres el escudo? —preguntó.

—Puedo luchar también sin él —repuse.

—Si quieres juego duro, lo tendrás —apostilló insinuante.

De la túnica sacó dos correas de cuero y las anudó con cuidado en torno a los bíceps. El músculo, así apretado, se perfiló con más precisión, poniendo de relieve una consistencia de mármol. Aquilea se soltó el pelo y se quitó la armadura, dejando al descubierto un pecho lleno y turgente.

Sentí de nuevo una extraña excitación. No era la ebriedad que precede a la batalla, esa sensación de incertidumbre que impulsa a un hombre a luchar más allá de su capacidad. Era algo físico, primitivo. Una atracción que no conseguía controlar.

—¡Estoy lista! —anunció—. Me presentaba siempre así a los duelos importantes. Ver combatir a una mujer semidesnuda es algo que excita terriblemente a los hombres.

—Estoy admirado —reconocí con una sonrisa.

—¡Haces mal! Tienes que estar asustado porque, dentro de poco, estarás en el suelo lamiéndote las heridas. ¡En guardia!

Con un salto adelante, se me vino encima e intentó enseguida una acometida directa con el gladio. Me aparté a un lado y logré evitar su acometida. Solo en un segundo momento, me di cuenta de que era una diversión. Aquilea giró sobre sí misma y me propinó un codazo en la espalda, que casi me hizo caer.

—¿Sorprendido? —comentó satisfecha.

No perdí tiempo respondiéndole. Disparado, me eché sobre ella con el gladio extendido. Aquilea retrocedió un paso y paró el golpe con facilidad. Nuestras armas se cruzaron, pero ella fue más ágil al reaccionar. Me asestó una patada en el estómago que me cortó la respiración. Mientras intentaba regularla para recuperarme del golpe, me descargó el gladio en la espalda. Aunque vacilé, conseguí mantenerme en pie.

—¿Es eso todo? —me pinchó.

Tenía razón. Hasta aquel momento, lo mío no había sido más que un papelón. La había infravalorado y ella me había castigado por ello.

Reuní fuerzas y la atacé, con el gladio vuelto hacia arriba, en el costado derecho. Aquilea me esquivó y golpeé el aire. Se volvió para contraatacar, pero esta vez me encontró preparado. Me volví de pronto e intenté una acometida a la izquierda. Bajó el brazo y se defendió con el arma. Su reacción fue oportuna, pero empleó un instante de más en defenderse, como si su vista periférica fuese menos aguda en el lado izquierdo. A lo mejor había encontrado su punto débil.

—¿Ya estás cansada?

—Hasta ahora ni siquiera me has hecho cosquillas.

Fingí un ataque a la derecha esforzándome por ser lo más predecible posible. Ella picó y levantó el gladio para defenderse, dejando al descubierto el otro costado. Aproveché para darle con el hombro bajo la escápula izquierda. No se lo esperaba y gimió reculando. Con un gesto rápido la atraje hacia mí, plantándole la rodilla en la barriga.

Aquilea cayó apoyando una pierna en el suelo. Tosió mientras recuperaba la respiración.

—Astuto —comentó.

Me catapulté hacia ella para no darle tiempo a levantarse. Sentía que llevaba ventaja y que tenía que aprovechar el momento. Aquilea paró el primer golpe, luego el segundo, pero no pudo hacer nada contra el tercero, que le cayó en el hombro. Rodó a un lado y alargó el gladio en un intento de mantenerme lejos. Intenté golpearla de nuevo, pero esta vez sin convicción. Había encontrado otro punto débil. Era muy buena defendiendo la parte superior del cuerpo, pero no tanto la baja.

Esperé que volviera a ponerse de pie. Me tiré a la hierba y resbalé hacia ella para propinarle una patada en el tobillo. Con los pies, le atrapé las piernas y la tiré al suelo. Al principio, intentó mantener el equilibrio haciendo girar los brazos, pero acabó braceando sobre la hierba. Me eché encima, dispuesto a darle el golpe de gracia.

En el momento en que estaba a punto de golpearla, Aquilea hizo un regate. Veloz como una pantera, saltó sobre mí, me agarró el brazo y me lo inmovilizó a la espalda. Me empujó hacia delante y, antes de que yo pudiese volverme, me golpeó con el gladio entre las escápulas. No me esperaba aquella reacción y, por un momento, el dolor fue tal que me revolví con un movimiento impulsivo. Me resbaló el arma de la mano. Intenté recogerla, pero así me expuse a un nuevo ataque. Sin que me diese cuenta, me agredió con un rugido furioso y rodé por tierra bajo su peso.

Me plantó el gladio de madera en la garganta y sonrió satisfecha.

—En un duelo verdadero, en la arena, llegado este momento te habría matado —añadió.

Retiró el arma y me ofreció la mano en señal de paz. La cogí y la arrastré al suelo. Luchamos rodando sobre la hierba, golpeándonos y aferrándonos el uno al otro hasta que nos encontramos ambos mirando al cielo y observando las estrellas.

—No estás dispuesto a perder —comentó.

—No es mi especialidad.

—Recuerda: si el adversario es flojo, toma la iniciativa y mávalo pronto; pero, si es

peligroso, el secreto es fingir que eres débil. Muéstrate agobiado, finge que no conseguirás hacerte con él. Combate a la defensiva y dale a entender que él es más fuerte. Se sentirá dueño de la situación y ese sentido de superioridad será la causa de su derrota. Si te infravalora, tarde o temprano cometerá un error y tendrás que ser rápido para aprovecharlo y atravesarlo con la espada.

—Como ha sucedido entre nosotros. Yo estaba convencido de tener la victoria en la punta de los dedos y me he encontrado boca arriba en el suelo.

—Exacto, pero debo reconocer que has sido un buen adversario. Me has puesto en más dificultades de las que imaginaba. No es algo que consiga cualquiera: he resistido a gladiadores del calibre de Espartaco, Gánico y Criso.

—¿Estabas en Capua cuando estalló la revuelta de los esclavos? —pregunté.

—Sí.

Apartó la pierna y me mostró una cicatriz en la pantorrilla.

—Esta es la marca de Léntulo Batiato. Me la grabó a fuego en la piel el mismo día que me compró en el mercado para llevarme a su ludus gladiatorius. No nací esclava, me convertí en una cuando una tropa de soldados romanos masacró a mi familia con tal de tenerme. Primero se divertieron por turnos, abusando de mi cuerpo, luego me vendieron a Batiato como si fuese un objeto. Por lo general, las mujeres como yo terminan en un burdel y, de hecho, al principio, Batiato me usaba para entretener a sus mejores gladiadores. Luego comprendió que podía hacer más dinero haciéndome luchar. Soy de una estirpe de leñadores y no me faltaban músculos. Batiato era un ser despreciable, tanto lo he odiado que me he convertido en él.

—Una lanista.

—Sí, una lanista. A veces me desprecio por lo que represento: me he transformado en lo que he combatido durante años. Batiato me privó de la libertad y, ahora, yo hago lo mismo con otros esclavos, que adiestro para morir en la arena mientras os entretienen a los nobles.

—Ahora entiendo por qué nos odias tanto a los romanos, somos la causa de lo que eres. Imagino la satisfacción de vencer a las legiones de Glabrio en el campo de batalla.

—He oído las historias, pero no estaba allí. Por más que fuese más hábil que muchos hombres con el gladio, a una mujer que lucha no la toman en serio, así que, cuando estalló la revuelta, me ignoraron. No era bien vista ni siquiera en el ludus de Batiato. Muchos gladiadores envidiaban mi éxito e intentaron varias veces librarse de mí. Al no conseguir matarme en la arena, lo intentaron de otras formas. Llegaron al punto de acusarme, en Pozzuoli, de robar joyas en la domus de un noble romano. Me condenaron a muerte y ya esperaba mi ejecución.

—¿Y qué sucedió?

—Una esclava tenaz logró exculparme antes de que fuese demasiado tarde —dijo con un suspiro—. Había presenciado el hurto y demostró que yo no tenía nada que ver. Me explicó que no toleraba las injusticias, había sufrido demasiadas en la vida y no podía aceptar más. Pobrecilla, me contó que, para venderla como esclava, habían asesinado al hombre que amaba y le habían arrancado del regazo a su hija aún en pañales. Me defendió sin pedir nada a cambio; le estaré siempre agradecida.

—Ha sido mejor para ti no participar en la revuelta de Espartaco, quizás no estarías aquí contándome estas cosas.

—Pese a todo, la revuelta de los esclavos cambió mi vida. Mientras grupos de gladiadores sembraban el terror por las calzadas de la península, yo me quedé en Capua. De la noche a la mañana, Batiato lo perdió todo y yo aproveché su crisis repentina para comprar mi libertad. Me juré que no sería nunca más esclava: antes morir.

—¿Cómo acabó Batiato?

—Sé que después se mudó a Roma, donde consiguió establecerse de nuevo como hombre de negocios. Puede que incluso le hayas conocido.

—No, es la primera vez que frecuento a una lanista, pero, sobre todo, es la primera vez que me siento terriblemente atraído por una mujer como ella.

—¿He oído bien, romano rico? —preguntó mirándome a los ojos—. ¿El vástago de una importante familia patricia, lanzado a una brillante carrera política, prendado de una simple gladiadora como yo?

Con un movimiento fulminante, me eché sobre ella. Esta vez Aquilea no opuso resistencia. Aceptó el contacto de mis labios apretándome contra ella. Acaricié su cuerpo cubierto de cicatrices, de los pechos a las caderas y hasta los muslos. Ella acompañó mi exploración con pequeños estremecimientos, pero advertí una leve indecisión por su parte, como si no estuviese acostumbrada a dejar la iniciativa a un hombre. Me rodeó la mano y la llevó bajo la túnica. Percibí un ligero vello y, enseguida, penetré su sexo con dos dedos.

Aquilea gimió y presionó con la muñeca empujándome aún más dentro de ella. Con la palma de la otra mano, me agarró la cabeza y la llevó dulcemente hacia su vientre. Quería ser dueña de la situación también en aquel momento, pero, cuando entendí lo que deseaba, me detuve. Habría sido deshonroso para un noble de mi rango conceder aquel placer a una liberta.

Ella comprendió mi reticencia y se despegó con una fuerza brutal, repentina, que no me dio tiempo a frenarla. Levantó el brazo y temí que fuese a golpearme, pero me

agarró la cabeza y la apoyó sobre su pecho izquierdo. Su latido era fuerte y hacía de contrapunto al mío.

—Vosotros, los romanos, os creéis dueños del mundo —dijo—, pero también nosotros, los bárbaros, tenemos corazón, igual que vosotros! Ojalá dejaseis de considerarnos inferiores...

—Es nuestra naturaleza: hemos nacido y crecido con carácter dominante —añadí—. Si no, no se explicarían nuestros triunfos militares.

—¿Eso es lo que crees? Está bien. Tendrás lo que quieres.

Me quitó la túnica y me arrancó el subligar. Se tendió a mis pies y tomó en su mano mi pene ya erecto. Se lo pasó entre los pechos y se lo acercó a la boca. Con la lengua, partió de los testículos para recorrerlo en toda su longitud, despacio hasta hacerlo desaparecer entre los labios. Dejé escapar un gemido de placer. Aquilea varió el ritmo, la intensidad de la presión, alternando rabia y pasión.

—¿Es esto lo que te gusta? —preguntó levantando la mirada y escudriñando en mis ojos—. La extranjera que se somete al romano rico.

Con un gesto seco, la tomé de los brazos y la obligué a levantarse. Le ceñí la cintura y la senté en mis rodillas. Le devolví aquella mirada intensa y la besé. En aquel trance no contaba la ciudadanía, no contaba el rango. Éramos solo un hombre y una mujer que se deseaban.

—Dudo mucho que duremos como pareja —añadió con un punto de amargura.

—¿Cuando salías a la arena tenías más certeza?

—No.

—Tampoco yo en el campo de batalla. No podemos prever lo que sucederá, los dos lo sabemos. Disfrutemos solo del momento.

Volví a besarla, con mayor pasión esta vez, tirando de ella hacia mí para sentir vivo el calor de su cuerpo jadeante. Devolvió el abrazo y se apretó contra mí revelándome su deseo. Me atrajo hacia ella, dentro de su cuerpo, y se movió con empujones rítmicos hasta que, juntos, alcanzamos el orgasmo.



### XXXIII

*E*staba aún dormido cuando, a la mañana siguiente, volvieron Antonio y Censo. Mi amigo tenía la sonrisa de los grandes descubrimientos. La noche había sido propicia.

—Mamilio tiene mucho que esconder —anunció entrando en mi cubículo en casa de Cátulo.

—¿Te parece manera de irrumpir? —me quejé bostezando.

—Escucha, traigo noticias interesantes.

—¿No sería mejor continuar esta discusión en el triclinio comiendo fruta fresca?

—No, es mejor que hablemos aquí a solas.

Censo fue a hacer guardia en la puerta y, por la mirada de Antonio, entendí que no se fiaba del todo de Cátulo y de sus criados. Me acomodé en la cama y lo invité a sentarse en un escabel.

—Cuando se fue de aquí —comenzó Antonio, en cuanto se hubo sentado frente a mí —, Mamilio visitó a un receptor. Un tal Yano, al que nunca he visto, pero del que he oído hablar. Por lo general, empeña las cosas de los pobres y establece intereses de usura. Quien no paga, acaba mal: sabe hacerse respetar. Con Mamilio, sin embargo, ha encontrado pan con que comer.

—¿Qué quieres decir?

—Han tenido una pelea más bien encendida.

Antonio explicó que Mamilio pretendía la restitución de algo que había empeñado. El receptor, sin embargo, había pedido a cambio una cifra claramente superior al valor real del objeto y, al final, habían llegado a las manos.

—Mamilio lo atacó y le pegó con un bastón, dejando fuera de juego también a dos esclavos —continuó—. Lo dejó en el suelo más muerto que vivo y se llevó lo que quería.

—¿Qué era?

—Un anillo —intervino Censo—. En ese momento, nos dividimos. Antonio se quedó siguiendo a Mamilio, mientras yo iba a socorrer a Yano.

—¿Qué anillo? —pregunté.

—De oro, de tipo noble. Según Yano, Mamilio se lo había robado a alguna matrona que frecuentaba en secreto. Cuando lo empeñó, no le había dado importancia, lo había aceptado más como favor a Mamilio que por su valor real. Me confió que no conviene nunca revender un anillo noble perteneciente a una mujer rica. Tarde o temprano, el marido o el hermano vienen a pedir razones y no es nunca buen negocio.

—Un trabajo excelente, Censo —me congratulé.

—Gracias, hacerlo hablar fue una proeza. Casi estaba desdentado y tenía la cara completamente tumefacta.

—Espera —intervino Antonio—, la cosa no termina ahí. Después de haber casi matado a Yano, Mamilio se permitió un paseo nocturno por el Tíber, más precisamente junto a los horti de Cátulo.

—¿Se vio allí con alguien?

—No, sucedió algo muy extraño. Desenterró un cadáver para luego volverlo a enterrar en el mismo lugar.

—¿Qué cadáver? —dije.

—Por la vestimenta, me ha parecido una mujer, pero estaba lejos. Podría no haber visto bien.

—¿Qué sentido tiene hacer algo así? —preguntó Censo.

—Sí, ¿por qué desenterrarla para volverla a enterrar? ¿Quería comprobar si seguía allí?

—Puede que haya escondido el anillo en el cadáver —sugerí.

—También yo lo he pensado —convino Antonio—. Y, a juzgar por sus movimientos, podría ser. Pero ¿por qué?

—Para relacionar el cadáver con alguien.

—Alguien a quien Mamilio pretende chantajear.

—O alguien de quien quiere poder defenderse —precisé—. No olvides que casi ha matado a un hombre por ese anillo. Es evidente que tiene un gran valor.

—Quizá Mamilio, al principio, lo empeñó a cambio de dinero. Después del episodio de ayer en casa de Cátulo, pensó que el anillo podía serle útil también para otra cosa —sugirió Censo.

—Es probable —continuó Antonio—. La noche de nuestro hombre, de hecho, no terminó así.

—¿Qué más ha pasado?

—Después de haber enterrado de nuevo el cadáver, entró en un figón. Uno de esos de ínfimo nivel que están abiertos toda la noche. Allí pagó a un hombre para que le escribiese una carta.

—¿Qué carta? ¿Lograste descubrirlo?

—No, estaba solo. O seguía a Mamilio o presionaba al hombre. Al principio, no entendí el sentido del gesto, pero ahora me parece algo normal para un delincuente analfabeto que quiere chantajear a alguien.

El relato de Antonio arrojaba una luz difusa sobre Lutacio Cátulo y su relación con Mamilio. Por sus miradas, había intuido que se conocían ya, pero no podía imaginar que aquella relación ocultase una muerte.

—Tenemos que descubrir quién es la mujer enterrada en los horti de Cátulo —concluí.

—He pasado la noche en vela —objetó Antonio—. Francamente, no me apetece ponerme a cavar. Manda a Mamurra.

—No es posible. He hecho que lo encierren.

—¿Qué?

—Ayer por la noche, mientras seguíais a Mamilio, envenenaron a Lutacia. Por fortuna, conseguimos hacerla vomitar enseguida y que todo quedara en un susto. Mamurra, sin embargo, era el principal sospechoso y me he visto obligado a encerrarlo.

Le conté el desarrollo preciso de los acontecimientos. Desde que Aurelia Orestila había cogido la jarra, pasando por la llegada de Ateyo Capitón, hasta el momento en que Lutacia había caído al suelo presa de los espasmos.

—Así que Mamurra tomó la otra jarra para no usar la de Aurelia Orestila —reflexionó Antonio—. ¿El veneno estaba en la jarra o en la copa que pasó a Lutacia?

—Aquilea sostiene que estaba en la jarra. Fue ella quien olió el vino.

—¿Y te fías de su nariz?

—No podemos hacer otra cosa. Vacío todo el contenido en el suelo.

—No puede haber sido Mamurra. Lo sé yo y tú también lo sabes.

—La situación lo condena —intenté insistir.

—¿Desde cuándo te fías de las apariencias? Mamurra no te gusta y tampoco me gusta a mí. Es un hombre de poco fiar y no me sentiría seguro dándole la espalda, pero no es un asesino.

—También sospeché de Aurelia Orestila y de Aquilea —añadí—. Pero la viuda de Catilina estaba demasiado borracha para pensar siquiera en envenenar el vino y no se acercó a la jarra en cuestión.

—¿Y Aquilea?

—La vi presa del pánico como nunca. No sabía qué hacer y esperaba que me enfrentase yo a la situación. Parece querer mucho a Lutacia, ¿qué motivo tendría para matarla?

—Y Mamurra ¿qué motivo tenía?

—Ninguno, como Aquilea. La verdad es que podría haber sido cualquiera: de Lutacio Cátulo al más simple esclavo. Encerrar a Mamurra era la única solución para calmar las aguas por el momento.

—Olvidas una posibilidad —señaló Antonio.

—¿Cuál?

—¿Estás seguro de que la envenenaron? En el fondo, la viste caer al suelo con una crisis, pero la única que olió el vino fue Aquilea. ¿Y si hubiese sido una escenita?

—¿Con qué fin?

—Librarse de Mamurra...

Estaba a punto de objetar, cuando un esclavo llamó a la puerta. Censo se apartó para dejarlo entrar y el hombre anunció la llegada de Elio Celonio, el marido de Lutacia, de regreso de un viaje a Macedonia. Nos esperaba, con su mujer y Aquilea, en el tablinum de la domus.

—Ahora vamos —respondí al esclavo. Esperé a que cerrase y me volví a Antonio—. Por el momento, vamos a esperar para revelar a Lutacia las peregrinaciones nocturnas de Mamilio.

Elio Celonio era un hombre alto, de aire bonachón. Nos acogió con una gran sonrisa de circunstancias y se declaró honrado de conocernos. Tenía el pelo de un negro artificial, probablemente fruto de un teñido de jena de mala calidad. Las raíces grisáceas de las sienes y las arrugas de la cara, sin embargo, evidenciaban una notable diferencia de edad con la esposa.

Raramente había oído a alguien elogiarlo, y la primera impresión no fue positiva. Se pavoneaba como señor de la casa, pero no tenía ni el porte ni la autoridad de Cátulo y, dando una simple vuelta por el foro, había visto togas de calidad claramente mejores que la suya.

Detrás de él, insólitamente aparte, estaba Lutacia. Si bien, para disimular su palidez, se había excedido con el maquillaje, en conjunto parecía en buenas condiciones.

—Me alegra ver que te has recuperado pronto —le dije—. Es agradable tenerte de nuevo en pie.

—Me han contado el infame atentado de anoche —intervino Celonio haciéndose con el control—. Tengo que agradecerte a ti, Callido, y a tu rapidez de reflejos no ser viudo hoy. Has de saber que contarás siempre con mi gratitud.

—¿Crees que podrás responder a unas preguntas? —me dirigí a Lutacia haciendo caso omiso del marido.

—No creo que sea prudente, mi esposa se encuentra aún muy trastornada —

respondió Celonio.

—Estoy bien —lo contradijo ella poniéndole una mano en el hombro—. Puedes preguntar.

—¿Qué recuerdas de anoche?

—Tengo imágenes confusas. Recuerdo a Mamurra dándome una copa, que bebí un sorbo de vino y que tenía un sabor extraño, un regusto ligeramente amargo. Luego sentí un fuerte escozor en la garganta, como si se le prendiese fuego. Después, hay un vacío. ¿Fue realmente Mamurra quien me envenenó?

—Es lo que parece.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Sospechamos que es nuestro asesino —mentí—. Se infiltró entre nosotros para espiar nuestros movimientos. Es evidente que te consideraba un peligro y que ha intentado eliminarte.

—Sospeché de él desde el primer momento en que se unió al grupo. Ahora entiendo por qué rechazaba todas mis suposiciones: lo hacía para desviarnos.

—Eso me temo, pero ahora estamos a punto de inculparlo. Solo hay una última cosa que tenemos que comprobar y, para hacerlo, tenemos que ir enseguida a los horti de Cátulo.

—¿Por qué?

—Podría haber otro cadáver. ¿Quieres acompañarnos?

—No, estoy aún demasiado débil para salir. Puede ir mi marido en mi lugar.

—¿Yo? —preguntó Celonio asombrado.

—¿No te crees capaz? —lo provocó Lutacia con aire inocente.

—¡Claro! Estoy dispuesto a todo por ayudar a que se haga justicia.

## XXXIV

Los horti de Cátulo se extendían varias pérticas a lo largo de la margen del Tíber, en el cruce entre la vía Campana, que unía Roma del Foro Boario al mar Tirreno, y la vía Alzaia, que seguía la orilla del río. En el centro había un pequeño muelle, con dos barcas atracadas, y a su alrededor un triunfo de fuentes y estatuas a la sombra de altos árboles, colocados en posición estratégica para rellenar el espacio entre los distintos templetos, situados según la geometría de moda en aquellos años. Los jardineros de Cátulo no habían escatimado en la elección, de forma que, junto a un abeto, había una haya, un castaño, un pino silvestre, una encina, un chopo y un roble. Desde mi posición, no lograba ver demasiado lejos, pero tuve la impresión de que aquella variedad continuaba con los típicos arbores urbanae: plátanos, olmos, cipreses, palmeras, olivos y tilos.

Elio Celonio abría el camino por un sendero que cortaba aquella galería umbrosa. A cada paso, se detenía, cerraba los ojos e inspiraba por la boca, entregado al placer de aquel espectáculo de la naturaleza. Según nos contó, hasta hacía pocos años, aquella finca había estado abandonada por la negligencia de Cátulo y, solo después de su intervención, había adquirido su aspecto actual. Él se había ocupado de elegir los materiales para las fuentes y los templos, y él también había seleccionado personalmente las plantas ornamentales que lo caracterizaban.

—¡Allí! —me indicó Antonio, y me condujo junto a un sacellum de decoración isiaca, donde habían removido la tierra hacía poco.

Un ojo poco atento habría pensado en una siembra reciente, pero nosotros sabíamos que se trataba de otra cosa.

—Censo, trae aquí a todos los lictores —ordené interrumpiendo bruscamente los delirios de Celonio—. Cavad en este punto: tenemos motivo para pensar que hay otro cadáver enterrado.

—¿Cadáver? ¿Cómo que un cadáver? —se maravilló Celonio.

—Es una investigación por homicidio —explicó Antonio como si hablase con un niño—. ¿Qué esperabas encontrar?

—No sé. Lutacia no me habló de ningún cadáver aquí, en los horti.

—Puede que no encontremos nada y podamos volver a la domus en breve —añadí en el vano intento de calmarlo.

Mis palabras, sin embargo, no obtuvieron el éxito esperado. Celonio había cambiado de color. Su rostro había adquirido una palidez mortal, le temblaban las extremidades como si las sacudiese un terremoto y no dejaba de rezongar bajito palabras incomprensibles.

—Acompáñalo a refrescarse el rostro —le dije a Censo.

El lictor a mi servicio lo tomó de un brazo y se lo llevó por la orilla del Tíber. Celonio no opuso resistencia y se dejó guiar como un corderito al prado.

—Ahora sabemos quién manda en casa si él o Lutacia —bromeé con Antonio.

—¿Tenías dudas? A propósito, ¿por qué le has contado esos embustes sobre Mamurra?

—Para no despertar sospechas. Estamos cavando en los horti de su familia para verificar un turbio vínculo entre Mamurra y su padre, así que le he proporcionado un falso culpable para desviar la atención. No habría consentido nunca dejarnos venir si hubiese sabido que investigamos a Cátulo.

—Mamurra no va a dejarlo pasar —objetó Antonio—. Es un hombre vengativo y tiene protectores importantes.

—Lo sé, pero no podía hacer otra cosa.

—¡Cuestor Callido! —me llamó uno de los lictores que cavaban—. Ven. Hemos encontrado algo.

La noche anterior Antonio había visto bien. Enterrado en los horti de Cátulo había un cadáver. Mamilio no se había esforzado siquiera en cavar mucho, el cuerpo estaba oculto apenas bajo la superficie. Habría bastado una lluvia abundante o una crecida del río para sacarlo a la luz.

De la tierra removida por los lictores asomaba un brazo extendido hacia delante. La mano estaba abierta y con las falanges dispuestas en gancho, como si estuviese a punto de agarrar algo. A la altura del dedo medio, noté un reflejo dorado.

Me incliné hacia el hoyo para observar mejor, limpié la tierra y reconocí un anillo. A juzgar por la consistencia y el grosor, se trataba de una joya noble. Lo saqué con cuidado de que Celonio no me viese y lo giré entre los dedos. Era de oro y, en el centro, tenía grabada una gran C. No tuve dudas, aquel era el sello de los Cátulo. Había visto ya un anillo parecido... en el dedo de Lutacia.

Antonio cruzó la mirada conmigo y asintió. Era el anillo que Mamilio había desempeñado la noche antes para luego enterrarlo junto a aquel cuerpo.

—Sacad el cadáver y lavadlo —ordené—. Tenemos que examinarlo.

Observé en silencio como los lictores extraían el cuerpo. Tenía el cabello largo y una túnica clara pero arrugada. Se trataba, posiblemente, de una mujer. Por mucho que me esforzase, no conseguía imaginar quién era. El anillo que llevaba, permitía suponer que era una matrona relacionada con la familia de Cátulo, pero no tenía noticias de mujeres nobles desaparecidas en los últimos tiempos.

Los lictores cogieron el cuerpo por los brazos y las piernas, y lo sumergieron en el río. Lo giraron varias veces en el agua y luego lo tendieron en la orilla para que pudiese examinarlo.

El estado de conservación no era bueno y mostraba signos de descomposición avanzada. No la habían enterrado hacía poco. Habían transcurrido meses, seis o quizá más. La piel estaba áspera y arrugada, pero los rasgos de la cara aún eran reconocibles. Había dejado atrás la juventud; así, a ojo, habría apostado a que estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta.

Antonio se agachó a mi lado y señaló un corte limpio a la altura del cuello.

—La mataron rajándole la garganta —comentó.

—Sin duda —confirmé—. Un trabajo limpio, a juzgar por la herida. Una mano acostumbrada a matar.

—¿Mamilio?

—Podría ser. Seguro que no fue nuestro asesino. El modus operandi es distinto. No hay mutilaciones evidentes y, sobre todo, no hay referencias a las Compitalia.

—Mira esto —dijo Antonio, tomando la mano de la víctima entre las suyas—. Tenía callos, son tan pronunciados que aún se ven. Puede que fuese una esclava.

—Sí. Diría que se trataba de una esclava que trabajaba en el campo.

—Esa afirmación abre una nueva pregunta: si era solo una esclava, ¿cómo tenía el anillo de los Cátulo?

—El anillo debe de ser la clave de algo importante; si no, ¿por qué Mamilio habría sentido la necesidad repentina de desenterrar el cuerpo, ponérselo en el dedo y volver a enterrarlo?

—Quizá porque quien había ordenado el homicidio había sido Cátulo.

—Tiene que haber más. Nadie podría acusar a un hombre poderoso como el princeps senatus solo por matar a una esclava, mucho menos un holgazán como Mamilio.

—¿Habéis descubierto quién es? —preguntó Celonio acercándose titubeante a nuestra espalda.

Parecía haberse recuperado, pero aún le temblaba la voz.

—Todavía no —respondí sin volverme.



—¡Por las pelotas de Júpiter! —imprecó Celonio—. Pero si es... es...

No terminó la frase porque tuvo un nuevo desfallecimiento. Las piernas le fallaron y se desmayó cayendo hacia atrás.

Me lancé sobre él y le di unas palmadas en la cara para hacerlo volver en sí.

—¡Rápido! —ordené a los lictores—. Traed agua, hay que darle de beber. Debe de haber reconocido a la víctima.

Levanté ligeramente la cabeza de Celonio. Abría y cerraba los ojos: parecía en estado de confusión.

—Elio, escucha —dije pronunciando claramente las palabras—: ¿has reconocido a esa mujer?

Asintió débilmente.

—¿Quién es? Dímelo.

—Orbiana —susurró de forma apenas inteligible.

—¿Y quién es Orbiana?

—La esclava de mi esposa. Es decir, no, la esclava que Gémino puso a disposición de mi esposa el año pasado, cuando estuvimos veraneando en su villa junto al mar.

Mario Gémino era un exsenador que se había retirado de la vida política tras la muerte de Sila. Había dejado Roma y se había trasladado a Pozzuoli.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Sí... No... No lo sé... Tiene la piel estropeada y no puedo decirlo con certeza. Pero, si no es ella, se le parece mucho. La recuerdo bien: estaba siempre pegada a Lutacia. Entre ellas se creó una relación casi morbosa. Mi esposa la prefería incluso a sus esclavas habituales.

—¡Flavio! —me llamó Antonio, que se había quedado junto al cadáver—. Celonio tiene razón: era una esclava de Gémino.

—¿Cómo puedes afirmarlo?

—Mira aquí —indicó una marca de fuego en el tobillo izquierdo.

La piel estaba arrugada, pero se podían leer nítidamente dos letras, MG, es decir, las iniciales de Mario Gémino. No había duda, aquel cadáver pertenecía a Orbiana, una esclava de Gémino. Pero ¿qué vínculo tenía con la historia que investigábamos? Solo una persona podía proporcionarnos la respuesta. Mamilio.

## XXXV

Aquella mañana, Mamilio no se había levantado aún de la cama. Dormía tan profundamente que no oyó ni siquiera que llamábamos a la puerta. Vivía en el último piso de un edificio ruinoso en la periferia de Suburra. Sus vecinos eran holgazanes borrachos, gladiadores caídos en desgracia y viejas meretrices ya sin clientes.

La casa se había levantado construyendo una estructura de madera en una terraza. La puerta estaba tan podrida que echarla abajo fue un juego de niños para Censo. Cruzamos el umbral y nos encontramos en un ambiente pequeño y húmedo. En el centro, junto a una vieja mesa a la que le faltaba una pata, dos vasijas recogían el agua que se filtraba por los agujeros del techo en los días de lluvia.

Mamilio roncaba acostado en una cama junto a la pared opuesta. Censo lo agarró de los hombros y lo obligó a levantarse despertándolo bruscamente.

—¿Tú? —preguntó bostezando—. ¿Qué quieres ahora?

—Es tarde para dormir —observé—. ¿Es que has pasado la noche en vela?

—¡No es asunto tuyo!

—Lo cierto es que sí, mientras te obstines en frecuentar las propiedades de los Cátulo.

Mamilio entornó los ojos fingiendo confusión. Dejó de mirarme para clavar los ojos en Antonio, los dos de pie ante él, y por fin se concentró en Censo que lo miraba desde arriba, a su lado. Evaluaba la situación buscando una vía de escape. Parecía un animal salvaje en una jaula. Con un salto, se lanzó hacia delante como si quisiera romper una línea enemiga. El cansancio, sin embargo, lo hizo torpe y predecible. Me anticipé rodando a un lado y me opuse a su ofensiva con el hombro. Censo lo agarró del cuello y lo obligó a volver a sentarse.

—No queremos perturbar tu reposo —exclamé—. Dinos lo que nos interesa y nos vamos.

—No sé nada —replicó Mamilio indefenso.

Su expresión arisca agudizaba aún más el surco de la cicatriz que le cortaba el rostro.

—¡Vamos! —intervino Antonio—. Cuéntanos cómo has pasado la noche.

—He estado con una mujer.

—En cierto sentido, es verdad —añadí—. Lástima que no fuese más que un cadáver.

—No sé de qué hablas.

—¡Ya lo creo que lo sabes! Y muy bien. ¿Qué relación hay entre Lutacio Cátulo y la mujer que desenterraste anoche? ¿Por qué estaba enterrada en sus horti?

Mamilio se encogió de hombros y se puso a la defensiva cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿La mataste por tu cuenta? —insistí.

—No sé nada de un cadáver —concluyó.

—Es inútil que mientas. Te seguimos y sabemos muy bien qué hiciste anoche.

—Es verdad, estuve en los horti de Cátulo. Me había citado allí con Aurelia Orestila, pero ella no se presentó.

—Así que el anillo que robaste a Yano ¿era para ella? —intervino Antonio—. Ansiabas tanto dárselo que casi mataste al receptor.

—No creí que a un cuestor, un lictor y un buscador a sueldo de Cicerón les pudiese preocupar la salud de una escoria humana como Yano.

—¿Habías empeñado tú el anillo?

—Está bien, os diré la verdad —bufó Mamilio—. Empeñé yo el anillo, sí. Se lo robé a Aurelia Orestila durante uno de nuestros encuentros. Era de oro y Yano me lo pagó bien. Luego ella se dio cuenta de que le faltaba y me suplicó que se lo devolviese: era el último regalo de su esposo Catilina antes de morir.

—Así que incluso un corazón duro como el tuyo se compadeció y decidió satisfacer a la matrona llorosa —terminó el discurso Antonio recalcando cada palabra para subrayar lo absurdo de la idea.

—Eso es —asintió Mamilio.

—Una hermosa historia —dije dando vueltas al anillo entre los dedos—. Es una pena que en esta joya esté el sello de los Cátulo y no el de Catilina, así que deja de mentir y dinos ya qué pasó. ¿Por qué razón decidiste esconderlo en el dedo del cadáver de una esclava de Mario Gémino? Pero, sobre todo, ¿cómo sabías que una esclava de Gémino estaba enterrada en ese punto preciso de los horti de Cátulo?

—Estás perdiendo el tiempo porque no os diré nada. No sé nada de esclavas muertas.

Se me estaba acabando la paciencia. Mamilio era mucho más obstinado de lo que había creído. Podía repetir la misma pregunta durante horas y no lo convencería de que hablase. No temía ni lo más mínimo mi autoridad, o era muy duro o había algo en aquella historia que lo aterrorizaba bastante más que yo.

—¡Habla! —grité—. ¿No querrás obligarnos a recurrir a métodos más imperativos?

Por toda respuesta, Mamilio escupió en el suelo. Censo lo agarró de una oreja y lo hizo levantarse. Sacó la vara y le descargó un porrazo contundente en la boca del estómago. La única reacción de Mamilio fue un golpe de tos. Volvió de inmediato a la posición erguida de antes, con aire de desafío, casi exigiendo que le golpeasen más fuerte.

Censo no necesitó más invitación. Le descargó la vara, primero en un hombro, luego en la cadera, finalmente en las piernas. Después de cada golpe, Mamilio volvía a la posición erguida como si no sintiese dolor. Como gladiador, se lo habría puesto difícil a muchos adversarios: encajaba los golpes de maravilla.

—Mira esto —me dijo Antonio, tendiéndome un pergamino que había encontrado sobre la mesa.

Era la carta que Mamilio había dictado la noche antes. Le eché un vistazo rápido. Por desgracia, no constaba el destinatario, pero confirmaba mi sospecha. Mamilio pretendía chantajear a alguien y yo tenía pocas dudas sobre quién era.

—«Si no me das dentro de dos días lo que te pido, contaré toda la verdad a tu hija» — leí en voz alta.

Me sorprendió que la misiva mencionase a Lutacia, pero no le presté demasiada atención. No quería perder el ritmo del interrogatorio.

—Aunque no soy la hija de Cátulo, tienes la ocasión de contármelo todo —añadí vuelto a Mamilio, de pie e inmovilizado por Censo—. Dentro de dos días, podría no creerte.

Como respuesta, recibí solo un silencio obstinado. Oía su respiración regular. Estaba tranquilo y no temía mi reacción.

—Te voy a contar yo lo que pasó —concluí—. Límitate nada más a una señal de la cabeza. Sí o no.

La expresión de Mamilio no cambió, así que decidí continuar.

—Eres gladiador y hace un tiempo te batiste en los ludi organizados por el yerno de un hipotético senador importante. En aquella ocasión conociste a dos personas: a la viuda de un político que había creado mucha confusión en la organización de la República, y a dicho hipotético senador, que le ofrecía hospitalidad tras la muerte de su esposo. Te convertiste en amante de la viuda y, al mismo tiempo, aceptaste un trabajo sucio para el senador. Tenías que desembarazarte de una mujer, una esclava procedente de Pozzuoli que, quién sabe por qué motivo, le molestaba. Llevaste a cabo tu deber con diligencia y, quizá por petición suya, enterraste el cuerpo en los horti de quien te había hecho el encargo. Pero no te bastaba; fuiste codicioso y llegaste a robar en casa de tu nuevo amigo un anillo de oro de gran valor, uno de los que indican la

pertenencia a una familia noble. Luego lo vendiste a Yano, un receptor que trafica a menudo con este género de mercancía y obtuviste por él una buena suma. Sin embargo, más tarde, una serie de crímenes azotó la urbe. El senador que te había encargado el asesinato parecía ser, en cierta manera, objetivo del asesino, y el miedo lo estaba consumiendo día tras día, así que pensaste en aprovechar la ocasión para chantajearlo. La carta que dictaste anoche lo demuestra. Sacudiste a Yano para que el anillo volviese a tu posesión, y escondiste la joya en el cuerpo de la víctima, es decir, la esclava que mataste por encargo suyo.

—¿Por qué habría hecho algo así? —preguntó Mamilio.

—Sencillo, para relacionar el cadáver con el senador. Tu palabra cuenta poco frente a la suya y te hacía falta un elemento tangible que lo inculpase. El anillo, de hecho, pertenece a su familia: el sello lo deja claro.

—¿Cuánto me ofreces a cambio de mi colaboración? —preguntó Mamilio.

—No trato con gente de tu nivel —repliqué—. ¿No quieres hablar? Tendrás todo el tiempo del mundo para reflexionar sobre tu situación. Estás a punto de que te encerremos en el Tullianum, sin comida ni agua hasta que te decidas a contar lo que has hecho. Censo, llama enseguida al vigiles Cotta: itiene que encerrar a este asesino!

—Bien, vamos a ponernos cómodos en este palacio y a esperar la llegada de los refuerzos —bromeó Antonio sentándose a la mesa—. Mamilio, espero que tengas vino bueno escondido en algún sitio.

La espera, para suerte nuestra, fue muy breve. Aurelio Cotta llegó mucho antes de lo que nos habíamos imaginado. Nos explicó que se encontraba en la zona por un incendio. Aquella mañana, habían llamado urgentemente a los guardias porque una pequeña chabola de Suburra se había incendiado.

—Estaba construida con madera podrida —añadió—. Pese a nuestra intervención, ha quedado completamente destruida.

—¿Ha habido muchas víctimas? —pregunté.

—Solo una: el propietario. Un excenturión caído en desgracia. Se llamaba Ateyo Capitón.

—¿Has dicho Capitón?

—Sí. ¿Lo conocías?

No, pero él a mí sí. Era el hombre que la noche anterior había pedido verme.

## XXXVI

*H*abían abandonado el cuerpo de Ateyo Capitón al borde de la calle, protegido de la curiosidad de los transeúntes por el fuerte olor a quemado. El hedor de humo y muerte era tan penetrante que, para acercarme, tuve que protegerme la nariz con la túnica.

Cotta nos explicó la dinámica del incendio. Las llamas habían deflagrado de un cúmulo de desechos abandonados en la cercanía y se habían extendido a la chabola de la que no quedaban ya más que unas pocas cenizas.

—Háblame de él —pedí.

—Hay poco que decir. En la época de Sila fue alguien, pero ahora se mantenía como podía. No tenía fama de gran militar y se había creado una cierta posición como mercader de esclavos. Su grado de centurión le permitía volver a Roma después de cada campaña militar con un número importante de prisioneros de guerra, que vendía como esclavos a las familias más ricas. Con los años acumuló y derrochó todo un patrimonio. Ha muerto sin nada, carbonizado en una chabola ruinosa.

—¿Un accidente?

—Sin duda, los incendios de este tipo son muy frecuentes por aquí, sobre todo, ahora que comienza a hacer calor.

Las huellas no dejaban espacio para hipótesis alternativas. El suelo más oscuro en varios puntos indicaba el recorrido exacto de las llamas. Si alguien hubiese querido matar a Capitón, habría prendido fuego directamente a la casa, pero el incendio había comenzado fuera. Y, sin embargo, no lograba convencerme de que se trataba verdaderamente de un accidente.

Era una coincidencia increíble. El mismo hombre que la noche antes había pedido hablar conmigo con urgencia, estaba muerto unas horas más tarde.

—Desde que comenzó el incendio hasta que alcanzó la casa transcurrió un tiempo —razoné en voz alta—. ¿Cómo es posible que Capitón no se diese cuenta de nada?

—En realidad, se dio cuenta demasiado tarde —precisó Cotta—. Las llamas lo sorprendieron dormido y no consiguió escapar. Lo encontramos tumbado en el suelo junto a la puerta. Era muy viejo y probablemente se quedó sin fuerzas.

El cadáver era irreconocible. El fuego había borrado por completo los rasgos faciales. Del centurión de Sila solo quedaba un amasijo de carne ennegrecida.

—Pobrecillo —lo compadeció Antonio—. Qué forma más horrible de morir.

—Ningún soldado debería irse así —convine.

—Ya, prefiero pensar que el incendio solo aceleró las cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Yo creo que estaba ya mal. Mira el bulto tan extraño que tiene en el hombro. Como si se le estuviese saliendo un hueso del cuerpo.

Contuve la respiración y me agaché para observar el cadáver más de cerca. La protuberancia que había notado Antonio parecía un pimientito crecido en la piel. Era grande como la mano de un niño y tenía un aspecto extraño. El color y la consistencia eran distintos de los de la piel quemada. Lo toqué y me di cuenta de que era madera. El fuego lo había fundido al cuerpo, pero debía de tratarse de algo que Capitón llevaba colgado del cuello. Lo apreté entre los dedos y, con un golpe decidido, tiré arrancando con ello una porción de piel.

Le di vueltas entre las manos intentando darle una forma en la mente, atento a no pincharme con un bastoncito que despuntaba en un lado. Mirándolo bien, no parecía un pimiento, sino una figurita formada por dos huevos, uno pequeño encima de otro más grande. Se me heló la sangre cuando me di cuenta de que se parecía, incluso demasiado, a algo que ya había visto antes.

—No es un hueso —comenté—. Es una figurita de la diosa Mania.

—¿Qué? —exclamó Antonio.

—Mírala bien, está en pésimas condiciones, pero es posible aún distinguir la cabeza, el pecho y lo que queda de un brazo. Es una figurita igual a las que encontramos junto a las otras víctimas.

—Entonces, ¿Capitón es el último de la serie?

—Me parece que sí. ¿Recuerdas que te hablé de un centurión que pidió verme anoche? Era él; su muerte no ha sido un accidente.

—Es obvio que Capitón conocía el plan del asesino y sabía que era el siguiente en la lista. Para salvar la vida, buscó refugio poniéndose en contacto contigo, pero la situación frenética de anoche puso fin a sus planes.

—El envenenamiento de Lutacia concedió al asesino tiempo para anticiparse. No sabremos nunca lo que quería decirnos Capitón.

—Hay algo que no cuadra —objetó Antonio—. El asesino esta vez ha corrido mucho riesgo confiando solo en el fuego. Capitón habría podido salvarse.

—¿Tú crees? En mi opinión, el incendio lo provocó después, cuando el viejo

centurión estaba ya muerto, por eso no logró escapar.

Me acuclillé de nuevo junto al cadáver. Mi examen había sido muy superficial porque las llamas lo habían destruido, ocultando cualquier prueba. Ahora, sin embargo, tenía que comprobar algunos detalles para dar mayor consistencia a mi reconstrucción.

Con las uñas rasqué un poco de la capa quemada a la altura del pecho. Percibí con los dedos un orificio, una herida de corte muy profundo.

—Lo apuñalaron en el corazón, como a los otros —constaté.

—Pero, a diferencia de los otros, no presenta mutilaciones.

—Eso es extraño. Comprobemos al menos si el asesino le ha dejado una moneda bajo la lengua.

Separé lo poco que le quedaba de los labios y le abrí la boca. La moneda estaba allí, del mismo tipo que las otras. Una acuñación rara que no había visto nunca en circulación. Pero faltaba algo.

—Al principio, nos hemos dejado engañar por las apariencias —dije—. También han mutilado este cadáver: le han quitado la lengua.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

Antonio se agachó para ver mejor. Un gruñido asqueado confirmó mi observación. Se volvió al otro lado y escupió en el suelo, como si quisiera distanciarse de aquella historia que, hasta entonces, nos había dejado solo cadáveres.

—Puede que no haya sido el mismo asesino que mató a los otros —añadió—. Capitón era un soldado, quizá perdió la lengua en la guerra.

—Ayer habló con un esclavo de Cátulo cuando vino a buscarme —lo contradije.

—¿Y si se hubiese limitado a entregarle una tablilla de cera con una solicitud escrita?

—Solo el esclavo puede decirlo. Vamos a verlo.

Ninguno de los dos creía, en realidad, que se tratase de una antigua mutilación. Era más una esperanza. Como si nuestra mente se negase a la idea de un nuevo crimen vinculado con aquella historia. Con Capitón, el número de víctimas ascendía a cinco. ¿Qué clase de hombre podía planificar y poner en práctica tantos homicidios sin dejar huellas? Nos enfrentábamos a una mente extraordinaria, un hábil calculador capaz de prever incluso nuestros movimientos, y de anticiparse a ellos. Un hombre despiadado, metódico, siempre un paso por delante de nosotros. Quizá demasiado astuto incluso para alguien cuyo nombre, Callido, significaba «sagaz».

El esclavo portero de Cátulo nos informó de que Lutacia estaba descansando. En el curso de la mañana había discutido con su esposo. Elio Celonio quería llevarla a casa, pero ella se había negado, sosteniendo que no se sentía aún fuerte para caminar.



Aquilea se había quedado de guardia en el cubículo, velándola. Ordené que no la importunasen y llamé al jardín al esclavo que la noche anterior había atendido a Capitón.

Era un hombre viejo, de origen egipcio. Nos contó que, al principio, había trabajado en las cocinas; luego, cuando su edad era avanzada y había dejado de ser tan eficiente, Cátulo le había asignado el turno de noche en la entrada. Tenía los ojos clavados en el suelo y no me miraba a la cara, como si mi presencia lo intimidase.

—¿Recuerdas al hombre que ayer te pidió hablar conmigo? —le pregunté.

—Dijo que se llamaba Ateyo Capitón. Era viejo y usaba cayado. Puede que de joven hubiese sido soldado porque tenía muchas cicatrices, en la cara y en los brazos.

—¿Hablaba? —preguntó Antonio.

—Desde luego. Tenía la voz ronca y mascullaba las palabras. Llamó a la puerta y, cuando le abrí, me pidió ver al cuestor Callido. Dijo que era un asunto de la máxima urgencia.

—¿Qué sucedió luego?

—Fui a llamarte, pero te negaste a verlo; así que lo invité a volver en otro momento.

—¿Cómo reaccionó?

—Mal, rompió a llorar. Me suplicó que volviese a insistirte. Dijo que él era la causa de todo, que su vida estaba en peligro y que la única forma de salvarse era hablar contigo.

—¿Utilizó esa expresión precisa: «la causa de todo»?

—Sí, lo recuerdo bien. Intenté calmarlo y le pregunté si había hecho algo de lo que se arrepentía. Creía que sería un crimen grave, quizás un homicidio, pero me corrigió enseguida. Explicó que el problema no era lo que había hecho, sino lo que se había negado a hacer muchos años antes. Añadió que había recibido órdenes precisas, pero que había desobedecido a cambio de unas monedas y que, ahora, por su causa, una oleada de violencia inaudita se estaba abatiendo sobre Roma.

—¿Añadió algo más?

—No, se secó las lágrimas y se fue.

—Anoche Ateyo Capitón murió —lo informó Antonio—. Fue víctima de un incendio en su vivienda.

—Te lo suplico, no me castigues —exclamó el esclavo vuelto hacia mí—. Te avisé de su petición, no es culpa mía que tú te negases a recibirle.

—Vete, vuelve a tus tareas. Nadie quiere castigarte —lo despaché—. En todo caso, tendría que castigarme yo.

Antonio leyó mi estado de ánimo una vez más. Esperó a que el esclavo se hubiese

alejado y luego me puso una mano en el hombro con aire paternal.

—No te culpes —dijo—. No sabías quién era Capitón y no podías imaginar que lo matarían en breve.

—Estábamos tan cerca de descubrir la verdad. Solo tenía que hablar con él para desvelar finalmente el misterio de esta historia. Y ahora estamos de nuevo en el punto de partida.

—Acababan de envenenar a Lutacia, cualquiera habría hecho lo mismo que tú.

Di un largo suspiro. Había otro aspecto que continuaba atormentándome desde que había visto el cuerpo de Capitón.

—¿Extirpar la lengua formaba parte del plan? —pregunté.

—¿Lo dudas? Hay quien ha perdido las orejas, las extremidades, a Capitón le tocó la lengua.

—¿Y si hubiese sido un castigo o quizás una advertencia? —sugerí—. Quizás el asesino quiso castigarlo por haber intentado hablar conmigo. O puede que quisiera mandar un mensaje a otros: así termina quien intenta hablar con el cuestor Callido.

—No estoy seguro de querer descubrirlo: mejor pensar que la mutilación de la lengua era parte del plan desde el principio.

—¿Por qué?

—Si hubiese sido un castigo, querría decir que el asesino nos sigue y conoce nuestros movimientos. Puede que vigile nuestras casas y a nuestras familias, quizá nos ha elegido como próximas víctimas.

—Eso quiere decir que tenemos que adelantarnos a él, ganarle en tiempo. Capitón nos ha proporcionado una información valiosa, esta historia está relacionada con un episodio de hace muchos años. Algo que le habían encargado llevar a cabo y que no hizo. Hasta ahora estábamos razonando solo sobre el presente y los hechos ocurridos en estos días, sin entenderlos. Ahora cambiaremos de estrategia y nos concentraremos en el pasado.

Saqué las monedas que habíamos encontrado en la boca de los cadáveres. Me las coloqué en la palma de la mano y se las mostré a Antonio y Censo.

—Una historia vieja como viejas son estas monedas —continué—. Acuñaciones retiradas de la circulación hace mucho. Al principio interpretamos esta elección como otra ofensa a las víctimas, ni siquiera a la altura de recibir una moneda en curso para pagar al barquero del Hades. Pero dejemos de lado el valor simbólico del gesto. La elección de este tipo de monedas podría indicar una época precisa, puede que el año en que sucedió el hecho que desencadenó estos homicidios. Censo, toma las monedas y

llévaselas a mi padre. Él es de una generación anterior, puede que recuerde cuándo estaban en circulación y pueda decirnos por qué las retiraron.

—¿Y nosotros? —preguntó Antonio.

—Nos preparamos para viajar —respondí sin dudar—. Nos vamos a Pozzuoli.

## XXXVII

Las propiedades de Mario Gémino se extendían hasta donde alcanzaba la vista, de la campiña al mar. El jardín de la domus incluía varios campos cultivados y era tan grande que los braceros usaban caballos o asnos para desplazarse de un lado a otro.

Llegamos a Pozzuoli cuando estaba ya oscuro desde hacía al menos dos horas. El viaje no había presentado insidias ni peligros, pero tanto nosotros como nuestros caballos estábamos muy cansados. Habíamos galopado casi sin interrupción desde que salimos de Roma hasta llegar a la domus, concediéndonos apenas dos breves altos en el camino para cambiar de montura. Y, sin embargo, no tenía ninguna intención de descansar. Sentía en mi interior un extraño frenesí. Era como si percibiese que estábamos a un paso de la verdad, a punto de arrojar luz sobre aquel misterio que se había cobrado víctima tras víctima, y no lograba quedarme quieto.

A pesar de que no nos esperaba, Gémino nos recibió con grandes honores. Insistió en que fuésemos sus huéspedes durante la noche y ordenó que nos reservasen los mejores cubículos. Hizo preparar de inmediato un ágape apropiado para mi estatus de magistrado y nos ofreció a dos de sus esclavas más hermosas para alegrar nuestro descanso.

Era un hombre abundante, con una densa melena desaliñada, de cabello blanco. La vida en el campo no había borrado el pomposo orgullo típico de los senadores romanos y un aire de antiguo desenfado acompañaba todos sus gestos. Había dejado Roma hacía ya muchos años, pero recordaba con mucho afecto a mi padre. Juntos habían colaborado en la aprobación de diversas leyes durante la época de la dictadura de Sila.

—¿Cómo está mi viejo amigo Espurio? —me preguntó mientras paladeaba una copa de vino, tendido sobre un triclinio de mármol.

—Bien, te manda sus saludos —mentí—. Siento haberme presentado de improviso y molestarte.

—No lo digas ni en broma. Mi casa es tu casa, tú y tu amigo podéis quedaros cuanto queráis.

—Sería un inmenso placer poder disfrutar largamente de tu hospitalidad, pero, por desgracia, tenemos bastante prisa. Mañana tenemos que estar de vuelta en Roma.

—¿Tan rápido? —protestó Gémينو—. Quedaos al menos unos días. La vida en la campiña es la panacea del cuerpo y el espíritu.

—No podemos. Estamos aquí para comprobar un asunto relacionado con una esclava tuya. Se llamaba Orbiana, puede que la recuerdes.

—Orbiana... Orbiana... Es posible que tuviese una esclava con ese nombre, pero no consigo relacionarla con ningún rostro. ¿Por qué os interesa?

—Podría estar implicada en la serie de crímenes que ha sacudido Roma en los últimos días —expliqué.

Gémينو no era un necio y habría sospechado si le hubiese mentido; era mejor decirle la verdad.

—He oído hablar de ellos. Las noticias llegan incluso aquí. Entre las víctimas, también está Rabirio. Pobre, no era una mala persona.

—¿Podemos hacerte unas preguntas?

—Perderéis el tiempo: no puedo ayudaros. Mi memoria deja cada vez más que desear. Tendréis que preguntar a Teodoto, está a mi servicio desde hace más de cuarenta años. Nadie se ha merecido la liberación tanto como él. Sin su trabajo, esta domus estaría en ruinas. Lo llamaré enseguida.

El liberto no se hizo esperar demasiado y se puso a nuestra disposición con una altanería tan forzada que parecía una caricatura. Su deseo de ser útil y eficiente resultaba casi fastidioso.

—Siéntate con nosotros, Teodoto —ordenó Gémينو—. Mis huéspedes tienen algunas preguntas que hacerte sobre una esclava mía. Respóndeles como me responderías a mí.

—¿Qué esclava? —preguntó.

—Se llamaba Orbiana, creo que estuvo aquí, al menos, hasta el año pasado —dije.

—Sé muy bien quién es. Fui yo mismo quien se la compró a un soldado hace muchos años. Era un mercader muy conocido en la época.

—¿Un centurión? —aventuré intuitivamente: quizás habíamos encontrado una relación entre las dos víctimas.

—Eso es: un centurión.

—¿Puede que fuese Ateyo Capitón?

—Ahora que lo oigo nombrar, me vuelve a la mente ese nombre. Se llamaba Capitón, justo. A menudo me ponía en sus manos para adquirir esclavos. Tenía siempre una amplia oferta de prisioneros de guerra que ofrecer. ¿Cómo es que lo conoces?

—También mi padre negociaba con él —mentí para no exponerme demasiado—.

Entonces, fue Capitón quien te vendió a Orbiana...

—Lo recuerdo como si fuese ayer a pesar de que han pasado más de veinte años.

—¿Cómo te quedó tan grabada la compra? Imagino que por la domus de Gémino han pasado numerosas esclavas a lo largo del tiempo.

—Porque Orbiana era una esclava... cómo decir... turbulenta. Era joven cuando llegó y, muy a menudo, me vi obligado a castigarla. No tenía ningún respeto por las normas o la autoridad. Cuando vivíamos aún en Roma se escapaba de continuo. Los latigazos servían de poco. Un día la castigaba y al siguiente volvía a escaparse. Por suerte era fácil encontrarla. Iba siempre a espiar la domus de Lutacio Cátulo.

—¿Le interesaba algo en particular?

—Una niña, siempre la misma. Se confundía con los esclavos de Cátulo y entraba en la domus para verla de cerca.

—¿También le hablaba?

—Es difícil decirlo; por lo que me han contado, la niña aún llevaba pañales. Orbiana se limitaba a estar cerca de ella. Se quedaba allí hasta que íbamos a buscarla y la traíamos de vuelta a casa.

—¿Quién era esa niña? ¿La hija?

—No tengo ni idea y, a decir verdad, no me interesó nunca saberlo. La niña había nacido antes de que comprase a Orbiana por cuenta de Gémino, así que no era mi problema. Orbiana se bastaba sola para darme dolores de cabeza. Después de meses de castigos continuos, encontramos un equilibrio. No era una mala mujer y, por eso, a menudo hacía la vista gorda, porque había entendido que ni cien latigazos la iban a enderezar. Fingía no darme cuenta de sus fugas, siempre y cuando volviese por la noche para ocuparse de la cocina, pero un día se propasó.

Teodoto contó que Orbiana, al sentirse más libre de actuar, había cambiado de objetivo. De pronto dejó de vigilar a la niña para desviar su atención hacia Lutacio Cátulo en persona. Lo seguía todo el rato; para ella, se había convertido en una obsesión. En particular había estudiado el camino que recorría todos los días para ir de su domus al Senado.

—Creo que estaba tramando una agresión contra él —precisó Teodoto—. En su camastro encontré piedras que había escondido a lo largo de los días. Puede que quisiera tirárselas para matarlo, aunque, por suerte, otra de las esclavas se dio cuenta y me lo reveló. Conseguí detenerla a tiempo y Cátulo nunca lo supo —concluyó con orgullo.

—¿Por qué se había empeinado justo con Cátulo? —preguntó Antonio.

—A lo mejor la niña era una de sus esclavas y él había mandado que la azotasen. No

recuerdo haber prestado demasiada atención, entre otras cosas, porque poco después nos mudamos a Pozzuoli.

—Lejos de Roma, ¿cambió el comportamiento de Orbiana? —pregunté.

—Al principio, sí. Durante algunos años se portó bien, pero luego también aquí me hizo padecer. Gémino está bien visto por todos y siempre ha encontrado poca oposición para ser elegido magistrado en esta zona. Sin embargo, un año, la competencia era despiadada y el amo, para ganar votos, organizó unos ludi majestuosos, cuya organización confió a Léntulo Batiato en persona. Recuerdo que el lanista se presentó aquí, en la domus, con su grupo de gladiadores, y los hizo entrenar en el jardín para ofrecer un espectáculo memorable a la familia de Gémino. Justo aquel día, sin embargo, en la casa hubo un intento de robo y acusaron a una gladiadora.

—¿A una mujer? ¿Estás seguro?

—Absolutamente. Iba a ser la atracción de los juegos. Encontraron el botín en su tienda y Gémino, de acuerdo con Léntulo Batiato, ordenó que la condenaran a muerte. La única que se opuso fue Orbiana, que logró salvarle la vida demostrando que el robo lo había perpetrado otra persona con el objetivo de que la culpa recayese sobre la mujer. Una gladiadora invencible en la arena robaba la escena a los hombres, y estos habían urdido un plan para quitarla de en medio y arrebatarle la gloria.

—¿Recuerdas su nombre? —pregunté aun estando ya seguro de la respuesta.

—¿Cómo olvidarlo? —intervino Gémino—. Se llamaba Aquilea: nunca he visto a una mujer luchar con tal maestría y valor. Si aquellos ludi fueron un gran éxito, parte del mérito fue también suyo al derrotar a cinco hombres, uno tras otro.

A pesar de que la esperaba, me costó digerir la información. El triángulo Cátulo-Orbiana-Aquilea corría el peligro de tener serias repercusiones en mi investigación. Tenía que avanzar con extrema cautela y analizar bien el siguiente movimiento. Guardé silencio unos instantes y Teodoto interpretó mi titubeo como que sus servicios ya no eran necesarios. Se levantó para irse, pero Antonio lo detuvo.

—¿Hasta cuándo estuvo Orbiana aquí, en la domus de Gémino? —preguntó.

—Hasta el verano pasado.

—Es decir, nada más ser designada esclava de Elio Celonio —añadí.

—No, no de él. De su esposa Lutacia.

—¿Fue una designación casual?

—Decididamente, no. Fue Orbiana quien pidió con gran insistencia servir a Lutacia. En los últimos años había cambiado mucho, así que decidí darle el gusto.

—¿Desde cuándo estaba programado el veraneo de Celonio y su esposa en esta domus?

—Varios meses —respondió Gémينو—. Elio y yo nos habíamos conocido algún tiempo antes por un negocio. Me ayudó a vender una parte de la cosecha en Macedonia, con lo que gané mucho dinero y, para recompensarlo, lo invité a pasar algunas semanas junto al mar.

—¿Era la primera vez que se veían Orbiana y Lutacia?

—Que yo sepa, sí —dijo Teodoto—. Pero Orbiana fue muy buena haciendo sus cálculos. Sirvió a Lutacia con tanta dedicación que, cuando volvió a Roma, la hija de Cátulo se la llevó consigo.

—¿Lutacia compró a Orbiana? —pregunté convencido de no haber entendido bien.

—Hizo más que eso. Primero la compró y luego la hizo liberta.

Los actos de Lutacia habían hecho del triángulo que había imaginado un cuadrilátero. O, más bien, una forma difícil de definir, pues me costaba aún entender el papel exacto que cada personaje tenía en aquella historia paralela. Me hacía falta tiempo para reflexionar y colocar toda la información nueva en el lugar adecuado.

Una de las esclavas percibió mi vacilación y llenó el silencio ofreciéndome otra copa de vino. Era muy delgada y se movía de manera torpe. Me fijé en su fino tobillo. Tenía una pequeña cicatriz un poco por encima del maléolo, pero ningún tatuaje.

—¿Cómo es que esta esclava no tiene tus iniciales marcadas a fuego en el tobillo? —pregunté a Gémينو—. ¿Has abandonado la costumbre con el correr de los años?

—¿Quién te ha dicho semejante embuste? —se enfadó el señor de la casa—. No he marcado nunca a fuego a mis esclavos.



## XXXVIII

*P*asé la noche en vela. Me dormí solo con las primeras luces del alba y me desperté pocas horas después. Di vueltas en la cama durante mucho tiempo, en el cubículo que Gémino había puesto a mi disposición. El relato de Teodoto me resonaba en la mente, sus palabras eran una carcoma que no conseguía ahuyentar. Enlazaba los diversos datos como si fuesen teselas de un mosaico. Algunas encajaban a la perfección, otras no ajustaban. El encuentro entre Lutacia y Aquilea, por ejemplo, no podía haber sido una casualidad. Era probable que hubiese sido Orbiana la que las había puesto en contacto, pero ¿quién era en realidad Orbiana y qué papel había tenido en aquel asunto?

Sobre ella me constaba, aparentemente, mucha información, pero no la bastante para reconstruir las diversas fases de su vida. Sabía que durante años había servido a Gémino y sospechaba que quien la había vendido a Teodoto había sido Capitón. No tenía ni idea, sin embargo, de quién había sido su anterior amo, el hombre que la había marcado a fuego con sus iniciales, MG. Y tampoco imaginaba la oscura relación que existía entre ella y Cátulo. Un hilo que había empujado primero a Orbiana a tramar una agresión al princeps senatus y luego a Cátulo, años después, a contratar a Mamilio para asesinarla. En todo aquello, Lutacia tenía un papel clave. Según Teodoto, el encuentro de esta con Orbiana había sido, al principio, casual —Celonio y Gémino se habían conocido como consecuencia de un negocio—, y luego propiciado por la esclava, que había insistido para que se la asignasen a ella, hasta crearse un vínculo muy intenso. Lutacia, de hecho, había decidido comprarla y liberarla. Destino infausto el de Orbiana. Después de tantos años de esclavitud, se había ganado la libertad para terminar en las manos de Mamilio, que la había degollado sin piedad.

Por mucho que me esforzase en buscar relaciones, no conseguía encontrar nexos posibles entre la muerte de Orbiana y los crímenes que estaba investigando. Las únicas conexiones concretas entre los dos asuntos eran Cátulo y Capitón. Hombres pertenecientes a clases sociales muy distintas y con un peso político ni siquiera de lejos comparable, pero ambos muy cercanos a Sila en la época de su máximo esplendor.

Por si no bastaban el cansancio y la escasa lucidez para hacer aún más dificultosa mi reflexión, estaban también los ruidos que llegaban del cubículo de al lado. A diferencia de mí, que había preferido quedarme solo, Antonio había aceptado de buen grado la compañía femenina ofrecida por Gémino. En su opinión, habría sido una descortesía hacia nuestro anfitrión rechazar un regalo tan generoso y, por tanto, se había apropiado también de la esclava originalmente destinada a mí. A juzgar por los gemidos y jadeos de las dos mujeres, que se sucedían, mi amigo estaba dejando bien alta, también en Pozzuoli, la reputación del hombre romano.

Cuando a la mañana siguiente una esclava vino a despertarme como había pedido, me pareció que acababa de dormirme. Me dolía la cabeza, me faltaban las energías, pero para mí fue una auténtica liberación. Estaba deseando volver a Roma y cerrar por fin el círculo de aquella historia. Ordené que preparasen nuestros caballos y comuniqué a Antonio que partiríamos enseguida.

La jornada no prometía nada bueno. La temperatura era desapacible y el cielo amenazaba lluvia. El reposo, sin embargo, había sentado bien a los caballos, y el viaje fue como la seda hasta Roma. A las puertas de la ciudad nos absorbió una procesión de gente que desfilaba hacia las orillas del Tíber. Miles de personas procedentes de los campos aledaños se habían vertido en masa por los caminos que llevaban a la urbe y nos dificultaban el avance.

—Hoy es la víspera de los idus de mayo —comenté contrariado—. El día de las lemuralia.

—Por aquí no conseguiremos pasar —estuvo de acuerdo Antonio—. Vamos a intentar atajar por aquel lado.

Nuestras esperanzas, no obstante, resultaron vanas. Allá donde mirásemos, solo veíamos un río de gente que avanzaba despacio, ordenado en improvisadas hileras sin fin. Todos ansiaban llegar a tiempo a las cercanías del puente Sublicio para estar en el meollo de la fiesta. El lanzamiento al Tíber que las vestales hacían de los scirpea, unos muñecos de junco. Dudaba que fuese posible y la mayor parte de aquella gente solo podría escuchar los relatos que les hiciesen.

Los scirpea representaban los veintisiete sagrarios de los argei, los príncipes llegados a la península itálica siguiendo a Hércules, para luego establecerse en el pueblo fundado por el dios Saturno en el Capitolino. Las lemuralia, las fiestas para exorcizar a los lémures, es decir, a los espíritus de los muertos, estaban dedicadas precisamente a ellos y se centraban en el rito del lanzamiento de las efigies de junco desde el puente. Un acto simbólico que, como simulacro, evocaba la antigua práctica de celebrar honras fúnebres en agua por la que los héroes argei que habían elegido vivir en el territorio de

la futura Roma podían volver, al menos al morir, a su país nativo más allá del mar. Además de la ceremonia pública, se celebraba también un ritual privado. Cada pater familias, en el momento de salir de casa, echaba nueve veces a su espalda un puñado de habas negras, recitando fórmulas propiciatorias. La tradición decía que había sido Rómulo quien había establecido aquella fiesta con la esperanza de aplacar el espíritu de su hermano Remo, asesinado por él nada más fundar la ciudad.

—Podíamos habernos quedado otro día como huéspedes de Gémino —suspiró Antonio—. Mejor que estar aquí esperando.

—¡Puede que haya encontrado una solución! —dije en un arranque de optimismo.

Un poco más adelante había visto un grupo de pretorianos alineados a los márgenes de la calle. Vigilaban el orden público, listos para intervenir en caso de que se produjesen desórdenes. Podían ser nuestro salvoconducto.

Me abrí camino entre la multitud y corté la procesión hasta la avanzada de pretorianos.

—¡Soldados! —grité para llamar su atención—. Soy el cuestor Flavio Callido y debo encontrar con urgencia al cónsul Pisón. Es una cuestión de vida o muerte. Os pido que me llevéis rápidamente hasta el puente Sublicio.

Los pretorianos se pusieron en marcha de inmediato. Sacaron gladio y pilum, y nos franquearon el paso entre la muchedumbre. No podíamos avanzar aún al galope, pero al menos no estábamos ya parados.

Cuando llegamos cerca del Tíber, comencé a reconocer a gran parte de los prohombres de la política romana, todos rodeados de centenares de clientes. Desplegados en los palcos reservados construidos para la ocasión, estaban el pontífice máximo Julio César, Marco Craso, los cónsules Pisón y Mesala Corvino, y un número indefinido de senadores más o menos importantes. Cada uno lucía la toga de las grandes ocasiones y dispensaba sonrisas de campaña electoral.

—Solo falta Cicerón —observó Antonio.

—¿Qué quieres? El excónsul no ha sido nunca sensible a las prácticas religiosas. Demasiado pragmático para fiarse de los dioses.

—No veo tampoco a Lutacio Cátulo.

—Quizá no se sentía aún con fuerzas para salir.

En el lugar del princeps senatus, en el palco de los Cátulo, estaba Lutacia. Observaba de pie y en silencio, entre Aquilea y su marido Celonio, cómo las vestales arrojaban al Tíber los muñecos de junco.

El ritual era más bien repetitivo. La vestal de turno, envuelta en su túnica inmaculada, tomaba uno de los muñecos y lo elevaba en el aire. Caminaba hasta la

orilla del río, declamaba algunas frases propiciatorias y lo dejaba caer al agua. Un gesto al que acompañaban exclamaciones de júbilo de la multitud, que miraba extasiada cómo el agua se tragaba el muñeco.

—¡Faltan aún tres! —exclamó un hombre a mi espalda.

Me detuve a mirar a Lutacia. Acompañaba con la mirada cada gesto de las vestales, pero no dejaba traslucir sentimiento alguno. Su expresión era impenetrable, de piedra. Su esposo, de vez en cuando, le susurraba algo al oído, pero ella se limitaba a un gesto de asentimiento con la cabeza. Parecía arrobada por la ceremonia, como si no esperase otra cosa desde hacía tiempo.

La vestal encargada del nuevo muñeco era una joven de cabello castaño. Muy baja de estatura, para ganar algunos centímetros, se puso de puntillas antes de dejar caer al agua la figura de junco. No había hecho más que soltarla cuando algo se despegó del muñeco y cayó al río con un gran estruendo.

Un murmullo de disgusto se extendió entre la multitud hacinada a lo largo de los márgenes del Tíber. Entrecerré los ojos incrédulo, convencido de haberme equivocado. Contuve el aliento y me adelanté por instinto para verificar que mi impresión era correcta. Había visto bien. Aunque me parecía todo demasiado absurdo para ser cierto. La corriente estaba arrastrando una cabeza humana.

La vestal dio un salto atrás y se echó a llorar retorciéndose como una maniaca. Varios hombres se echaron al agua en un intento de salvar del río aquella cabeza cortada.

Entre la multitud, se extendió el pánico. Había quien escapaba hacia el centro de la ciudad para alejarse de aquel horror y quien se amontonaba cada vez más a lo largo de la orilla para ver mejor. Los pretorianos intentaron restituir el orden, pero la situación estaba ya fuera de control. Muy pocos estaban dispuestos a retroceder. Algunos grupitos se rebelaron contra la fuerza pública y comenzaron varias trifulcas. El cónsul Pisón gritó a los soldados que guardasen las armas, pero fue en vano. Los enfrentamientos enloquecían, caían al suelo hombres heridos y otros terminaban en el río.

Intenté mantenerme aparte, estudiando la reacción de los políticos en los palcos. Julio César y Marco Craso habían sido los primeros en alejarse, el cónsul Mesala Corvino los había imitado poco después. Lutacia, por el contrario, protegida por Aquilea, se había mezclado entre la multitud hacinada a lo largo de la orilla. Obviamente, la zona más peligrosa.

Mientras, los rumores sobre quién era el propietario de la cabeza cortada se sucedían incontrolados. Había quien juraba haber reconocido a Cicerón, a Pompeyo, a un simple

esclavo... Algunos sostenían que se trataba incluso de una mujer. Al final, un hombre de los que se habían zambullido logró recuperar la cabeza.

—¡La tengo! ¡La tengo! —gritó para atraer la atención general.

—¡Vamos! —exhorté a Antonio.

Juntos corrimos en aquella dirección, listos para abrirnos paso con el gladio en caso necesario. Acercarnos no fue fácil y, cuando conseguimos finalmente penetrar aquel muro de gente, el muerto había sido identificado con certeza.

Se trataba del princeps senatus Lutacio Cátulo.

No podía creerlo. Quise ver la cabeza cortada para aceptar la noticia. Estaba sobre el prado adyacente al puente Sublicio, rodeada de los ojos indiscretos de la gente. No era, la verdad, un bonito espectáculo, pero al menos el agua había lavado la sangre que había manado del cuello.

Junto a lo que quedaba de Cátulo, estaba el cónsul Pisón, que había desplegado su guardia personal en un intento de alejar a los curiosos. Movía desconsolado la cabeza. Se daba cuenta de que un episodio tan cruento durante una fiesta religiosa era un obstáculo irremontable en su carrera política. El fin de su mandato, como el de Mesala Corvino, estaba ya firmado.

Pedí su autorización para examinar la cabeza y, solo tras su consentimiento, me incliné para estudiar los detalles. A Cátulo lo habían decapitado con un golpe limpio de una espada de hoja ancha. Los ojos estaban abiertos de par en par, fijos en el vacío. Había mirado a su asesino a la cara hasta el último instante. Le abrí la boca y mi mayor miedo se confirmó. Bajo la lengua tenía encajada una moneda. No una cualquiera, sino la que yo ya había aprendido a reconocer tan bien. Después de Rabirio, Crisógono, Arquelao, Autronio Peto y Capitón, también Cátulo había sido víctima de la misma mano.

## XXXIX

*M*e acerqué a los esclavos que custodiaban los muñecos de junco. Los últimos dos habían quedado en el suelo en una cesta. Los espíritus de aquellos argei no volverían nunca a su tierra natal.

—¿Quién ha preparado los muñecos para el rito? —pregunté al más viejo.

—Las vestales, como es tradición. Terminaron ayer al anochecer.

—¿Y luego? ¿Dónde han estado guardados?

—En una salita del templo y esta mañana yo mismo los he traído aquí.

—¿Has notado algo extraño?

—No, mi deber era solo traer las cestas al puente Sublicio para el rito.

—¿Había alguien encargado de custodiarlos durante la noche?

—No sabría decirlo, pero lo dudo. Son muñecos de junco, tienen un gran valor simbólico, pero ¿quién iba a tener interés en robarlos? Nadie ha intentado nunca tocarlos.

—Hasta hoy —añadí.

—Ya. Creo que han atado la cabeza del pobre Cátulo al cuello del muñeco con un hilo muy fino. El peso mayor la ha hecho despegarse antes del lanzamiento al agua y las cosas han ido como todos han visto.

La reconstrucción era convincente. El asesino, en el curso de la noche, había encontrado campo libre para atar la cabeza de su última víctima a uno de los muñecos. Su objetivo era el de crear el mayor efecto escenográfico posible y había acertado en la diana. El cuerpo de las partes arrancadas a los cadáveres estaba ya completo. Nariz, orejas, pene, extremidades, lengua y, al final, la cabeza. Era como si los homicidios de las otras víctimas hubiesen sido solo la preparación de este golpe de efecto final: la despedida del hombre más conocido, el princeps senatus.

La llegada de Lutacia fue desgarradora. Apenas la vi, me hice a un lado y me retiré junto a Pisón. La multitud se abrió con un murmullo para dejarla pasar. Ella avanzó despacio, en silencio, seguida de Aquilea. Miraba recto hacia delante y respiraba con

esfuerzo como si estuviese extenuada. Los ojos velados de lágrimas contenían a duras penas el llanto de una hija que ha perdido a su padre.

Lutacia se detuvo cerca de la cabeza cortada y se arrodilló. Las piernas le temblaban de la tensión y, por un momento, tuvo la sensación de que estaba a punto de perder el equilibrio. Acarició una última vez las mejillas de Lutacio y dijo algo como para sí. Cerró los ojos y se enjugó una lágrima que se deslizaba por la mejilla.

—Cónsul Pisón —dijo incisiva—. Supongo que quien se haya deshonrado con este gesto innoble será inmediatamente apresado y ejecutado.

—Por supuesto, ya he dado órdenes al cuestor Callido para que se encargue personalmente del asunto.

Lutacia no esperó la respuesta y se alejó recorriendo la calle en el otro sentido. El cónsul fingió no darse cuenta y se volvió a los curiosos. Con amplios ademanes los invitó a guardar silencio e improvisó un discurso como si estuviese en el foro, en la tribuna de oradores. A él le correspondía la ardua tarea de calmar a la multitud, desolada por aquella serie de crímenes. Estaba más tenso de lo habitual, tendía a comerse las palabras y resultó prolijo y poco eficaz. Se limitó a lugares comunes y estereotipos sobre la capacidad de reaccionar y reponerse del pueblo romano, pero muchos, aburridos, se fueron antes de que terminase de hablar.

Con la mirada seguí a Lutacia hasta que se confundió entre la gente. Se había enfrentado a la muerte del padre con grandísima dignidad. Ni una escena, ni una palabra fuera de lugar. Muchos recordarían en el futuro su compostura.

Numerosos políticos habían seguido el ejemplo del cónsul y, dondequiera que dirigiese la mirada, veía mítines improvisados. Había quien atacaba al Senado, que esperaba demasiado ante una situación gravísima, quien defendía la actuación de los cónsules. Cada uno miraba su propio interés y nadie se preocupaba de la cabeza de Cátulo, abandonada en el prado a merced de la gente. El vaivén de curiosos continuaba impertérrito. Para llegar junto al puente Sublicio, se habían vuelto a generar colas enormes. Parecía casi una peregrinación, todos querían ver al menos una vez lo que quedaba de Cátulo. Algunos curiosos llegaron incluso a arrancarle cabellos para hacerse con un recuerdo del día.

—¡Quitad de ahí esa cabeza! —ordené a un grupito de pretorianos atentos a contener el flujo ininterrumpido de personas—. Llevadla a la domus de los Cátulo y entregádsela a sus esclavos para el rito fúnebre.

—¡Esperad! —retumbó una voz femenina a mi espalda—. También yo quiero disfrutar de la escena.

Me giré y reconocí a Graciana, la primera mujer de Catilina. Había envejecido mucho

desde la última vez que la había visto y, entre la larga melena castaña, se entreveían algunos mechones grises.

Su figura delgada se abrió paso entre la gente, acompañada por una esclava anciana, a la que llevaba del brazo. Se acercó a la cabeza de Cátulo, reunió una porción de saliva y escupió en su dirección.

—Se ha hecho justicia —comentó—. Por fin este asesino ha tenido lo que merecía.

—¿Qué pretendes insinuar? —le pregunté.

—No insinúo, afirmo. Igual que hace veintiún años Cátulo mató a Gratidiano, ahora ha tenido el mismo fin. No siento piedad alguna por él.

Me volvieron a la mente las palabras de Mamurra. Antes de que lo encerrasen, había insistido mucho en el hecho de que muchos habían reconocido a Graciana como la mujer que soliviantaba a la gente en los alrededores del templo de Ma. En aquel momento, no tuve ya ninguna duda. Mamurra tenía razón: Graciana se había disfrazado durante días y había incitado a la muchedumbre a rebelarse contra las atrocidades cometidas por Arquelao y los demás sacerdotes.

Observé con atención a la esclava que la acompañaba. Estaba encorvada, doblada en dos por el peso de los años. Probablemente, se había ocupado de Graciana desde que era una niña. Llevaba una larga túnica ligera, que llegaba al suelo. Me lancé a sus pies, agarré un bajo del vestido y miré el tobillo. Llevaba marcadas a fuego las iniciales MG. Era el mismo tatuaje que había visto en el cadáver de Orbiana.

Tuve una iluminación. Por fin, lo tenía todo claro. En aquel caso, las letras MG no representaban las iniciales de Mario Gémino, como erróneamente había supuesto, sino las de Mario Gratidiano, la más excelente entre las víctimas de la proscripción de Sila.

El tatuaje indicaba que Orbiana, antes de ser vendida a Gémino, había sido esclava de Gratidiano. La prueba definitiva era la esclava que acompañaba a Graciana. La mujer conservaba aún impresa en la piel la marca del extribuno de la plebe, el principal secuaz de Cayo Mario. Después de la muerte de Gratidiano, Graciana debía de haberla heredado con el resto de los bienes del hermano escapados al saqueo de Sila. Graciana, de hecho, no solo había sido la primera mujer de Catilina, sino también la hermana de Mario Gratidiano.

—Cuestor Callido —me reprochó—. ¡Seriedad! ¿Te parece adecuado este modo de comportarte?

—Hacía años que esperabas este momento —afirmé duramente.

Ya estaba seguro de que detrás de aquellas muertes violentas estaba precisamente ella. Recordé también las palabras del guardián del sacellum de la diosa Mania. Nos había contado cómo Catilina oraba a menudo a la diosa porque su esposa era muy



devota de ella. También en aquel caso había cometido un error de identificación, pensando erróneamente en Aurelia Orestila. El guardián, en cambio, se refería a la primera esposa, es decir: Graciana.

—Ya has tenido tu venganza —continuó—. ¿Estás satisfecha?

—Cátulo mató a mi hermano cortándole la cabeza, le han pagado con la misma moneda.

La moneda, o mejor, las monedas eran otra de las claves para la composición definitiva del mosaico. Debía comprobar aún un último detalle.

—¡Prendedla! —ordené a los pretorianos.

—No os atreváis —se reveló Graciana.

—¡Obedeced! Asumo toda la responsabilidad. Esta mujer ha participado en la conjura que ha llevado al asesinato de Lutacio Cátulo y otros cinco ciudadanos romanos antes que él.

Graciana intentó oponer resistencia, pero los soldados no se dejaron conmovir. Bajo la amenaza de las armas, la encadenaron sin dificultad y se la llevaron a la fuerza. Contemplé la escena, pero no sentí satisfacción. Si los hechos habían sido como me imaginaba, ella era solo una pieza marginal.

—Cuestor Callido —oí que me llamaban—, llevo toda la mañana buscándote.

En la confusión, no reconocí la voz. Me di la vuelta y vi como se acercaba el vigiles Aurelio Cotta.

—¿Qué sucede ahora? —pregunté asustado ante la idea de que me dijese que había habido otro muerto.

—Mamilio pide hablar contigo, dice que se ha decidido a contar la verdad.

—Ahora no —respondí—. Iré al Tullianum en cuanto me sea posible.

Me fui sin despedirme. A lo lejos, había divisado a mi padre y no quería perderlo de vista. Tenía la necesidad urgente de hablar con él. Estaba con Censo y caminaba rápido hacia el puente Sublicio. Como Cicerón, no había sido nunca sensible a las cuestiones religiosas y, por lo tanto, indiferente a la fiesta de las Lemuralia, había salido de casa solo después de haberse enterado de la trágica muerte de Cátulo.

—¿Es cierto? —me preguntó apenas nos encontramos.

—Por desgracia, sí.

—Tuvimos desavenencias en el pasado, pero era, aun así, amigo. ¿Puedo verlo?

—No, he hecho que se llevaran la cabeza. No había quedado mucho de él.

—¿La misma mano que los otros?

—Estoy seguro.

—Tienes que detener a ese asesino, hijo mío.

—Censo te mostró ayer unas monedas —fui al grano—. ¿Qué me puedes decir de ellas?

—¿Te parece el momento? Acaban de asesinar a Lutacio Cátulo y tú te preocupas por unas monedas retiradas de la circulación.

Extraje del cinturón la *saccula* que llevaba atada a él. Metí la mano y saqué una moneda.

—¿Ves esta? La he encontrado en la boca de Cátulo: la dejó el asesino. Es una especie de firma.

Espurio me la quitó y le dio vueltas entre los dedos. Luego asintió.

—Es igual que las que me enseñó Censo —explicó—. Se trata de un viejo cuño, puesto en circulación por Livio Druso mucho antes de la dictadura de Sila. Lo retiraron del comercio hace unos veinte o treinta años, como consecuencia de una reforma monetaria llevada a cabo por el tribuno de la plebe...

—Mario Gratidiano —me adelanté.

—Sí, justo él. Fue un edicto histórico. Retirar las monedas de Druso constituyó solo una pequeña parte de las medidas. La reforma atañía más en general al control de la monetización por parte del Estado. Produjo resultados grandiosos, casi inesperados, al principio. En particular, redujo notablemente las deudas privadas favoreciendo a las clases más bajas. El edicto fue el resultado de un acto colectivo, pero Gratidiano se apuntó el tanto solo y la plebe lo llevó a hombros como a un gran general. Le concedieron honores casi divinos. Hasta la fiesta de las *Compitalia* se la dedicaron aquel año a él, algo que nunca se había hecho en el pasado, y se corrió la voz de que era nada menos que hijo de la diosa Mania. En toda Roma, se erigieron estatuas que lo representaban, y ante ellas se quemaban cirios e incienso.

—¿Recuerdas su muerte? He oído contar que fue la más violenta de entre las de los proscritos.

—¿Cómo olvidarla? Su ejecución fue un gran escándalo porque se trataba de un sobrino de Cayo Mario, hijo de su hermana, adoptado después por otro hermano para que tomase el nombre de la gens. Cuando comenzó su aventura política, de hecho, no se presentaba simplemente como Mario Gratidiano, sino como Marco Mario Gratidiano.

Mi padre explicó que diversos rumores se habían extendido tanto que era difícil reconstruir con certeza cómo se habían desarrollado realmente los hechos. Gratidiano había estado entre los primeros en terminar en las listas de proscripción, pero, vista su influencia sobre la plebe, nadie tenía el valor de tocarlo por temor a desencadenar una nueva guerra civil. Según la tradición más digna de crédito, después de la derrota en la

batalla de Puerta Colina, Gratidiano había encontrado refugio en un redil. Hasta allí lo había perseguido Catilina, que lo había capturado y arrastrado hasta el Janículo. Durante aquel trayecto, lo habían tratado como al peor de los prisioneros de guerra, los viandantes lo habían golpeado con varas y el séquito que lo seguía lo había humillado. Su ejecución había sido espectacular y se había hablado de ella durante días y días, pues muchos la compararon, por su brutalidad, con un sacrificio humano. Habían torturado a Gratidiano durante horas y lo habían ejecutado numerosos verdugos.

—¿Numerosos? —pregunté.

—Sí, Cicerón, durante uno de sus discursos, señaló con el dedo solo a Catilina, pero muchos juran que los que lo asesinaron fueron al menos otras cinco o seis personas que quedaron en el anonimato. A Gratidiano lo privaron de sus vestiduras, lo vejaron y lo mutilaron sistemáticamente haciéndole sufrir las más atroces de las penas. Fue una operación larguísima. Cada vez que se desmayaba por el dolor, sus torturadores esperaban que recobrase el sentido para comenzar de nuevo a ensañarse. Le arrancaron las extremidades, le cortaron las orejas, la nariz, la lengua y también los genitales. Solo al final, como golpe de gracia, lo decapitaron. Catilina cogió la cabeza cortada y se la ofreció a Sila en el Capitolino. Según Cicerón, fue él quien lo mató; aunque otros sostienen que el último golpe lo asestó Lutacio Cátulo. El princeps senatus se la tenía jurada a Gratidiano desde que, años antes, cuando parecía que Cayo Mario estaba a punto de ganar la guerra civil contra Sila, Gratidiano había obligado a Lutacio Cátulo padre a suicidarse. Cátulo había clamado venganza incluso públicamente y, según los bien informados, participó en persona en su ejecución. No es casualidad que a Gratidiano lo matasen en un punto preciso del Janículo, sobre la tumba de la familia de los Cátulo.

—¿Y los otros verdugos? —pregunté.

—Los nombres que circularon fueron muchísimos, pero no se supo nunca con exactitud quiénes habían sido en realidad.

Yo, por el contrario, no tenía ya ninguna duda: además de Catilina y Cátulo, quienes habían asesinado a Gratidiano habían sido Rabirio, Crisógono, Arquelao, Autronio Peto y Capitón.

## XL

—¿Se te ha soltado la lengua?

—Tengo hambre, tengo sed, pero sobre todo quiero irme de aquí lo antes posible, así que te diré lo que quieras.

No había sido una noche en el Tullianum lo que había convencido a Mamilio de colaborar. La noticia de la muerte de Lutacio Cátulo había cambiado las reglas del juego. Desaparecida la posibilidad de chantajear al princeps senatus, la única opción que le quedaba era llegar a un acuerdo conmigo, con la esperanza de que le concediese la libertad.

—Lástima que yo ya no tenga interés en escucharte —dije dándole la espalda.

Lo observaba de refilón en el reflejo de la luz que iluminaba débilmente su celda, un espacio estrecho, húmedo y sofocante. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Sacudía la cabeza, seguro de sí.

—Te equivocas, tengo otras cosas interesantes que contar —añadió.

—Eso tendré que decidirlo yo.

—No te hagas el duro, cuestor. Si has venido a este agujero bajo tierra, es porque quieres escucharme. Prométeme que me dejarás salir de aquí y seremos grandes amigos.

Me giré de pronto. Con un gesto fulminante lo agarré del cuello con ambas manos y lo levanté en vilo. Intentó desasirse refunfuñando, pero mantuve bien firme la presa.

—Nosotros no somos ni seremos nunca amigos —exclamé—. Deja que te explique cómo están las cosas: tenías que haber hablado ayer; hoy lo que quieres decirme ya no cuenta, porque el hombre al que querías chantajear y con quien has hecho negocios está muerto. Como ves, no tienes mucho que ofrecer, así que habla sin poner condiciones y luego decidiré yo si sales o dejas que te pudras aquí.

Lo empujé contra el suelo y me di la vuelta para irme.

—Tú eliges —concluí.

—Fui yo quien mató a la esclava —dijo Mamilio pasándose las manos por el cuello para reactivar del todo la circulación—. Lo hice por cuenta de Lutacio Cátulo, quien, a

cambio, me pagó generosamente.

—¿Sabías quién era?

—Una esclava impertinente. Cátulo no especificó nada más y yo no pregunté. Para mí no suponía una diferencia. La seguí durante todo un día para elegir el momento adecuado. Fue divertido: se dio cuenta y se daba la vuelta de continuo aterrorizada para controlar que seguía allí. Pobrecilla, intentó esconderse en un redil, pero se encerró ella sola en la trampa. Encontrarla y matarla fue un juego de niños para mí.

—¿Cátulo te había dado indicaciones particulares? Por ejemplo, ¿sobre el modo de matarla?

—Al principio, me pidió que la asesinara en el Janículo, sobre la tumba de la familia de los Cátulo, como había hecho con su amante hacía muchos años. Pero lo pensó mejor y me ordenó solo que me diese prisa: lo importante era verla por fin muerta. Le había causado demasiados dolores de cabeza. Especificó que era algo para lo que había esperado demasiado, y añadió que ella y la sangre de su sangre tendrían que haber sido eliminadas. Pero que él, en cambio, había cometido el grave error de cultivar la semilla.

—La idea de esconder el cadáver en los horti de Cátulo ¿fue tuya o suya?

—Mía, él no lo supo nunca.

—Cuando la enterraste, ¿pensabas ya en chantajearlo?

—No, solo pensé que los horti eran un lugar seguro para hacer desaparecer el cuerpo. La idea del chantaje me vino mientras estaba con Aurelia Orestila. Después de uno de nuestros encuentros, me contó que, en los últimos tiempos, Cátulo estaba cada vez más tenso y nervioso, como si algo lo estuviese atormentando. El episodio de la estatua de Catilina me impulsó a actuar. Cátulo parecía de verdad aterrorizado al reconocerme. No lo había visto nunca en aquellas condiciones. Creí que era la muerte de esa mujer lo que lo trastornaba y decidí ganar algo más con ella chantajeándolo.

—¿Por qué lo amenazabas en la carta con hablar con Lutacia? —pregunté—. Soy yo el responsable de las investigaciones, habrías generado más inquietud nombrándome a mí.

—Cátulo no te tenía miedo. Su temor más grande era que Lutacia descubriese lo que me había ordenado hacer.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Me lo dijo él. Después de haber matado a la mujer, una noche me presenté en su casa para cobrar. Había bebido y estaba desesperado. Necesitaba dinero, las deudas de juego me estaban ahogando y le ordené que me pagase de inmediato. Cátulo se puso hecho una furia, llegó a amenazarme con matarme si volvía a verme en su domus. En aquel momento, tenía alojada a su hija y ella no podía enterarse de sus asuntos. Dio la

impresión de enloquecer ante el mero pensamiento de que Lutacia pudiese escuchar nuestra conversación y descubrir algo sobre su relación con aquella esclava.

—Para hacer más eficaz el chantaje, sin embargo, te hacía falta un elemento que relacionase concretamente a Orbiana y a Cátulo —añadí—. Te acordaste de un anillo que habías robado en casa del princeps senatus durante una de tus visitas amorosas y que habías vendido a Yano. Lo recuperaste a la fuerza y lo escondiste en el dedo del cadáver que habías enterrado en los horti. ¿A quién pertenecía la joya? ¿A Aurelia Orestila? ¿A Cátulo?

—No, no robé el anillo en casa de Cátulo. Tu reconstrucción es correcta salvo por un aspecto. El anillo se lo quité a la mujer que había asesinado. Lo empeñé el mismo día para ganar algo más. Cátulo no me había hablado de recuperar una joya con el sello de su familia y yo me guardé muy mucho de decirle que lo había encontrado. Solo después, cuando decidí el camino del chantaje, pensé que un anillo con el sello de los Cátulo podía relacionarlo con el homicidio, así que la noche pasada lo devolví a su legítima propietaria.

En la domus de Cátulo, los libitinarii estaban preparando el lecho fúnebre. No se había encontrado el cuerpo del princeps senatus y, por tanto, intentaban colocar la cabeza pescada del Tíber sobre el busto de una estatua. Vigilaba el trabajo Elio Celonio, que se comportaba ya como nuevo señor de la casa, impartiendo órdenes a quien tuviese delante.

Antonio y yo hincamos la rodilla ante él, declarándonos afligidos por aquella muerte violenta.

—Roma pierde a un hombre excepcional —comentó Celonio, representando el papel del yerno destrozado—. En los años venideros, no nacerá un político de su calidad.

—Estoy convencido —fui al grano—. Estamos aquí para ayudar a tu familia en este difícil momento. Antonio te ayudará a preparar la expositio fúnebre o a escoger las plañideras. Yo, entretanto, querría hablar con tu esposa Lutacia.

—Me temo que será imposible —respondió—. Se ha encerrado en su cubículo y ha dicho que no quiere ver a nadie. No la recuerdo nunca tan turbada.

—Entiendo su duelo, pero estoy seguro de que conmigo hará una excepción. Tengo importantes noticias que referirle sobre la muerte de su padre.

—Bien, me las puedes contar a mí. Ahora soy el pater familias.

—No quiero subestimar tu papel, Celonio, pero antes de hacer pública la información que tengo me parece más oportuno hablar con la hija de la víctima. Sé quién es el asesino y cuento con prenderlo hoy mismo.

—Sea, pues —concluyó—. Seguidme.

Irguió los hombros para reafirmar su superioridad y nos acompañó a ver a Lutacia.

La encontramos sentada en la cama con las manos juntas. Miraba fijamente la pared, conteniendo con esfuerzo las lágrimas. Tenía la melena negra suelta sobre los hombros en señal de luto. No llevaba ni una gota de maquillaje, el rostro era de una palidez insólita y la rojez en torno a los ojos daba testimonio de que había llorado mucho.

Me saludó con un leve gesto de la cabeza. Antonio y Celonio se quedaron de pie detrás de mí. Yo me senté en un escabel frente a ella y la tomé de las manos. Las apreté entre las mías y las sentí muy frías.

—Esperaba tanto que vinieses —me dijo con un hilo de voz.

—Aquí estoy —respondí.

—Lo que le ha sucedido a mi padre es terrible. ¿Quién puede ser tan cruel para hacer algo así?

—El mismo de siempre. El asesino que estamos buscando.

—¿Estás seguro?

—En la boca de Cátulo he encontrado la moneda habitual. Un elemento que acerca su muerte a la de los otros. Durante días hemos creído que el asesino era una especie de justiciero que castigaba a sus víctimas por las acciones impías que habían cometido en vida. En realidad, se estaba simplemente vengando. Rabirio, Crisógono, Arquelao, Autronio Peto, Capitón y también tu padre han sido asesinados por haber participado, hace veintiún años, en el homicidio de Mario Gratidiano, el más brutal de los perpetrados como consecuencia de la proscripción de Sila.

—Sigue —me exhortó con voz nuevamente decidida—. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Ha sido Graciana quien me ha hecho reflexionar. No ha conseguido contener su odio por tu padre y, ante su cabeza decapitada, ha afirmado que Cátulo había recibido lo que merecía. Igual que él había decapitado a Gratidiano, ahora le había tocado el mismo fin.

—Pero entonces...

—Sí, Mamurra tenía razón cuando sostenía que la mujer que instigaba a la multitud contra los sacerdotes ante el templo era Graciana. Nosotros la habíamos identificado solo como la primera esposa de Catilina, pero era también la hermana de Gratidiano.

—No me lo puedo creer —intervino Celonio—. Siempre la he visto como una mujer mediocre.

—Y, sin embargo, era una serpiente que incubaba saña y sed de sangre —añadí—. Hace veintiséis años, cuando parecía que Mario iba a vencer a Sila, Gratidiano, que pertenecía a la facción mariana, obligó al excónsul Lutacio Cátulo, es decir, tu abuelo, a

suicidarse. Con la victoria de Sila, los papeles se invirtieron, y tu padre se vengó a lo grande. Humillaron y mataron a Gratidiano en el Janículo, justo sobre la tumba de tu familia. Fue torturado y mutilado durante horas siguiendo un ritual preciso, tanto, que en la ciudad se habló incluso de sacrificio humano. Se trató probablemente, en realidad, de eso, uno de los últimos sacrificios celebrados por Arquelao. Cada uno de los verdugos lo privó de una parte del cuerpo: Rabirio le arrancó la nariz, Crisógono las orejas, Capitón la lengua, Arquelao los genitales, Autronio Peto las extremidades, Catilina los ojos y, por fin, Cátulo le asestó el golpe de gracia decapitándolo.

—De manera que el asesino ha devuelto a cada uno de ellos el dolor que había infligido a Gratidiano, replicando la mutilación antes de asesinarlos... —comentó Lutacia.

—No solo eso, el asesino no se ha limitado a matar, quería que los otros entendiesen por qué había matado. Por los «otros» no quiero decir nosotros, que estábamos investigando, sino las siguientes víctimas. Antes de ejecutarlos quería asustarlos, torturar su espíritu y su mente haciéndolos sentir el peso de la culpa y el miedo. He ahí el motivo de las mutilaciones y de la puesta en escena en cada cadáver: el cerdo al que ataron a Arquelao, los dulces de miel, la lana, las ramitas de laurel, todas pistas que debían hacer pensar a quien se había mancillado con aquel grave crimen, primero en las Compitalia y luego en Gratidiano. A él, de hecho, le dedicaron la celebración más grandiosa de esas fiestas que Roma recuerda. Sin olvidar las monedas dejadas en la boca de las víctimas. También eso era un gesto simbólico relacionado con Gratidiano. Las monedas pertenecían todas a una acuñación retirada de la circulación hace muchos años, tras la reforma monetaria llevada a cabo precisamente por él, entonces tribuno de la plebe. Aquella reforma tuvo tal éxito que el pueblo llegó a venerarlo, identificándolo incluso como hijo de la diosa Mania. Lo que desvela también el motivo por el que, sobre cada cadáver, el asesino dejaba una representación de la diosa.

—Es una reconstrucción increíble. ¿Cómo has llegado a ella?

—Siempre hemos tenido todos los elementos ante nuestros ojos. Bastaba encontrar la clave de lectura adecuada para relacionarlos y llegar a la conclusión.

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué actuar después de tanto tiempo? Gratidiano murió hace ya...

—Veintiún años —me adelanté.

—¿Por qué Graciana no se vengó antes?

—Sencillamente, porque no ha sido ella.

—Habías dicho...

—Solo que había azuzado a la multitud, no que haya matado a nadie.



—Entonces, ¿quién ha sido?

—Otro pariente directo, cuya existencia nadie conocía.

—Volvemos al punto de antes —rebatíó testaruda Lutacia—. ¿Por qué esperar tanto?

—Ha habido un desencadenante. Una esclava de Gratidiano llamada Orbiana, que tuvo con él una relación. De aquella relación nació una niña que no conoció a sus padres y fue adoptada por otra familia, sin saber la verdad sobre sus orígenes. Gratidiano, de hecho, fue asesinado poco después, mientras que Orbiana logró salvarse solo por la ambición del hombre que debía asesinarla, un centurión llamado Capitón, que para ganar un sobresueldo prefirió venderla como esclava a Mario Gémino. Después de muchos años pasados en Pozzuoli, en la domus de su amo, Orbiana logró la libertad y volvió a Roma con el intento de reunirse, esta vez definitivamente, con la hija. Madre e hija se habían encontrado por casualidad en la villa de Gémino y Orbiana había podido, por fin, revelarle la identidad de su verdadero padre. La estancia de Orbiana en Roma, sin embargo, duró poco. Cátulo volvió a inmiscuirse, pagando al gladiador Mamilio para que la asesinase. No imaginaba que su muerte iba a provocar la serie de crímenes que hemos estado investigando.

—Entonces, ha sido esa hija misteriosa la que ha urdido la conspiración para vengar a Gratidiano.

—Estoy seguro.

—Tenemos que encontrarla enseguida —exclamó Lutacia—. ¿Tienes idea de quién puede ser?

—Creía que me lo dirías tú —repliqué.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Qué sentiste al descubrir que eras hija de Orbiana y Gratidiano?

## XLI

—¿Qué dices? —preguntó Celonio desconcertado—. Lutacia, ¿de qué habla?

—¡Está delirando! —comentó Lutacia.

—No lo creo —contesté—. Eres la hija de Gratidiano y Orbiana, adoptada por Cátulo como última humillación hacia su enemigo, obligar a la sangre de su sangre a quererlo como un padre. Ha entendido demasiado tarde el error que había cometido. En vez de eliminar la semilla de Gratidiano, la ha cultivado.

Lutacia se tapó los ojos con las manos y rompió a reír.

—¿Cómo puedes creer semejante cosa? —preguntó.

—No lo creo, estoy seguro —afirmé.

Mis palabras la hicieron ponerse seria. Su expresión se endureció. Se le puso la cara púrpura de ira y me miró directamente a los ojos, casi desafiándome.

—No te permito que vengas a mi casa en un día de luto a enfangar nuestro nombre —insistió Celonio señalándome con el dedo.

—¡Cállate! —exclamé mientras Antonio lo hacía retroceder de un empujón.

—Mi esposo tiene razón —dijo Lutacia—. Exijo que te disculpes.

—Es inútil que representes el papel de hija afligida. Has sido tú quien ha asesinado a Cátulo, igual que a los demás.

Miró al techo, luego negó con la cabeza fingiendo estar desconsolada.

—No puedo creer que me estés acusando de verdad —dijo cambiando de táctica—. No después de lo que hemos pasado estos días juntos. De lo que ha habido entre nosotros.

Mientras hablaba, deslizó la mano a lo largo de la estola que llevaba puesta y apretó algo. De furtivos, sus movimientos pasaron a ser rápidos. Se puso de pie de un salto e intentó atacarme. Su gesto fue veloz, pero no lo suficiente para no encontrarme preparado. Paré el golpe con el codo y, solo después, me di cuenta de que empuñaba un cuchillo. Le apreté la muñeca y la golpeé contra la pared hasta que soltó la daga.

—¿Estáis locos? ¿Qué está pasando? —chilló Celonio presa del pánico.

—¡Llévatelo fuera! —ordené a Antonio—. Aquí solo corre el peligro de hacerse daño.

—¡No! ¡No! —se opuso Celonio enfurecido.

Antonio mantuvo la calma. Lo aturdió con una patada bien dada en los genitales y lo arrastró hasta el corredor.

Lutacia aprovechó mi distracción para liberarse. Me atacó con un golpe del hombro y me obligó a retroceder. Comenzó con un rodillazo, pero me aparté rápidamente y le bloqueé la pierna contra el costado inmovilizándola. Antes de que pudiese iniciar una nueva ofensiva, me anticipé y le propiné un cabezazo en la frente. La agarré por la nuca y la tiré al suelo. Volvió a levantarse enseguida, pero también en esa ocasión fui más rápido. Con un empujón, la puse de espaldas contra la pared y pasé al contrataque. La había visto luchar en el Tullianum y sabía que no podía descubrir el costado o me vencería. La golpeé con una tanda de puñetazos rapidísimos cambiando de blanco cada vez. Primero, apunté al estómago para dejarla sin aliento, luego, a la cara para el golpe final. Concluí con un codazo en la sien, que la hizo girar sobre sí misma.

Intentó apoyarse en la cama, pero perdió el equilibrio y dio de nuevo en el suelo. Se volvió hacia mí, limpiándose un hilo de sangre que le caía de la nariz.

—¿Va todo bien? —me preguntó Antonio, volviendo a entrar en el cubículo.

Asentí sin despegar los ojos de Lutacia, que jadeaba en el suelo como un animal herido.

—Perdona si no te he sido de ayuda —continuó Antonio—. Celonio no quería estar callado, y me ha costado más de lo que imaginaba atarlo y amordazarlo antes de que consiguiese pedir ayuda.

—No te preocupes —respondí intentando no ahogarme—. Me las he apañado bien solo.

—¿Te enorgulleces de tu logro? —me preguntó Lutacia despectiva—. Se ha hecho justicia: has encontrado a tu culpable. Pero ¿qué sientes sabiendo que me has tenido siempre al lado y no has podido detenerme?

—Has sido muy hábil —admití.

—He tardado meses en planificar cada movimiento y más meses en ponerlos todos en práctica.

—Habías conseguido despistarme, pero has cometido algunos errores. El último, la otra noche, cuando fingiste el envenenamiento. Fue entonces cuando comencé a sospechar. Al principio, mordí el anzuelo de tu escenita, pero luego reflexioné con la mente lúcida. En la sala no había ningún asesino plausible. Aurelia Orestila es demasiado estúpida incluso para pensar en envenenar el vino, Mamurra no tenía ninguna razón válida para asesinarte, mucho menos Cefea. Tú, sin embargo, tenías un motivo perfecto para esa puesta en escena. La enésima de tu plan. Ateyo Capitón era tu próxima víctima, pero había puesto en peligro tu juego y había intentado adelantarse a

ti poniéndose en contacto conmigo. No podías aceptar que hablase con él y te viste obligada a improvisar para empujarme a echarlo. Fingiste una indisposición después de haber bebido y Aquilea te secundó tirando el vino al suelo, antes de que yo pudiese examinarlo. Las dos estabais conchabadas desde el principio; de hecho, ella se encargó de mantenerme ocupado esa noche, así tú tuviste vía libre para salir a hurtadillas de la domus y matar a Capitón. Dime la verdad, ¿fue Orbiana la que te puso en contacto con Aquilea?

—Sí, cuando volví de Pozzuoli fui a buscarla a su escuela. Orbiana le había salvado la vida hacía varios años y estaba segura de que Aquilea me serviría con gran fidelidad cuando supiese que era mi madre.

—¿Cómo tuviste la certeza de que lo era de verdad?

—Al principio, no podía creerlo. Es duro descubrir y aceptar que tu madre era una esclava después de haber crecido con un padre adoptivo importante como Cátulo. Orbiana, sin embargo, me ha contado algunos detalles que no habría podido conocer si no me hubiese visto cuando era una niña, como que tengo una cicatriz detrás de la oreja, que me hice de recién nacida, o un antojo a la altura del pubis. Cuando volví de Pozzuoli, pregunté también a Graciana, y ella me confirmó que Gratidiano, poco antes de morir, había tenido una hija con una de sus esclavas. Habían perdido el rastro de la niña y ella creía que la había matado Catilina. Cuando le revelé quién era yo realmente, no fue difícil convencerla para tomar parte en mi venganza.

—Orbiana fue tu talón de Aquiles. Tuve la certeza de que eras culpable cuando descubrí que no solo se la habías comprado a Gémino, sino que también la habías manumitido y hecho liberta. Por no hablar del error mayúsculo que cometiste dándole el anillo con el sello de los Cátulo que llevaba cuando Mamilio la mató.

—Me pareció lo mínimo después de todo el sufrimiento que había padecido. Un gesto para hacerla sentir parte de mi familia. Fantaseé durante toda la infancia sobre quiénes serían realmente mis padres y, cuando por fin encontré a mi madre, quería que no le faltase nada. Pero Orbiana exageró. No le bastaba haberme encontrado y haberme contado la verdad, exigía que Cátulo asumiese sus responsabilidades y admitiese ante mí haber asesinado a Gratidiano. Una vez, incluso se presentó en la domus con la intención de hablar con él. Cátulo aceptó recibirla, pero negó las acusaciones, sosteniendo que me había encontrado ante la puerta de su domus. Según él, movido por la compasión, había decidido adoptarme. Orbiana intentó de todas las formas posibles mellar su coraza con palabras, pero no hubo nada que hacer y poco tiempo después desapareció para siempre. No supe nada de ella durante varios días y no me

fue difícil entender lo que había sucedido. Fue en ese momento cuando decidí no seguir indiferente y acelerar los tiempos de mi venganza.

—Puedo entender lo de los otros —objeté—, pero ¿cómo has podido matar con tanta violencia al hombre que te adoptó y te crio como a una hija?

—Merecía el peor fin de todos. Lo has dicho incluso tú. No se limitó a asesinar a Gratidiano. También quiso humillarlo después de muerto, obligando a su hija a quererlo como a un padre. De un solo golpe, le quitó la vida y el más querido de los afectos.

—Ha sido un plan genial. Cada detalle estaba estudiado hasta los mínimos promenores. Sedujiste a Rabirio convirtiéndote en su amante. Le hiciste perder literalmente la cabeza, tanto que prefería la idea de morir a no acudir a un encuentro contigo. Hiciste de él un muñeco en tus manos, que manipulaste para convencer a Autronio Peto de volver a Roma a hurtadillas. Y conseguiste, con ello, un doble resultado: traer de nuevo a una de las víctimas designadas a la ciudad y salvar la vida de Rabirio para poderlo matar con tus propias manos. Imagino que fuiste tú misma la que le dictó las cartas que escribía a Autronio; le explicaste que, para evitar la pena de muerte, necesitaba la defensa de los dos mejores oradores de la ciudad. Le animaste a hablar de una nueva conjura para que Autronio picase y Rabirio tuviese un motivo para pedir el apoyo de Cicerón.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho?

—Entre tus objetivos, ya habían matado a Catilina fuera del ritual que habías estudiado. No podías arriesgarte a que condenasen a muerte a Rabirio por perduellio, así que aprovechaste su intercambio epistolar con Autronio para que consiguiese convencer a Cicerón de que lo defendiera. Te bastó que Cicerón oliese el aroma de una nueva conspiración para que representase el papel que habías previsto para él, implicando a Hortalo en la defensa de Rabirio y consiguiendo que lo absolviesen a cambio de la promesa de ayudarlo a inculpar a Autronio Peto y a los demás conjurados hipotéticos. Han sido precisamente esas cartas las que te han traicionado: tenías miedo de que yo no las descubriese y me las entregaste tú misma. Sabías precisamente dónde buscar y las encontraste enseguida, incluso demasiado deprisa para una persona que entraba en aquella casa por primera vez.

—Continúa...

—Entretanto, con la ayuda de Aquilea, prendiste fuego a los edificios de Crisógono en Suburra. Primero lo dejaste en la miseria, luego le prestaste dinero para animarlo a rechazar la oferta de adquisición de lo que quedaba de los edificios que le haría Marco Craso. Así te ganaste su confianza y, la noche que te presentaste en su casa para

asesinarlo, te dejó entrar, sin imaginar la suerte que le tocaría. Me sorprendí cuando el hermano de Crisógono te dirigió aquella extraña mirada inquisitoria. Él sabía que eras tú la acreedora y aquella mirada era una acusación velada.

—Habría tenido que tomarla más bien con el hermano: era un débil —comentó Lutacia—. Lloró como un niño suplicándome que no lo matase.

—Con la muerte de Crisógono, tu plan iba a todo ritmo, pero las primeras dos víctimas eran también las más sencillas. Uno era tu amante, el otro vivía solo. Para asesinar a Autronio Peto, sin embargo, tuviste que eludir la vigilancia de Antonio y de Mamurra que había organizado Cicerón. También en este caso jugaste con astucia: esperaste a que Mamurra, el menos listo, se quedase solo, y lo distrajiste con unos acróbatas. Mientras él, ignorante, disfrutaba del espectáculo, tú pudiste actuar sin ser molestada. Mucho más arduo fue llegar a Arquelao. El sumo sacerdote no salía nunca del templo y no recibía a nadie sin sus secuaces alrededor. En ese caso, tu movimiento fue excelente. La noticia de los dos muertos mutilados había desencadenado ya el pánico en la ciudad, hiciste circular el rumor de que se trataba de sacrificios humanos y, apoyándote en el miedo del pueblo, azuzaste a la plaza en contra de los sacerdotes de Ma, acusados ya en el pasado de tal práctica. Es donde entró en juego Graciana que, durante días, se había apostado frente al templo a instigar a la multitud. Una vez, llevaba una peluca rubia y declaraba que habían asesinado a su hermano en un sacrificio. Otra, era morena y afirmaba que había perdido a su esposo. Aún otra, era la pérdida del hijo, consciente de que en Roma los ánimos se calientan con facilidad. Era solo cuestión de tiempo, sabías que tarde o temprano algún alborotador explotaría y guiaría la revuelta contra el templo. Cuando sucedió, Arquelao tenía solo una vía de escape para evitar que lo matasen, huir por el pasadizo secreto usado por Cefea para salir del templo sin que su padre lo supiese. Probablemente, ya habías descubierto su existencia semanas antes, así que Arquelao encontró a Aquilea esperándolo. Es una gran luchadora, pero esperar no le gusta. Se descuidó y una de las correas de cuero con los que aprieta los músculos de los brazos quedó prendida en una rama. Cefea la encontró en el suelo cuando me mostró el pasadizo. Era de Aquilea: la noche en la que me desafié a duelo para distraerme, se puso dos iguales.

—Estoy impresionada —comentó Lutacia—. Estás demostrando merecer tu apelativo de Callidus, eres realmente sagaz, como sostiene Pompeyo.

—Luego fue el turno de Catilina o, mejor dicho, de su estatua. Con él has sido codiciosa, no te bastaba castigar a los que estaban aún vivos, pretendías que todos supiesen que también Catilina estaba relacionado con el asunto.

—Junto con Cátulo, fue el principal ejecutor, no podía dejarlo fuera.

—Y aprovechaste ya para asustar a Aurelia Orestila, mientras estaba con su amante Mamilio, el hombre que había matado a tu madre, Orbiana. Pero eso quizá no lo sabías, o habrías actuado de otra forma y Mamilio no estaría ya vivo.

La mueca de contrariedad que apareció en el rostro de Lutacia me permitió comprobar que había acertado, ignoraba quién era realmente Mamilio. Para ella se trataba solamente del amante de Aurelia Orestila. Por eso no se había ofrecido a acompañarme a los horti de Cátulo, no sospechaba que encontraríamos un cadáver.

—Catilina fue tu gran error —continué—. Su «evocación» me permitió, por un lado, descubrir los turbios asuntos de Cátulo y Mamilio; por otro, me mostró la historia desde un plano distinto. Atacar a un muerto demostraba una intención concreta, algo que iba más allá de un castigo genérico que, como habíamos supuesto, el asesino infligía a sus víctimas. Relacionaba los crímenes con un episodio preciso: la muerte de Gratidiano, de la que había participado también Catilina. Para completar tu plan en ese momento te faltaban solo dos piezas: Capitón y Cátulo. Con Capitón tuviste que darte prisa, pero acercarte a él fue fácil. En la ciudad todos sabían que me estabas ayudando en la investigación y, cuando te presentaste ante él y le dijiste que te enviaba yo, te dejó entrar sin sospechar nada. En el fondo, solo unas horas antes había sido Capitón quien me había buscado a mí, inconsciente de haber acelerado su fin.

—Dulcis in fundo, Lutacio Cátulo, el hombre al que llamaba padre...

—Con él has dado fin a tu plan y creado un gran escándalo con un toque dramático. En Roma se hablará durante años de la cabeza cortada atada a un muñeco de junco durante las lemuralia. Quién sabe lo satisfecha que te sientes de ti misma... —concluí con un punto de ironía.

—Menos de lo que había imaginado. El miedo y el ansia de estos días habían desfondado de tal forma a Cátulo que ni siquiera opuso resistencia. Cuando entendió mis intenciones, se entregó a su destino, pidiéndome solo que me diese prisa. Lástima para ti, no sabrá nunca que al final has cumplido la misión que te había encargado. Has descubierto la maquinación tras los homicidios, pero no has conseguido salvarle la vida.

—He llegado a tiempo de encarcelarte —dije—. Vamos, los calabozos del Tullianum te esperan.

—No estaría yo tan segura —concluyó.

De un cinto escondido bajo la estola sacó otra daga. Instintivamente, crucé los brazos para parar un golpe que no llegó. Antes de que lograrse detenerla, Lutacia se atravesó el pecho y cayó al suelo, como muerta.

## XLII

*M*e precipité sobre Lutacia y le agarré la muñeca. Aún tenía pulso, pero era muy débil. Tenía los ojos abiertos y respiraba con esfuerzo. Abrió la boca para decir algo, pero no tuvo tiempo. Las pupilas se desplazaron hacia arriba y se quedó mirando el vacío.

—¿Pedimos ayuda? —preguntó Antonio detrás de mí.

—Demasiado tarde —dije afligido.

Saqué de la *saccula* que llevaba a la cintura una de las monedas de Druso. Separé los labios de Lutacia y la metí bajo la lengua. Era como si Gratidiano, a punto de morir, hubiese lanzado una maldición a sus verdugos, que habían caído víctimas uno tras otro. Lutacia se había mancillado con el mismo crimen y había muerto como ellos, como consecuencia de un acto que se remontaba a hacía más de veinte años. Ella, a su manera, había sido protagonista y víctima al mismo tiempo, cegada por una sed de venganza que había demostrado ser fatal. Su fin no había sido mejor que los de Rabirio o Crisógono. Merecía ser equiparada a los demás y presentarse al barquero del Hades con una moneda retirada de la circulación hacía más de dos décadas.

—¿Voy a soltar a Celonio? —me preguntó Antonio.

—No, ordena a un esclavo que llame a los *lictors* para que se lleven el cuerpo. Tú quédate aquí a esperarlos. Tengo que irme.

—¿Qué vas a hacer?

—Escribir definitivamente la palabra «fin» de esta historia.

Antonio comprendió mis intenciones y no intentó detenerme. Se limitó a mirarme con respeto y se dio dos golpes de puño contra el pecho, saludándome como un legionario a su superior. Negué con la cabeza para disentir. Alargué el antebrazo, lo acerqué al suyo y le apreté la muñeca. Aquel era el justo saludo entre nosotros, el saludo entre iguales.

Salí sin añadir nada más. El deber que me esperaba era oneroso, pero no podía ni delegarlo ni eximirme. Con el suicidio de Lutacia y el prendimiento de Graciana, había aún una persona que debía rendir cuentas.



Aquilea.

Tenía sentimientos encontrados hacia ella. Si cerraba los ojos, me volvían a la mente los recuerdos de la noche que habíamos pasado juntos. Del duelo en el jardín de Cátulo a sus confidencias a pecho descubierto, hasta el momento en que nuestros cuerpos se habían fusionado. No conseguía explicármelo ni siquiera yo, pero sentía que entre nosotros, en aquel momento, había nacido algo mágico. Un sentimiento quizá frágil, pero sin duda especial. Por mucho que fuese absurdo para un romano de mi rango, cada vez que pensaba en ella se me aceleraba el corazón. Sus maneras irreverentes, su ser irrespetuoso fuera de los esquemas la hacían, a mis ojos, irresistible. Era como una variante enloquecida de mi vida, muy lejos de las mujeres romanas que siempre había frecuentado. Ni siquiera descubrir el verdadero motivo por el que se había quedado conmigo aquella noche había cambiado mis sentimientos hacia ella. Por eso sentía que tenía que encararme con ella solo. Sin Antonio, sin Censo ni los demás lictores, consciente del riesgo que corría.

El ludus de Aquilea se alzaba en los alrededores del Campo de Marte, en la otra orilla del Tíber, frente al pórtico de Octavia. Me esperaba encontrar gladiadores entrenando en el centro de la arena o herreros forjando espadas, pero toda la estructura estaba abandonada. La verja de entrada estaba abierta de par en par y, ya desde fuera, se entreveían las varias celdas vacías.

—¿Por qué no hay nadie? —pregunté a un vagabundo tendido al sol sobre una gran piedra.

—Esta mañana se han ido todos. Parece que Aquilea ha cerrado el negocio y les ha concedido la libertad.

Me apresuré a entrar. Quizás había llegado tarde. Puede que Aquilea hubiese ya dejado la ciudad para siempre. Tras la muerte de Cátulo también ella había terminado su misión, había servido a Lutacia pagando la deuda que tenía con Orbiana y se había sentido libre de marcharse.

Sin embargo, la encontré sentada en un recoveco, a la sombra de las columnas de travertino que formaban un pequeño pórtico. Estaba encorvada hacia delante y afilaba la espada con una piedra. Tenía una expresión absorta y también los músculos de los brazos parecían relajados.

—Sabía que vendrías, romano rico —dijo al oírme llegar, sin levantar la vista—. Te estaba esperando.

—Lutacia ha muerto.

—Espero que al menos no haya sufrido.

—Una puñalada en el corazón. Confesó sus crímenes y se suicidó.

—Nunca creyó que conseguirías reconstruir su plan. Creía que podría manipularte como había hecho con Rabirio y los demás. He intentado explicarle que tu tozudez era un peligro, que eras demasiado obstinado para rendirte. Lástima que no me escuchase cuando le aconsejé que te matase de inmediato.

—¿Por qué has echado a tus gladiadores?

—Cuando he sabido que habías ido a Pozzuoli, a casa de Gémino, he tenido la certeza de que descubrirías quién era realmente Lutacia y mi relación con su madre. Era solo cuestión de tiempo: tarde o temprano, nos relacionarías con los homicidios.

Hizo una pausa, inspiró a pleno pulmón. Por primera vez no se mostraba combativa sino desconsolada, como si aquel asunto le hubiese drenado las energías y no viese la hora de dejarlo atrás.

—No puedo quedarme en Roma después de todo lo que he hecho con Lutacia —añadió—. He decidido cerrar la escuela e irme.

—Pero te has quedado esperándome...

—También yo me pregunto por qué.

—¿Quieres hacerme creer que incluso la ruda gladiadora tiene corazón?

—Ahí está de vuelta el espíritu del romano rico. Me consideras solo un animal que lucha y mata a sus semejantes para vuestro entretenimiento. Para ti no puedo tener sentimientos.

—La otra noche estaba tan prendado de ti que te habría creído. Pero ahora no, no después de haber descubierto la verdad. Tenías que distraerme para que no me diese cuenta de que Lutacia había salido a matar a Capitón. Has sido buena, has utilizado todos los medios que tenías a tu disposición para lograr tu fin. Primero has apostado por el honor y me has retado a duelo, luego has pasado a la seducción como una meretriz cualquiera.

—Puede que seas callidus como dice tu nombre, pero esta vez no has entendido nada —me reprochó.

—¿Quieres negar que te estabas ateniendo al plan de Lutacia?

—No, pero el plan solo preveía que te mantuviese lejos de su cubículo. El resto ha sido iniciativa mía. No tenía intención de seducirte, me dejé llevar por el momento y me alegro de todo lo que sucedió. He sentido como una punzada en el corazón, un sentimiento fuerte, nuevo. Algo que no había creído nunca que podría sentir por un romano. Desde que Batiato me obligaba a copular con sus gladiadores, no me había entregado a un hombre. Contigo ha sido la primera vez en que he sido yo quien lo ha hecho por elección propia, sin constricciones. —Clavó sus ojos en los míos, como si quisiera leer en ellos mi reacción—. Olvida quién eres y ven conmigo.

Entrecerré los ojos irguiéndome. Una oleada de calor nervioso me subió del estómago a la cara. Aquella idea también se me había pasado por la cabeza a mí. Era una perspectiva que me transmitía al mismo tiempo una sensación de libertad y otra de repugnancia. Por un momento, estuve tentado de responder afirmativamente, de decir: sí, vámonos juntos y empecemos de nuevo en otro sitio.

—No puedo hacerlo —dije a pesar de todo—. Eres cómplice de una asesina. Has contribuido a poner en práctica una conjuración sangrienta.

—Sabes que no podía retirarme —replicó Aquilea—. Se lo debía a Orbiana, que me salvó la vida en Pozzuoli.

—No importa por qué lo has hecho.

—Esos romanos se habían manchado las manos con acciones terribles en vida, no solo la muerte de Gratidiano. Merecían lo que les ha pasado.

—¡Tengo que prenderte! —rebatí con la boca pequeña, conteniendo mis verdaderos sentimientos.

—Podría no estar de acuerdo —objetó. Se puso en pie blandiendo la sica, esa espada angular típica de los gladiadores tracios—. Te lo dije la otra noche y te lo repito. No volveré a perder mi libertad, a costa de morir para defenderla.

Saqué el gladio, preparándome para el enfrentamiento.

—Si quieres que termine así, ¡estoy listo! —dije.

—No seas estúpido, romano rico. Deja que me vaya. Sabes que no puedes vencerme, esta no es un arma de madera como la de la otra noche.

—Venga, conquista tu libertad —la exhorté.

Aquilea azotó el aire con la sica y hundió de pronto el cuerpo. Fui demasiado lento al esquivarlo y me hirió el brazo, para suerte mía, solo de refilón. La sangre comenzó a brotar del bíceps y la taponé apretando con la otra mano.

—Aún estás a tiempo de retirarte —exclamó.

—Un soldado romano no retrocede jamás.

Giró sobre sí misma para darse impulso. Con el gladio bloqueé la sica antes de que se abatiese sobre mí, pero Aquilea fue rapidísima y, con la mano libre, me asestó un puñetazo en la mandíbula. Sentí el regüeldo ácido de la saliva mezclada con la sangre revolverse en la boca. Ella comprendió mi debilidad, se apresuró a duplicar el golpe y esta vez me dio de lleno en la nariz. Sin poder reaccionar, advertí su espada insinuarse en la carne de mi muslo. Perdí el control de las piernas, que se hicieron de pronto inconsistentes, privadas de su fuerza. Caí de rodillas y Aquilea, con una patada en el pecho, me hizo rodar por el suelo. Percibí pinchazos agudos y vítreos por todo el

cuerpo, que se repetían a intervalos cada vez más breves. Una pulsación candente partía del corazón y se transformaba en miles de pequeñas agujas.

Entrecerré los ojos y tosí penosamente. La sangre me brotó de los labios en una espuma rojiza. Probé a hacer girar el gladio en un intento desesperado de mantenerla a distancia, pero ella se lanzó sobre mí y me golpeó en la cabeza con un rugido de ira.

Perdí el sentido unos instantes. Cuando volví en mí, estaba de rodillas, con Aquilea mirándome desde arriba, en pie, lista para darme el golpe como un verdadero combatiente en la arena.

—¿Por qué me has obligado a esto? —gritó—. ¿Por qué? Todo podía haber sido distinto.

Me inmovilizó tirándome del pelo y levantó el otro brazo para rematarme con la sica. La miré a los ojos una última vez y leí en ellos la seguridad del guerrero que sabe que ha vencido el duelo. Mientras la espada caía sobre mí, Aquilea aflojó la presa de la cabeza. En un rayo de lucidez, me alejé de lado y me tiré al suelo. No tuvo tiempo de volverse antes de que le hundiese el gladio en el costado.

Me miró incrédula. Tenía las pupilas tan dilatadas que parecía que se le iban a salir de las órbitas. Bajó la mirada hacia la herida y vio la sangre manar copiosamente. Siguió en equilibrio aún unos instantes, luego se desplomó y quedó tendida en el suelo. Gemía del dolor, abriendo y cerrando los puños.

—No es posible —gruñó—. No puedo perder.

La había derrotado usando su táctica, la que me había enseñado la noche que habíamos luchado. Había seguido sus ofensivas haciéndole creer que tenía la victoria en un puño. Había aprovechado su seguridad, su conciencia de ser más fuerte, para animarla a infravalorarme y pillarla por sorpresa. O puede que hubiesen sido sus sentimientos por mí los que la habían llevado a bajar la guardia. Había cometido un error poco digno de ella. No me había quitado el gladio, que continuaba empuñando casi a mi pesar, porque no tenía siquiera fuerza para mover los dedos y dejarlo caer.

—Dame la mano, romano rico —me exhortó jadeando—. Ahora que has ganado, quédate conmigo, no me dejes morir sola.

Me arrodillé junto a ella. Le apreté la mano y me llevé la palma a la mejilla. Parpadeé y contuve la respiración, pero no conseguí detener las lágrimas cuando la observé cerrar los ojos por última vez.

Había liberado a Roma de dos despiadadas asesinas y derrotado en duelo a una de las mejores gladiadoras que la historia recuerda. Otro en mi lugar se habría definido como un héroe. Yo, sin embargo, notaba un gran nudo en el estómago. Nunca como aquel día me sentí perdedor.

## NOTA DEL AUTOR

*E*sta novela es una obra de ficción centrada en un hecho histórico ocurrido realmente: la muerte del tribuno de la plebe Marco Mario Gratidiano. En mi historia hay personajes inventados y otros que existieron en la realidad, descritos en el contexto exacto en que vivieron, tanto político como familiar. Me he tomado algunas libertades al describir las muertes y los hallazgos de forma que me fuesen útiles para la historia que quería contar. Ha sido divertido imaginar a un asesino en serie en la Antigua Roma. Por fortuna, nunca existió un asesino así en aquella época. O quizá sí...

## Glosario

*Aspergillum*: varilla utilizada para las aspersiones rituales.

*Bellonarii*: seguidores de Belona, diosa de la guerra.

*Calidarium*: en las termas romanas, el cuarto de las piscinas para el baño caliente.

*Cenaculum*: en las casas romanas, la estancia que servía de comedor o las habitaciones del piso superior.

*Cientes*: personas bajo la protección de un señor.

*Cognomen*: en el sistema onomástico romano se preveían los denominados tria nomina («tres nombres»): el praenomen (nombre propio), el nomen, que indicaba el nombre de la familia de pertenencia, el gentilicio (grosso modo, nuestro apellido) y, por fin, el cognomen, una suerte de sobrenombre identificativo.

*Comitium*: en el foro romano, lugar en el que se celebraban las juntas.

*Compitalia*: festividad religiosa en honor de los lares compitales, a los que se honraba en los cruces de caminos.

*Compluvium*: abertura en el techo de la casa romana, sobre un espacioso estanque (llamado impluvium) para recoger las aguas pluviales.

*Cubiculum*: dormitorio.

*Curator viarum*: magistrado encargado de la administración del sistema viario.

*Cursus honorum*: conjunto de los cargos públicos, tanto civiles como militares, que debía recorrer el aspirante político.

*Domus*: vivienda, casa.

*Expositio*: exposición del cadáver.

*Fasces*: haz de varas que llevaban los lictores como señal distintiva de los magistrados romanos.

*Fasti consulares*: lista pública de los cónsules electos por años.

*Garum*: salsa de pescado usada como condimento.

*Gens* (plural: gentes): familia de origen, linaje, estirpe.

*Gentes*: véase gens.

*Horrea*: graneros, almacenes.

*Horti*: véase hortus.

*Hortus* (plural: horti): jardín.

*Imperium*: poder, autoridad.

*Impluvium*: véase compluvium.

*Insula* (plural: insulae): bloque de pisos o manzana de casas.

*Lanista*: maestro de los gladiadores.

*Lari*: divinidades protectoras de diversa entidad. Los lares compitales, por ejemplo, eran divinidades protectoras de los cruces de caminos, los lares familiares protegían a la familia.

*Lemuralia*: fiestas que se celebraban en el mes de mayo para exorcizar las almas de los muertos.

*Lena*: intermediaria que gestionaba una casa de lenocinio.

*Libitinarii*: encargados de las pompas fúnebres.

*Listas de proscripción*: listas de opositores políticos, redactadas en el 82 a. de C. por Lucio Cornelio Sila, en las que se les equiparaba a enemigos públicos. La proscripción conllevaba la confiscación de todos los bienes y una serie de vejaciones

que, de hecho, equivalían a una condena a muerte.

*Ludi*: véase ludus.

*Ludus* (plural: ludi): juegos públicos. En singular, ludus significa, asimismo, escuela de gladiadores.

*Lustratio*: purificación ritual.

*Magister equitum*: comandante de la caballería.

*Mare nostrum*: así se llamaba al mar Mediterráneo.

*Munera*: espectáculos públicos de luchas entre gladiadores.

*Nomen*: véase cognomen.

*Pater familias*: señor de la casa, cabeza de familia.

*Perduellio*: alta traición.

*Pilum*: jabalina.

*Pomerium*: terreno a lo largo del muro de la ciudad, considerado sagrado; frontera.

*Princeps senatus*: autoridad máxima entre los senadores.

*Solarium*: balcón, terraza.

*Subligar*: especie de taparrabos que usaban tanto hombres como mujeres, por lo general, en las termas.

*Suburra*: barrio «de mala fama» de Roma, entre el Celio y el Esquilino.

*Supparum*: capa.

*Taberna libraria* (plural tabernae librariae): librería.

*Tabernae*: véase taberna.

*Taberna lusoria*: garito.



*Tablinum*: gran sala abierta al atrio en un lateral del domus, donde el señor de la casa recibía a los huéspedes y despachaba sus asuntos.

*Triumviri capitales*: magistrados con funciones policiales.

*Tutulus*: peinado femenino en forma de cono.

*Vicus*: barrio, aunque también calle.

*Vigiles*: guardia, centinela.

## Agradecimientos

**A**l llegar a la última página de una novela, uno se da cuenta de que son muchas las personas a las que dar las gracias. Algunos han influido con una inspiración para la construcción de la historia, otros con un consejo o una crítica constructiva, hay quien ha sido decisivo para la publicación y quien, sencillamente, lo ha sido por su importante presencia.

En primer lugar, debo dar las gracias a mi familia, Dolores y Luciana Croci, Eleonora Marrucci y Achille Astori, los primeros en leer la novela y sugerirme cómo mejorarla. Gracias también a Raffaella Barca, Paolo Marrucci y Tiziana Senesi.

Una mención especial merece mi colega escritora Rita Bonfanti, que me puso en contacto con la agencia literaria Walkabout Literary Agency. Fiammetta Biancatelli, Ombretta Borgia y toda la plantilla creyeron de inmediato en mí y han sido decisivos para que mi libro llegase a las librerías. Obviamente, no puedo sino recordar, asimismo, a Francesca Lang de Piemme.

Reservo un agradecimiento especial para todos los que, a lo largo de los años, han soportado y apoyado mi actividad de escritor: Marco Benedetti, Antonella Cassetta, Giuliano di Benedetti, Bruno Gallinella, Dina Lipari y Teresa Messina.

Debo también un pensamiento a mis colegas de Sportube, primero, y de Eleven Sports, después, que me han animado siempre a continuar escribiendo, en particular, a Bruno y Giuseppina Stirparo, Raffaele Borgese, Francesco Cozzi, Giuseppe Modena, Pasquale Nicolace, Luciana Caprara y todos los demás.

Por fin, un agradecimiento afectuoso para los amigos de toda la vida, esos que, de una manera u otra, han estado siempre ahí: (en riguroso orden alfabético) Federico Crispi, Gian Carlo Croari, Antonello Gualano, Andrea Maffi, Ciro Riso y Alessandro Sebastiani.

Título original: *Omicidi nell'urbe. La prima indagine del questore Callido*

© 2018, Walter Astori

Publicada en Italia por Piemme, Milán, 2018.

Publicada en acuerdo con Walkabout Literary Agency.

Primera edición en este formato: junio de 2019

© de la traducción: 2019, Itziar Hernández Rodilla

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

[www.rocalibros.com](http://www.rocalibros.com)

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417805029

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

# Índice

Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

Nota del autor

Glosario

Agradecimientos